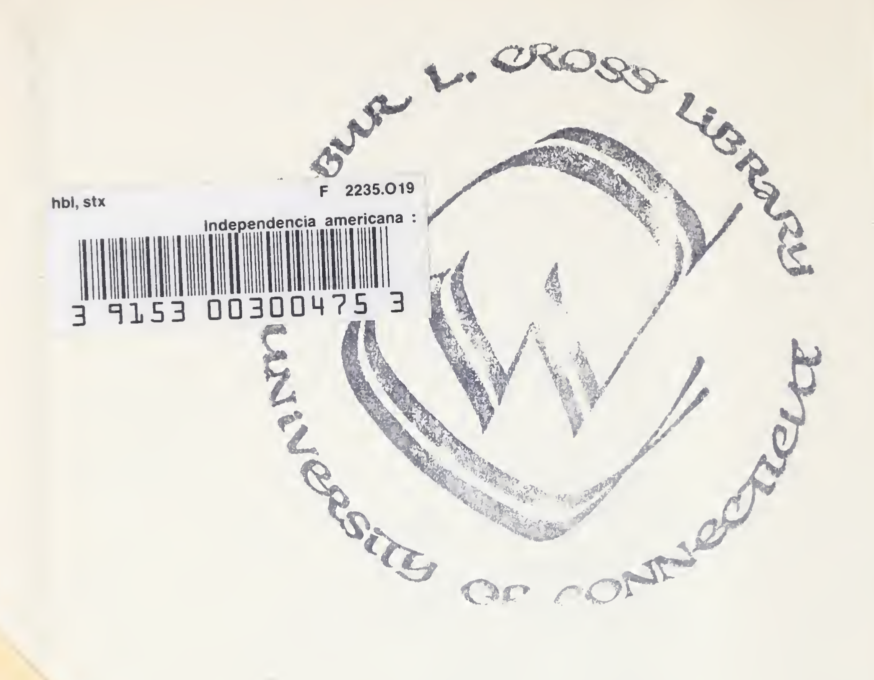
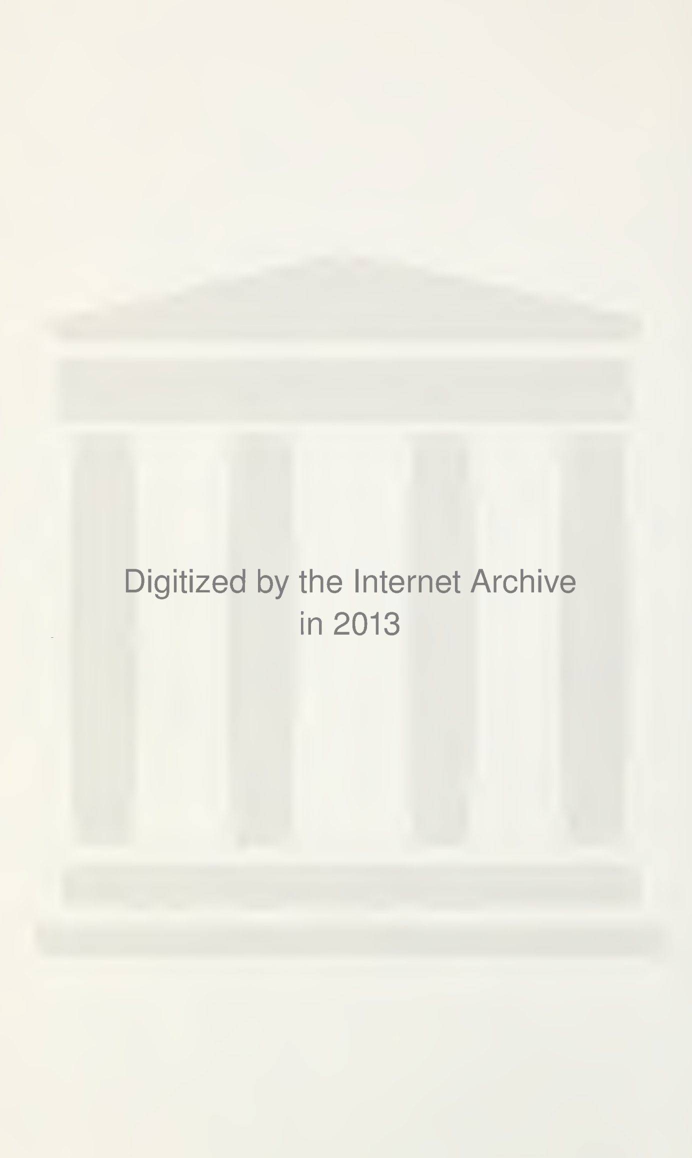

WILBUR L. CROSS LIBRARY
UNIVERSITY OF CONNECTICUT
hbl, stx
F 2235.O19
Independencia americana :
3 9153 00300475 3



BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

F. BURDETT O'CONNOR

INDEPENDENCIA AMERICANA

RECUERDOS DE FRANCISCO BURDETT O'CONNOR

Coronel del ejército libertador de Colombia y general de División de los del Perú y Bolivia.

LOS PUBLICA SU NIETO

F. O'CONNOR D'ARLACH



EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

Pág. 102 – Aguas

S. Naranjo M.,
Boston: 1921
Remitido por Blanco Fombona.

INDEPENDENCIA AMERICANA

BIBLIOTECA AYACUCHO
Bajo la dirección de Don Rufino Blanco-Fombona

F. BURDETT O'CONNOR

Independencia Americana

RECUERDOS DE FRANCISCO BURDETT O'CONNOR

Coronel del ejército libertador de Colombia y general de División de los del Perú y Bolivia.

LOS PUBLICA SU NIETO

F. O'CONNOR D'ARLACH



MADRID
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

PRÓLOGO

I

Va siendo costumbre, dice el ilustre general Páez, en la introducción de su AUTOBIOGRAFÍA, *y es deber de todo hombre que ha figurado en la escena política de su patria, el escribir la relación de los sucesos que ha presenciado, y de los hechos en que ha tenido parte, á fin de que la juiciosa posteridad pueda con acopio de datos y abundancia de documentos desentrañar la verdad histórica, que obscurecen las relaciones apasionadas y poco concordes entre sí de los escritores contemporáneos.*

Tal vez, cediendo al imperio de esa costumbre y de ese deber, ó quizá sólo por dejar á su familia la fiel relación de los hechos en que había figurado ó conocido de cerca, en la época gloriosa de la emancipación americana y en los primeros días de la República, fué que mi heroico abuelo materno, el general de división don Francisco Burdett O'Connor, escribió sus RECUERDOS, *libro que hasta ahora he conservado inédito, con la esperanza de publicarlo en esmerada edición en Europa ó Buenos Aires, y que no habiendo podido realizar mis deseos, lo publico hoy en La Paz, cumpliendo un deber de patriotismo, de amor filial y de homenaje á la venerada memoria del benemérito autor de este manuscrito, que, como joya pre-*

ciosa para la historia y como tesoro de inestimable valor para la familia, conservo con el religioso respeto que inspiran la palabra de un héroe y la relación de acontecimientos gloriosos de nuestra historia, de los que nos separa ya la respetable distancia de más de medio siglo.

—"Usted, hijito, publicará algún día estos mis RECUERDOS*"—me dijo mi noble abuelo, una tarde de 1871, al suspender su trabajo, y cuando yo, en la blanda mañana de la vida, contaba apenas diez y siete años de edad, y el venerable anciano, ya en la triste tarde de ella, cumplía los ochenta.*

Conservo como una reliquia la pluma con que trazó las últimas páginas de este libro, que quedó desgraciadamente inconcluso, porque la muerte sorprendió á su autor antes de terminarlo.

II

Mi abuelo no era literato, ni jamás escribió para el público; por eso su estilo en este libro, donde sólo consigna sus impresiones y recuerdos, carece de la elegancia y galanura de las obras literarias, y es el lenguaje sencillo del soldado, que en el papel estampa sus sentimientos y sensaciones de una manera franca y llana, sin preocuparle las prescripciones artísticas.

La sinceridad de sus juicios, la imparcialidad de sus opiniones, la severa verdad de sus narraciones constituyen, desde luego, el primer mérito de esta obra, destinada por otra parte á proporcionar no pocos datos interesantes para nuestra historia, lo que no puede menos de dar á su publicación una importancia tanto mayor cuanto que son tan pocas y de tan escaso mérito las obras de este género que se han escrito y publicado hasta aquí en Bolivia.

Y esta clase de obras, á cuyo estudio y profusión debemos dar preferencia en nuestro país, si es altamente im-

portante para el presente, lo será aún más para el porvenir.

Á la vez de cumplir un deber con la publicación de este libro, creo también prestar con ella un servicio no insignificante á la historia patria.

III

Mi abuelo fué el hijo segundo de Rogerio O'Connor, último vástago de aquella antiquísima casa real de Irlanda, que ha contado en su seno con tantos y tan esclarecidos varones, los cuales han dado glorias inmarcesibles á la patria, unos en la tribuna del Parlamento, otros en el foro, en las letras, en la diplomacia y en el campo de batalla, y otros sacrificando su vida como mártires en aras de la Fe católica y de sus creencias religiosas, que esa familia ha conservado incólumes á través de los siglos.

El espíritu independiente é indomable de mi heroico abuelo, que veía la ruina de su familia y la opresión de su patria, su amor ardiente á la libertad y á la república, sus aspiraciones y sus ideales democráticos, le hicieron abandonar su país, sus comodidades, su fortuna y su hogar para venir en busca de una nueva patria en estas secciones del Nuevo Mundo, donde el gran Bolívar acababa á la sazón de proclamar la libertad y la emancipación de las colonias españolas.

Nació Francisco Burdett O'Connor el 12 de Junio de 1791 en la Ciudad de Cork, reino de Irlanda.

En 1818 abandonó su país para venir á Colombia y ponerse á órdenes de Bolívar y al servicio de la causa de la independencia americana.

Sellada ésta en el glorioso campo de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824, mi heroico abuelo adoptó á Bolivia por patria suya, y el 3 de Mayo de 1827 contrajo matrimonio en Tarija con doña Francisca de Ruyloba, nacida en dicha ciudad el 17 de Diciembre de 1806.

En ella se estableció y fundó una familia, y en ella murió en la noche del jueves 5 de Octubre de 1871, á los ochenta años y cuatro meses de su edad.

En esta tierra, pues, descansan los restos de este soldado de la libertad, cuyos gloriosos hechos y grandes méritos tal vez nadie recuerda hoy en esta patria, que él ayudó á libertar, y que ha correspondido á sus servicios con la indiferencia y el olvido.

Las páginas de este libro nos recordarán sus hechos, revelarán muchos episodios de la guerra de los quince años, hasta hoy ignorados.

El lector será indulgente con estos apuntes escritos por aquel viejo soldado de la patria, en la melancólica tarde de su vida, apuntes que tengo el honor de dar á la prensa cumpliendo su voluntad.

IV

Era mi inolvidable abuelo un hombre de elevada estatura, cutis blanco y sonrosado, ojos azules, de mirada lánguida, frente espaciosa, pelo color oro en su juventud, lo mismo que el largo bigote y la española barba, que yo conocí ya completamente blanca por la nieve de los años.

Vestía siempre de la manera más sencilla y era enemigo de todo lujo, de todo adorno y hasta de las insignias que podía llevar por su alta graduación militar. Tenía muchas medallas de acciones de guerra, con las que jamás quiso adornar su pecho, asiento de los más puros y nobles sentimientos de modestia y severo republicanismo.

Para su vestido prefería siempre el paño ó casimir gris, corbatín militar negro y gorra azul.

Era de carácter pronto, vivo é irascible, generoso, desprendido, y entusiasta y comunicativo como un joven de veinte años; tan caritativo, que era capaz de haberse que-

dado sin camisa por socorrer á un pobre ó aliviar la situación de un desvalido.

Yo mismo he presenciado muchas veces sus actos de filantropía y prodigalidad.

Á pesar de que era tan instruído, tan estudioso y había viajado tanto, mi abuelo no era lo que se llama un hombre de mundo, y más de una vez fué víctima de su gran buena fe, de la que creía adornados á todos.

Era apasionado por sus amigos, y generoso y nobilísimo con sus enemigos, pues ni el odio ni el rencor, ni menos la venganza tuvieron jamás cabida en esa alma, que parecía vaciada en el molde de los filósofos de la antigua Grecia.

En su primera edad había recibido una vasta y sólida instrucción; poseía, además del inglés, su idioma, el español, el francés, el alemán, el griego, el latín y el hebreo con acabada perfección, y tenía profundos conocimientos en Filosofía, Historia, Matemáticas, Astronomía é Ingeniería.

Tenía pasión por la lectura y el estudio, y en sus momentos de descanso se entregaba á los trabajos de carpintería, que tanto le agradaban.

En todas las provincias y aldeas de nuestra frontera oriental, en todas sus haciendas y fincas, fundó escuelas, que él solo sostenía, y cuyos maestros pagaba de su peculio.

Era un gran madrugador, trabajaba mucho y montaba á caballo todos los días hasta el último de su vida. Era tan fuerte y de voluntad tan enérgica, que ni en su postrera enfermedad aceptó permanecer en cama. El día mismo de su muerte, y cuando ya era tan grave su estado, se acostó á las ocho de la noche y falleció á las diez, habiendo ido pocos días antes, y cuando apenas podía andar, á recibir en la iglesia de San Francisco el Santísimo Sacramento, que no aceptó se le trajera á su casa, manifestando á su confesor, el Padre Leonardo Delfante, y á su médico, el doctor Eustaquio Montero, que "no se

creía digno de que el Excelso viniera á buscarlo en su morada, y que él quería ir personalmente á recibirlo en su templo".

¡Oh, cuán pocas personas conocieron á fondo el nobilísimo carácter de este hombre, en cuya grande alma estaban unidas, al valor de un héroe, la ternura y sensibilidad de un niño!

Que la Historia de Bolivia dé á su nombre un lugar en sus inmortales páginas, y que la Patria recuerde alguna vez al que fué uno de sus más heroicos, más leales, más desinteresados y más abnegados servidores.

T. O'Connor d'Arlach

CAPÍTULO PRIMERO

El general Devereux en Dublín.—Mis entrevistas con el coronel Aylmer.—Mi salida de Irlanda.—Recuerdos íntimos.—La legión irlandesa.—Mi arribo á la América.—Permanencia en Juan Griego.—La epidemia.—Estéril tentativa de la legión inglesa.—Marcha á Pampatar.—Los "Lanceros irlandeses".—El batallón colombiano "Cundinamarca".—Llegada de un corsario y sucesos que sobrevinieron.—Estragos causados por el mal clima.—Llegada del coronel Montilla á la isla de Margarita.

Á fines del año 1818 se apersonó en Dublín, capital de la Irlanda, Juan Devereux, irlandés de nacimiento y procedente de los Estados Unidos. La noticia que corría de este caballero á su regreso á su patria era la siguiente, aunque de su veracidad yo no respondo. Comprometido contra el Gobierno inglés en la insurrección ocurrida en Irlanda en el año 1798, tuvo que ausentarse en busca de nueva patria, malograda la revolución.

Se dirigió á los Estados Unidos y entró en la casa de Olivier, en qué clase ignoro. Durante el bloqueo de los puertos de Francia por las fuerzas navales de Inglaterra, logró introducir un cargamento de café que le produjo la utilidad de un millón de pesos. Se refería que regresó el Sr. Devereux á los Estados Unidos con el producto de su café, compró un cargamento de fusiles, pertrechos de guerra, vestuario y equipo de tropa, fletó un buque y

llevó todo á Cartagena de Indias, cuya plaza fuerte estaba sitiando en aquel tiempo el general Bolívar por orden del Gobierno patriótico de la Nueva Granada, contra otros jefes, también patriotas, que se hallaban dentro de la plaza sin querer rendirse al general Bolívar.

Durante este sitio se dice que Devereux tuvo su entrevista con el general Bolívar y le entregó todo su cargamento, yo no sé si regalado ó vendido; lo cierto es que en aquella entrevista le ofreció al general irse á Irlanda, su patria, levantar allí una legión de irlandeses y ponerla en el territorio de Venezuela, oferta que aceptó el general Bolívar, y le ofreció el despacho de general de división en la orden de «Libertadores de Venezuela» á su llegada á la América con su legión. Es de suponer que, valido de esta oferta, fué que se presentó en Dublín con el título de *general Devereux*.

Para dar principio á su empresa buscó hombres con quienes poder entenderse, pues siendo él comerciante tendría pocos conocimientos sobre el modo de levantar tropas.

Uno de los primeros individuos con quienes entabló relaciones fué con el teniente coronel Guillermo Aylmer, antiguo jefe del escuadrón Coraceros, al servicio de Austria hasta la toma de París por las fuerzas aliadas de toda la Europa contra el emperador Napoleón I.

Este teniente coronel Aylmer había sido comprometido también en la insurrección de Irlanda, y desterrado por consecuencia. Se dirigió á Viena, en donde sentó plaza de cadete en el regimiento de Coraceros, en el cual sirvió hasta llegar al rango de jefe de escuadrón.

El príncipe regente de Inglaterra, coronel del décimo regimiento de Húsares, había oído hablar mucho de la instrucción y disciplina de ese regimiento de Coraceros, quería convertir en Coraceros su cuerpo de Húsares y escribió al duque de Wellington, generalísimo de las fuerzas aliadas en París, para que pidiese al general en jefe del ejército austriaco un oficial de los más instruídos

del regimiento de Coraceros y dos soldados, con el objeto de que viniesen á Londres á instruir en la táctica de aquel cuerpo á los Húsares. Aylmer, el insurgente irlandés, fué el escogido entre todo el regimiento para el desempeño de la comisión.

Se presentó entonces con sus ordenanzas al príncipe y entró inmediatamente al cumplimiento de su encargo; pero en muy poco tiempo supo el príncipe quién era este Aylmer, y se le dió á entender que su presencia en el palacio era excusada, pero que se presentase cierto día indicado á recibir órdenes, pues comía todos los días en la mesa del príncipe.

El día que se presentó se le dió permiso para regresar á su patria, y el príncipe le obsequió una hermosa espada guarnecida de brillantes, con el letrero siguiente labrado en la hoja: «El príncipe regente de la Inglaterra á Guillermo Aylmer, jefe del escuadrón Coraceros, al servicio de Austria.» Este Aylmer era de una familia antigua de Irlanda, propietaria, que residía, estando entonces á la cabeza de ella Roberto Aylmer, en una hacienda suya, cerca de Dublín.

El desterrado Guillermo no tenía otra casa donde alojarse, después de diez y siete años de ausencia, que la de su hermano mayor Roberto, donde fué bien recibido.

Pasaba su tiempo en visitar á todos sus vecinos en sus casas de campo, permaneciendo días y aun semanas enteras en algunas de ellas, según era costumbre en Irlanda, en donde los propietarios, después de haber recibido la mejor educación posible y retirados á la casa paterna, no se ocupaban de otra cosa que de las diversiones del campo, la caza de zorros, de venados y liebres con perros; la caza de aves con escopeta, y la pesca en el verano, siendo el invierno el tiempo de la caza. Una de las casas que visitaba era el castillo de Dungan, adonde yo vivía con mi hermano mayor. Sus visitas allí eran muy largas, porque mi hermano era muy aficionado á la caza

de zorros, y yo también, y tenía perros y caballos en abundancia.

Durante una de estas visitas nos contó el compromiso que había contraído con el general Devereux de levantar un regimiento de Lanceros 10 de la legión irlandesa, asegurándole que sería elevado al rango de general el día de su desembarco en el territorio de Venezuela, y que gozaría de un sueldo de una tercera parte más que el que se daba en el servicio inglés. Esto mismo se decía en los carteles que hizo publicar Devereux y distribuir en Dublín y en todo el país para todas las clases del ejército, incluso la tropa.

Conversaba mucho conmigo Aylmer sobre su compromiso, y trataba de inclinarme á que me prestase á la empresa de levantar un regimiento, porque los vecinos no le conocían, con motivo de su ausencia por tantos años, pero que tomando yo parte se allanarían todas las dificultades.

Yo había concluído diez y siete años de estudios en las escuelas francesas clásicas y colegios militares, en los cuales había aprendido el manejo, táctica y evoluciones de todas las armas, y me hallaba capaz de desempeñar cualquier destino en un ejército; pero estaba comprometido con mi hermano mayor á emigrar con él á los Estados Unidos, porque el Gobierno inglés perseguía á toda mi familia por haber estado mi padre y mi tío Arturo á la cabeza de la insurrección de 1798.

Por fin se despidió Aylmer de la casa de mi hermano por última vez; yo le acompañé á la casa de su hermano, con quien vivía.

Pasé la noche con él. Me enseñó la espada que le había presentado el príncipe regente de Inglaterra.

Al siguiente día me acompañó una larga distancia en el camino de mi regreso. Me separé de él con gran sentimiento de no acompañarle á la América; lo mismo que le dije, exponiéndole que sólo mi compromiso con mi hermano me detenía.

Aylmer se dirigió á la capital á embarcar la primera sección del regimiento Lanceros de la legión irlandesa á las órdenes del mayor L'Etrange, con dirección á la isla Margarita, frente á la Costa Firme de Venezuela, único punto en el que podían desembarcar tropas destinadas á la santa causa de la independencia, por estar todos los demás puertos de la costa en poder de los españoles, mientras que el general Bolívar se hallaba en el interior, en los llanos de Apure.

Desde la capital, en Abril de 1819, me dirigió una carta, que conservo en mi poder, en la que me decía que yo estaba nombrado teniente coronel 2.°, jefe del regimiento Lanceros de la legión irlandesa, y que el general Devereux le había asegurado que él (Aylmer) sería promovido al rango de general á su desembarco en territorio venezolano.

Entonces tomé una resolución firme, y sin pérdida de tiempo marché á incorporarme con él en Dublín.

Me despedí de mi hermano mayor, quien me dió diez mil pesos para mi equipo y demás gastos, ofreciéndome, al mismo tiempo, todo el dinero que pudiera necesitar posteriormente en un país en revolución, donde tanto él como yo, suponíamos que no sería fácil pagar el sueldo que se prometía en los carteles impresos y circulados en todo el país por orden del general Devereux.

En la capital deposité en el banco de Shaw y Compañía mil quinientos pesos como suscripción para fletes de los transportes, enganche, armamento, vestuario y equipo de la tropa y para provisiones durante el viaje. Todos los jefes y oficiales contribuían á estos gastos, menos el coronel Aylmer, á quien no se exigía nada.

Me quedé en Dublín con Aylmer, ayudando al enganche de soldados.

Después me embarqué para Inglaterra á despedirme de mi padrino sir Francisco Burdett, quien me regaló una hermosa espada que había mandado preparar, con inscripciones grabadas en la hoja, y me dijo, al tiempo de

separarnos, lo mismo que mi hermano: que dudaba mucho recibiésemos sueldos hasta libertàr el país, porque todos los recursos debían estar en poder de los españoles; pero que me acordase tenía siempre un amigo en él, y que le escribiese cada vez que me viese sin dinero. Le dí las debidas gracias, recibí su tierno abrazo y regresé á Dublín.

En el mes de Julio de 1819 nos embarcamos para la América, dirigiéndonos á la isla Margarita, á bordo del transporte *Hannah*, con cien hombres entre jefes y oficiales, y ciento uno de tropa, de los regimientos 7 y 18 de Húsares del ejército inglés, vencedores de Waterloo y licenciados con motivo de haberse reducido el ejército al pie de paz, una vez concluída la guerra contra Napoleón el Grande.

Aquí me acuerdo de una ocurrencia en la historia de mi vida. Estando en casa de mi hermano mayor, en Dungan, supe que Napoleón, saliendo de la isla de Elba, había desembarcado en Frejus, en la costa de Francia, y se marchaba con dirección á París. Salí de noche de casa, me dirigí á Dublín, y me embarqué para Inglaterra esperando lograr un buque que me llevase á Francia y ofrecer mis servicios en el ejército de Napoleón, como voluntario.

Mi tío Arturo O'Connor, cabeza de la insurrección de 1798 en Irlanda, y desterrado por consecuencia del territorio inglés, se hallaba en Francia en clase de general de división, pero no en servicio activo, con motivo de un disgusto que tuvo con el Emperador en Boloña, adonde estaba reunido el ejército que llamaba de Irlanda, con el objeto de libertar su patria.

Napoleón llegó á Boloña, vió la tropa que tenía reunida mi tío, y le propuso que se la diese para marchar á España, asegurándole que le ayudaría á su vez á libertar á Irlanda.

Mi tío le dijo que tenía esa tropa destinada á dar libertad á su patria, y que él no era mercenario; pero Napoleón le quitó su pequeño ejército, le presentó una her-

mosa espada y le nombró general de división de los ejércitos franceses, mas nunca entró en servicio activo. Cuando llegué á Londres, me dirigí á casa de mi padrino sir Francisco Burdett, le hice presente con franqueza el paso que había dado y lo que pensaba hacer; me dijo, después de escucharme con atención, que me era imposible ya llegar á desembarcarme en algún puerto de los de Francia, porque todos estaban estrictamente bloqueados por la escuadra inglesa.

Me aconsejó me volviese á casa de mi hermano, y me dió una letra para el Banco de Inglaterra de dos mil quinientos pesos.

Había salido de casa sin más recursos que un hermoso caballo cazador, que saqué de la caballeriza y lo vendí á la comisaría en Dublín—ya no había remedio—, pero no pude resolverme á regresar á casa de mi hermano; me dirigí al sud de Irlanda, adonde mi padre tenía propiedades, pero adonde él no podía vivir por convenio con el Gobierno inglés, cuando fué puesto en libertad de la fortaleza de San Jorge, en Escocia, bajo la fianza de mi padrino y de don Hugo de Bellsiw, comerciante de Londres, y obligado mi padre por tratados á residir dentro de diez millas de la misma ciudad, hasta el año de 1803, en que le fué permitido vivir en Irlanda, pero á veinte millas de Dublín, la capital, sin permitirle volver al sud de Irlanda, adonde él vivía antes de la insurrección y adonde yo y todos mis hermanos y hermanas habíamos nacido; por lo que compró el castillo y hacienda de Dungan, que había sido de la propiedad del marqués de Wellesley, hermano mayor del duque de Wellington, cuyo castillo yo fuí causa de haberse incendiado una noche en que estaba allí por la vacación de invierno, cuando me puse á hacer balas de pistola para tirar al blanco, y habiendo sido llamado á comer con toda la familia reunida por la fiesta de Navidad, dejé un gran cucharón sobre el fuego lleno de plomo en un cuarto en los altos del castillo, y se supone que el plomo derretido se derramó, sal-

tando el fuego debajo del cucharón, que el plomo corrió por el piso, que era de madera, y de este modo se incendiaría todo el castillo, porque á poco rato de retirarnos de la sala de comer vinieron los arrenderos de los terrenos de afuera con el aviso de que todo el techo del castillo, sobre el cuarto donde yo estaba haciendo las balas, estaba ardiendo y despidiendo llamas en todas direcciones.

El techo del castillo era de plomo. Este incendio causó la muerte de mi madre, y posteriormente la dispersión de toda la familia. Cualquiera dijera que yo era un joven muy travieso. Estas ocurrencias no son más que una digresión; recuerdos, nada más.

Me dirigí, pues, á la ciudad de Cork, en el sud de Irlanda, á la casa del señor Tomás Barry, agente de mi padre, para el recibo de sus arriendos en aquella parte del país. Me recibió con cariño; le informé de la situación en que me había puesto, y le supliqué me diese dinero para irme á los Estados Unidos. Me aseguró que mi padre había librado letra sobre todos sus arriendos del semestre pasado, pero que me proporcionaría de los del venidero, y que entretanto me facilitaría los recursos necesarios.

Le dí las gracias, confiado en su buena fe. Estando con el señor Barry, esperando el día que debía cumplir su palabra conmigo, llegó una tarde el coche de correo, adornado de ramas de roble y de laurel, trayendo la noticia de la victoria de Waterloo. Á pocos días después, el señor Barry me puso en un coche á cargo de un caballero desconocido, quien me condujo á casa de mi padre, el que ocupaba un departamento en el jardín de Dungan, á distancia de un cuarto de legua del castillo quemado.

Mi hermano mayor se había hecho construir una casa más cerca del castillo sobre la orilla de una hermosa laguna. Cuando llegué, mi hermana estaba con él. Me recibió mi padre con frialdad, como era natural, me dirigió un largo sermón, y por fin me despedí de él para acompañar á mi hermano á su casa.

Nos embarcamos, como anteriormente he dicho, y llegamos en el mes de Septiembre al puerto de Juan Griego, uno de los tres que se hallan en la isla de Margarita, siendo éste la estación de la escuadra de la patria al mando del almirante Luis Bryon, natural de la isla Curaçao.

Al acercarse nuestro buque á la isla cerca de Juan Griego, nuestro capitán se dirigió á un paso angosto entre la orilla de la isla y unos peñascos en el mar, llamados los Frailes. Un vigía que estaba de guardia en una altura á la vista del pueblo de Juan Griego, hizo una señal de un buque amigo en el paso angosto, y la escuadra española al otro lado de los Frailes, y muy inmediata.

Un general inglés, Mr. Inglish, hallándose en Juan Griego, montó á caballo, y se dirigió á la garita del vigía. De allí vió el peligro que nuestro buque corría de caer en manos de los enemigos. Nosotros á bordo no veíamos cosa alguna de esto. El general bajó á su casa.

Nosotros desembarcamos esa misma tarde sin novedad. Los buques de la escuadra de la patria eran en más número que los de la española. Al llegar á tierra, supimos que el teniente coronel Harvey, el teniente coronel Mac-Laughlin, y de treinta á cuarenta más entre jefes y oficiales de nuestro regimiento, habían regresado todos en el mismo buque, viendo el mal estado de las cosas, y que el general Devereux les había engañado.

Así era, evidentemente. Tuvimos muy malas noticias de nuestros oficiales y lanceros llegados antes que nosotros, todos dispersos en el interior de la isla, buscando la vida; otros á bordo de los buques de guerra de la escuadra en clase de voluntarios, por tener la comida, aunque no se les daba sueldo alguno.

Por fin no hallamos disposición alguna para recibirnos, ni sueldos, como se ofreció en los carteles distribuidos en Dublín y en toda la Irlanda; ni aun una ración de ninguna clase para nadie. Como trajimos á bordo ración para tres meses, y llegamos en dos, hicimos desembarcar el mes de víveres sobrantes, único recurso que teníamos.

Después de visitar al almirante Bryon, quien hablaba francés, inglés, castellano y otras muchas lenguas vivas, nos dirigimos, es decir, el coronel Aylmer y yo, á casa del general Inglish, á quien hallamos en cama, muy enfermo, su señora á su lado y toda su habitación llena de jefes y oficiales de la legión inglesa, que había llegado á la isla antes que nosotros.

Murió el general Inglish esa noche, y al día siguiente tuvimos que acompañar el cadáver á su último descanso. De esta operación resultó que cinco de nuestros oficiales se enterraron al día siguiente, por haberse contagiado del mal.

Esta legión inglesa hizo una tentativa, un poco antes de nuestra llegada, de ejecutar un desembarque en la Costa Firme, frente á la isla Margarita, siendo rechazada por la guarnición del fuerte de Barcelona. La mayor parte se internó en el territorio de Venezuela.

El general, con algunos jefes, oficiales y soldados, en número de ochenta, se regresaron á la isla de Margarita, donde los encontramos.

Permanecimos en el puerto de Juan Griego algunos días, donde se ocuparon nuestros jefes en reunir la tropa desembarcada en la isla anteriormente y dispersa. Marchamos en seguida á Pampatar, fortaleza y pueblo distante de Juan Griego dos días de camino. En este punto se situó toda la legión, á excepción de nuestra hermosa banda de música, que nos quitó el almirante, dejándonos solamente el arpero ciego y los cornetas de los escuadrones con el trompeta de órdenes.

Situada la legión en Pampatar, sin más raciones que las que habíamos traído en el último transporte, muy pronto empezaron algunos jefes y oficiales á murmurar que el general Devereux les había engañado, ofreciendo á todos, por medio de carteles, que desde el día siguiente que desembarcasen en territorio venezolano, tendrían una tercera parte más de sueldo que en el ejército inglés, y no había la menor esperanza de sueldo, ni aun de raciones.

Por esto regresaron los tenientes coroneles Harvey y Mac-Laughlin en el mismo buque que los trajo á Juan Griego y todos los oficiales y lanceros que con ellos vinieron. Al mayor L'Etrange, que se embarcó en Dublín dos meses antes que el coronel Aylmer con una sección del batallón «Rifles», que formaba parte de la legión irlandesa, no se le encontró en Margarita, pero sí los rifles dispersos en la isla.

El teniente coronel Minchin y otros jefes y oficiales, que vinieron con el coronel Aylmer y conmigo, se nos separaron en Pampatar, y se regresaron á Juan Griego con dirección á su patria.

En Pampatar fué necesario arreglar ya el cuerpo de lanceros, por lo menos, al que se incorporaron algunos individuos del batallón «Rifles», y así formamos un batallón de infantería con el nombre de «Lanceros», no pudiendo encontrar ni un solo caballo en el lugar.

Mis compañeros de armas me honraron proclamándome por unanimidad de votos comandante de aquel cuerpo, y el nombramiento fué aprobado por el coronel Aylmer y ratificado por el almirante Bryon, capitán de la isla y de la escuadra.

Pocos días después llegó un batallón de infantería ligera, llamado «batallón Cundinamarca», nombre tomado en honor de una provincia de la Nueva Granada llamada así. Mandaba ese cuerpo el coronel Bourke, teniente coronel Foster y mayor Ruud, los tres condecorados con la medalla de Waterloo.

Este batallón se situó en Pampatar, donde poco después se nos incorporó el resto de la legión inglesa, que había regresado de la Costa Firme, y que dejamos en Juan Griego. Éstos pertenecían á una compañía, que vino al mando del teniente coronel O'Lalor, de la guardia irlandesa en España.

Llegaron también á Pampatar el coronel Eduardo Stofford, de la guardia real de Inglaterra, que había venido en la legión inglesa, y el teniente coronel Hopkirck, dos

jefes de mucha capacidad y caballeros muy instruídos.

Nuestros soldados ya casi no tenían qué comer, y se ocupaban en la pesca de sardinas.

Yo reunía todos los días á todos los oficiales de Lanceros á almorzar y comer conmigo. Mandaba por el interior en busca de víveres, que conseguía con trabajo, pero nada nos faltaba de lo que podía proporcionarse en el país.

Por nuestra fortuna, fondeó frente á la batería un bergantín con otro buque corsario, y sus oficiales empezaron á desembarcar varios artículos sacados del bergantín, y venderlos públicamente en una casa inmediata á otra en la que teníamos establecido nuestro hospital.

Un día, después de visitar á los enfermos, me dirigí paseando á la playa donde se enterraban diariamente de 8 á 14 de nuestros soldados, y de dos á cinco de nuestros oficiales. La sepultura se hacía con una duela de barril en la arena.

Estando en la contemplación de tan triste espectáculo, y pensando en los trabajos á que todos estábamos expuestos, vi venir en dirección al pueblo al coronel Jackson, jefe del Estado Mayor del almirante que había venido por toda la costa del mar desde Juan Griego, la estación del almirante y de la escuadra.

Me dirigí á su encuentro, y después de saludarnos, me dijo que el Almirante había recibido papeles públicos de Jamaica, y que en uno de ellos existía un aviso sobre que el corsario, que veíamos fondeando frente á la batería, era de la escuadra de Artigas, que cruzaba frente al Brasil; que su capitán, llamado D'Autant, era francés; que había capturado el bergantín, fondeado al lado del corsario; que aquél venía de Portugal con un cargamento de regalos para la familia reinante en Brasil.

Añadió que tenía orden del almirante de embargar algunos buques, apresar al capitán y á los oficiales, y quitarles todo el dinero que habían recibido de las ventas. Luego me preguntó si me sentía resuelto á hacer una *hom-*

brada esa misma noche. Muy resuelto me hallaba, por cierto, después de haber visitado las sepulturas de mis pobres compañeros.

Convinimos, pues, en arrestar al capitán y á sus oficiales en sus casas después de retirarse por la noche.

El coronel Jackson con su muchacho Gervasio, de toda confianza, y yo con mi trompeta de órdenes, Patricio, mozo resuelto á todo, pusimos manos á la obra. Nos fué bien en la empresa, y al amanecer estábamos en posesión de la caja del capitán y de las de sus oficiales, quedando presos todos ellos.

Antes de la llegada del coronel Jackson, habían hecho muchas ventas y reunido una gran cantidad de dinero. Yo también les había comprado una pipa de vino de Oporto y un tonel de vino de Madera para la mesa de mis jefes y oficiales, lo mismo que algunas cajas de dulces y conservas, carne salada para la tropa, y algunos artículos para nuestro hospital.

Á los tres días de estar arrestado el capitán y los oficiales del corsario, y cuando se estaba asegurando el producto de sus ventas, llegó á Pampatar el almirante Bryon con sus edecanes. Mandó traer los presos á bordo del buque en que había venido, é hizo desembarcar todo el cargamento del bergantín.

De los víveres se hizo una proveeduría en una casa particular. El almirante se alojó en la habitación que yo ocupaba, con el comandante general de la legión, coronel Aylmer.

En esta casa, el coronel Jackson puso todo el dinero que habíamos quitado á los corsarios, y el almirante se preparaba á contarlo, cuando el capitán Felzgerald (de lanceros), entonces edecán de Bryon, entró á la sala en mis buscas, y me hizo seña de salir con él á la puerta de la calle; de aquí vimos las piezas de artillería en la batería del frente, como á 300 pasos de la casa y dirigidas hacia ésta. Supimos, al salir á la plaza, que mi regimiento, acuartelado en una casa de la izquierda, cuya puerta daba

su frente á la batería, estaba con las armas en la mano y en disposición de salir, al primer tiro, á echarse sobre el alojamiento del almirante para apoderarse del dinero.

Asegurado yo que de esto se trataba en el cuartel, entré en la sala y avisé al almirante la novedad que ocurría. Éste no se turbó, y me propuso fuéramos al cuartel á sofocar el motín. Me dirigí con él. Entré por la puerta grande del cuartel, y encontré á la tropa en marcha con las armas en la mano, y en dirección á la puerta, con un sargento á la cabeza.

De un salto me eché sobre él, y le tiré al suelo de un bofetón. Todos quedaron aturdidos. Les pregunté por qué se habían amotinado, á lo que me contestaron que iban á tomar el dinero antes que el almirante se lo llevase todo.

Les expliqué que no era como ellos suponían; que de lo que se trataba era de repartirlo todo entre ellos mismos; pero que para esta distribución, y para saber cuánto debía tocar á cada uno, era necesario contarlo primero, y que en esto precisamente se ocupaba el almirante cuando tuvo el aviso del proyecto de ellos.

El almirante, que estaba á mi lado, les aseguró por su parte, que yo nos les engañaba; con lo que nos pidieron perdón, arrimaron sus armas, y no hubo más novedad.

Volvimos á nuestro alojamiento, se acabó de contar el dinero, y se dió un peso á cada soldado, y una onza de oro á cada jefe y oficial.

Pero de nada sirvió el dinero, porque nada se hallaba de venta en todo el pueblo de Pampatar.

El coronel Bourke, con su batallón de infantería ligera, se situó en las inmediaciones de la plaza que ocupaba el regimiento Lanceros.

Le compré á este coronel, á peso de oro, un magnífico libro de *Táctica de infantería*, y establecí una academia para mis oficiales, y en poco tiempo tuvimos el cuerpo en el mejor estado de instrucción y disciplina.

Todos los días que un cuerpo de milicia descansa de

las fatigas de campaña, debe emplearlos en instruirse cuanto sea posible.

Lo sensible era la mortandad de nuestros militares, ocasionada, más que por el mal clima, por el pésimo alimento; con lo que todos los días pasaban algunos del cuartel al hospital, y los más del hospital al sepulcro.

¡Pobres hombres! Lejos de la patria y sin recurso alguno...

Un día de esos, murió también el coronel Bourke, primer jefe del batallón "Cundinamarca", y tomó el mando de este cuerpo el teniente coronel Foster.

El teniente coronel O'Lalor llegó también á Pampatar desde Juan Griego con una pequeña columna compuesta de los individuos de la legión inglesa, que habían regresado del malogrado ataque contra la fortaleza de Barcelona, en Costa Firme, frente á la isla de Margarita.

Seguíamos perdiendo oficiales y soldados, muertos en el hospital, siempre por causa de la malísima ración que teníamos.

No pocos oficiales murieron también en desafíos. Bebían demasiado vino—esto daba lugar á temerarias y acaloradas reyertas—y al día siguiente quedaba muerto uno de los contrincantes.

En el mes de Febrero de 1820 llegó á la Margarita el teniente coronel Mariano Montilla, de orden del general Bolívar, para llevarnos á Costa Firme en los buques de guerra estacionados en Juan Griego, al mando del almirante Bryon, en cuya compañía llegó el mencionado coronel.

Como ninguno de los individuos de la legión hablaba una sola palabra en castellano, ni yo tampoco lo comprendía, conversamos con Montilla en francés, que él lo hablaba perfectamente bien.

No perdió tiempo el almirante en tratar de sacar su provecho de la ocasión que se presentaba, y nos indicó que deseaba presentásemos un manifiesto, exponiendo una resolución de parte nuestra de ponernos á las órde-

nes de él. Yo no quise prestarme á ello, ni permití que ningún militar del cuerpo que mandaba se prestase tampoco á semejante insinuación.

Desde que esto aconteció, empecé á comprender que me hallaba en un país de intrigas.

El coronel Montilla lo supo todo, me habló sobre las aspiraciones del almirante Bryon, y se mostró altamente satisfecho de la subordinación de todos los de la legión irlandesa.

En los últimos días del mes de Febrero de 1820 se reunió toda la legión irlandesa y la compañía de la legión inglesa, á la cual se dió el nombre de «Piquete de tiradores», en Juan Griego, puerto en el que se debía efectuar el embarque á bordo de los buques de guerra de la escuadra al mando del almirante Luis Bryon.

Ignorábamos la dirección de esta expedición.

En conversación con el coronel Montilla en Juan Griego, me preguntó quién pagaba los gastos de la mesa en que había comido en Pampatar; le dije que yo los abonaba. Á esto observó que no era justo y que formase una cuenta del importe. Le contesté que no llevaba cuenta, que tenía bastante dinero, que éste era para gastar y que no podía haberlo ocupado mejor; que si él necesitaba, también tenía á su disposición algunos miles. Me dió las gracias aquel bizarro y caballeroso jefe.

CAPÍTULO II

Nos embarcamos para Río-Hacha.—Tiroteo en las baterías de un fuerte.—Horrible crueldad.—Las tortugas.—Plausible noticia.—Sigue la marcha.—Nuestros ingenieros alemanes.—En el territorio de los indios Guajiros.—El vejuco.—Arribo al valle de Upar.—Una partida de nuestra división, destruída por los indios.—Junta de guerra.—Contramarcha.—Combate de la Laguna Salada.—Descontento y motín en la legión.—Se me comisiona para conducir los soldados amotinados á Jamaica.—Mi entrevista con el almirante Bryon.—Carta del coronel Montilla.—Mi arribo á Kingston.—Muerte del coronel Aylmer.—Las montañas azules.—Regreso á Colombia.—En Barranquilla.—Felipe Braun.—Conozco al gran Bolívar.—Regreso del Libertador á Bogotá.—Las tropas españolas en Turpaco.—El conde Federico Adlercreutz.—Montilla regresa á Soledad.—El heroico y glorioso coronel Ayala.—Marcha á Sabana Grande.—Soy nombrado jefe de Estado Mayor de la división de operaciones mandada de Santa Marta por el Libertador.—Atravesamos el río Magdalena.—Combate y triunfo en San Carlos de la Fundación.—Me hospedo con el general Carreño en casa de la familia Collins.—El cabo Guzmán.—Sangrienta batalla de Ciénaga.—Entrada triunfal en Santa Marta.—Armisticio.—Tratados de Santa Ana.—Llegada de los generales Devereux y Mac-Gregor, mayor Power y capitán O'Connell.—La peste.—Los sitiados de Cartagena violan el armisticio.—Capitulación de un Cuerpo.—Victoria de Carabobo.—Refundición del "Batallón Rifles" y la "Legión británica".—El virrey Cruz Murgeón.—El general Juan José Flores.—Me marcho al sitio de Cartagena.—El coronel Montilla y el general Manrique.—Tristes reflexiones.

Toda la fuerza se embarcó en el puerto de Juan Griego, y después de estar á la vela la escuadra, supe por el capi-

tán Barbastro, del bergantín *Boyacá*, en el que ya me hallaba con una sección de mi regimiento, que nuestra dirección era á Río-Hacha.

No tardaron muchos días hasta estar frente á las baterías. Lo primero que distinguimos fué una torre redonda, sobre la que flameaba la bandera española. Inmediatamente abrimos un fuego nutrido sobre la torre y las casas de la ciudad, el que fué contestado por la batería sin interrupción en toda la tarde.

En la madrugada del día siguiente tuvimos orden de desembarcar y proceder al asalto.

El estruendo de las olas del mar sobre la playa era muy fuerte. La lancha en que yo iba fué la primera que llegó á la orilla. Dí una onza á un marinero para que me llevase á la espalda, á fin de evitar mojarme bastante en las aguas del mar. No quise, pues, seguir el ejemplo del rey de Suecia Carlos XII, que se tiró de la lancha y siguió con el agua al pecho al ataque de Copenhague.

En el momento de hallarme en tierra, con espada en mano y á la cabeza de mis soldados, me dirigí á la torre donde estaba flameando la bandera española. No hallé resistencia; la torre estaba abandonada.

Bajé en el acto la bandera enemiga y enarbolé en su lugar el estandarte de Lanceros, con el harpa de Irlanda al centro, oyéndose en el momento mismo una *salva* de todos los buques de la escuadra.

Todos los españoles y la mayor parte de los vecinos habían abandonado la ciudad.

Á poco rato llegó á tierra el almirante con el coronel Montilla y marchamos á la ciudad. Se acuarteló la tropa y luego se tocó orden general.

En uno de los artículos de ésta se imponía pena de muerte á cualquier individuo que entrase en una casa á robar. En menos de dos horas, después de comunicarse la «orden general», se tomó un soldado y un negro en una casa.

Sin forma ni figura de juicio se les hizo *sortear*, de-

biendo ser fusilado el infeliz que sacase el papel más corto. Haciendo la operación con infame trampa el oficial que tenía las *suertes* entre sus dedos, le tocó al desgraciado negro, que fué en el acto fusilado. ¡Horrible crueldad!

Se acuarteló la tropa en una plazuela, en distintas casas de la ciudad. Nuestras raciones se sacaban de los buques de guerra, que las habían traído de la isla de Margarita. Se encontró en los corrales de las casas muchas trojas de palo de Nicaragua, que constituye el comercio principal del lugar; el almirante se apoderó de todo este artículo, del cual debió haber sacado una gran suma de dinero, y con prontitud, porque en muy pocos días llegaron buques mercantes al puerto, y sus capitanes compraban el palo de Nicaragua para venderlo á los de Cuba, Santo Domingo, Jamaica y Puerto Rico, islas situadas todas al frente de la Costa Firme de Venezuela.

Para el ejército no había un real de sueldo. Yo compré de un buque mercante algunos pares de pantalones de brin, camisas y zapatos para los Lanceros; un poco de tabaco, algunos víveres y cajones de vino para mi mesa.

Siempre vivía conmigo en un mismo alojamiento el comandante general, coronel Guillermo Aylmer; pero sin tomar parte alguna en cosas de tropa ni de cuartel; porque se vió disgustado de todo desde el día de su llegada á la isla de Margarita, viendo que el general Devereux le había engañado en Irlanda, asegurándole el ascenso á general el día de su arribo y una tercera parte más del sueldo que el que se daba en el ejército inglés, y nada se cumplió.

Pocos días tuvimos de descanso en Río-Hacha; pero se aprovechó el tiempo en la instrucción de la tropa.

Aquí supimos que se destinaba la legión para el interior y debíamos incorporarnos con una División del ejército libertador, que mandaba el capitán general don Rafael Urdaneta.

Teníamos, pues, que transitar por el territorio de los

indios Guajiros, que habitaban sobre la Costa Firme, desde Río-Hacha hacia Maracaibo; indios muy valientes y enteramente decididos por la causa del rey de España, y que tenían todos ellos buenas armas y municiones, que conseguían en cambio del oro que producía su rico territorio.

Durante nuestra permanencia en Río-Hacha no recibimos otra ración que carne de tortuga.

Son tan grandes estas tortugas, que una sola basta para dar de comer á cien personas. Es un tamaño extraordinario el de estos animales. Se usaba de las conchas para cubrir las cumbres de algunas casas, bastando seis conchas para una cumbrera.

Un día tuvimos en ese lugar de Río-Hacha una plausible noticia: supimos la victoria obtenida en Boyacá por el general Bolívar el 17 de Agosto del año anterior (1819).

Esta batalla fué ganada en gran parte por el batallón inglés *Albión*, á las órdenes del coronel Mac-Intosh, siendo el segundo jefe el mayor Rooke, quien perdió un brazo en la acción.

Esta gran victoria abrió al general Bolívar la entrada en la ciudad de Santa Fe de Bogotá, capital de la Nueva Granada.

Á principio de Marzo (1820), emprendimos la marcha desde Río-Hacha, con el cuerpo de lanceros á pie, dispuestos en seis compañías, el batallón ligero de "Cundinamarca" y la compañía de tiradores, esta última al mando del teniente coronel O'Lalor. El batallón iba á las órdenes del mayor Ruud, y yo iba mandando lanceros, siendo siempre el coronel Aylmer el comandante general de la legión, el coronel Jackson jefe del Estado Mayor y todos conducidos por el coronel Mariano Montilla.

La fuerza era pequeña, pues solamente de mis lanceros, que al desembarcar en Margarita eran 800, al salir de Río-Hacha llegaban apenas á 261.

Los otros cuerpos sufrieron iguales pérdidas.

Llevábamos á la vanguardia una partida de ingenieros alemanes.

Nuestro camino era entre espesos bosques, hallando de distancia en distancia pueblitos de indios, todos realistas.

El primer pueblo que encontramos fué el de Moreno, y en seguida otro de mayor extensión, Fonseca, ocupado por jefes españoles. Aquí se nos hizo resistencia; de todas las ventanas de las casas y por todas las calles de la entrada hasta la plaza nos hacían un fuego sostenido, pero que felizmente no nos causó mucha pérdida.

Se acuarteló la tropa. El enemigo fugó por la retaguardia de las casas y se dirigió á los bosques, adonde no se le persiguió ya.

Al pasar lista faltaba toda la partida de ingenieros. Como éstos llevaban la vanguardía, entraban al pueblo por un camino distinto del que seguía la tropa; cayeron en una emboscada, y cuando se mandó desde la plaza un piquete á buscarlos, se halló que ninguno había escapado, encontrándose los cuerpos de todos ellos horriblemente descuartizados y mutilados.

La guerra era á muerte, y no se tomaba prisioneros ni de una ni de otra parte.

Al día siguiente continuamos la marcha, y llegamos á otro pueblo, llamado San Juan, en donde encontramos una resistencia mayor que la que se nos hizo al entrar en Fonseca.

Al penetrar por la calle principal, nos hacían fuego de las ventanas; mi caballo cayó de bruces: lo levanté por la rienda, pero muy apenas pude hacerlo llegar hasta la plaza.

Los enemigos abandonaron las casas, y pasaron el río, internándose en los bosques vecinos.

No se veían habitantes, porque quedando algunos, los enemigos los fusilaban, después de entrar en los pueblos que nosotros desocupábamos.

Al salir de San Juan á la cabeza de mi regimiento, tuve que marchar á pie, por haber muerto mi caballo, como he dicho.

Pagué á un soldado para que llevase mi silla, y á otro para que llevase mi hamaca y mi maleta.

El coronel Montilla, que estaba frente á su alojamiento, viendo desfilar la tropa, me preguntó por qué iba á pie, y habiéndole manifestado el motivo, ordenó que en el acto me trajesen su caballo de repuesto, en el que seguí la marcha hasta que encontré otro, pero muy inferior; porque el que me prestó Montilla era un hermosísimo animal de los llanos del Orinoco. Era su caballo de batalla.

La travesía por el territorio de los indios Guajiros era muy penosa.

Al pasar lista, después de llegar á una jornada, siempre faltaban soldados, rezagados por la sed; pues no se encontraba agua en el intermedio de una pascana á otra; se mandaban partidas á recogerlos, pero jamás se trajo á ninguno de estos pobres rezagados; los que iban á buscarlos los hallaban en los caminos asesinados y mutilados del modo más horrible.

Se pernoctó en una ranchería de estos indios, llamada Soldado.

En un ranchito de éstos, estábamos comiendo con el coronel Montilla un pedazo de carne hervida sin sal ni otro condimento, teniendo por mantel una hoja de plátano tendida sobre el suelo, cuando entró el ayudante de mi regimiento á avisarme que una culebra había picado en el pie á uno de mis soldados. Dejamos la comida, y nos fuimos á ver al herido; lo encontramos muy mal, con fuertes dolores, arrojando sangre por la boca, nariz y oídos, teniendo además convulsiones.

El coronel Montilla, á cuyo lado estaba el indio dueño de la casita que ocupábamos, le dijo á éste, por medio de un intérprete, que lo haría fusilar si no curaba al enfermo.

El indio se ausentó entonces con un soldado, y regresó luego trayendo un pedazo de una cosa que parecía raíz. Raspó parte de esto sobre la picada, y tapó la herida con un trapo, dándole también á beber esta misma raíz en

agua caliente, después de estrujada. Poco rato después el soldado estaba perfectamente sano.

Al día siguiente, en marcha, Montilla me contó la historia del remedio de que se sirvió el indio para curar la tan peligrosa picada de esa culebra, en estos términos: Un hombre iba á la plaza de Maracaibo á comprarse comestibles; pasando por la orilla de la laguna, vió unos Guacamayos jugando con estas culebras, y otros que se dirigían á unos altos árboles inmediatos, en los cuales se enredaba la planta medicinal conocida con el nombre de *Vejuco*: observó que los Guacamayos rompían el vejuco con el pico y se untaban todo el cuerpo con el jugo; luego regresaban á la orilla de la laguna, y las culebras salían inmediatamente á acariciarlos. El hombre aquél, viendo esto, hizo la misma operación con el jugo de vejuco que halló y se acercó á la mencionada laguna: en el acto, las culebras empezaron á enroscársele por las piernas y los brazos.

De este modo se entró en la ciudad, donde á poco rato, dos alguaciles de la Inquisición lo llevaron á lo de los inquisidores, quienes dispusieron que luego se le castigue como á *hechicero*, pues tal lo declararon.

Aquel pobre individuo, contó ingenuamente toda la ocurrencia, y propuso á los inquisidores mandasen con él á los dos alguaciles, y si resultaba falsa la narración, se sometía al castigo.

Efectivamente, los dos agentes se marcharon con él y en poco tiempo regresaron al palacio de la Inquisición cubiertos de culebras, y el descubridor de este secreto salvó su vida.

Pero, continuó el coronel Montill, el descubimiento fué un inmenso beneficio para nosotros todos los hacendados de Caracas, porque anteriormente á este suceso, morían muchos esclavos de los trabajos con las picadas de estos reptiles, y desde que se publicó este maravilloso descubrimiento, no muere ninguno de este accidente. Hicimos inocular á todos los trabajadores y yo mismo (dijo) me

hice inocular en el muslo el vejuco, al que se ha dado aqui el nombre de *Guaco*.

Seguimos la marcha haciendo jornadas cortas en pueblecillos de indios bárbaros, siempre hostilizados, y por haciendas de españoles que cultivaban caña de azúcar, hasta llegar á la ciudad del Valle de Upar, la que encontramos sin un solo habitante, pues todos ellos se habín refugiado en los bosques inmediatos.

Allí se acuarteló la división y nos dedicamos tarde y mañana á la instrucción de la tropa en la plaza.

Á los pocos días después de nuestra llegada á dicha ciudad, el general Montilla tuvo noticia de que los enemigos estaban concentrándose en un lugar cercano, llamado Molinos. Con tal motivo se emprendió una marcha al día siguiente en esa dirección, pero no se encontró sino algunas emboscadas de indios, por lo que nos regresamos.

Llegamos á la ciudad y recibimos este parte: había sido sorprendida en el pueblo de Moreno, cerca de Río-Hacha, una partida de nuestra división que venía á incorporarse trayendo algunas altas del hospital. Los indios habían quemado las casitas en que se alojaron y dormían aquella noche, y aun cuando se hizo toda resistencia posible, la partida quedó destruída. El capitán de Lanceros Murray fué casi decapitado, y en ese miserable estado pudo regresar á Río-Hacha.

Tres días después de haberse recibido tan triste parte, el coronel Montilla, comandante en jefe de la división, convocó una junta de guerra de todos los jefes. Jackson, jefe del Estado Mayor, nos explicó luego el motivo que tenía el comandante en jefe para convocar dicha junta, y aun se avanzó hasta el punto de darnos á entender las miras del señor comandante, esforzándose con todos para que diésemos nuestro voto por el regreso de la división á Río-Hacha.

Por fin tuvo lugar la reunión de todos los jefes en el alojamiento del coronel Montilla, sirviendo de intérprete el jefe del Estado Mayor, y se nos expuso que, á conse-

cuencia de lo ocurrido en Moreno, estábamos cortados de toda comunicación con la escuadra y con nuestros recursos; que por noticias positivas que se habían adquirido, el enemigo se hallaba con fuerza superior á la nuestra y ocupando el territorio por donde debíamos avanzar desde el valle de Upar; que la orden que se tenía del general Bolívar era de conducir la división hasta incorporarla con la división de la guardia, al mando del benemérito general Rafael Urdaneta; pero que viendo su retaguardia cortada, y la fuerza enemiga al frente, se nos había convocado en junta de guerra, con el objeto de conocer nuestra opinión sobre si debíamos continuar la marcha al objeto de nuestro destino, ó contramarchar á Río-Hacha.

Todos los jefes, influídos desde el día anterior por el jefe del Estado Mayor, opinaron por el regreso inmediato. Cuando á mí me tocó dar mi voto, me expresé en términos contrarios á la opinión de los demás jefes. Expuse al comandante en jefe que los soldados estaban contentos y muy dispuestos á continuar la marcha, venciendo cualquier obstáculo que se presentase; pero que si se emprendía una contramarcha, no respondía de mi parte por la conservación del orden de la disciplina, ni de la suerte ulterior de la división; asegurando al comandante en jefe que conocía á los irlandeses mejor que él, y que el resultado le haría ver la verdad. Como mi voto era singular, no teniendo ni un jefe que lo apoyase, se emprendió la retirada al día siguiente.

No bien habíamos salido de la última calle del pueblo, cuando ya se empezó á notar desorden en la marcha, y muchas voces entre los soldados, quejándose por esta retirada.

Á nuestra llegada á Moreno encontramos las casas quemadas; oficiales y soldados muertos, asados materialmente dentro de esas casas, y once cadáveres de indios en las calles. Esa misma tarde hicimos sepultar todos los cadáveres.

Apenas llegada la división de regreso á Río-Hacha, el

enemigo, que dijo el comandante en jefe en la junta de guerra que se reunió en el valle de Upar, estaba reuniéndose á vanguardia para impedir la marcha adelante, apareció en las inmediaciones de la ciudad.

Una mañana, el 20 de Marzo de 1820, el comandante en jefe mandó á un edecán suyo con dos de los ordenanzas montados al reconocimiento de sus avanzadas. Una partida de éstos corrió á los reconocedores, y lancearon á los ordenanzas en la pampa inmediata á una de las bocacalles de la ciudad.

Cuando regresó el edecán con este aviso, se mandó tocar llamada. Ningún cuerpo de la división salió de sus cuarteles á la plaza de armas, á excepción de Lanceros en poco número, porque parte del regimiento se hallaba de servicio sobre la costa abajo; pero, en fin, se reunieron 170 hombres.

Entonces me dirigí al alojamiento del coronel Montilla, y le dije que mi regimiento estaba formado. Él supo que los otros cuerpos no querían salir de sus cuarteles. Le persuadí á que marchásemos á ver á esos enemigos, y salimos al campo de la Laguna Salada, donde descubrimos al enemigo al frente, formado en línea de batalla, en una posición llana; su izquierda apoyada sobre la orilla del lago, y su derecha compuesta de 400 hombres de caballería sobre un bosque espeso.

Formé mi pequeña fuerza en columna, con las dos piezas de artillería sobre los flancos, y llegando á distancia de unas trescientas varas del enemigo, mandé romper el fuego, siempre avanzando la pequeña columna, y mientras la artillería servida por artilleros ingleses tiraba sin intermisión, hasta que los cañones quedaron atrás por falta de hombres que sirviesen las piezas. Parece que todos los tiros del enemigo eran dirigidos á imponer silencio á nuestra artillería.

Avanzando la columna con fuego continuado y bien sostenido, se redobló el paso, y acercándose á la línea de ellos, soltaron los lanceros el *hurrah* y *á la bayoneta,* en

medio de un humo tan denso, que nada nos permitía ver. Por fin llegamos á la misma línea que ocupaba el enemigo, y no encontramos más que sus muertos en el tiroteo.

El comandante en jefe era el único montado: yo estaba á pie, como los demás.

No se nos permitió seguir el triunfo. No teníamos caballería, y los bosques por donde fugó el enemigo, eran muy espesos. Quizá esta negativa fué dictada por la prudencia; pero los soldados querían seguir la persecución.

El comandante en jefe, acercándose á mí, me expresó su admiración por nuestro hecho de armas, que le pareció un verdadero prodigio. Me dijo que si tuviese facultades de Bolívar, me haría en el acto general de los ejércitos de la patria, en ese mismo campo. Le dí las gracias por ello, y le dije que era la primera acción de guerra formal que había visto en mi vida, y que me parecía no haber hecho otra cosa que cumplir mi deber.

Regresamos victoriosos á la ciudad, y al aproximarnos, encontramos la hermosa banda de mi regimiento, que el almirante Bryon nos hizo el favor de mandar, para que marchase adelante de la columna hasta la plaza de armas, de donde había salido por la mañana.

Conversando aquella tarde con el coronel Montilla, en reunión con otros jefes y oficiales, manifestó su pesar de haber regresado desde el valle de Upar, y dijo que no tenía idea de la clase de soldados que habían sido los irlandeses; que quedó admirado verdaderamente cuando oyó mi voz de desplegar en batalla la columna tan pequeña, y cargar á la bayoneta en medio del humo, hasta la misma línea que ocupaba el enemigo, en la cual hallamos más de cuarenta cadáveres; que no creía posible semejante maniobra, pero que ya estaba probado que la división se hubiera abierto paso por cualquier número de españoles, y concluyó repitiendo que sentiría toda su vida el haber contramarchado.

Desde el regreso de los lanceros, victoriosos en el primer encuentro formal con los enemigos en número de

1.700 hombres, mientras que no salieron al combate por nuestra parte sino 170, los otros cuerpos de la legión estaban envidiosos de los lanceros, cuando podían haber salido con ellos si hubiesen querido.

Siguieron así hasta el 24 del mes, en que yo estaba nombrado jefe de día, inspeccionando por la tarde la fuerza que debía marchar á relevar los puestos avanzados en lo plaza de armas, pasando por frente de la línea que estaba formada, un soldado de «Tiradores» botó su fusil, en segunda fila: la bala pasó por el pecho de mi casaca, llevándose un buen pedazo de paño; pero pasé adelante, sin hacer caso de la ocurrencia.

Amaneció el día 25: monté á caballo muy de madrugada para visitar los puestos avanzados. Me adelanté más hasta oir al enemigo en sus avanzadas haciendo leña. De vuelta en la ciudad, dí parte al comandante en jefe que el enemigo había vuelto á ocupar su anteriores posiciones, y que tenía una avanzada gruesa á la izquierda nuestra, y sobre la derecha de su caballería apoyada contra el bosque, y en la posición que ocupaba el día 20.

Inmediatamente el comandante en jefe hizo llamar á los jefes de los otros cuerpos, y les preguntó si podían contar con la subordinación de sus soldados; pues que, según parte dado por el jefe de día, los enemigos se hallaban otra vez en las inmediaciones de la ciudad. Pidieron los jefes tiempo para ir á sus cuarteles á cerciorarse de la disposición en que se hallaba la tropa. Yo me quedé con el coronel Montilla, porque contaba con «lanceros», cuerpo en el que tenía toda mi confianza.

Regresaron los jefes, teniente coronel O'Lalor y mayor Ruud, asegurando que los soldados de sus respectivos cuerpos «Tiradores» y «Cundinamarca» estaban dispuestos á salir al encuentro del enemigo. En el acto se mandó tocar *generala*, y los demás toques consecutivos, y todos los cuerpos de la legión se formaron en sus respectivos terrenos.

Durante la ausencia de la legión en el valle de Upar,

el coronel Padilla, comandante de uno de los buques de la escuadra, quo trajo la expedición hasta la isla de Margarita, había levantado y organizado un pequeño cuerpo de los naturales de Río-Hacha, que pudo reclutar, y después de nuestro regreso, se formó una compañía de marineros, el mando de la cual se dió al coronel Jackson, y el coronel Eduardo Stofford fué nombrado jefe de Estado Mayor de la división.

Ese mismo día 25 de Marzo salió la división por la mañana de la ciudad. Llevaba la vanguardia la compañía de marineros, después el cuerpo de Río-Hacha, Cundinamarca y Tiradores al centro, y los Lanceros cubrían la retaguardía.

Marchó la columna por subdivisiones, por la pampa de Laguna Salada, inclinando hacia la dirección en que dí parte al comandante en jefe haber oído los hachazos en esa madrugada, cuando repentinamente se oyó una descarga del enemigo, en la que nos mató 30 hombres de la compañía de marineros.

El capitán Lister, de Lanceros, que el comandante en jefe había sacado para servirle de ayudante de campo, recibió tres balazos en la primera descarga al lado del comandante en jefe.

Inmediatamente llegó el jefe del Estado Mayor, mandado por el coronel Montilla á preguntarme si debíamos avanzar.

Al oir la pregunta, separé mis lanceros de la columna por el flanco derecho, y me dirigí al paso de trote á tomar la emboscada por el flanco. Llegando á corta distancia del enemigo, que se nos presentó á la vista, haciendo fuego á la vanguardia siempre, con una descarga de lanceros, se desocupó la emboscada, cesando el fuego. La columna continuó la marcha por un camino angosto con bosques. Aquí hallamos al enemigo formado en línea, con sus cazadores sobre ambos flancos.

En el momento de avanzar en la llanura, el coronel Aylmer recibió una herida de bala de uno de los cazado-

res apostados en el bosque, y yo otro balazo en el hombro derecho, pero de ninguna gravedad.

No se detuvo la columna. Se desplegó en batalla y á la bayoneta y con el terrible *hurrah* se llegó á la línea enemiga, que encontramos, como el día 20, desocupada del todo, menos de los muertos y mal heridos, algunos barriles de aguardiente y algunas cabezas de ganado. La tropa gritaba desesperada para que se le dejase perseguir al enemigo en dispersión.

El comandante en jefe no lo tuvo por prudente, y regresamos á la ciudad. En la marcha de regreso se reconoció la emboscada en la cual hallamos 37 muertos con su comandante. Nos dijo el coronel Montilla que esta fuerza era parte de un refuerzo que llegó para los realistas el dia anterior desde Maracaibo.

En toda la marcha no se oyó más que gritos de descontento entre los soldados, por no habérseles permitido perseguir al enemigo; que estaban cansados de marchar por un país sin agua para beber, y juraron no volver á dar un paso á no ser á las órdenes y disposición de sus propios jefes, que los generales del país no querían vencer como soldados, y cuando llegaron á sus cuarteles, siguieron con sus mismas quejas, añadiendo que no se les había cumplido el trato que se hizo con ellos, que no se les había dado un real de sueldo desde que salieron de su patria; y esto por cierto no era ni más ni menos de la verdad; pero entre los lanceros no se oyó ni una palabra de descontento.

Los soldados de los otros cuerpos insistieron en que se les mandase á alguna isla inglesa.

Al siguiente día el coronel Montilla, acompañado de los jefes y oficiales de los cuerpos, se dirigió á los cuarteles y habló, por medio del intérprete coronel Jackson, á los soldados de Tiradores y de Cundinamarca: le contestaron con las mismas palabras y quejas del día anterior, y todos reclamaron su regreso á la patria. Se retiró el coronel Montilla asegurándoles que haría todo cuanto

estaba de su parte para desprenderse de ellos, supuesto que así lo querían.

Se dirigió á mí y me dijo que era necesario ir al cuartel de Lanceros, y me encargó les diese á todos las gracias en nombre de él y de la patria.

En seguida se procedió al embarco de todos los buques mercantes que estaban formados en el puerto, esperando conseguir cargamento da palo de Nicaragua, y se embarcó la tropa en esos buques, con orden de dirigirse á la isla inglesa de Jamaica. Los Lanceros cubrieron el embarque de la otra parte sublevada de la legión.

Algunos marineros de la escuadra empezaron de noche á saquear las casas y después pegaron fuego á la ciudadela. Yo ocupaba la torre mayor sobre la plaza, y me embarqué el día siguiente por la mañana en la última lancha, llevando en mi hamaca á mi amigo el coronel Aylmer gravemente enfermo. Estando á bordo del buque al que me llevó la lancha, con los Lanceros que quedaron conmigo hasta los últimos momentos, llegó á bordo del mismo buque un ayudante de campo del coronel Montilla y me entregó una carta suya muy satisfactoria en otras circunstancias.

La carta escrita en inglés, de letra de su ayudante el capitán Lister y firmada por el coronel comante en jefe.

Con el mismo oficial que me trajo la carta, me dirigí al buque que tenía el gallardete del almirante Bryon, por estar el coronel Montilla á bordo del mismo. Me dió á entender en nuestra entrevista, que quería que el coronel Stofford y yo nos encargásemos de la comisión, con instrucciones de él, para entregar la tropa amotinada al gobierno inglés en Jamaica. Me dijo que no tenía un peso que darnos para el desempeño de nuestra comisión; pero me ofreció la guarnición de oro de una espada que le había regalado el sargento Burke, de Lanceros, en el valle de Upar, y otras prendas también de oro. Le dije que todavía no se había acabado el dinero que traje, que tenía

bastante, y aun le ofrecí alguna parte, á lo que se negó agradeciéndome.

Antes de separarnos del comandante en jefe, le dije que los lanceros no se habian prestado al motín, y le propuse me permitiera registrar los transportes, sacar los Lanceros de ellos, y transportarlos á los buques de guerra de la escuadra. Me dió el permiso con todo su gusto, asegurándome que cuidaría bien á mis fieles Lanceros hasta mi regreso de Jamaica.

Hice todo lo que pude todo el día para separar los Lanceros y llevarlos á los buques que se quedaban; pero muchos se negaron, principalmente jefes y oficiales, que estaban muy disgustados con el perjuicio que habíamos sufrido: entre ellos el joven mayor Bourne, el mayor Clinton, el capitán O'Brien y muchos otros. Busqué también en los buques de la escuadra los cajones de herramienta de zapa y mina, de maestranza de artillería y de armería que había traído de mi país, que me costaron dos mil quinientos pesos, y quedaron en los buques de guerra de la escuadra, desde mi llegada á la isla de Margarita, sin jamás haber podido desembarcar los cajones grandes. No encontré más que uno de los cajones más livianos con herramienta de armería, el que hice transportar al buque que me llevó á Jamaica.

Á mi llegada al puerto de Kingston, la tropa amotinada se desembarcó. Busqué un alojamisnto para mi compañero el coronel Aylmer, y en él me acomodé con el coronel Stofford y el teniente coronel Hopkirck.

Se reunió el Cuerpo Municipal de Kingston, ante el cual me presenté y expliqué el motivo de la llegada de la tropa de la legión inglesa é irlandesa. Á consecuencia de mi relación se dispuso fuesen embarcados todos para el Canadá por cuenta del gobierno inglés.

Me presenté en seguida al señor Home Paphan, almirante de la estación naval. Me hizo muchas preguntas sobre el estado de la guerra, sobre las marchas y contramarchas que habíamos hecho, y sobre el trato que se

daba á los oficiales y tropa, y por mis contestaciones, no extrañaba que hubiesen reclamado su regreso á la bandera inglesa.

El coronel Aylmer murió á los pocos días de nuestra llegada á Kingston, y sus restos fueron sepultados con la decencia posible, pagando yo todos los gastos, cuya suma pasó de 500 pesos. Inmediatamente dí aviso de su muerte á su familia en Irlanda.

Regresó el teniente coronel Hopkirck á Inglaterra, y yo me acomodé en casa de un caballero escocés, Mr. Grimshaw, hasta que llegó una goleta mandada por el coronel Montilla, para llevar al coronel Stofford y á mí á la Costa Firme. Durante mi permanencia en Jamaica, me entretenía con mi escopeta, cazando en las *Montañas Azules* y visitando diferentes lugares de aquella isla.

Conocí algunas de esas hermosas haciendas de azúcar y café, que allí se encuentran; establecimientos muy costosos y bellos, con hospitales y todas las oficinas necesarias; todo con mucha comodidad y de mucho lujo.

Allí vendí á un judío el cajón de herramientas de armería en 32 pesos, cuando á mí me había costado en Irlanda más de 300.

Emprendimos la marcha y llegamos á Barranquilla en la provincia de Cartagena. Aquí supimos que el coronel Montilla, encontrando esta provincia menos realista que la de Río-Hacha, había desembarcado á los Lanceros, proporcionándoles caballos por la primera vez; y con aquéllos y los voluntarios del país, puso sitio á la plaza fuerte de Cartagena de Indias, estableciendo su cuartel general en Turbaco.

Cuando llegamos á Barranquilla, se hallaban allí el almirante Bryon, el coronel Montilla y varios otros jefes y oficiales. Nos alojamos en casa de un caballero alemán, señor Chockman, con quien vivía un joven comerciante de la isla de Curaçao, Zeigler, y en la misma casa encontramos también á un joven recientemente llegado de la isla Santo Domingo, llamado Felipe Braun.

En estos días llegó á Barranquilla el general Bolívar con sus edecanes; su permanencia allí fué muy corta, pues en breves días regresó para Bogotá. Reconvino á Montilla por haberse desprendido de los irlandeses, y en esto tuvo mucha razón el ilustre libertador.

El gobernador de la plaza de Cartagena, teniendo aviso de la llegada de Bolívar á la costa y que sin duda visitaría el punto de Turbaco, cuartel general de los sitiadores, dispuso una salida. La tropa española llegó efectivamente á la plaza de Turbaco, con arma en mano y mató á bayoneta á todas las mujeres y criaturas indefensas que encontró en las calles y se retiró sin lograr el objeto que el gobierno se había propuesto.

Esto aconteció durante la ausencia del coronel Montilla en Barranquilla.

Á este tiempo llegó el coronel, conde Federico Adlercreutz, sueco de nación, á quien el Libertador admitió al servicio en esta clase y lo recomendó mucho al coronel Montilla, para que sirviese á su lado. Este era el jefe más instruído y más completo de cuantos habían venido á Colombia. Muy pronto nos hicimos amigos y continuamos de compañeros por algún tiempo.

Al irse Bolívar de Barranquilla, el coronel Montilla se situó en un pueblo llamado Soledad, á las dos leguas de distancia. Estando allí, me escribió avisándome que la escuadra española estaba á la vela, en dirección al puerto de Sabanilla, y me ordenaba saliese sin demora á reconocerla.

Sabanilla dista nueve leguas de Barranquilla. Á mi llegada no pude obtener noticia alguna de la escuadra. Regresé, é inmediatamente se lo comuniqué por parte oficial, y muy luego recibí su contestación, diciéndome que había yo andado más ligero que los buques y mandándome volver al puerto para informarme bien. Para esta comisión me había prestado un hermoso caballito de tres años, muy brioso, en el mismo que regresé á Barranquilla al anochecer.

Al entrar en el patío de casa, me encontré con don Felipe Braun, quien me dijo hiciese la prueba de tocar con la espuela al caballo: así lo hice y se levantó en dos pies, poniéndose de un salto en el lado opuesto del patio. Ese animal había andado treinta y seis leguas el día anterior, sin descansar. Al día siguiente me lo compré en 52 pesos. En el acto de contar el dinero, me dijo el señor Zeigler que si necesitaba plata, me la proporcionaría, si yo le daba una letra abonable en Londres, de donde él había salido debiendo 8.500 pesos. Aunque por entonces no me faltaba dinero, la proposición me pareció magnífica y le dí una carta para mi padrino Sir Francisco Burdett, en Londres, por toda esa cantidad. Después me avisó que había sido pagado sin demora de quince minutos.

Á pocos días el coronel Montilla marchó para Turbaco: el conde de Adlercreutz y yo le acompañamos con otros oficiales de su Estado Mayor.

El sitio de Gartagena seguía con poca actividad. Se relevaban las avanzadas sobre las inmediaciones de la plaza, con 25 hombres, de ocho en ocho días, pero no regresaba la mitad á Turbaco. En esta plaza estaba haciendo servicio el batallón *Alto Magdalena*, al mando del teniente coronel Maza.

El coronel Montilla permaneció poco tiempo en Turbaco y se regresó á Soledad, dejando el mando al viejo coronel Ayala, salvado del terremoto de Caracas, con la columna vertebral rota, el año de 1812.

Estando el coronel Montilla en Soledad, y yo en Barranquilla, recibí una carta de él en la que me decía que muy pronto quedaría sin mis lanceros, y que no se podía reclutar en el país por ser ellos extranjeros; que venía en marcha desde Bogotá una división de operaciones, mandada por el general Bolívar, de Santa Marta, pueblo el más realista de todo el territorio de Colombia, separado del departamento de Cartagena por el río Magdalena. Decía también que el comandante en jefe de dicha división, coronel Jacinto Lara, se había enfermado en el ca-

mino, y que el jefe de Estado Mayor, Carreño, había tomado el mando; que había llegado la división á Sabana Grande, á esperar órdenes de él (Montilla), como comandante en jefe del ejército del Norte, y me proponía, que si gustaba le acompañase á Sabana Grande, al día siguiente, y que me haría reconocer como jefe de Estado Mayor de esa división.

No trepidé un momento en montar á caballo y presentarme á él en Soledad. Pasamos la noche allí; y al siguiente día llegamos á Sabana Grande, sus dos jefes y muchos capitanes y subalternos irlandeses y toda la tropa colombiana.

El único cuerpo entero de la división de operaciones sobre Santa Marta era éste; el resto se componía de compañías sueltas de batallones que habían quedado en esqueleto en las campañas y acciones de guerra; una compañía del batallón de Colombia, otra de Pamplona, otra del de Flanqueadores de la Guardia y un escuadrón de Guías.

La misma tarde de mi llegada á Sabana Grande con el coronel Montilla, fuí dado á reconocer en la orden general del día, como jefe del Estado Mayor de la división, y me senté como en mi casa en medio de mis paisanos.

Allí estaban el primer jefe teniente coronel Arturo Sandez y el mayor Peacock.

No perdimos tiempo en hacer pasar la división por el Río Magdalena en lanchas cañoneras á las órdenes del capitán Carboneau.

Llegamos á la orilla opuesta, territorio del departamento de Santa Marta, y el comandante en jefe se nos despidió para regresar al sitio de Cartagena.

Pasamos la primera noche cerca de la orilla del río en una ranchería, molestados por la indecible abundancia de mosquitos que había allí, y al día siguiente se continuó la marcha por los bañados del río, por terrenos llanos y montuosos. Los soldados de infantería, con el agua hasta el pecho por largos trayectos y con mucha repetición de ellos.

Á la primera jornada hallamos buena carne de vacas que habían sido volteadas por una partida del escuadrón Guías, que llevábamos. Esta partida se adelantaba al romper la marcha cada día, recorría los bosques, y donde encontraba ganado, lo arreaba á la jornada y tenía la carne en estado de partirla á la tropa á su llegada.

Nuestra única ración en esta campaña era una libra y media de esta carne sin sal; no teníamos pan ni recibíamos sueldo alguno.

Después de algunos días de marcha muy penosa, llegó la división de operaciones á San Carlos de la Fundación, punto ocupado por los españoles y del cual nos posesionamos después de una hora de combate, defendiéndose el enemigo, como último recurso, detrás de las paredes de piedra en las inmediaciones de la población. El triunfo fué completo. No se tomó prisioneros porque la guerra era á muerte.

El comandante general Carreño se alojó en una de las casas de la plaza, y yo en la misma. En ésta encontré algunos libros ingleses, siendo la casa de una familia Collins, de la colonia formada por orden del rey Carlos III.

Yo pude salvar á algunos de las bayonetas de nuestros soldados, teniendo que servirme muchas veces de fuerza y amenazas; porque nuestros soldados no querían por nada españoles entre ellos, hombres de los cuales algunos sabían leer y escribir y podían llegar á ser cabos y sargentos, cosa que causaba mucho disgusto en nuestro ejército.

La mañana después del combate empezaron á llegar los pobladores á sus casas: el señor Collins y su familia á la casa que nosotros ocupábamos. Se presentó Collins con una de sus hijas al comandante general Carreño, quien, no pudiendo comprender una sola palabra de las que ellos pronunciaban, los mandó al cuarto que yo ocupaba para saber si ellos hablaban en inglés; pero yo tampoco pude entender su lengua. El teniente coronel Sandez, del batallón «Rifles», que estaba en mi cuarto, les habló unas cuantas palabras en irlandés; pero ellos no entendían lo

que les decía, y todos quedamos, como vulgarmente dicen, en ayunas.

El cabo Guzmán, del escuadrón Guías, entró en el pueblo trayendo prisionero de guerra al Vicario General del general español Morillo, por nombre Brillabrilla, á quien después de tomarle declaración, lo mandé á Cartagena á disposición del coronel Montilla, y la división siguió adelante la marcha con dirección á la Ciénaga de Santa Marta, distante todavía algunos días de camino.

Entre los papeles tomados al Vicario General señor Brillabilla se encontró un cuadernito en que se hallaban los nombres de todos los indios guajiros que él había bautizado, siendo el padrino el rey Carlos IV, cuaderno que hasta hoy conservo en mi poder.

No se había marchado muchos días, cuando el comandante general tuvo noticias de sus espías, que el enemigo estaba á nuestra vanguardia y dispuesto á disputarnos el terreno. En consecuencia, se dispuso el orden de marcha para el día siguiente en la orden del día, y se nombró la primera compañía da "Rifles" de vanguardia con orden expresa de no adelantarse más de tres cuadras de la división, la cual marchaba con todas las precauciones necesarias; pero el comandante Manuel León, que mandaba esta compañía, se había adelantado cerca de un cuarto de legua. Oímos tiros á vanguardia, se apresuró la marcha, y llegó la división al Río Frío, donde encontramos al enemigo parapetado sobre la orilla opuesta, que estaba defendida por una barranca perpendicular, frente á la cual llegamos, mientras por nuestro lado el río era de playa extendida, y algunos de nuestros soldados estaban ya muertos sobre la playa.

El comandante general mandó inmediatamente al teniente Alcalá con una media compañía río abajo á buscar un paso cómodo para subir por la orilla opuesta, flanqueando la posición que ocupaba el enemigo.

Esta operación tuvo el resultado que se proponía. El enemigo, viéndose flanqueado, abandonó su posición, di-

rigiéndose á la Ciénaga, distante 17 leguas de la ciudad de Santa Marta, y dos leguas cortas del campo de batalla sobre el Río Frío.

La noche de esta batalla presencié una cosa que me horrorizó. Quedaron en el campo dos españoles malheridos, sin poder moverse: un edecán del comandante general se acercó á éste, estando yo sentado en el suelo, á su lado, y le pidió permiso para degollar á estos dos heridos; yo me opuse en vano á esta barbaridad; pero el famoso edecán obtuvo el permiso y se fué muy contento á satisfacer su gusto.

Al día siguiente, antes de emprender la marcha, me dijo este mismo edecán, por apellido Hormachea, que había hecho colgar á los prisioneros cabeza abajo sobre la barranca del río, que en esta posición les cortó las cabezas á sablazos, y tras de cada cabeza el cuerpo al río. ¡Qué tal edecán! Y semejantes á éste hay muchos, por desgracia, en los ejércitos.

Seguimos la marcha el día después del combate del Río Frío, y en muy poco tiempo llegó la división de operaciones á vista del pueblo de la Ciénaga de Santa Marta, el que estaba defendido por un foso y palizada de palo á pique, con baterías de artillería de distancia en distancia, detrás de la palizada, y ésta muy larga.

En la división no había una sola pieza de artillería. El comandante me dió el mando del ala izquierda y él tomó el de la derecha, y adelante la división haciendo un fuego sostenido y sin saber la suerte que nos aguardaba; pero, al acercarnos al foso, la fuerza enemiga, en número más que doble de la nuestra, y quizá valida de esto, dejó la palizada y se lanzó sobre nosotros en una playa llana y arenosa, hasta llegar á la bayoneta. El resultado no era dudoso: todos ellos murieron, y con ellos muchas mujeres, que salieron de las trincheras siguiendo á los soldados, con munición de repuesto. Duró el choque poco menos de una hora, y cesó el fuego. El batallón *Alto Magdalena* no estaba á la vista, ni llegó hasta mucho des-

pués de la batalla. Lo que hubo fué que el gobernador de Santa Marta mandó á la Ciénaga algunos barriles de aguardiente para entusiasmar á la tropa, y con esto se embriagaron todos, y se nos vinieron encima como tigres, á encontrar una muerte segura. Esta es la relación verídica y exacta de la tan sangrienta batalla de la Ciénaga de Santa Marta, que tuvo lugar el día 12 de Noviembre de 1820.

Dos acciones se habían empeñado en este mismo sitio anteriormente por la causa de la independencia, y las dos se malograron. En la última el teniente coronel Chatillon, que mandaba las fuerzas patriotas, se dió un pistoletazo al verse derrotado.

Faltando brazos para poder enterrar á los muertos en la gran batalla de que hablo, se tuvo que amontonar los cadáveres en el mismo sitio del combate, y quemarlos con sus mismas palizadas.

En la tarde de aquel recio combate, el comandante general Carreño, después de redactar personalmente el parte de la victoria, para mandarlo al cuartel general de Bogotá, me dió orden de marchar con un cabo y cuatro lanceros á Santa Marta, á intimar la rendición de la plaza. Partí, alcancé y pasé en el camino al batallón *Alto Magdalena,* despachado antes para la ciudad.

La rendición que debía intimar era muy sencilla. El gobernador español, Porras, se embarcó para Cartagena, tan luego como le llegara el parte de la derrota de sus fuerzas. Se nombró un gobernador por el cabildo, y á mi llegada, que tuvo lugar después de la media noche, encontré al nuevo gobernador y á todos los notables de la ciudad reunidos en un baile y todos muy alegres.

El almirante de la escuadra colombiana, capitán general Luis Bryon, desembarcó en el puerto de Santa Marta el día después de mi llegada y á los dos días el comandante general Carreño, con la división vencedora; pero, como empezaron á morir tantos de nuestros soldados en el hospital, fué necesario hacer regresar la división á la

Ciénaga, por ser de mejor temperamento, pues Santa Marta tiene un clima muy mal sano, particularmente para los forasteros.

Tuvo lugar una solemne misa de gracias en la Catedral, á la que asistió el señor Obispo, el mismo que falleció dos días después.

El coronel Mariano Montilla, comandante en jefe del ejército del Norte, llegó á visitarnos á los pocos días de haber recibido el parte de la espléndida victoria de la Ciénaga, dejando el mando del sitio de Cartagena al bravo Coronel Ayala. El conde Federico de Adlercreutz acompañó al coronel Montilla, y volví á reunirme con este querido amigo y compañero.

Se reunieron en la ciudad algunos jefes del ejército libertador, como los coroneles Carmona, Montesdeoca y otros. Empezaron á llegar también al puerto algunos buques mercantes, y se depositó en la Aduana algún dinero de resultas de los muy subidos derechos, que se impusieron por ser el primer puerto abierto por la causa de la patria.

En estos primeros días llegó un teniente coronel de caballería del ejército del Rey á hacernos saber el armisticio tratado entre el Libertador y Morillo, general en jefe del ejército real, y propuesto por éste, á consecuencia de la espantosa mortandad que tuvo lugar en el campo de batalla de la Ciénaga. El general español, en estos tratados, llamados *Tratados de Santa Ana*, aseguró la regularización de la guerra, es decir, la toma de prisioneros por una y por otra parte, y un armisticio de cuarenta días, quedando las fuerzas beligerantes en sus posiciones.

Los mismos oficiales que tal armisticio propusieron, fueron los primeros en contravenir á lo estipulado, pues los sitiados empezaron con hostilidades en Cartagena.

Principiaron también á llegar á Santa Marta muchos soldados del batallón británico «Albión» con el que el libertador ganó la espléndida victoria de Boyacá, el 7 de Agosto de 1819. Estos beneméritos soldados se me pre-

sentaron como á jefe de Estado Mayor del departamento, pidiéndome sus pasaportes para regresar á su patria, sin un centavo de recompensa por sus importantes y gloriosos servicios.

Antes de dárselos era de mi deber tomar la orden del comandante general Carreño; pero éste, á las dos ó tres consultas que le hice, me dijo: "Á todos estos hombres del batallón "Albión" que han llegado y están llegando de Bogotá y le piden sus pasaportes, déselos usted sin consultar más, y que se vayan; no los necesito para nada."

No dejó de hacerme mucha impresión esta respuesta, y ella renovó en mi memoria lo ocurrido entre el coronel Montilla y la malograda legión irlandesa, en Río-Hacha, á principios de 1820; pues estoy firmemente persuadido, como lo presencié todo, que si el coronel Montilla hubiese querido, no habría habido ningún descontento en la tropa. No tomó ninguna medida para llegar á una buena inteligencia con ellos; aun los lanceros que fueron leales á él y á la causa, hasta el último momento, dejó que los llevasen á bordo de los buques mercantes en el puerto de Río-Hacha, interpolados entre los amotinados, mientras me quedaba en tierra hasta el último cubriendo el embarque de todos.

Al día siguiente, cuando me escribió una carta muy amistosa y que me dirigí al buque de guerra de la escuadra en la cual se hallaba, á proponerle buscar mis lanceros y hacerlos pasar á bordo de los buques nacionales que quedaban, me dió permiso con indiferencia.—¿Qué hacía yo quedándome solo, en el servicio de Colombia sin mis lanceros?

Y era con aquellos hombres leales y valientes á toda prueba, que desembarcó en el departamento de Cartagena y puso sitio á aquella plaza fuerte, la primera de toda la América del Sur, mientras yo tuve que dirigirme á Jamaica con los amotinados para entregarlos á su gobierno.

El general Mac-Gregor llegó á Santa Marta, y luego el general Juan Devereux, quien había levantado la legión

irlandesa, como dije antes. Le acompañaban tres edecanes: el coronel Hall, el mayor Power y el capitán Morgan O'Connell, hijo de Daniel O'Connell.

El mayor Power murió en Santa Marta de la manera siguiente: Todos los militares recibían, como he dicho, una libra y media de carne diaria, y yo firmaba los vales de todos. Una mañana amanecí atacado de la peste; tenía mi hamaca entre dos postes de un corredor en el interior de la casa del comandante general Carreño é inmediata á mi oficina del Estado Mayor. Esa mañana, por mi enfermedad, firmaba los vales un ayudante.

Se acercó Power á mi hamaca, á preguntarme qué tenía, y como le contestara que me había atacado la peste, me dijo que él había traído de nuestro país unas píldoras que podrían servirme, y me propuso hacer la prueba de tomarlas; le acepté y me las trajo; tomé tres sin recelo, y el Mayor se fué asegurándome que regresaría por la tarde á verme, pero pasó la tarde y la noche sin que volviese á parecer.

Al siguiente día vino el coronel Hall á recibir el vale, y parándose á buena distancia de mi hamaca, me preguntó cómo me sentía; le contesté que todo lo que sabía era que aún no había muerto, pero que me sentía muy mal y con mucha fiebre. Todos en casa, me dijo, nos interesamos mucho sobre el efecto que le harán las píldoras que le dió Power, y yo volveré esta misma tarde á ver á usted. El Mayor no ha venido como lo pensaba, porque ayer se sintió indispuesto y tomó la cama.

No volvió el coronel esa noche, como me lo prometió, y al día siguiente, cuando vino con el vale, me dijo que no pudo cumplir su palabra la tarde anterior, porque había ido acompañando el cuerpo del Mayor Power á la sepultura.

Esta peste era tan violenta, que no daba tiempo muchas veces ni para disponerse á una buena muerte.

Yo sané felizmente á los pocos días de estar en la cama, sin comer ni beber, y sin pedir nada á nadie.

Los sitiados de Cartagena rompieron las hostilidades antes del término del armisticio, y poco tiempo después capituló el batallón de León á las órdenes del teniente coronel Olmo, en Cocachica. Este jefe fué remitido á Santa Marta, y antes me tocó tomarle el juramento que se acostumbraba á todos los capitulados, de no volver á tomar las armas contra nuestra causa.

Entretanto, en el acto de proponerle este juramento, me interrumpió diciendo: «Permítame, mi jefe, que me adelante sobre el juramento que me está proponiendo: Juro ante Dios no volver á desenvainar mi espada en mi vida contra la causa de los pueblos.»

Á mediados de 1821, regresó de la Ciénaga á Santa Marta el batallón Rifles de la Guardia y se embarcó para la costa de Caracas, y muy pronto empezaron á llegar los vencedores en Carabobo con dirección á Bogotá.

Entre éstos el batallón Rifles y la Legión británica, con el nombre de batallón «Carabobo», al mando del teniente coronel Ferrer, cuyo hermano, el señor coronel Ferrer, primer jefe de la legión, había muerto gloriosa y heroicamente en la batalla de Carabobo, la que tuvo lugar el 24 de Junio de 1821, y la que decidió la independencia de Colombia, no quedando á los españoles más que Puerto Cabello, fortificado, hasta donde el ejército realista se retiró después de la batalla.

Á Santa Marta se nombró provincia de Asamblea para la parte del ejército libertador, destinada á la campaña del Sur, sobre Quito, ciudad ocupada por el último virrey que vino á Colombia, Cruz Mourgeon, quien llegó á Panamá y de allí se embarcó hasta Guayaquil, llevándose los cuerpos del ejército español «Tiradores de Cádiz» y batallón «Cataluña», que se hallaban entonces en Panamá.

Murió este virrey antes de abrirse la campaña. La fuerza que llegó de Carabobo á Santa Marta, estaba bajo las órdenes del general Bartolomé Salom.

En el Estado Mayor de este ejército conocí de ayudante general al entonces teniente coronel don Juan José Flores,

posteriormente fundador y primer presidente de la República del Ecuador.

Yo era entonces jefe de Estado del departamento de Santa Marta, y pasé por muchas aflicciones. La tropa iba quitándose materialmente por la insalubridad del clima; la legión británica quedó en esqueleto, lo mismo que el batallón Rifles.

Á una legua de la ciudad había dos pueblos de indios salvajes: Borda y Mamatoco. En estos pueblos situé los dos cuerpos y les fué mejor, pero perdí muchos oficiales y muchos soldados antes de sacarlos de la ciudad.

Una vez despachada esta fuerza para Bogotá, salí de Santa Marta con el comandante en jefe del ejército del Norte, coronel Montilla y el teniente coronel Adlercreutz á continuar el sitio de Cartagena. Para esta operación no contábamos con una sola pieza de artillería de sitio; pero Adlercreutz, en uno de los reconocimientos que hizo en las inmediaciones de la plaza, descubrió una pieza de á 18, la hizo robar por la noche y la colocó en el terraplén de su morro alto que dominaba la plaza, y que se llama el cerro de Nuestra Señora de Popa.

Hubo aquí una ocurrencia que merece mencionarse. El comandante en jefe mandó una nota al teniente coronel Adlercreutz, con un capitán, Panizo, edecán suyo. Llegó éste cuando se dirigía un cañoneo seguido contra la batería establecida sobre el morro. Encontró Panizo al teniente coronel mandando las fuerzas de nuestra batería, se apeó, entregó la nota y quiso regresarse inmediatamente. Adlercreutz, de pie, en medio de una lluvia de balas que pasaban por encima, instó á Panizo para que aguardase la contestación, y éste se resistía alegando que hacía falta en Turbaco, el cuartel general, y se disponía á montar de una alturita, cuando una bala le atravesó el cuerpo, dejándole muerto en al acto, mientras los que estaban sobre el terraplén, á pie, no sufrieron absolutamente nada con los fuegos del enemigo.

Al fin, después de catorce meses de un sitio sostenido

y con muy pocos recursos, se entregó la plaza por capitulación, consintiendo el comandante en jefe en costear la navegación de todos los capitulados á la isla de Cuba, sin llevar consigo más que sus equipajes.

Tomamos posesión, á usanza de guerra, y nuestra entrada en la plaza se verificó sin aparato alguno.

Muy pronto llegaron buques mercantes de todas partes, principalmente de los Estados Unidos; entre éstos, uno cargado de armamento, vestuario y equipo, de la propiedad de don Guillermo Robertson, á quien el coronel Montilla le tomó varios efectos, hasta el importe de cinco mil pesos, y como no tenía esta suma á su disposición, tuvo que ocurrir hasta Bogotá, residencia del Gobierno.

Llegados á Cartagena, tuvimos algún tiempo de descanso. La parte mayor de él consistía en diversiones, en las que yo rara vez tomaba parte, y cuando lo hacía, era sólo por acompañar al conde Adlercreutz, joven muy divertido. Éste empezó á organizar una compañía de escolta para el comandante en jefe, yo me quedé en el Estado Mayor del mismo. Vivimos juntos en una casa muy grande, pero comíamos con el comandante en jefe, hasta que Adlercreutz buscó una fonda de un francés, que tenía muy buena mesa, y dejamos la del comandante.

Un día el coronel Montilla me dijo: "O'Connor, venga usted esta tarde á comer conmigo. Han llegado los cinco mil pesos de Bogotá, en onzas de oro, y esta mañana se las pagué á don Guillermo Robertson y lo he invitado á una partida de juego para esta noche. Venga usted á vernos."

Robertson era muy jugador y el coronel Montilla no era menos.

Concurrí á la invitación del coronel, y, efectivamente, llegó don Guillermo y se retiraron todos á dar principio á su diversión. Les acompañé un corto rato. Pasaban las onzas de una mano á otra, y para animar un poco más la función, gritó Montilla á su ordenanza para que trajese ron y agua. Sirvieron algunos vasos de esta mezcla, y por

cierto se animó el juego bastante; pero como yo no tenía gusto alguno en la diversión, me retiré á mi alojamiento con invitación del comandante en jefe para almorzar con él al día siguiente.

Cuando estuvimos en Turbaco, el general Manrique visitó al coronel Montilla. Este general tenía el vicio de usar mucho lujo en el vestido. Llegó con cuatro mulas cargadas de petacas de ropa, y todos los días se presentaba con un uniforme diferente en un todo del que llevaba el día anterior: un día de infantería, otro de caballería; tanto de dragón como de húsar, de lancero como de carabinero; de cualquier cosa, en fin. Entre tanto, jefes, oficiales y tropa, con sólo libra y media de carne por todo haber. No se conocía lo que era revista de comisario; no había comisaría tampoco.

Empecé á creer que aquello iba mal, y que la libertad que tanto nos costaba, terminaría con desgracia en vez de provecho. En fin, empecé á sospechar que trabajábamos únicamente en bien del comercio inglés y francés, y no me equivoqué. Después de más de cuarenta años de libertad, la patria y los pueblos que la componen están más pobres que cuando se dió principio á la guerra, y este lamentable estado de cosas va peor cada día.

Mientras duró la guerra de la independencia, cada puerto de mar que caía en nuestro poder se abría luego al comercio y se veían banderas de todos los países en buques cargados de mercaderías de toda clase, y que pagaban derechos muy subidos de aduana; pero no por eso se veía un real de sueldos en nuestro patriota y valeroso ejército.

CAPÍTULO III

El héroe de Santa Marta.—En Panamá.—Los buques de guerra españoles *Prueba* y *Venganza*.—Los almirantes Cochrane y Guisse.—Organizo el batallón *Istmo*.—El capitán Rubial.—El transporte *San Fernando*.—El general O'Leary.—Un percance.—El teniente Grenfell.—Mi solicitud al general Carreño.—Carestía.—Don Bernardo de Monteagudo.—Una profecía.—Mis jóvenes oficiales.—El batallón *Girardot*.—Un capitán feroz.—Merecidos ascensos.—La vajilla de porcelana.—El coronel Alburquerque.—El capitán Lobé y su trágico fin.—La bandera del batallón *Istmo*.—El bergantín *Chimborazo*.—El edecán Viteri.—Soy llamado al ejército del Sud.—Preparativos de marcha.—En un baile.—Lo que en él me expresó el general Carreño.—Adiós á Panamá.

El héroe de Santa Marta, general Carreño, llegó á Cartagena, donde recibió orden de Montilla de dirigirse á Panamá. Me eligió para acompañarle como su jefe de Estado Mayor. Mandamos nuestros caballos por tierra y nos embarcamos en un pequeño buque. Acompañaron nuestra expedición el joven y heroico coronel José María Córdova y el coronel Hermógenes Maza, á la cabeza del batallón *Alto Magdalena*.

Desembarcamos de paso en Portobello y continuamos el viaje á la boca del río Chagres, desde cuyo punto nos trasladamos á una canoa, en la cual subimos el expresado río, diez y siete leguas, hasta el pueblo de Cances, y de aquí en mulas hasta Panamá atravesando la cordillera de los Andes.

Llegamos sin novedad á Panamá, lindo puerto sobre el Pacífico, que encontramos ya desocupado por los españoles. El virrey Cruz Mourgeon pasó por allí poco antes y se llevó consigo toda la tropa que allí había, y que constaba del batallón «Cataluña» y del de «Tiradores de Cádiz» á la campaña del Sud, que terminó con la victoria de Pichincha, tan espléndida para las armas libertadoras.

Panamá entonces era un triste lugar, rodeado por el Océano, con muchas baterías y una puerta de tierra, única que daba entrada á la ciudad. Su comercio consistía especialmente en la pesca de perlas; sus habitantes (gente muy buena y honorable), ocupados en sus negocios comerciales.

La primera noticia que recibimos á nuestra llegada á Panamá, fué la oferta que hacían los capitanes de los buques de guerra españoles *Prueba* y *Venganza* de vender estos buques, por el temor que tenían de ser capturados por la escuadra republicana, que comandaba el intrépido almirante Cochrane; pero los comerciantes de Panamá no se resolvieron á reunir por medio de una suscripción entre ellos el dinero para esta compra, por lo que los buques salieron del puerto; pero cayeron más después en poder de Lord Cochrane.

La extracción del *Venganza* de debajo de la fortaleza del real Felipe en el Callao, fué la acción más distinguida de ese célebre almirante en toda la guerra de la independencia. En esa brillante empresa se distinguió también en alto grado el almirante Guisse.

No estuvimos muchos días en Panamá, cuando llegó de Bogotá, capital de la Nueva Granada y residencia del vicepresidente general Francisco de Paula Santander, á la sazón encargado del Poder Ejecutivo, una orden suprema para que se formase un batallón con el nombre de batallón «Itsmo», y que yo me hiciera cargo del cumplimiento de esta orden, y del mando de dicho cuerpo como su primer jefe, con cuyo objeto se me enviaba el despacho

de teniente coronel de infantería, siendo mi arma de caballería; pero esta variación me dió poco que hacer, porque en los colegios militares de mi país había aprendido el ejercicio de todas armas, y además, estando en la isla Margarita cinco meses, y viendo en todo este tiempo que no había recurso alguno para montar mi regimiento de Lanceros, me dediqué á enseñar á los soldados los ejercicios, maniobras y evoluciones de infantería, pero en lengua inglesa y según la táctica del ejército inglés, mientras que en Panamá, para formar y disciplinar el batallón «Istmo», tuve que aprender la táctica española.

No había en Panamá oficiales de quienes valerme para colocar en las compañías de mi batallón; pero por fortuna me encontré con uno muy bueno, á quien encargué la Mayoría. Este era un capitán Rubial, de uno de los cuerpos que guarnecí en Panamá á la llegada del virrey Cruz Mourgeon, á quien no pudo seguir por haberse quedado enfermo.

Este excelente oficial me ayudó mucho; conocía todas las familias de la ciudad, y conocía también todos los campos inmediatos, por las repetidas marchas que había hecho en el interior del Istmo. Me comunicó que existían algunos sargentos veteranos del ejército español, que se hallaban dispersos en el interior de la provincia, y me consiguió un magnífico tambor mayor. Con éste me dediqué á organizar el citado batallón «Istmo» para el que no me faltaban reclutas remitidos del interior, y muy buenos jóvenes, tan aptos para la carrera militar como son todos los colombianos.

Estábamos en Panamá cuando llegó á la isla de Taboga el transporte español *San Fernando*, recientemente tomado por la escuadra del almirante Cochrane al servicio de Chile.

Este buque, con un capitán norteamericano, vino á Panamá para llevar á la campaña del Sud el batallón *Alto Magdalena*, que mandaba el teniente coronel Hermógegenes Maza, y trajo la condecoración de la *Orden del Li-*

bertador para el coronel Daniel Florencio O'Leary, primer edecán de Bolívar, y que vino á la América en un cuadro levantado en Inglaterra en 1817 denominado Húsares. Sirvió con mucha distinción en esta clase de edecán del Libertador, hasta ascender á general, y acompañó á Bolívar hasta la muerte de éste, acaecida en San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, el 17 de Diciembre de 1830.

Era el general O'Leary un jefe muy instruído, muy valiente, muy leal y distinguido. Pasamos algunos días juntos en mi alojamiento, hablando siempre de nuestra lejana patria, nuestra inolvidable y querida Irlanda.

Una mañana, teniendo yo, como jefe del Estado Mayor del departamento de Panamá, que impartir órdenes respecto á las provisiones que debían enviarse á bordo del *San Fernando* en Taboga, el general O'Leary quiso acompañarme, y por poco no nos vamos los dos al otro mundo, antes de llegar á Taboya. Nos embarcamos en Panamá en una lancha del *San Fernando* con un capitán y ocho remeros. En el tránsito entre este puerto y Taboga hay muchos peñascos elevados, á los que dan el nombre de «Islas del Rey», famosas por la pesca de perlas. Navegando á todo remo, se nos presentó de improviso entre dos de estos peñascos una goleta, que al momento de distinguir nuestra lancha nos disparó un cañonazo, cuya bala pasó entre el brazo de O'Leary y el mío, yendo á romper una orilla de la lancha sobre la cual estábamos arrimados.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó asustado el capitán que venía con nosotros.—Esto quiere decir, le respondí, que esa goleta nos llama para saber algo de nosotros, y en lugar de dirigir su bala delante de nuestra proa, nos la ha dirigido á media lancha, y no perdamos tiempo en dirigirnos hacia la goleta.

Así se hizo; pero al acercarnos, observamos que á bordo de ella estaba á todo cargar un cañón giratorio; entonces se levantó el capitán sobre su asiento y les gritó en

inglés: «Por amor á Dios, no nos hagáis volar al otro mundo.» En el acto se dió vuelta al cañón, que ya estaba apuntado á nuestra lancha, y nos dejaron acercarnos. O'Leary y yo subimos entonces á bordo de la goleta, y después de la salutación de estilo preguntamos al capitán por qué había querido echarnos á pique.

Nos contestó que nos había tomado por españoles, y que al acercarnos á la goleta, viendo que éramos tantos y su tripulación tan pequeña, había mandado cargar con metralla, para hacernos desaparecer, temiendo que le abordáramos; pero cuando nos oyó gritarle en lengua inglesa, hizo virar el cañón.

Nos dijo en seguida que él era de la escuadra chilena de Lord Cochrane, quien le había despachado en busca de los buques españoles *Prueba* y *Venganza*, y que no sabía en cuyo poder estaba Panamá.

Le manifesté que pocos días antes habíamos nosotros ocupado la ciudad, sin resistencia, y que á nuestra llegada habíamos oído decir que los capitanes de los buques que buscaban habían estado allí ofreciendo sus naves, y que no habiéndolas comprado, desaparecieron de aquellas aguas.

El que mandaba esta goleta y hacía de capitán de ella, era un teniente, Grenfell. Había estado á media ración de tasajo y arroz algunos días, y sus pequeñas provisiones se hallaban ya para concluirse. Le propuse que nos acompañara á Taboga para dar allí al *San Fernando* las provisiones; admitió, y de aquéllas le dí también á él para su goleta.

De Taboga regresamos á Panamá con nuestro teniente Grenfell, quien llegó después á ser almirante de la escuadra del Brasil.

Pocos días después se dió á la vela el *San Fernando,* llevando á su bordo al general O'Leary, á los coroneles Córdova y Maza y al batallón *Alto Magdalena* bajo el mando de este último.

Yo hice entonces ante el general Carreño una solicitud

pidiéndole permiso para ir á incorporarme al ejército libertador en campaña, y escribí á la vez una carta al general Bolívar sobre el mismo asunto, en la que recuerdo le cité un pasaje del poema de Ossian, sobre no buscar el combate ni evitarlo cuando se presente.

El general Carreño negó mi solicitud en el acto, y yo me quedé muy triste por esto y por la ausencia de O'Leary. Pero no había remedio, y *paciencia*, me dije, que tal vez ya se acordará el ilustre Libertador y me sacará de este lugar, en el cual el descanso me abruma.

Por este tiempo los comestibles se pusieron muy caros, y muy escasos en Panamá. Un barril de harina de trigo de dos quintales, que en el puerto de Chagres sobre el Atlántico se compraba por ocho pesos, nos costaba sesenta en Panamá. Nuestros gastos crecían, pues, enormemente.

Una tarde fondeó en el puerto la fragata de guerra *Limeña,* de la escuadra del Perú. Cuando fuí pocas horas después á comer con el general Carreño, encontré sentado á la mesa á un caballero desconocido para mí y que ostentaba en su pecho la medalla de Maipú. No habló una palabra durante la comida, y cuando pasamos á otra habitación á tomar el café, me llamó el general á su lado y me dijo: "Ese caballero es el famoso Bernardo de Monteagudo, á quien me han remitido preso aquí para tenerlo con la mayor vigilancia. Lléveselo usted á su alojamiento y tenga mucho cuidado de él."

¡Qué favor tan grande el que me hizo el general Carreño! ¡Qué tesoro el que me había confiado para distraerme en los momentos en que me dejaba libres la instrucción de mi batallón!

Estábamos alojados en casa del señor don Bernardo Arce, un millonario, comerciante en perlas. La casa estaba muy inmediata al baluarte y antiguo convento de San Francisco, donde se hallaba acuartelado mi batallón.

Yo, que antes comía á la mesa del general, no volví allí desde que me entregó á mi ilustre huésped el señor Monteagudo, de quien me hice muy amigo, y cuyo talento y

vasta instrucción admiraba. Él hablaba muy bien el francés y el inglés; trajo consigo muchos cajones de libros selectos, de los que me obsequió algunos.

Yo no tenía que poder obsequiar á mi distinguido y respetado amigo, en retorno; pero le dí un objeto que él apreció muchísimo: era uno de los primeros ejemplares de la Carta Magna de Inglaterra, salvada en mi país del incendio de una gran biblioteca donde se hallaba. Estaba este antiquísimo ejemplar quemado en una de sus esquinas, y con los escudos de armas de los veinticinco Barones acampados en el prado de Reimede, que obligaron al Rey Juan á salir de su castíllo de Windsor y firmar allí la Carta Magna de las libertades inglesas.

Yo había encontrado este precioso documento entre las hojas de un atlas que saqué de la casa de mi hermano mayor, al tiempo de despedirme de él en Irlanda, para embarcarme con una sección de mi regimiento Lanceros, en la legión irlandesa, con rumbo á Venezuela.

El documento era en lengua latina, que Monteagudo leía como si fuese en castellano.

Trajo este caballero un magnífico cocinero francés, que todos los días nos daba en la mesa excelentes platos, á pesar de la gran carestía que entonces se dejaba sentir en Panamá.

Un día en que conversábamos con el Sr. Monteagudo, hizo este gran hombre una observación de que tengo motivos para acordarme y que me impresionó bastante. "¡Oh, Dios mío, exclamó, la pena que me causa cuando reflexiono que toda esta guerra por nuestra independencia es una guerra mansa comparada á los destrozos, matanzas y asesinatos que hemos de ver en estos países después de haber botado el último español de la tierra americana!"

Y efectivamente, las palabras de Monteagudo han sido una profecía.

Terminó la magna guerra de la emancipación y empezaron luego las guerras fratricidas, que siguen hasta hoy

ensangrentando el suelo americano, después de cerca de medio siglo de libertad, habiendo sido el mismo Monteagudo una de las primeras y más ilustres víctimas, pues cayó más tarde muerto al golpe traidor de asesino puñal en una calle de Lima.

Él había servido de secretario al general San Martín en la guerra por la independencia de Chile. Al retirarse este general de Lima, dejó á Monteagudo allí, y éste cometió la imprudencia de confiscar bienes españoles, motivo por el cual fué remitido preso á Panamá.

Cuando supo allí que el Libertador había llegado á Pasto, consiguió fletar un buque y se fué en su alcance. Para pagar el flete de este buque (mil seiscientos pesos) me preguntó si podía yo darle esa cantidad, y que él me daría una letra contra el Banco Nacional de Londres. Le dije que yo no remitía dinero á Inglaterra, y que, al contrario, el Sr. D. Hugo Dick, comerciante inglés establecido en Panamá, me estaba dando dinero para vestir mi batallón, y que yo le daba á él letras para mi padrino, sir Francisco Burdett, quien las pagaba en Londres por medio de su suegro el rico banquero D. Tomás Coutts.

Negoció el Sr. Monteagudo el dinero por otra parte y se embarcó, dejándome, con profundo pesar mío, privado de su amena é instructiva sociedad.

Después que se fué mi ilustre huésped mudé mi residencia al mirador del convento de San Francisco para poder atender mejor á la instrucción de mi batallón.

Á los tres meses de estar allí me hizo una visita mi antiguo patrón D. Bernardo Arce, quien entró en mi habitación con una carta en la mano. Me pidió mi atención por un momento y me dijo que él había proporcionado los 1.600 pesos al Sr. Monteagudo; que éste, al irse, le había entregado la carta cerrada que tenía en la mano, suplicándole no abrirla sino á los tres meses cumplidos de su partida, y que hallándose vencido el plazo, tenía la curiosidad de ver su contenido y que deseaba hacerlo en mi presencia. Abrió la expresada carta y encontró en ella

cuatro grandes y hermosas perlas; las examinó bien, y enseñándomelas, exclamó: "¡Vaya estas perlas! Me doy por muy bien pagado." Y muy contento se despidió de mí el caballero.

Me dedicaba todos los días á la instrucción de los soldados de mi batallón y establecí academia diaria para los oficiales. Casi todos éstos eran jóvenes salidos recientemente de sus casas y de las faldas de sus madres. Como frecuentemente me importunaban con sus quejas, en una de esas reuniones de academia les dije que ellos habían abrazado la carrera de las armas, y que, por consiguiente, era necesario que supieran conducirse como hombres y como militares, y no importunarme con sus quejas como muchachos de escuela; que sus asuntos de honor los arreglasen con la espada, y que si yo mismo, fuera de nuestro cuartel y del servicio, les faltaba en algo, que no hagan caso de mis charreteras y me exijan la satisfacción que yo no les negaría.

Parece que mis jóvenes oficiales tomaron esto á pecho; pues no pasaron muchos días cuando dos de ellos amanecieron con las espadas desnudas, batiéndose en uno de los baluartes de la fortaleza; pero felizmente pasó esto sin mal resultado.

Por estos días llegó á Panamá el batallón *Girardot*, al mando del coronel Figueredo, un llanero completo, pero poco aplicado á la instrucción y disciplina de su cuerpo. Vino con objeto de relevar en la guarnición de la plaza al batallón *Alto Magdalena*.

El general Carreño me dijo un día en la mesa, á la hora de comer, que tenía un capitán para mi batallón y que le diese el mando de una de las compañías. Me indicó su nombre, y me dijo que había servido en el ejército del Rey.

Al regreso de mi cuartel, llamé al capitán Rubial, encargado de la Mayoría del cuerpo, y le pregunté si era buen oficial el que el general acababa de indicarme, y en contestación me dió un párrafo de la biografía del citado capitán en los términos siguientes:

—«Dos años antes de nuestra llegada á Panamá, me dijo, el general Mac-Gregor había hecho un desembarco en Portobello, con una fuerza de jefes y oficiales á favor de la patria. El gobernador de la plaza mandó una partida á sorprenderlos. El general Mac-Gregor escapó de su dormitorio, arrojando por la ventana su colchón y dejándose caer encima. Fué á dar á su buque con otros jefes y oficiales, pero cayeron prisioneros veintidós de ellos, los cuales fueron conducidos á Panamá. Aquí se les tenía en prisión estrecha y cargados de cadenas, pero se les sacaba continuamente á barrer las calles de la ciudad. Un día de éstos, fondeó en el puerto un buque inglés. Naturalmente, los infelices prisioneros agarran sus cadenas, y caminaban como podían con la esperanza de aproximarse al buque y escapar de su cautiverio; pero desgraciadamente todos fueron capturados y remitidos á un pequeño pueblo del interior, bajo la custodia y responsabilidad del citado capitán. Este bárbaro respondió de los presos á su modo. Los colocó con el cuello en un largo cepo, y él mismo, con su propio sable, los decapitó á todos.»

Esta relación me causó horror, y corrí sin pérdida de tiempo á casa del general, y le dije terminantemente que si él insistía en que yo dé colocación en una de las compañías de mi cuerpo á ese capitán feroz, podía desde luego buscar otro jefe, pues yo renunciaría el mando del batallón. El general se sonrió y me dijo que le buscaría otro destino. Le supliqué entonces que si le daba colocación me hiciera el gran favor de dársela lo más lejos posible de donde yo estuviere, para evitarme hasta de ver á ese monstruo.

Algún tiempo después de este incidente, tuve aviso de que había llegado una orden del excelentísimo señor Libertador, llamándome á su lado. Entonces también llegaron los despachos de general para Carreño y para el coronel Montilla, ambos ascensos muy justos y muy merecidos por cierto.

El general Carreño se desentendió de la orden del Li-

bertador de mandarme á su lado, y lo mismo hizo con una segunda orden, que recibió poco después, porque no quería desprenderse de mí.

Por estos días llegaron de Europa á Panamá unas vajillas de porcelana muy lindas, que tenían dibujada la gran batalla de la Ciénaga en todas las piezas, y el nombre del vencedor, general Carreño.

Pues, ¿quién lo pensaba? este inteligente y bravo general, que no se enorgulleció cuando obtuvo aquella espléndida victoria, se enorgulleció desde que llegaron los mencionados servicios de porcelana; pero podía tener razón hasta cierto punto, pues la batalla de la Ciénaga había sido la más sangrienta en toda la guerra y hubo en ella más enemigos muertos que la fuerza numérica de los vencedores, que no llegaban á mil hombres, mientras que la del enemigo pasaba de mil setecientos. Y de resultas de ese grande y memorable hecho de armas, tan glorioso para el general Carreño y el ejército colombiano, vino la regularización de la guerra y la toma de prisioneros.

Parece que lejos de Panamá se sabía ya que yo había sido llamado al ejército del Sur por el Libertador, pues recibí sobre esto una honrosa y afectuosísima carta del general Montilla, incluyéndome otras tres de recomendación para otros generales que habían marchado á aquel ejército.

Como yo debía marchar pronto de Panamá, llegó á esa ciudad el coronel Alburquerque, natural de Caracas, para relevarme en el Estado Mayor del departamento; pero el señor general Carreño no me decía aún una sola palabra sobre las órdenes que había recibido de la secretaría general del Libertador respecto á mi marcha.

Entregué el Estado Mayor al coronel Alburquerque, y tuve más tiempo para dedicarme á la instrucción de mi batallón "Istmo" formado por mí.

Este caballero había conocido mucho á Bolívar en Caracas, desde el principio de la guerra de la independencia, como que eran ambos de la misma ciudad; y como

nadie es profeta en su propio país, este coronel aborrecía mortalmente al Libertador; no sé qué razones tendría para ello. Lo que creo firmemente es que la historia, escrita por hombres verdaderamente imparciales, hará cumplida justicia á Simón Bolívar. Él puede haber tenido defectos, pero ¿qué hombre en este mundo está exento de ellos?

Á poco de haber entregado el Estado Mayor al referido coronel Alburquerque, pasó por Panamá el joven Belford Hinton Wilson, hijo del general del ejército inglés Sir Roberts Wilson, personaje muy distinguido. Me dijo aquel joven que iba á ofrecer sus servicios al Libertador, con carta de su padre para que le haga su edecán; y en esta clase le volví á ver cuando más tarde me incorporé al ejército unido libertador en el Perú, y en ella acompañó al gran Bolívar hasta la muerte de éste.

Por ese mismo tiempo empezaron á llegar á Panamá los prisioneros de guerra tomados en la batalla de Pichincha, heroicamente ganada por el joven general Antonio José de Sucre, nacido en Cumaná, de Venezuela, el tres de Febrero de mil setecientos noventa y cinco.

Los jefes y oficiales prisioneros pasaron á la isla de Cuba á costa del Gobierno de Colombia.

Uno de estos oficiales, apellidado Lobé, era casado en Panamá y había solicitado ser admitido en el ejército colombiano, por lo que trajo una recomendación para el general Carreño, quien lo destinó á mi batallón, y yo le dí el mando de una compañía de granaderos.

No hacía muchos días que dí colocación al Capitán Lobé, cuando se me presentó una tarde, pidiéndome permiso para ir á un paseo al campo con su señora y una amiga de ésta. Como yo le dijera que no podía concederle el permiso estando el general Carreño presente, me contestó que éste ya se lo había dado y aún que le había prestado su caballo.

Recuerdo que esto fué la tarde de un sábado. Á la mañana siguiente entró en mi alojamiento el Teniente de

Granaderos Tomás Herrera á pedirme permiso para ir con su compañía á una finca de su padre, á las dos leguas de distancia, á traer el cadáver de su capitán, á quien unos mulatos habían asesinado la noche anterior con diez y seis puñaladas.

Trajeron el cuerpo, y toda la ciudad se conmovió. El general Carreño ofreció 500 pesos de gratificación al que descubriera al asesino.

Entre tanto hice llamar al capitán Rubial, español y paisano del finado capitán Lobé, y preguntándole lo que se decía con respecto á su asesinato, me lo reveló todo en pocas palabras.

Un joven X... se había enamorado perdidamente de la esposa de este capitán, de la cual, ignoro por qué motivos, resolvió vengarse. Este joven tomó la madrugada y se puso en camino para Chagres, sobre el Atlántico, con intención de embarcarse para Jamaica. Me dió los nombres de todos los mulatos que habían ido esa noche con el joven X... á cometer el asesinato, y me dijo que uno de ellos era un cabo del piquete de artillería de la batería que estaba situada frente al cuartel de mi batallón, y que el soldado que había estado de centinela, á poco más de las dos de la madrugada, vió á aquel cabo entrar en la batería con el vestido manchado de sangre.

Viendo Rubial el empeño que yo tomaba por el descubrimiento de este crimen, "es en vano, señor, me dijo, que usted se moleste y se afane tanto en este asunto, porque no conseguirá nada. Mi paisano era español, y no habrá justicia para él." Y así fué, y nada se hizo al fin.

No dejó de hacerme impresión este suceso y de darme en qué pensar el hecho de quedar impune el crimen y no haber justicia para un español.

En aquellos mismos días fondeó en el puerto un buque procedente de la China, en el que compré un cajón de te y una buena cantidad de finísima seda, con los colores del pabellón de Colombia:—amarilla, azul y colorada—

de la que mandé hacer una hermosa bandera para mi batallón "Istmo".

Á principios del mes de Octubre llegó el bergantín de guerra *Chimborazo*, de la escuadra colombiana en el Pacífico, procedente de Guayaquil y trayendo á su bordo al teniente coronel Viteri, edecán del Libertador, con orden expresa para que yo me embarque inmediatamente con mi batallón á ponerme á sus órdenes. Siete transportes venían detrás del bergantín para llevar toda la fuerza que debía embarcarse con destino al ejército del Sur.

Esta orden no fué muy del agrado del general Carreño, pero ya no había remedio.

El capitán Rubial marchó á la provincia de Veragua á traer un destacamento del batallón que se encontraba allí, y despaché también orden para que viniera á Panamá la segunda compañía, que estaba de servicio en Portobello.

Se empezó en seguida el acopio de víveres para la navegación hasta el Callao, pues el día señalado para la marcha se aproximaba. Yo no tenía de quienes despedirme, pues en quince meses de permanencia en la ciudad de Panamá no había visitado más casas que la de mi paisano y amigo don Hugo Dick y la del Cónsul Norteamericano.

Hicimos preparar la carne que debíamos llevar para las raciones de la tropa. Esta carne de vaca se beneficiaba cortando en tiras y puesta á secar al sol. Esto en un país tan húmedo hizo que, mal secada, se pusiera á bordo de los buques, con peligro de que se echara á perder. La galleta, arroz, frejoles y demás comestibles que se pusieron, eran de buena calidad.

El día antes de embarcarme me dirigí á la oficina del coronel Alburquerque, jefe de Estado Mayor del Departamento, para tratar con él algunos asuntos relativos al servicio. Lo encontré sacando un borrador en limpio. Se levantó del escritorio cuando entré, y con el borrador en la mano, me dijo:—"Vengo de casa del general Carreño, quien me ha dictado este escrito, lo más honorífico para

usted, mi coronel, y que le servirá de mucho en cualquier parte donde la suerte le lleve. Me ha ordenado ponerlo en limpio para entregárselo á usted al tiempo de despedirme".

Tomé el borrador, y arrojándolo sobre la mesa, dije al coronel Alburquerque: "Hágame usted el favor de decir de mi parte al general que le doy las gracias sincerísimas por su cariño, pero que yo no necesito certificados de él ni de persona alguna para presentarme donde quiera que vaya".

Pocos días después me convidó el general á un baile que se dió no sé por qué motivo, y allí, paseándonos por el salón, me tomó del brazo, y en íntima conversación me confesó que había recibido tres órdenes del Libertador llamándome, pero que él no había querido por nada desprenderse de mí mientras existiera un solo español en la Costa Firme.

Por este tiempo ya no había más españoles que unos pocos encerrados en la fortaleza de Puerto-Cabello, adonde se habían refugiado derrotados en la gran batalla de Carabobo, ganada por los patriotas el día 24 de Junio de 1821.

Me dijo también aquella noche el general Carreño que él jamás me había propuesto al Gobierno para ningún ascenso de mi carrera, porque era de opinión que por más que se esforzase un jefe ú oficial en un campo de batalla, no hacía más que cumplir su deber; y así era realmente: jamás recomendaba á ninguno de los que servían bajo sus órdenes.

Me dió á entender que si lo llamaban á él para ir á libertar el Perú, no aceptaría, que ya bastante había trabajado por libertar á su patria, y no se metería á trabajar por la ajena.

Y quizás tenía razón el general Carreño, porque todos los que le acompañaron al Libertador en esa empresa fueron muy mal recompensados; no digo en cuanto á sueldos, que ya no faltaban y se pagaban bien, sino por

la ingratitud de los libertados con sus libertadores, desde el general Bolívar para abajo.

Los buques en convoy, después de proveerse de agua en Taboga y de embarcar la tropa, se pusieron en marcha. Me despedí del general Carreño con pesar y di mi adiós al puerto de Panamá, en donde organicé mi batallón "Istmo" y permanecí tanto tiempo, y del que conservo tan gratos recuerdos.

CAPÍTULO IV

La segunda división del ejército colombiano auxiliar del Perú marcha bajo mis órdenes.—Los capitanes Ramsay y Simpson.—Llegamos á Salango.—El prefecto del departamento de Guayaquil, general Paz del Castillo y su jefe de Estado Mayor, coronel Elizalde.—Desagradable incidente.—Las noticias que dió Elizalde al capitán Ramsay. —Temores de éste.—El teniente Ridgeway.—El bergantín "Chimborazo" y el transporte "Helena".—Arribo al Callao.—Otro incidente desagradable.—Entrevista con el coronel Cordero.—Defección de Riva Agüero.—El Libertador en Trujillo.—Me marcho á Lima.—La ciudad de los reyes.—El general Heres.—Peligro en el camino de Lima al Callao.—En la Posta de la Legua.—Vuelvo al Callao y me dirijo al puerto de Supe.—Traslación de elementos bélicos á Barranca.—En marcha á Pativilca.—Me separo del capitán Simpson. —San Patricio, patrón de Irlanda.—Llegada del Libertador á Pativilca.—Prisión del presidente Riva Agüero.—La defección vencida. —El almirante Guisse y el general Santa Cruz.—Mi entrevista con el Libertador.—Despedida del capitán Ramsay.—Marcha al cuartel general de Huaraz.—Las aguas de verrugas.—El soroche.—Su antídoto.—Arribo á Huaraz, Cuartel General del general Sucre.

El día 16 de Octubre de 1823 se verificó el embarque de la tropa en el Puerto de Panamá, en número de mil hombres, seiscientos de mi batallón "Istmo" y cuatrocientos, trozos de diferentes cuerpos, á órdenes del capitán Harris. Para mi batallón se dió un mazo de tabaco para cada soldado; primera y única gratificación que había recibido desde su formación aquel cuerpo; pero todos mis soldados estaban bien vestidos y tenían dos ternos de

ropa que yo les mandé hacer de brin de Rusia y uno de paño verde que les dió el Gobierno.

Los transportes se dieron á la vela bajo el convoy del bergantín "Chimborazo", de 22 cañones, su capitán Ramsay, escocés, y toda la tripulación inglesa é irlandesa. Hice embarcar conmigo las compañías "Granaderos" y "Cazadores" á bordo de este buque, y otras dos de las mejores compañías, á bordo del transporte *Helena*, su capitán Simpson, irlandés.

Pocos momentos después, estaba en alta mar la segunda división colombiana auxiliar del Perú, bajo mis órdenes. Yo llevaba instrucciones por escrito del general Carreño para ponerme á mi vez bajo las inmediatas órdenes del ilustre Libertador Simón Bolívar.

A los ocho días de navegación, el contador del "Chimborazo" me dió parte que todo el tasajo que se había puesto á bordo para racionar la tropa, estaba podrido. Ordené entonces que se hiciese señal á todos los transportes para que se acercasen al bergantín y reconocimos el tasajo, que hallamos en pésimo estado, por lo que inmediatamente lo hice arrojar todo al mar, y tuvimos que seguir la navegación sin más alimento que galleta, arroz, lentejas y manteca.

Llegamos sin novedad á Salango, en el departamento de Guayaquil, á donde me dijo el capitán Ramsay que era indispensable fondear y emplear algunos días para reponer el agua gastada desde nuestra salida de Panamá. Así lo hicimos.

Á los tres días de nuestra llegada á este punto, se me presentó el coronel Elizalde, jefe de Estado Mayor del departamento de Guayaquil, con orden verbal del prefecto, general Juan Paz del Castillo, de desembarcar la tropa, porque decía, la provincia de Pasto, al Norte, se había sublevado, y que tenía orden del Libertador de aprovechar de la división que venía de Panamá, bajo mis órdenes, para con ella sofocar la sublevación de Pasto.

Respondí al coronel Elizalde: que tenía órdenes por

escrito del general Carreño, para ponerme á las inmediatas órdenes del Libertador; y le pregunté si ese general, prefecto de Guayaquil, me había creído un cadete, enviándome una orden verbal suya, debiendo, si quería ser obedecido por mí, habérmela remitido por escrito, con transcripción de la orden que decía tener del general Bolívar, y continué diciéndole que yo no quería de ningún modo mostrarme desobediente; y en prueba de ello, le propuse que me demoraría en Salango, para que se envíe la orden escrita, con transcripción de la del Libertador, bajo la única condición de que me hiciera dar algunas cabezas de ganado para racionar mi tropa, y pasé á referirle lo que nos había sucedido con el tasajo que traíamos de Panamá.

Me contestó el coronel Elizalde que no me daría una sola res, y acabó imponiéndome responsabilidad por no obedecer la orden verbal del prefecto del departamento de Guayaquil, que había venido á transmitirme.

Cuando me dejó en mi camarote, al salirse, dijo al capitán Ramsay, que se hallaba sobre cubierta en ese momento, que el almirante Guisse se había pronunciado contra el Libertador, que estaba á bordo de la fragata *Prueba*, de 42 cañones, y que tenía á su bordo al general Andrés Santa Cruz, los dos á favor del presidente del Perú, Sr. Riva Agüero, el que no quería aceptar en su país un ejército auxiliar extranjero, y que nos tomaría á todos prisioneros, si antes no nos echaba á pique.

Dijo esto el coronel Elizalde, y se marchó. Ramsay me manifestó entonces que se hallaba confuso, porque él pertenecía á la escuadra de estación en Guayaquil, á las órdenes del prefecto de ese departamento, y que, á su regreso, después de dejar el convoy de su cargo en el puerto del Callao, temía verse arrestado por ese prefecto, sometido á juicio y quizá fusilado, porque el jefe de Estado Mayor le había dado la orden del prefecto de no pasar de Salango.

Dije entonces al capitán que me hiciese disponer una

lancha y que yo me iría á tierra en alcance del coronel Elizalde, á ver lo que se podía hacer con él; que tenía entre mis papeles una carta de recomendación del general Montilla para su primo el prefecto de Guayaquil, y que no había querido valerme todavía de ella en asuntos de servicio público.

La lancha se dispuso inmediatamente; y me embarqué en ella y di alcance al coronel Elizalde, á quien hallé en un ranchito, echado sobre un catre de cañas. Vi mucho ganado pastando en el campo, y volví á proponerle me hiciese dar algunas cabezas para mi tropa, que pertenecía al ejército nacional de Colombia. Se negó terminantemente, así como se negó también á mandar un extraordinario á Guayaquil para pedir al prefecto me envíe, sea la orden original de la secretaría general del Libertador, ó bien la transcripción. Como á todo se negara este coronel, di por terminada mi conferencia, y me despedí de él.

Á mi regreso al bergantín *Chimborazo*, pregunté al capitán si tenía bastantes municiones á bordo, para el caso de un encuentro con el Almirante y su fragata *Prueba*. Me contestó que no faltaban municiones á bordo, pero que no temía encuentros con la *Prueba*, porque el Almirante vendría arrimado á la costa, mientras nosotros tendríamos que salir mar afuera á tomar altura, por tener que navegar contra la corriente.

Luego me dijo que temía verse arrestado por el Prefecto á su regreso á Guayaquil y que, por bien que saliera, sería con pérdida de su destino. Le dije entonces, viendo sus justos temores, que no se separase de mi lado hasta vernos con el General Bolívar, de quien obtendría yo, indudablemente, la aprobación de su proceder y una nota para el Prefecto de Guayaquil, manifestándole que hizo bien el capitán, hallándose en alta mar, de obedecerme á mí. Convinimos en esto.

Habiendo concluído de llenar de agua los toneles, el capitán mandó izar la señal de levantar el ancla y nos pusimos en marcha.

Hasta el tercer día de la continuación de nuestro viaje, no descubrimos más navío que el transporte *Helena*. Llegaron éste y el bergantín «Chimborazo» al puerto peruano del Callao, sin más novedad que el fallecimiento á bordo en el *Helena* del Teniente Ridgeway, inglés, de la segunda compañía, quien vino enfermo desde Portobello.

Luego que fondearon nuestros buques, mandé al contador del «Chimborazo» con un mensaje atento al Comandante General de la Fortaleza, y pidiéndole al mismo tiempo una ración de carne para mi tropa que venía tan mal alimentada desde Panamá. En contestación me hizo decir que si no desembarcaba mi tropa, inmediatamente, me haría dar cuatro balazos. Yo no estaba acostumbrado á semejante lenguaje, y me sorprendió de pronto semejante amenaza, pero empecé luego á sospechar que habría alguna novedad en tierra. Desembarqué luego y me dirigí á la del Coronel Cordero, primer Jefe del batallón *Vargas* de Guardia, y refiriéndole lo ocurrido, le pregunté qué clase de Comandante General era ése que tenían en la Fortaleza.

Me contestó que él tampoco podía entenderse con ese hombre, y que su batallón, que se hallaba de guarnición en la Fortaleza, con el escuadrón *Húsares*, estaban á media ración y muertos de hambre.

Me aconsejó no desembarcar mi tropa, y más bien dirigirme á Lima, á dos leguas de distancia, á recibir órdenes allí. Me comunicó que el Libertador había marchado á Trujillo en alcance del Presidente del Perú, señor Riva Agüero, quien se había defeccionado, oponiéndose abiertamente á la intervención colombiana, y que había á la sazón una fuerza realista en Cañete, á las nueve leguas al Sur.

Regresé á bordo, avisé al capitán Ramsay lo ocurrido y le propuse irnos en el acto á Lima y regresar por la noche al Callao. Nos dirigimos á este pueblo en un Velencey, carruaje bien tosco, de cuatro ruedas, y tirado por

un caballo. De allí tomamos el camino á la Capital Lima, camino llano, de dos leguas cortas, y llegamos en muy poco tiempo á la hermosa ciudad de los Reyes.

Lima es un pueblo bellísimo, de agradable temperatura, con muchos templos y una espléndida catedral, una casa de Moneda, una famosa Universidad, varios conventos, monasterios, establecimientos de beneficencia y paseos públicos; sus gentes, muy cultas y agradables.

Apenas llegamos á esta capital, averigüé por el alojamiento del General Heres, á quien me dijo el Coronel Cordero que el Libertador había dejado en Lima con las órdenes para mí.

El Jefe de Estado Mayor me recibió echado sobre una cama de extraordinario lujo. El Marqués de Torre-Tagle, á quien el Libertador había dejado de Presidente, sentado delante de la cama, y el Conde don Juan de Berindoaga, Ministro de la Guerra, sentado al lado de la cama. Me presenté al general Heres y le comuniqué haber arribado al Callao esa misma mañana con cuatrocientos hombres del batallón «Istmo»; que salimos de Panamá con mil á bordo, pero que llegando á Salango con objeto de reponer el agua gastada en la navegación hasta allí, el jefe del Estado Mayor del departamento había venido á bordo del *Chimborazo*, en el que yo me hallaba, y me intimó desembarcar la tropa de orden del Prefecto, quien decía haberla recibido del Libertador; y le referí todo lo ocurrido con él y que había logrado detener cinco de los transportes del convoy, los que habían quedado en Guayaquil. Le agregué que el comandante general del Callao exigía también que hiciera desembarcar allí la tropa inmediatamente, y que yo venía á recibir órdenes.

Me contestó el general Heres que yo había hecho muy bien en no obedecer al comandante general, que la orden terminante que había del Libertador era la de regresar hasta el puerto de Supe y marchar desde allí hasta Pativilca, donde debía esperar su llegada de regreso de Trujillo.

Terminada esta conferencia, me despedí del general y salí del palacio de gobierno en busca del capitán Ramsay. Era ya tarde. Volvimos á tomar asiento en el Velencey y nos dirigimos al Callao. En medio camino, en un lugar que llaman la Legua, había una posada, en la que nos detuvimos un rato á tomar un vaso de limonada.

Estando sentados allí llegó un coche del lado del Callao con un caballero herido adentro. El coche había sido atacado en el camino por una cuadrilla de ladrones, de los que nos dijeron estaban infestando el país, y que no dejaban pasar de tarde á persona alguna. El capitán Ramsay tenía prisa de regresar á su buque, lo mismo que yo; la noche era de luna, muy clara y hermosa, y discurriendo sobre la mejor manera de evitar en el camino un ataque de parte de los ladrones, estando nosotros sin más armas que nuestras espadas, propuse á mi compañero un medio que le pareció acertado y que adoptamos en el momento.

El camino de Lima al Callao, para los viajeros de á pie, es elevado sobre el camino carril como una vara y media. Hicimos caminar al Velencey por el de abajo, y nosotros nos fuimos á pie por el de arriba, vestidos de uniforme riguroso. Mucho mejor, decía yo, porque estos ladrones son desertores, y viéndonos así vestidos, creerán que vamos tan pobres como ellos y así nos dejarán llegar al puerto sin novedad. Y así llegamos.

Al día siguiente levantamos ancla y nos dirigimos á Supe, un puerto no habilitado, sin población alguna. Pativilca dista cuatro leguas, y en la mitad del camino hay un pequeño pueblo llamado Barranca; todo el camino es de pesada arena en la que se hunden los pies de los transeuntes. Teníamos á bordo muchos artículos para tropa: municiones, vestuario, astas de lanzas de "Cacao-macho", las mejores del mundo; en fin, muchísimas cosas que depositar en Pativilca. Y el lugar tan despoblado.

Ofrecí á los soldados una buena gratificación, y ellos, haciendo dos viajes por día, trasladaron todas las cargas á Barranca. Allí dejamos una guardia y marchamos á Pati-

vilca, causándome profunda pena ver á mis pobres soldados en estos trabajos después de haber pasado tanto tiempo á bordo, sin más alimento que arroz y galleta y desempeñándose tan bien en todo. ¡Qué buenos y meritorios eran estos soldados!

En Pativilca logramos descansar algunos días. El capitán Ramsay no quería separarse de mí hasta vernos con el general Bolívar. El capitán Simpson, del *Helena,* nos dejó en Supe, y al despedirme me obsequió algunas botellas de aguardiente irlandés, de cebada, diciéndome: "Ha de encontrar usted algunos paisanos nuestros en el ejército; estas botellas le servirán para festejar el día del santo patrón de nuestra tierra, San Patricio, el 17 de Marzo, que ya se acerca".

Hacía pocos días que estábamos en Pativilca, cuando supimos que el Libertador venía de Trujillo con toda su comitiva y que ya estaba próximo al pueblo. Inmediatamente de recibir esta noticia puse mi batallón sobre las armas, y marché fuera de la población por el camino del Norte. Mandé formar calle para que el Libertador pasase por ella, presentando armas los soldados; pero, después de estar muchas horas en formación inútilmente, tuve que hacer retirar la tropa á su cuartel, porque el Libertador no parecía, y mis pobres soldados empezaban á caerse desmayados por el calor abrasador de aquel día.

Yo regresaba ya por las afueras del pueblo, cuando oí un tropel á retaguardia y sentí que algo me tocaba la espalda; volví la cara, y era el hocico del caballo del Libertador el que me tocaba. Saludé allí al gran Bolívar, y dejándole en el alojamiento que se le tenía ya preparado, pasé al cuartel y le mandé la compañía de Granaderos, para montarle la guardia.

Entretanto, vinieron sus edecanes á visitarme, y me refirieron el resultado de la marcha á Trujillo. Allí estaba el presidente Riva-Agüero, con su ministro de la Guerra don Ramón Herrera y algunos cuerpos del ejército del Perú. Por medio de un capitán, La Fuente, de la artillería,

se ganó todo, la tropa se pasó íntegra al Libertador, y La Fuente, según me dijeron, entregó al presidente Riva-Agüero y á su ministro Herrera, quienes inmediatamente fueron despachados presos y con grillos, quedando así todo allanado; pero todavía estaba cruzando el almirante Guisse en la fragata *Prueba*, á favor de Riva-Agüero y con el general Santa Cruz á bordo. Lo mismo que nos había dicho el coronel Elizalde en Salango.

En el momento en que se retiraron mis visitas, me dirigí, acompañado del capitán Ramsay, al alojamiento del general Bolívar. Le hallé acostado en su hamaca: una gran cortina atravesaba el cuarto, de manera que no le veíamos la cara. Me preguntó cómo estaba, cómo había llegado, en qué estado se hallaba mi fuerza y qué novedades me habían ocurrido en la navegación desde Panamá. Le dí cuenta exacta de todo y le referí minuciosamente lo acontecido con el jefe de Estado Mayor de Guayaquil y con el comandante general del Callao, y el motivo por el que no había regresado el capitán Ramsay. Advertí en este instante que el Libertador se enderezaba en la hamaca y se acaloraba. Me contestó que había hecho yo muy bien en seguir viaje al Callao, que aprobaba plenamente mi proceder, y que en cuanto á la orden mencionada por el prefecto Paz del Castillo, del departamento de Guayaquil, era completamente falsa; que nunca se había dado tal orden, y que su secretario general daría inmediatamente al capitán Ramsay la nota que le pedía.

Cuando le avisé que el jefe de Estado Mayor había detenido en Salango cinco transportes, el Libertador se puso furioso "y ¿qué hacía yo, exclamó, si no llegaba usted cuando tanto esperaba la incorporación de su división al ejército?"; pero en el momento se tranquilizó cuando le manifesté que tenía allí en Pativilca cuatrocientos hombres escogidos de los mil que embarqué en Panamá, y que tenía almacenados todos los pertrechos de guerra, que había hecho traer á espaldas de mis soldados desde el puerto de Supe.

Hablamos largamente de estos y otros asuntos, y siendo ya tarde, nos despedimos de su Excelencia, regresando yo á mi alojamiento, y el capitán Ramsay, con la nota que le dió el Libertador, á su buque, en el que tuve por necesidad que dejar todos mis libros que traje de Panamá, inclusos los que me regaló Monteagudo.

No había tenido muchos días de descanso en Pativilca, cuando recibí orden de marchar con mi tropa al cuartel general del general Sucre, en la ciudad de Huaraz. Se me dieron todas las instrucciones necesarias para la marcha, y las prevenciones oportunas contra las célebres aguas de verrugas, que se encuentran en muchos arroyos en el tránsito por la sierra, después de pasar la cordillera de Marea. Esta instrucción la conservo en mi poder hasta el momento en que escribo estos mis recuerdos (año de 1869). Prohibición absoluta de tocar estas aguas ni dejarse salpicar los soldados por ellas al pasar los arroyos. Y con todo, yo no escapé; mi caballo me salpicó una gota de esa agua en la pierna derecha, al pasar un arroyo.

La enfermedad que causan estas aguas son unas verrugas que duran seis meses; dos mientras se están formando, dos que permanecen afuera, y dos en su desaparición, ocasionando al mismo tiempo en el enfermo una tristeza profunda. Cuando revientan en la cara, ponen al individuo como un monstruo. Á algunos de los oficiales del ejército les sucedió esto, principalmente á un capitán, Mogosi, del batallón *Rifles* de la Guardia.

Esta marcha, la primera que hicimos por serranía, fué muy penosa para la tropa; pero á mí no me hizo impresión alguna, porque más me agradaba el frío de la cordillera que los fuertes calores de Panamá y la Costa Firme.

Al subir la cordillera de Marea, la mayor parte de mis soldados se sintieron atacados por la horrible fatiga que llaman *soroche*, la que llega á impedir la respiración. El antídoto contra esta afección es tomar zumo de limón con azúcar, que con buen éxito di á todos los atacados, haciendo á la vez frecuentes descansos en la marcha. Un

soldado se puso tan malo, que le di mi caballo para que montase en él, y yo mismo llevé su fusil, hasta trastornar la cuesta, sin haber sentido yo el *soroche* ó fatiga producida por la gran rarificación de la atmósfera, que sólo me hizo sentir una especie de cansancio fuerte. Generalmente los negros y los mulatos son los que se ponen á la muerte con esto. Entre mis soldados, ninguno falleció de este ataque, á pesar de que pasamos muchas cuestas de *soroche* en la campaña. Quedaban muchos soldados enfermos en los hospitales, pero no morían de esto.

Después de tan penoso viaje, llegamos, por fin, á Huaraz.

CAPITULO V

En Huaraz.—Regreso á Pativilca.—El Libertador me invita á comer con él.—El objeto con que me llamó á Pativilca.—Defección de Moyano en el Callao.—En pos del batallón "Vargas" y del escuadrón "Húsares".—La nevada en Ollon.—Arribo á Cajatambo.—Nos visita allí el general Sucre.—Se me llama nuevamente á Huaraz.—El Libertador me envía en comisión al Norte del Perú.—Mi muchacho, irlandés, Patricio.—Levanto el croquis de Corongo.—El capitán Ferguson.—Un Consejo de Guerra.—El Libertador me asciende á coronel efectivo.—Nueva comisión.—El coronel Althaus. Soy nombrado Jefe de Estado Mayor General del Ejército Unido Libertador.—El coronel Morán.—Visito los cuerpos de la segunda división.—Los generales Lamar y Gamarra.—Arribo á Yungay.—Encuentro allí al Mayor Felipe Braun.—El teniente Tomás Herrera.—El coronel Delgado.—Coronel Luis Urdaneta.—Trágico fin de Ferguson.—El batallón "Pichincha".—El capitán Brown.—Me enfermo en Yungay.—El ordenanza de Braun.—Vuelvo á Huaraz.—El general Sucre y yo somos llamados por el general Bolívar á su Cuartel General en Huamachuco.

No estuve muchos días en Huaraz, cuando recibí una nota oficial del Secretario general del Libertador, en la que me transmitía la orden de regresar inmediatamente á Pativilca, donde aquél se hallaba, porque su Excelencia quería conversar conmigo personalmente sobre asuntos referentes á las fortificaciones del Callao.

¿Quién habrá dicho al general que yo soy ingeniero?, me decía en mi interior, porque en las campañas de la Costa Firme yo no acompañaba á Bolívar, habiéndome

encontrado entonces en el ejército del Norte, en la toma de Río-Hacha y de Santa Marta, y en el sitio y toma de Cartagena.

Dando inmediato cumplimiento á aquella orden, me presenté en Pativilca al general Bolívar, quien me recibió muy bien y con mucho cariño. Ese mismo día me invitó á comer con él, solos, en la huerta de la casa que ocupaba.

Durante la comida me preguntó, entre otras muchas cosas, porque era muy conversador, qué podía haberme inducido á salir de mi país, en donde él sabía muy bien que yo vivía en la opulencia, á venir á Colombia á pasar los trabajos y penalidades que él y sus paisanos estaban arrostrando.

Le dije ingenuamente que había venido á América á perfeccionarme en el arte práctico de la guerra, habiendo aprendido la parte teórica en los colegios militares, y que tenía la esperanza, si sobrevivía á la guerra de la independencia en que nos hallábamos empeñados, de poder volver á Europa y ser útil á la emancipación de mi patria algún día.

Se levantó entonces el Libertador de su asiento (comíamos en una mesita redonda), y estrechándome con fuerza entre sus brazos: «¡Ah!, me dijo, cuánto desearía tener muchos jefes como usted! Consuélese, mi querido O'Connor, ayúdeme en esta campaña, que espero será la última, y yo le daré un regimiento de mis llaneros para ayudarle á libertar su patria, su Irlanda.

En el día de hoy no le habría contestado en estos términos; porque en el transcurso de cerca de medio siglo desde entonces, veo que mi patria goza de más libertad y más positivas garantías que los desgraciados países que hemos libertado, algunos de los cuales hoy de república sólo tienen el nombre.

El objeto manifestado en el oficio en que se me llamaba tan urgentemente al Cuartel General Libertador, no había sido más que un pretexto, porque no convenía que se apercibieran en el ejército de lo que acababa de ocu-

rrir en la fortaleza del Callao; de manera que, á mi arribo á Pativilca, solamente llegué á saber el verdadero motivo de mi llamamiento.

Un sargento, Moyano, del batallón argentino *Río de la Plata,* se había defeccionado en el Callao, pronunciándose por el rey de España, por cuyo servicio los españoles le hicieron coronel del ejército Real. Á consecuencia de esta defección, el batallón colombiano *Vargas* y el escuadrón *Húsares* quedaron aislados, y nada se sabía de ellos en el Cuartel General.

Recibí orden de irme en busca de estos dos cuerpos, sin más compañía que la de Patricio, mi trompeta de órdenes, único sobreviviente del regimiento *Lanceros,* de la Legión irlandesa, y que me servía de ordenanza.

Me despedí del Libertador, salí precipitadamente de Pativilca, y después de andar muchas leguas por la costa, por Huaura y Chancay, que dista doce leguas de Lima, adquirí noticias de que el *Vargas* y el *Húsares,* escapados del Callao, se hallaban cerca de Chancay, donde felizmente les dí el alcance. Esa misma tarde les hice marchar conmigo á la hacienda de Retes, y al día siguiente los llevé por el camino que me señalaba el itinerario hasta Cajatambo.

Tenía orden de dar á la tropa ración doble, por el estado de extenuación en que se hallaba á consecuencia del hambre que se les había hecho pasar en el Callao. Efectivamente, encontré á todos los soldados en miserable estado; pero, con marchas cortas y con mucho cuidado, logré hacerlos llegar hasta Cajatambo, no sin novedad, porque en un punto del tránsito, llamado Ollon, se me murieron once de aquellos abnegados soldados, en una terrible nevada que nos cayó en un abra de la cordillera.

Supe que por allí cerca estaba el ejército realista del Norte, á las órdenes del general Canterac, y pasamos la noche con todas las precauciones necesarias contra una probable sorpresa del enemigo; pero felizmente no hubo novedad y llegamos tranquilamente á Cajatambo, en don-

de pocos días después nos hizo una visita el general Sucre con sus edecanes teniente coronel Trinidad Morán y capitán Alarcón y su secretario teniente José María Silva, del batallón *Voltijeros*.

Al día siguiente de su llegada, el general Sucre quiso ver maniobrar el batallón, con cuyo objeto se formó éste en la plaza. Mandé algunas evoluciones que le agradaron mucho. Viéndole yo entonces de tan buen humor, le pedí la gracia de poner en libertad á dos oficiales, que se hallaban presos en la guardia de Prevención desde la salida del Callao. Se sonrió el general y me respondió: —Yo no puedo negarme á una solicitud de usted, hijo mío; quedan en libertad; pero le advierto que son incorregibles, y que más tarde tendrá usted que hacerlos recoger, porque estos dos caballeros sólo se sueltan para el momento de un combate.

En efecto; no había pasado una hora á que los dos oficiales fueron puestos en libertad, cuando se me presentó el Ayudante á darme parte que estaban ya cometiendo desórdenes en el pueblo, y hubo que volverlos á arrestar. Ni más ni menos que lo que me dijo el general Sucre.

Se despidió el señor general en jefe, dejándome en Cajatambo con la tropa; pero no pasaron muchos días cuando recibí una nota oficial suya, que hasta ahora conservo en mi poder, manifestándome el temor que tenía de una sorpresa por parte del general Canterac con el ejército del Norte, y dándome las instrucciones necesarias para emprender mi retirada hasta Huaraz, donde debía incorporarme al Ejército Unido.

Felizmente, no se verificó la temida sorpresa; y hallándome todavía en Cajatambo, recibí otra nota del general en jefe, trascribiéndome una nota del Excmo. Sr. Libertador, que también conservo hasta hoy, para que me pusiera en marcha hasta Corongo en el Norte del Perú, á hacer un reconocimiento de aquel punto, que su Excelencia (agregaba) había visto á su regreso de Trujillo, y que le parecía una posición en la cual un pequeño núme-

ro de tropa podría defenderse contra uno mucho mayor en el caso de vernos atacados por el enemigo antes de llegar los auxilios que esperábamos de Colombia.

Salí inmediatamente de recibir esta orden para Corongo, llevando conmigo sólo dos soldados del batallón *Vargas* y mi ordenanza Patricio.

A mi llegada á Recuay, cinco leguas antes de Huaraz, me alojé en casa del cura del lugar; y á la mañana siguiente, al disponerme á continuar la marcha, se me presentó mi pobre Patricio, diciéndome: "Bien sabe usted, mi coronel, que su Patricio no es cobarde, pero tiene el sentimiento de dejarle y no poder pasar adelante."

—Pero, ¿qué hay, Patricio?, le dije sorprendido.

—No tengo, me respondió, más que un dolor en la rodilla derecha, pero me siento mal y creo que voy á morir.

Tuve, pues, el sentimiento de separarme de mi querido y fiel Patricio, á quien dejé mis baules con mi dinero y el de él también, que guardaba en uno de ellos, y pasé adelante, después de recomendárselo eficazmente al señor cura.

Muchas leguas tuve que andar hasta llegar á Corongo, donde pasé algunos días en el reconocimiento de la posición, de la que levanté un croquis exacto, que remití con un oficio al Libertador en Pativilca, de cuyo punto él no pudo pasar adelante, á consecuencia de la defección de Moyano en la Fortaleza del Callao.

Terminada mi comisión, regresé á Huaraz, en donde encontré al batallón "Vargas".

En aquellos días llegó desde Otuzco el capitán Guillermo Ferguson, del batallón *Rifles* de Bomboná, primero de la Guardia, para ser juzgado por un Consejo de guerra. Se reunió éste, y yo fuí nombrado uno de los vocales. Aquí por primera vez tuve ocasión de notar el espíritu de partido entre los jefes. Se leyó el proceso, y cuando se retiraron los oyentes, el presidente de él, que lo era el coronel Luis Urdaneta, se puso á escribir en un

pliego por largo rato, y al concluir, se dirigió á los vocales diciéndoles que éste era su voto, y que los que lo hallasen conforme con su opinión se dignarían apoyarlo, y tiró el papel sobre la mesa. El jefe más moderno lo recogió y lo copió de principio á fin; el segundo hizo la misma operación y me llegó á mí el turno de escribir mi voto. Era el jefe de más antigüedad después del Presidente, y me había sentado á su derecha. Yo no hice uso de su borrador de voto, como todos los demás; al contrario, puse el mío en cuatro renglones, y mientras lo escribía, observé que algunos de los vocales se paraban detrás de mí para ver lo que estaba escribiendo, y que guiñaban los ojos del Presidente. Mi voto era distinto de los otros, ó más bien dicho, distinto del voto del Presidente, copiado por los demás vocales. Yo absolvía al capitán Ferguson de toda pena, por no hallar en su proceso nada serio que pudiera acusarle de una infracción de las leyes militares.

Quedó Ferguson en Huaraz, y su proceso, con la sentencia pronunciada por el Consejo de Guerra, fué remitido á Otuzco, donde se quedó archivado hasta la llegada del general Bolívar allí.

En Otuzco se hallaban reunidos los generales Necochea, Lamar, Gamarra, Correa y otros y el ministro de la Suprema Corte de Justicia de Lima, doctor Sánchez Carreón. Cuando llegó su Excelencia á Otuzco, fué puesto en sus manos el proceso del capitán Ferguson para la aprobación de la sentencia del Consejo de Guerra. El Libertador convocó una Junta de todos los generales presentes, á la que se agregaría el señor ministro de la Corte Suprema.

Esta respetable Junta opinó que en la sentencia del Consejo de Guerra no había sino un sólo voto arreglado á ordenanza; por lo que se comunicó ese mismo día una orden general, dando una satisfacción al capitán Ferguson, y poniéndole en libertad, con restitución del mando de su compañía en el batallón *Rifles*.

Todo esto lo supe yo después, porque, cuando llegué á Huaraz, de regreso de mi expedición á Corongo, ya el general Sucre se había marchado á Pativilca, llamado por el Libertador.

Estando el general Sucre en Pativilca, llegó allí la nota que yo había dirigido al Secretario General, incluyéndole el croquis de la posición de Corongo, y á su regreso á Huaraz me trajo él mismo el despacho de coronel efectivo del ejército de Colombia, firmado por Bolívar, y un mensaje de éste, dejando á mi elección sobre si quería continuar en el mando del batallón *Vargas*, ó pasar á ser Jefe del Estado Mayor General del Ejército Unido Libertador.

Supliqué al general Sucre me permitiese reflexionar un día sobre este asunto; y como mi paisano, el coronel Sandes, se hallaba en esos días en Huaraz, le comuniqué la propuesta que me hacía el general Bolívar, á lo que me dijo que por nada aflojase yo el mando de mi batallón; que la Jefatura del Estado Mayor General era el puesto más laborioso y siempre el más mal recompensado en el ejército.

Siguiendo el consejo de mi paisano, me fuí á ver al general Sucre, y le dije que prefería el puesto de sargento en el batallón *Vargas*, al de Jefe de Estado Mayor General; pero él había tenido ya resuelto este asunto de otro modo. Dió el mando del batallón *Vargas* al coronel Trinidad Morán, pero no inmediatamente; porque dos días después de esta entrevista, me llegó otra nota del Secretario General, en la que, de orden del Libertador, se me mandaba dirigirme sin demora á practicar otro reconocimiento en Mollepata, más al Norte de Corongo.

Inmediatamente me puse en camino á cumplir esta comisión; y estando ocupado en el reconocimiento de aquella posición, llegó el coronel Althaus, jefe de ingenieros del ejército del Perú, y puso en mis manos una nota del Secretario General del Libertador, en la que me ordenaba dejar con el referido coronel Althaus todas las

instrucciones necesarias para la fortificación y defensa de la posición de Mollepata, y regresar yo al Cuartel General de Huaraz á hacerme cargo del puesto de Jefe del Estado Mayor General del Ejército Unido Libertador. No me agradaba el nuevo puesto; pero, como el deber me imponía acatar sin réplica las órdenes de mis superiores, me puse otra vez en marcha después de pasar dos días con el expresado coronel Clemente Althaus, que más tarde fué uno de los más distinguidos y meritorios generales del Perú. Cambiamos ideas sobre los mejores medios para defender la posición, habiéndonos puesto en todo de perfecto acuerdo.

El Libertador estaba ya en Otuzco, habiendo tomado el camino de la costa; yo tomé el de la sierra.

Á mi arribo á Huaraz recibí la triste noticia de la muerte de mi fiel é ireemplazable Patricio, que había venido como pudo allí á pasar el día de San Patricio y entregar al capitán Rubial mis baules y mis caballos, regresando luego á Recuay, á morir allí, tan lejos de su patria.

Este muchacho era lo más leal y honrado que dar se puede, y su muerte fué una grande y dolorosa pérdida para mí.

Entregué el batallón *Vargas* de la Guardia á su nuevo jefe el coronel Morán, y el mismo día me hice cargo de la Jefatura del Estado Mayor General, empezando en seguida la visita de los cuerpos de la segunda división, todos acantonados en la quebrada de Huaraz, desde Recuay hasta Matos; es decir, en Recuay, Huaraz, Yungay, Caraz, Carhuaz y Matos, los últimos puntos de hermosas haciendas de cañaverales.

Antes de mi salida de Huaraz á hacer esta visita de inspección, llegó de Otuzco el proceso del capitán Ferguson, con la sentencia definitiva del Libertador, ordenándose ponerle en libertad, dársele una satisfacción por su arresto contra la Ordenanza, y su restitución al mando de su compañía.

El batallón *Vargas* era allí el único de la primera divi-

sión; *Rifles* y *Vencedores* se hallaban en el Norte con el Libertador; lo mismo que los cuatro cuerpos de la división peruana, al mando del gran Mariscal don José de Lamar, que fué antes inspector en el ejército del Rey, y se pasó al ejército de la Patria en Lima, colombiano de nacimiento.

El jefe de Estado Mayor de la división del Perú era el general de brigada don Agustín Gamarra, natural del Cuzco, y también pasado del ejército del Rey al de la Patria.

Empecé, pues, á practicar mi visita de inspección. Llegué á Yungay, en donde encontré al escuadrón *Granaderos de la Guardia*, mandado por el sargento mayor Felipe Braun, á quien yo no había visto desde que le encontré en el pueblo de Barranquilla en Colombia. Hizo maniobrar su escuadrón en la plaza de Yungay, con la mayor perfección y lucimiento, y en seguida llamó un soldado (indistintamente) de la formación, y le hizo dar las voces de mando á todo el cuerpo, con la más absoluta precisión.

En Yungay también estaba acantonado el batallón *Voltíjeros*. Á este cuerpo fueron incorporados algunos oficiales y soldados del batallón *Istmo*, el que habiendo quedado en sólo cuatrocientas plazas, se refundió en otros cuerpos del ejército de Colombia. Entre los oficiales de mi antiguo batallón *Istmo*, que pasaron al *Voltíjeros*, hallábase el teniente de Granaderos Tomás Herrera, natural de Panamá.

Preguntando por él, á mi llegada á Yungay, me informaron que se hallaba preso en un calabozo. Ordené que se me presentase, y preguntándole el motivo de su prisión, me dijo: «Usted, mi coronel, tiene la culpa; porque la lección que nos dió una noche en la Academia en Panamá, no había estado de moda en este país.»

—¿Qué hubo, mi querido Tomás?—le interrogué.

—Señor—me respondió—, estaba yo jugando en un billar, cuando entró allí el Mayor Torres, y me ordenó que me fuera á llamar á su asistente; seguí jugando sin hacerle

caso, porque no era asunto del servicio. Me mandó entonces arrestado á la guardia de prevención, de donde yo le dirigí una esquela de desafío, la que el Mayor presentó al jefe de mi cuerpo, coronel Ruperto Delgado, quien ordenó me pasen inmediatamente á un calabozo.

Al oir esto, tomé del brazo á mi teniente, diciéndole me llevase al alojamiento de ese coronel. Al entrar, después de saludarnos, le expresé el objeto con que lo buscaba personalmente, en vez de hacerle llamar al alojamiento mío. Le dije francamente que yo tenía la culpa de lo que había hecho el teniente Herrera, á quien se puede decir que yo había criado en Panamá; le referí la lección que había dado allí á mis oficiales y concluí ordenando al coronel le hiciese poner inmediatamente en libertad, asegurándole que si necesario fuese, yo respondería al Libertador de mi proceder en ese asunto.

Nadie me lo reprobó; pero posteriormente, cuando se abría la campaña del Perú, este mismo coronel pidió por escrito su licencia final, y absoluta separación del ejército, la que le fué concedida.

Este teniente, Tomás Herrera, hijo de un respetable caballero que ocupaba el puesto de Tesorero cuando yo estuve en Panamá, ascendió después en Colombia á la alta clase de general, y este mismo hizo fusilar en Panamá al coronel Luis Urdaneta, aquel que fué presidente del Consejo de guerra que se reunió en Huaraz para juzgar al capitán Guillermo Ferguson.

Este mi paisano Ferguson, que más tarde llegó hasta la clase de coronel del ejército de Colombia, que era tan valiente y tan adicto y leal al Libertador, á quien acompañó en clase de su edecán hasta su muerte, pereció trágicamente en la memorable noche del 25 de Septiembre de 1828, en que estalló en Bogotá una de las más negras é infames conspiraciones contra Bolívar. En el momento del tumulto, y cuando el bizarro y heroico batallón *Vargas* contenía á los conjurados, que pretendían nada menos que asesinar al Libertador, el coronel Ferguson, que

iba velozmente en pos de Bolívar, encontró en una de las calles de Bogotá á un caballero muy amigo suyo, pero que era de los conjurados, y preguntándole, ignorando aún lo que acontecía, qué novedad era esa, éste le dió por toda contestación un pistoletazo que dejó muerto en el acto al noble y leal Ferguson.

Aquella inicua conspiración, felizmente sofocada esa misma noche, fué uno de los más infames y criminales estallidos de la perversidad y la negra ingratitud, contra el más grande y noble de nuestros héroes, el inmortal Bolívar.

De Yungay me dirigí á Carhuaz, en donde encontré al batallón *Pichincha*. Aquí hallé arrestado en su alojamiento al capitán de granaderos Jorge Brown, por orden de su jefe, porque no había querido prestarle algunos pares de pantalones blancos de Brin para los soldados de una de las compañías del batallón.

En ésta de granaderos, había también muchos soldados de mi antiguo batallón *Istmo*, que tenían de á tres pares de pantalones cada uno, y que les mandé á hacer cuando estábamos en Panamá. El capitán Brown gastaba todos sus sueldos en tener á su compañía más lujosa que las demás del cuerpo.

Me vi con el primer jefe, coronel Leal, é hice poner en libertad al expresado capitán, á quien, al día siguiente, me llevé conmigo hasta Matos, donde nos alojamos en casa del gobernador.

Una vez concluída mi visita á todos los cuerpos de la división, me regresaba á la ciudad de Huaraz, pero en Yungay me indispuse gravemente. El cirujano del escuadrón *Granaderos* me recetó un emético que tomé á la mañana siguiente, habiéndome asistido todo ese día y esa noche el ordenanza de mi amigo el mayor Braun.

Cuando me sentí mejorado, proseguí mi marcha, y antes de partir, dí una pequeña gratificación de diez pesos al ordenanza de Braun, quien me la agradeció muchísimo y me la recordó algunos años más tarde, un día en que este noble soldado me salvó la vida.

Tres días después estuve ya en Huaraz, cuartel general del general Sucre, en donde no tuve muchos días de descanso, pues el general Sucre y yo fuimos llamados para la reunión de una Junta de guerra que debía tener lugar muy pronto en Huamachuco, cuartel general á la sazón del general Bolívar. Inmediatamente nos preparamos y juntos emprendimos la marcha al Norte.

CAPÍTULO VI

Salimos de Huaraz.—Curiosa anécdota sobre el matrimonio del general Sucre.—Digresión.—El célebre batallón *Voltíjeros.*—La Junta de Guerra de Huamachuco.—La campaña del Sur.—Laboriosidad infatigable del general Sucre.—Huánuco.—Bolívar y Sucre.—Marcha al Cerro de Pasco.—El Libertador me confía la conducción de la división á Huariaca.—El ejército Unido Libertador se ve todo él reunido por primera vez.—El general Santa Cruz.—Cerro de Pasco.—Un ejército... de llamas.—Gran revista.—Mi brindis.—Decreto de 9 de Julio.—El general Miller y el coronel Estomba.—El ejército continúa la marcha.—La víspera de una gran batalla.

Salí de Huaraz, como he dicho en el anterior capítulo, en compañía del heroico y benemérito general Antonio José de Sucre, y llegamos sin novedad al pueblo de Huamachuco, en donde nos alojamos juntos en una misma casa.

Á la noche siguiente á nuestra llegada, vino mi paisano el coronel Arturo Sandes á visitarme, y estando en conversación con él, entró á mi cuarto el general Sucre, y dijo al coronel Sandes que marchaba un oficial en comisión á Quito, y que él estaba escribiendo á un amigo suyo en aquella ciudad. "Sandes—le dijo—, sé que usted tiene allí dada palabra de matrimonio á la hija del Marqués de Solando; yo deseaba casarme con esa señorita, y me permito proponer á usted que confiemos á la suerte nuestros deseos; tiremos un peso al aire para ver quién gana la

mano de la marquesita, y si usted la pierde, yo mando mi poder ahora mismo á Quito, para casarme con ella."

"Convenido—respondió Sandes—; y por otra parte, quién sabe si volveremos otra vez á Quito, ó si moriremos en alguna acción de guerra."

Me nombraron entonces á mí por testigo, yo tiré el peso al aire y ganó el general Sucre, quien efectivamente se casó con la señorita de Solando, á su regreso á Quito, cuatro años después.

Había traído en mis baules dos botellas del aguardiente de Irlanda, que el capitán Simpson me obsequió para festejar el día de San Patricio, que ya había pasado, y con ellas hicimos un excelente ponche que tomamos esa noche Sucre, Sandes, Ferguson y yo, y otros oficiales irlandeses que estaban en el batallón *Rifles*, con más el capitán Belford Hinton Wilson, edecán del Libertador, y á quien yo no había visto desde que pasó por Panamá.

En la reunión de esa noche pregunté al coronel Sandes qué había ocasionado el proceso de nuestro compatriota el capitán Ferguson, y me refirió lo siguiente:

Cuando llegó á Lima la primera división del ejército de Colombia, había allí algunos cuerpos del ejército argentino, que se hallaban muy desmoralizados y descontentos.

Cuando supo esto el Libertador, dió una orden general previniendo que en adelante todos los soldados del Ejército Unido serían satisfechos de sus haberes cada semana, en formación, por pagadores nombrados entre ciudadanos particulares. Esta orden general hubo de producir un motín en los cuerpos colombianos, y llegando esto á oídos del general Bolívar, hizo llamar á todos los jefes colombianos al palacio de Gobierno, y les explicó allí que ellos no habían dado motivo alguno para que se dictara la referida orden general, sino los jefes argentinos, y para cortar todo abuso era necesaria una medida enérgica, pero que era indispensable que los jefes colombianos se conformaran para dar un ejemplo de subordinación y mo-

ralidad, aun cuando ellos trataban á sus soldados con toda pureza.

Con esta explicación se apaciguaron los ánimos y quedaron todos conformes. El asunto de Ferguson resultó de esta orden. Estando el batallón *Rifles* en Otuzco, se ofreció una mañana la formación de la brigada Lara, para que el pagador repartiese el socorro á la tropa. El teniente coronel Luque estaba al frente de ella, sin espada, en mangas de camisa y embozado en su capa. Llamó al capitán Ferguson, que estaba sentado en la plaza conversando con el oficial de guardia, para ponerse á la cabeza de su compañía; Ferguson le desobedeció por no tratarse de asunto del servicio; Luque dió parte al general Lara, y éste lo mandó á un calabozo. De manera que, como dijo Sandes, Ferguson estaba preso injustamente, porque no había infringido artículo alguno de la ordenanza; pero parece que éste no fué el punto de vista en que quería apreciar el asunto el coronel Urdaneta, Presidente del Consejo de Guerra, que juzgó al mencionado capitán en Huaraz, y dió una sentencia que, como se ha visto, fué desaprobada.

El general Sucre recordó la perfección con que maniobró en la plaza de Yungay el famoso batallón *Voltijeros*, al mando del comandante Guas, cuando veníamos de Huaraz á Huamachuco.

Este batallón era considerado el más competente y perfecto de todo el ejército, por su instrucción y disciplina. Era el antiguo batallón *Numancia*, formado en Colombia en tiempo de los españoles, y que después vino al Perú para reforzar al ejército realista del Sur, y se pasó al general San Martín á la entrada de éste en Lima. Después, cuando llegó á dicha capital el general Bolívar, los jefes y oficiales de este cuerpo pidieron su incorporación al ejército de Colombia, por ser todos ellos colombianos, y les fué concedida.

Era ciertamente un batallón hermosísimo y brillante el *Voltijeros*, y su banda de música la mejor en todo nues-

tro ejército. Todos sus capitanes ascendieron más tarde hasta el grado de general.

Al día siguiente de esta reunión tuvo lugar la Junta de guerra, que se reunió en el alojamiento del general Bolívar. En ella vi por primera vez á los generales peruanos y argentinos. Cuando éstos y los generales colombianos (á los que ya conocía) estaban sentados, noté que yo era el único coronel entre ellos. Quizá se me había llamado á esta Junta sólo atendiendo á mi carácter de Jefe de Estado Mayor General.

El Excmo. Señor Libertador tomó asiento al extremo de una larga mesa en la que se hallaba extendido un gran mapa de la América del Sur. Abrió la sesión, y se dió lectura á algunas notas que había recibido de diferentes partes del interior, avisándole que el general español don Pedro Olañeta se había defeccionado del virrey Laserna, al Sur de Potosí, y que el general Jerónimo Valdés había marchado contra él á reducirlo; lo que quería decir que había desunión y mala inteligencia en el ejército realista.

—"Caballeros—dijo el Libertador:—esto es lo que hay, y les he llamado á ustedes en consulta sobre si estas noticias son suficiente causal para abrir la campaña y marchar hacia el Sur". Y mirando á todos, se dirigió á mí en estos términos:

—"Parece que usted, coronel O'Connor, es el de menor graduación entre los jefes presentes, y le toca ser el primero en dar su parecer."

Inmediatamente me puse de pie, y fijando mi vista sobre el mapa, indiqué que la posición en que estábamos, del cerro de Pasco, del Cuzco, de la Paz, de Potosí y de la Lava, doce leguas al Sur de Potosí, adonde se decía que el general Valdés había marchado contra Olañeta; manifestando la larga distancia que hay entre el Cuzco, cuartel general del virrey y la Lava, y que mi parecer era, sin pérdida de tiempo, abrir la campaña del Sur; y seguí fundando mi voto con las razones y argumentos en favor, cuando el general Bolívar se levantó de su asiento,

y empezó á doblar el mapa diciendo:—"Este joven jefe está dándonos una verdadera lección sobre el arte de la guerra. No hay más que decir, ni que oir, y mañana se pone el ejército en marcha"—continuó dirigiéndose al general Sucre.

Pudiera parecer tal vez una vanidad por mi parte el hacer mención de esta ocurrencia; pero es la verdad como sucedió, y quizá fué porque el Libertador, que era hombre de poca paciencia, muy nervioso y de primeras impresiones, y cansado de la promulgada sesión, hubiera hecho lo mismo al oir el primer voto de cualesquiera de otros generales presentes en la memorable Junta de guerra de Huamachuco. Sobre todo, parece que él tenía ya formada su intención de abrir la campaña del Sur, desde antes de la reunión de aquella Junta de guerra.

Se dió la orden general para la marcha de la División; pero era necesario disponer las raciones y forrajes, formar los itinerarios é indicar las pascanas. Hasta el pueblo de Recuay, cinco leguas adelante de Huaraz, el camino era fácil, porque la marcha se hacía por lugares poblados y por hermosas haciendas de cañaverales.

El general Sucre llegó á Huaraz con el Estado Mayor, y aquí empezó el trabajo. Yo no tenía en aquél más que dos ayudantes: el uno, jugador, y el otro, dormilón, que no me servían para nada en toda la campaña; pero, felizmente, no tuve otra cosa que hacer que escoger las posiciones para acampar la tropa, y en los pueblos del tránsito, que eran pocos, buscar alojamientos, llevar el diario de las marchas, consignar las novedades ocurridas en ellas y la alta y baja personal de los cuerpos.

El joven general Sucre hacía todo lo demás, y por cierto que era infatigable; pasaba algunas noches escribiendo sin descanso, él mismo, de su propio puño, á las autoridades locales, á los curas, etc., etc., y su actividad y laboriosidad nos tenían á todos admirados. Nada faltaba á la tropa, y teníamos hasta cajas de dulces para los jefes y oficiales, y cuarta parte de sueldo para todos. En esto

llevaba yo ventaja, porque, fuera de mi cuarta parte de sueldo de coronel efectivo, tenía la asignación de cien pesos mensuales, como jefe del Estado Mayor General; de manera que me hallaba con mayor haber que los generales; pero esta ventaja de nada me servía, porque no había en qué gastar ese dinero.

Todo estaba á cuartel libre. Caballos y mulas se tomaban en los campos, sin preguntar de quiénes eran, y todo el ganado que se hallaba por uno y otro flanco de la línea de marcha se arreaba á retaguardia.

El paso de la cordillera de Jesús nos fué muy penoso.

Llegó el general en jefe á Huánuco, pueblo de muy buen temperamento, aunque cálido: sus fronteras son extremadamente fértiles y producen, además de buen café, todo lo necesario para la subsistencia. El general Sucre se alojó con sus edecanes en casa de un rico hacendado español; yo, en una casa en la plaza. Los cuerpos del ejército no entraron en Huánuco; hicieron alto en los pueblos antes de llegar, pero distantes.

Pocos días después arribó también allí el Libertador con todo su Estado Mayor, siendo jefe de éste el general Andrés Santa Cruz.

Desde el día de la llegada del general Bolívar á Huánuco, todos los jefes teníamos que almorzar y comer á su mesa, muy bien servida por cierto.

Allí me complacía en admirar las simpáticas figuras de los dos grandes capitanes americanos: Bolívar y Sucre.

Éste era un joven animoso y de gran inteligencia, vivo, enérgico, audaz, muy afable y político con todos y muy querido por cuantos le conocían. Su modestia era tan grande como su abnegación y su talento. Con razón se le ha llamado el soldado filósofo. Era la encarnación de los más avanzados principios republicanos, y el más completo caballero. Una sola pequeñez pude notar en él: cierto espíritu provincialista. Tenía una predilección exagerada por todo lo que era colombiano.

Bolívar no tenía ni esta debilidad; trataba á todos de

la misma manera; no averiguaba la nacionalidad de los jefes de su ejército; no conocía predilecciones. Colombianos, peruanos, argentinos, chilenos, europeos, para él todos los hombres eran iguales. Le bastaba encontrarlos en el Ejército libertador para estimar á todos igualmente.

Se servía de los hombres según las aptitudes de cada uno. Nada le importaba en dónde habían nacido, ni en qué parte del mundo se verían sus nombres como pertenecientes á su ejército. Tenía un espíritu grande y nobilísimo, dotado de extraordinaria actividad y fuerza. Era tan noble en su origen como en su alma y en sus facciones.

Su talento era elevado y poderoso, su genio extraordinario, sus conocimientos profundos, notables su saber y su elocuencia; inmenso su patriotismo y heroica su abnegación. Templaba siempre la Justicia con la Clemencia, y era tan grande en el terreno de la diplomacia como en los campos de batalla. El mundo era su patria, y los hombres de todas las naciones sus conciudadanos; la justicia su ídolo, y la libertad su culto.

Era de talla esbelta y de temperamento nervioso. Su metal de voz, suave y agradable, era áspero en sus momentos de mal humor y parecía adquirir el fragor del trueno cuando proclamaba ó daba voces de mando en el campo de batalla.

Va á hacer medio siglo que vi por última vez á este héroe inmortal, á este genio extraordinario, y todavía al recordarlo, en los postreros días de mi existencia, me parece que mi oído escucha su acento, y que mi alma se baña en los efluvios de su mirada de fuego, altiva y penetrante.

Pero volvamos á la narración de la campaña del Sur.

Nuestro ejército había descansado algunos días en las inmediaciones de Huánuco, y se dispuso la marcha con dirección á Cerro de Pasco, en donde supimos que se aproximaba el ejército español del Norte á órdenes del general Canterac.

El día que recibimos esta noticia, me llamó el Liberta-

dor á su alojamiento, antes de ponernos en marcha, y me dijo: que me había escogido á mí para conducir á Huariaca una división de su ejército, que comandaba el joven y heroico general Córdova. Le hice presente que esa división tenía su general y su Estado Mayor divisionario, y ¿qué le importa á usted—me interrumpió—, si tengo en usted toda confianza y yo se lo ordeno? Y si alguien se le insubordinare—agregó—remáchele una barra de grillos.

No tuve otra cosa que hacer que obedecer callado la orden de mi jefe y conducir la división á Huariaca, en donde pocos días después nos dió alcance.

De allí el ejército continuó su marcha hasta Cerro de Pasco. Aquí, desde nuestra salida de Colombia, se vió por primera vez reunido todo el ejército Libertador, cuyos cuerpos habían estado antes acantonados en diferentes pueblos y haciendas, hasta que se abrió la campaña, á excepción de la primera división, compuesta de los batallones *Rifles*, *Vencedor* y *Vargas*, que habían llegado al Perú antes, y que fueron mandados por el Libertador á la ciudad de Arequipa, á órdenes del general Sucre, el año anterior, de 1823, para cooperar con las fuerzas del general Santa Cruz, que había salido de Lima con cuatro mil hombres, de la flor y nata del ejército peruano, á libertad el país del poder de los españoles.

El general Sucre se puso en comunicación desde Arequipa con el general Santa Cruz, que estaba entre el Cuzco y el Desaguadero, avisándole que se había situado en aquel punto con orden del Libertador, de ayudarle á libertar al país. El virrey Laserna y todo el ejército español se hallaba entonces al Sur del Desaguadero.

El general Santa Cruz contestó al general Sucre, que á su tiempo aprovecharía de su cooperación, y siguió la marcha hasta llegar á la vista de la vanguardia española, más adelante de Oruro, cuando empezó á retirarse sin dar un tiro, hasta Zepita. En este punto hizo alto, aguardó al enemigo, y se dispersó su lucido ejercito en todas direcciones.

Después de este encuentro, el jefe español, general Valdés, se dirigió á marchas forzadas sobre Arequipa, y el general Sucre tuvo entonces que desocupar la ciudad y tomar el camino de la Costa para regresar á Lima.

Todo esto me lo refirió el mismo general Sucre.

Cerro de Pasco es un pueblo de temperamento muy frío, célebre por sus famosas minas de plata. Las casas de los principales mineros estaban esparcidas por todo el campo. El general Bolívar se alojó en una de las mejores del pueblo; el general Sucre en Casa-Blanca, y yo también con él.

Un día, cuando estábamos en este lugar, el general Miller y los coroneles Echenique y Delgado salieron á hacer un reconocimiento por el lado del pueblo de Reyes, y volvieron á galope con la noticia de que el ejército enemigo estaba marchando con dirección al Cerro de Pasco, donde nosotros estábamos. La alarma producida por esta noticia se desvaneció luego, porque resultó que el tal ejército había sido una gran tropa de *llamas*.

El Libertador quiso ver en formación todo su ejército por primera vez y pasar una revista de todos los cuerpos. Me ordenó tenerlo formado para el día siguiente, y escogí el campo del Sacramento para la revista. Formado allí, se presentó el general Bolívar con todo su Estado Mayor General, y fué recibido con los honores de costumbre. Se hizo la marcha por columnas de frente, á la marcha regular y después á la redoblada; se practicaron algunas maniobras y el Libertador, al despedirse, arengó al ejército. Esta hermosa y notable proclama la terminó con las siguientes frases: «El Ejército Libertador llevará sus estandartes victoriosos hasta el antiguo templo del padre de la luz.»

Por la tarde todos los jefes fuimos invitados á un gran banquete en casa del general Bolívar.

Después de la comida empezaron los brindis, algunos muy largos y pesados. Yo estaba sentado á la izquierda del Libertador, pero no decía palabra ni se me ocurría

agregar un brindis más á los muchos que ya se habían pronunciado. El Libertador, volviendo hacia mí la mirada, me dijo:—«Vamos, O'Connor, usted que es poeta, ¿por qué no nos hace oir un brindis?» Se expresó así su Excelencia, sin duda acordándose de la carta que le escribí de Panamá, en la que le cité un pasaje del poema de Ossían. Probablemente por esta circunstancia me creyó poeta, lo que nunca he sido. Me ví, pues, comprometido, llené mi copa, todos hicieron lo mismo, y levantándola, pronuncié el siguiente brindis: «Hallándose reunido en estos campos el ejército de Colombia, destinado á libertar el Perú del yugo español, y según apariencias, contra la voluntad de los mismos peruanos, brindo porque si en el primer encuentro con el enemigo fuere nuestro destino vernos derrotados, por ser tan variable la suerte de las armas, no quede vivo uno solo de nosotros para llevar el dolor y el luto á la patria.»

Apenas pronunciaba yo las últimas palabras, cuando el Libertador, lleno de entusiasmo, gritó: «Éste es mi brindis». Saltó sobre la mesa, vació su copa y la estrelló contra la pared de la sala.

Quedó terminado el banquete y nos retiramos todos.

Me creía justificado cuando dije en mi brindis: «Y según apariencias, contra la voluntad de los mismos peruanos», apoyado en el supremo decreto dado por el Libertador en Huánuco el 9 de Julio, por el cual se borraban de la lista militar del Perú trescientos jefes y oficiales que no se habían presentado á defender su patria.

El general Guillermo Miller y el coronel Estomba, jefe en el ejército argentino, y que se había presentado en Pativilca al general Bolívar, cuando el sargento Moyano, del batallón «Río de la Plata» se pronunció en el Callao por los españoles, habían marchado con anticipación desde Cerro de Pasco con objeto de reunir montoneros y operar con ellos sobre los flancos y la vanguardia del ejército en marcha.

El día 2 de Agosto de 1824 se ocupó en los prepara-

tivos para continuar la marcha; se distribuyó municiones á la tropa, y se llevaron todos los enfermos al pueblo, donde se estableció un hospital y el día 3 se movilizó todo el ejército, y fuimos á acampar en Cochamarca á las cinco leguas, donde se nos incorporó toda la caballería.

El día 4 hicimos una jornada corta de dos leguas hasta un lugar llamado el Diezmo. En este punto se nos incorporó la división del Perú á las órdenes del gran mariscal don José de Lamar, compuesta de cuatro batallones de muy pocas plazas, un regimiento de caballería y un escuadrón.

Llegó también el batallón *Caracas,* recién venido de Colombia, al mando del teniente coronel Herrán, el cual se incorporó al escuadrón *Granaderos de la Guardia,* que mandaba el Sargento Mayor Felipe Braun, y ambos bajo las órdenes del coronel Carvajal.

Esa noche acampó reunido todo el ejército del Libertador.

El día 5 se emprendió la marcha para Condocancha; la infantería con el general Sucre por los altos, y la caballería por las pampas con el general Bolívar, y yo con él. Llegamos al punto de Rumichaca, donde S. E. pidió un poco de fiambre á su mayordomo.

Lo estábamos tomando, sentados sobre una piedra del puente, cuando llegó un extraordinario con el aviso de que el enemigo estaba en marcha con dirección al Cerro de Pasco. Teníamos una cordillera alta entre el cerro y el camino.

Llegó nuestro ejército á Condocancha, á siete leguas del Diezmo, y aquí se pasó la noche entre las paredes de unas casas derruídas, sin techo, y con un frío extraordinario. El general Miller se nos reunió allí, y las fuerzas de montoneros quedaron con el coronel Estomba.

Yo pasé aquella noche echado al medio del general Miller y del capitán Wilson, edecán del Libertador. Mi ordenanza nos preparó una botella de vino compuesto con especierías, que había traído desde el Callao, y pasamos

la noche muy bien. No sé si el Libertador la pasaría mejor. Él dormía al otro lado de nosotros con la pared al medio. Estábamos en la víspera de Junin, de una de las más notables batallas de la guerra de la independencia sur-americana.

La relación de este hecho heroico y memorable merece un capítulo especial.

CAPÍTULO VII

El 6 de Agosto.—Gran batalla de Junin.—Espléndida victoria del ejército Libertador.—Orden general del 7 de Agosto.—Parte.—Explicaciones.

El día 6 de Agosto se puso el Ejército Libertador en marcha desde Condocancha con dirección á la pampa de Reyes, con la cordillera de por medio. La caballería llegó la primera á la cumbre, y de allí divisamos al Ejército Realista marchando con dirección á Tarma, es decir, hacia el Sur. Este era el Ejército del Norte, que mandaba el general Canterac. Yo tenía el honor de acompañar al Libertador en este memorable día.

Se exaltó el gran Bolívar al ver el ejército enemigo. Toda la caballería nuestra se hallaba reunida, é inmediamente el ilustre Libertador dió la orden de que todos montasen en sus caballos, pues se hacían las marchas en mulas. Se descendió la cuesta y llegamos á la llanura.

Entretanto el ejército realista nos había ganado la delantera; pero el ejército republicano, sin detenerse un momento al pie de la cuesta, siguió su marcha por la orilla de la inmensa llanura, con la cordillera á su derecha.

Le tocó por turno este día al Mayor Felipe Braun llevar la vanguardia de la línea de marcha, y por cierto que fué mucha fortuna para nosotros — como se vió muy pronto—pues siguiendo arrimados al pie de la cordillera,

llegamos á un paso por el cual no podía pasar más que un hombre de frente.

A la izquierda hay un manantial, que desde el principio forma un atolladero absolutamente intransitable para la tropa. El valiente y arrojado Braun pasó el primero, en seguida el heroico general Mariano Necochea, primer general de la caballería, siendo el segundo el general Miller.

Conforme iba pasando el escuadrón *Granaderos de la Guardia*, uno por uno, formaba en batalla, con las colas de los caballos sobre el atolladero, cuando vimos venir catorce escuadrones realistas á la carga y á gran galope sobre nuestro escuadrón formado. Los aguardó el intrépido y sereno Braun, á pie firme.

El emigo hizo alto á quince pasos de distancia del escuadrón, y en este momento Braun mandó á su corneta de órdenes tocar al *degüello*, y de un soberbio y audaz empuje, rompió por medio de la fuerza enemiga formada al frente y armada con *Chuzos*, lanzas con el asta de poco más de dos varas de largo, mientras nuestros *Granaderos* llevaban las suyas de tres varas y media.

Los *Granaderos* á retaguardia del enemigo, que no podía franquear por razón del atolladero y el pie de la cordillera, desordenaron por completo á los escuadrones españoles, que se dirigieron á galope en su persecución.

Esto era precisamente lo que convenía á nuestros famosos é invencibles llaneros colombianos, porque seguían llevando detrás de ellos á los jinetes españoles, y cuando se veían con dos ó tres persiguiéndoles, se daban vuelta, los esperaban y los lanceaban con la mayor facilidad.

Yo me hallaba viendo todo esto desde la orilla del atolladero y observando si había modo de pasarlo. Entretanto salvaron el mal paso algunos soldados de la caballería española, sableando á los nuestros en el mal paso. El Libertador me gritó que contuviese á nuestros jinetes, que estaban ya con la cara vuelta.

En el primer ataque, el valiente general Necochea fué

herido, tomado prisionero y rescatado en otros tantos minutos. El general Bolívar corrió con todo su Estado Mayor en busca de la Infantería.

Entretanto, el regimiento de caballería del Perú, con el general Miller, estaba muy á retaguardia y todavía no mezclado en la confusión del mal paso. Me dirigí á él, le mostré un morrito en la pampa, adonde le dije que precisamente debía acabarse el atolladero, y que podía llevar el regimíento por allí, entrar en el campo de batalla y contribuir á ayudar al intrépido Braun á completar la victoria. Así lo hizo inmediatamente y le fué muy bien.

Aun cuando nuestros *Húsares de la Guardia* y los *Granaderos de los Andes* casi vuelven caras, el coronel Silva, de *Húsares,* el coronel Carvajal, de *Granaderos,* y el coronel Bruix, de *Granaderos de los Andes,* lograron con gran arrojo salvar el mal paso, lo mismo que el impertérrito capitán colombiano Camacaro y unos cuantos *Húsares,* y como éstos eran lanzas finas, hicieron prodigios entre los enemigos.

Todas estas cosas pasaban en pocos minutos,

Después de hablar un instante con el general Miller, volví al atolladero, en el que me metí tratando de vadearlo, cuando del lado opuesto un soldado del ejército realista saltó una zanja, intentando sablearme; me defendí con mi espada, hasta quitarle su sable, y de un fuerte jalón á la brida de su caballo, le tiré á mi lado y le tomé prisionero. Este soldado se apellidaba Alfaro, y fué dado de alta al día siguiente en el escuadrón *Granaderos.*

Cuando le tomé prisionero me quedé en la orilla del fango, viendo el resultado del combate, y que el esforzado general Miller había pasado al campo de batalla, cerca de la altura que le indiqué, y mezclándose con el escuadrón *Granaderos,* que en estos momentos estaba lanceando á los enemigos á su gusto y con extraordinario denuedo y celeridad.

Cuando vi que la batalla terminaba en favor nuestro me dirigí al lado del Libertador, que era el que allí man-

daba, y que en ese instante se hallaba cerca de la bajada, por la cual habíamos penetrado al campo.

En este momento noté que nuestra infantería estaba subiendo la cordillera á tomar posición defensiva. Me alejé entonces del lado del Libertador, y empecé á subir la cordillera, gritando á nuestros soldados que bajasen.

No podían más; todos estaban asorochados, y mi caballo también. Por fin hice alto en media cuesta, cuando vi á nuestros jefes Carvajal y Silva, que venían gritando: *Victoria.* Braun, que era el que más había hecho, venía en silencio, sin proferir ni una sola palabra.

Bajó la infantería á la llanura y se echó á descansar, no habiendo tomado en todo el día más alimento que un poquito de fiambre por la mañana.

En esta batalla mandaba Bolívar. No se oyó en toda ella un solo tiro, se peleó puramente á arma blanca, y lo único que se oyó fué el choque terrible de las espadas, los sables y lanzas y los gritos de los combatientes. Notable fué el valor de Braun, Miller, Necochea, que cayó con siete heridas; Carvajal, Suárez, Medina, Sandoval, Bruix y Sowersby, quien murió al día siguiente á consecuencia de las heridas que recibió en el combate.

Junin

Las formidables cargas de nuestros *Granaderos* hacían temblar la tierra, mientras que en el cielo de Junin brillaba radiante la estrella de Bolívar, la estrella de la victoria.

Esta es la relación fiel y exacta de la célebre batalla de Junin, que yo presencié con sangre fría y sin perturbarme un momento; pero otros han escrito y dado parte de esta memorable acción de guerra sin haberla visto ni haber estado en ella; y todo tan mal relatado, que yo, al leer esas narraciones, no sabía á qué acción se referían.

Gran desatino cometió el general Canterac en no haber hecho montar en ancas de los caballos de sus lanceros una compañía de cazadores, con cuya sencilla operación nos habría dado muchos trabajos, y quizás nos vence, si se hubiese puesto en marcha con toda la infantería y artillería del ejército de su mando, á contener la carga

de nuestra caballería, porque los nuestros estaban muy asorochados.

Nuestros equipajes no habían llegado, y nos echamos sobre el campo á pasar la noche, aquella inolvidable noche del 6 de Agosto de 1824. Miller, Wilson y yo nos acomodamos en un rinconcito pastoso al pie de la cordillera, adonde se había metido el Libertador Su mayordomo sacó fiambre de las alforjas y nos dió un pedacito á cada uno. Amanecimos con los bigotes cubiertos de nieve.

Al toque de diana, la mañana del 7 se dispuso la marcha hasta el pueblo de Reyes, distante una legua. Todos estábamos á pie. Los montoneros del coronel Estomba robaron la noche anterior todos los caballos de los jefes y oficiales; robaron también el caballo de campaña del general Sucre, el más hermoso animal que había en todo el ejército. Yo mandé avisar la novedad al mayor Braun, y éste me envió un buen caballo. Él mismo me proveía de caballos en toda la campaña, como quiera que yo tenía que galopar más que otro jefe alguno en el ejército, como jefe de Estado Mayor.

En Reyes, el corregidor tenía raciones y bastante forraje, y allí se pasó la tarde y la noche, formando los partes de los muertos y heridos en la batalla del día anterior, y redactando el parte de la victoria para mandarlo á Lima y á Colombia.

La orden general que se dió por el Estado Mayor general Libertador, fué como sigue:

«*Orden general del 7 de Agosto de 1824, en Reyes.*

»Artículo 1.° S. E. el Libertador, lleno de satisfacción por el triunfo que ayer obtuvo la caballería en el campo de Junin, da las gracias á los cuerpos granaderos de Colombia y primer regimiento de Caballería de línea del Perú, que tanto se distinguieron, y á los demás jefes, oficiales y tropa que concurrieron á la victoria.

»Artículo 2.° Sin perjuicio de las gracias que S. E. se reserva dar á los individuos, que sus jefes recomienden

como más distinguidos, por las relaciones que deben remitir á este Estado Mayor general, ha querido de pronto premiar al regimiento de caballería del Perú, dándole el nombre del campo de batalla, y que en adelante se llame Regimiento *Húsares de Junin.*

»Artículo 3.° Los cuerpos que entraron en la acción, pasarán por sus Estados Mayores generales en el día una razón de los muertos y heridos que han tenido en ellos.

Comuníquese, etc.»

El parte que pasé al Estado Mayor general del ejército libertador aquella tarde, en cumplimiento del artículo 3.° de la Orden general, fué en estos términos:

"De los Granaderos á caballo de la Guardia mandados por el sargento mayor Felipe Braun, un alférez y 26 de tropa heridos, y un capitán y 10 de tropa muertos.

„Del regimiento Húsares del Perú, un teniente y tres húsares heridos y dos húsares muertos.

„Del escuadrón Granaderos de los Andes, un teniente y 13 de tropa heridos y ocho de tropa muertos.

„Reyes, 7 de Agosto de 1824.--El Coronel jefe, *O'Connor.*"

Es de advertir que los heridos y muertos del escuadrón *Granaderos de los Andes,* que aparecen en el parte al Estado Mayor, resultaron en el choque que tuvo lugar en el mal paso, porque ninguno de este escuadrón penetró al campo de batalla, á excepción de su Jefe el coronel Bruix.

Cualquiera que lea el 2.° Artículo de la Orden general de 7 de Agosto, supondrá que el Regimiento de caballería del Perú (que antes de la batalla se llamaba *Coraceros de Lambayeque)* se había distinguido mucho en el combate; nada de eso; era un medio de que se valió el general Bolívar para inspirar un poco de entusiasmo y estímulo entre los peruanos, pues eran más realistas que los mismos españoles.

En la tarde del 7 se comunicó la orden para continuar

nuestra marcha al día siguiente. Entretanto el enemigo huía velozmente y el resultado de la gran batalla del 6 de Agosto de 1824 tenía un influjo decisivo en el éxito de esta memorable campaña.

Notables fueron las pérdidas del ejército español en el combate de Junin, digno precursor del de Ayacucho.

CAPÍTULO VIII

Marcha del ejército.—Llegada á Tarma.—Gran banquete en obsequio del Libertador.—El teniente coronel Braun.—Un paseo con el general Miller.—Resultado de él.—Arribo á Huancayo.—Regreso del general Sucre á Cerro de Pasco.—El general La Mar se hace cargo del mando del ejército mientras la ausencia de Sucre.—O'Higgins y Monteagudo.—El valle de Jauja.—El paso del río Mayoc.—La cifra.—El asesinato de Monteagudo.—Regreso del general Sucre.—Continúa la marcha.—La entrevista de Sanaica.—Regreso del general Bolívar.—Acantonamiento del ejército.—Reconocimientos.—Fumando coca.—El Libertador en Lima.

El día 8 de Agosto el ejército emprendió la marcha desde Reyes y llegó esa tarde á Palcamayo. El enemigo estaba en precipitada fuga, sufriendo deserciones crecientes y destruyendo municiones.

El día 9 llegó el Ejército Unido Libertador á la villa de Tarma. Aquí tuvo lugar un gran banquete en obsequio al Libertador, quien en la mesa ascendió á teniente coronel al sargento Mayor, Felipe Braun.

Este Braun, que más tarde llegó hasta la alta clase de general del ejército del Alto Perú, era natural de Alemania. Muy joven había venido á Santo Domingo, y de allí á Colombia, en donde yo le conocí, desde donde fuimos íntimos amigos.

Después de pocos días de permanencia en Tarma, el ejército empezó á salir por el valle de Jauja, por escalones.

Estando en Jauja, el general Miller me invitó un día á un paseo, para el que me dió uno de sus caballos, un chileno zaino oscuro, muy alto y muy fogoso. El caballo se me desbocó en un galope, y con la fuerza que yo hacía para sujetarlo, se me reventó la *verruga* que tenía desde la salida de Pativilca á Huaraz.

Todo el tiempo que se me estaba formando me sentía muy decaído y muy triste, sin saber por qué; al tiempo de reventar, en el galope del caballo desbocado, se me llenó la bota de una sangre muy negra. Á nuestro regreso dije al coronel Sandes que me hiciera traer al doctor Blair, cirujano del batallón *Rifles*. Vino en el acto el doctor, y al explicarle lo que me había sucedido, me dijo que era necesario me metiese en cama, y me administró unos polvos de Dóver, con lo que amanecí aliviado y seguí la marcha con la división de vanguardia hasta Concepción, y al día siguiente llegamos á Huancayo.

De este punto el general en Jefe regresó á Cerro de Pasco á hacer marchar las altas del hospital y las cargas de equipo que dejamos allí. Cualquiera observará justamente que esta no era comisión para un General en Jefe; pero el Exmo. Libertador lo había mandado así, y no había más que cerrar los ojos y obedecer. El mariscal Lamar se hizo entonces cargo del mando del ejército durante la ausencia en comisión del general Sucre.

Tuvimos dos días de descanso en Huancayo, y de aquí se marchó á Pucará, último pueblo del fértil valle de Jauja, muy hermoso y de muchos recursos. En este espléndido valle, que dista como sesenta leguas de Lima, fué en donde se formó, equipó y alimentó todo el ejército realista antes de la campaña. Encontramos grandes depósitos de forraje y otros artículos necesarios.

Desde Pucará el camino es fragoso, con muchas subidas y bajadas, y una de éstas muy larga, desde la Oroya al río Mayoc, que se pasó por un puente de vejuco, operación en la que empleamos todo el día 30 de Agosto, desde las diez de la mañana, hora en que llegamos á la

orilla del río, hasta por la tarde. Las cargas se pasaron á hombros y las mulas pasaron á nado. El ejército acampó á la media legua de la ribera del río.

Al día siguiente llegamos á Huanta, habiendo caminado sólo cuatro leguas, y el 1.° de Septiembre avanzamos hasta Huamanga, á las siete leguas de Huanta. El Libertador con todo su Estado Mayor había llegado á Huamanga antes del ejército, no habiendo ningún peligro por nuestra vanguardia, porque el enemigo estaba de fuga en dirección al Cuzco, entonces Cuartel General del Virrey.

Desde Huancayo, en donde nos alcanzó el señor Monteagudo, éste hacía siempre las marchas conmigo. Yo le buscaba buen alojamiento y todos los días leche para su café, porque el general Lara hacía arrear á retaguardia de su división una vaca lechera. Después de acuartelar la tropa, iba á tomar mi taza de café con el eminente Monteagudo, á quien volví á ver en Huancayo, desde que nos separamos de Panamá. En una marcha de éstas, bajando una cuesta para llegar á un pueblo donde debíamos pasar la noche, Monteagudo, que venía silencioso y meditabundo junto á mí, se dió una palmada en la frente, exclamando:

—Ya la he hallado.

—¿Qué ha hallado usted?—le pregunté.

—La cifra—me respondió.

Y siguió refiriéndome que en el valle de Jauja se había interceptado una carta en cifra del general Canterac al general Rodil, que defendía á favor del Rey los castillos del Callao, avisándole el desastre de las armas españolas en Junin, y añadió: "Es la cifra más difícil que he encontrado en mi vida, pero ya la tengo toda aclarada. Cuando lleguemos al pueblo, yo se la dictaré á usted y me la pondrá en limpio."

Después de disponer cuarteles para la tropa y alojamiento para el doctor Monteagudo, volví á su lado, saqué papel de mi alforja y me puse á escribir lo que él me dic-
mayor claridad y sin detenerse en una sola

palabra. Era una relación exacta que hacía el general Canterac de su derrota. Parece que había reconocido de antemano el mal paso y el atolladero donde se encontró su caballería con la nuestra, y que contaba con una victoria completa. Y así hubiera sido tal vez, si Canterac hubiera tenido la precaución de montar en ancas á una compañía de cazadores y seguido con todo su ejército, apoyando la carga de su caballería; pero Dios, que es el que dispone las cosas y el dispensador de todas las victorias, no quiso que así sucediese.

Y ya que estoy escribiendo sobre este hombre célebre, sobre el ilustre americano don Bernardo Monteagudo, acordándome de una de sus conversaciones íntimas conmigo en Panamá, en la que me decía que toda esta guerra á muerte por la independencia era mansa en comparación á las guerras fratricidas y asesinatos y violencias que veríamos después de terminada aquélla, lo dije ya que él no se figuraría ser una de las primeras víctimas. Monteagudo regresó á Lima con el general O'Higgins y el Libertador, y estando allí, como ya he dicho anteriormente, saliendo una noche del palacio de Gobierno para su alojamiento, fué asesinado en la calle. Este atroz asesinato dió lugar á juicios de toda clase y á muchos comentarios nada honrosos para nosotros, pero sin prueba alguna que justificar pudiera las aserciones antojadizas y sin fundamento que se hacían, por lo que me abstengo de toda apreciación al respecto; pues no quiero que estos mis recuerdos contengan una sola palabra que no sea la expresión de la verdad desnuda.

Lo único, sí, que puedo afirmar con seguridad, y de lo que debo dejar aquí constancia, es: que sobre este inaudito y misterioso crimen pueden aceptarse cualesquiera de las muchas versiones más ó menos apasionadas y absurdas que entonces se hicieron, menos la de que la idea de tal asesinato hubiera podido partir jamás del ilustre y egregio Libertador ni de ninguno de los de su círculo, porque todos, desde Bolívar para abajo, estimábamos sin-

ceramente y admirábamos á Monteagudo, y porque podíamos ser todo, menos traidores y asesinos.

El ejército libertador permaneció en Huamanga desde el 2 de Septiembre hasta el 14 del mismo. El 15 llegó el general Sucre de regreso de los hospitales de retaguardia, desde Cerro de Pasco, y al día siguiente, el 16, emprendió la marcha todo el ejército. La primera división, á órdenes del general Lara, salió de Huamanga el día 15, y el 14 había marchado ya el escuadrón de *Granaderos de la Guardia* con el teniente coronel Felipe Braun. Todo el ejército se movilizó en dirección á Challhuanca y los pueblos inmediatos sobre las cabeceras del río Apurimac. Llevamos nueve días de marcha desde Huamanga hasta Challhuanca é hicimos algunas jornadas muy penosas. La caballería se situó en Challhuanca, y en este pueblo se situó también el general Sucre y el Estado Mayor General. Hallamos en este lugar mucho forraje para las caballadas y hermosísimos campos de sembradíos de maiz, trigo, cebollas, etc. Aquí también se reunieron los parques de artillería y municiones de reserva; bien entendido que no teníamos en nuestro ejército sino dos piezas de á cuatro y mal servidas en cuanto á jefes y oficiales, los que estaban bajo las órdenes de los coroneles Chirinos y Fuentes.

El Libertador llegó desde un pueblo de éstos llamado Samaica, adonde se dirigió entonces el general Sucre. Tuvieron aquí una entrevista, y de resultas de ésta, regresó el general Bolívar á Lima para atender al sitio del Callao, adonde había llegado la tercera división auxiliar del ejército de Colombia, con los generales Salom, Valero y Valdés.

El Libertador dejó orden al general Sucre para que los cuerpos quedaran en los cantones que entonces ocupaban, sin avanzar un solo paso adelante en dirección del Cuzco, cuya ciudad y sus inmediaciones ocupaban el virrey con el ejército español.

Á poco tiempo de estar el general Sucre en Challhuan-

ca, marchó el general Miller á vanguardia á practicar un reconocimiento. El coronel Althaus marchó también en la misma dirección y con el mismo objeto; y á los pocos días salió el mismo general Sucre á reconocer el terreno á vanguardia, en otra dirección, llevando consigo á todos sus edecanes.

Yo me quedé en Challhuanca, atendiendo la caballería. Con frecuencia visitaba los cuerpos. Encontré al batallón *Rifles* acantonado en un villorrio cerca de una gran hacienda de cañaverales; los soldados con raciones de azúcar, y los jefes y oficiales, incluso el benemérito general Lara, fumando hojas de coca por no hallarse una sola de tabaco al alcance de ellos.

Entretanto, el Libertador había llegado á Lima, donde fué recibido con extraordinario júbilo por el pueblo. Fué tal el entusiasmo de los limeños, nos decían, que se atropellaban por ver al héroe, cuya habitación permanecía rodeada por inmenso gentío, que le vitoreaba con frenesí.

Todas las clases sociales de la opulenta Lima se disputaban la dulce satisfacción de ver, de saludar y de rendir los homenajes de su admiración y gratitud al ilustre Libertador del Continente Sur-Americano.

CAPÍTULO IX

Movilización del ejército del virrey.—El ejército del Libertador se ve obligado á replegarse.—Nos situamos formando un triángulo.—Hecho notable.—Cuartel general en Pichirgua.—Una buena posición.—Siguen moviéndose los dos ejércitos.—El general Lara bate á una fuerza realista.—Descubrimos el campamento enemigo.—Un incidente que pudo ser de funestas consecuencias.—En los altos de Bombón.—Ordenes generales.—El general Gamarra es nombrado jefe de Estado Mayor general del ejército Unido Libertador.—Sigue la marcha.—Hago un nuevo reconocimiento.—Pésima posición.—Pérdida de nuestras cargas.—Marcha á Huamanga.—Susto de uno de mis ayudantes.—Una ocurrencia.—La quebrada de Copahuaico.—Terrible choque con la vanguardia enemiga.—Heroísmo del batallón Vargas.—Después del combate.—Incidentes.—Arribo á Huaicho.—Disgusto entre los generales Sucre y Lamar.—Apreciaciones históricas.—Busco y elijo la posición de Ayacucho.—Pierdo la paciencia.—Momentos solemnes.—El ejército enemigo al frente.—Nos saluda con su artillería.—La víspera de la gran batalla de Ayacucho.

Hallándose el Ejército Unido Libertador acantonado, como se ha dicho, había regresado el general español don Jerónimo Valdés al Cuzco, desde la Lava, diez leguas al Sur de Potosí, en cuyo punto había tenido un encuentro con el general defeccionado don Pedro Olañeta, pero sin poder haberlo reducido á la obediencia. El ejército del virrey se había pronunciado por la Constitución española, mientras que el general Olañeta se declaraba y persistía por el rey absoluto.

Tan luego como el general Valdés se incorporó al ejército del virrey, éste tomó la ofensiva. Todo el ejército real, en número más que el doble del ejército libertador, se puso en movimiento en busca nuestra. El general Sucre se vió obligado á replegarse sobre sus líneas; el general Miller apenas pudo escapar de caer prisionero; no así el coronel Althaus, jefe de ingenieros del ejército del Perú, que cayó en poder del enemigo.

El ejército se reunió desde sus respectivos cantones como por encanto.

El ejército realista, que salió de Limatambo, á inmediaciones del Cuzco, reforzado con 3.400 hombres de la división Valdés, fuera de un gran número de reclutas reunidos en varios lugares próximos al Cuzco, formaba ya un total de 12.600 hombres, con catorce piezas de artillería de campaña. Su infantería estaba dividida en catorce batallones, á saber: el *Cantabria, Centro, Castro,* primero y segundo del *Imperial,* primero y segundo del *Gerona,* primero y segundo del *Primer Regimiento Infantes, Victoria, Guías, Burgos* y *Fernandinos.* Su caballería en catorce escuadrones, que eran: cuatro de *Granaderos de la Guardia,* uno de *Alabarderos,* del virrey, uno de *San Carlos,* tres de *Húsares de Fernando VII,* tres de *Dragones de la Unión* y dos de *Dragones del Perú.*

Este ejército siguió su marcha hasta Challhuanca, punto que ocupó el día 4 de Noviembre.

El reconocimiento emprendido por el general Sucre con el general Gamarra y el primer batallón del Perú hizo creer al virrey que se meditaba el paso de este río por Ocopa, y fué el motivo que le determinó á dar principio á sus operaciones sobre el ejército republicano, cuando en realidad el general Sucre tenía órdenes del Libertador, al salir éste para Lima, de no mover nuestro ejército de los cantones en que lo había dejado.

Ello es que la movilización de las fuerzas realistas nos puso en gran alarma, la que se aumentó cuando vimos que no parecía el general Gamarra con el primer batallón

del Perú, el que, por fin, se nos incorporó sin novedad en la hacienda de Casinchigua, sobre la orilla izquierda del río Challhuanca, el día 6 de Noviembre.

En esta hacienda dispuso el general en jefe que quedase la tercera división al mando del benemérito general Lara, y también toda nuestra caballería, por el mucho forraje que se encontró allí; mientras el general en jefe estableció su Cuartel general en Pichirgua, donde se quedó con la primera división, al mando del joven y arrojado general Córdova. La segunda división (la del Perú), que mandaba el ilnstre Lamar, se situó en Challuani, formando un triángulo con Casinchigua y Pichirgua. Aquí se incorporaron todos los oficiales que se hallaban en comisiones sueltas, á excepción del coronel de Ingenieros D. Clemente Althaus y el teniente Orozco, del batallón *Voltijeros*, por la perfidia de los indios, quienes entregaron el primero al enemigo.

Y es hecho notable que en esta campaña el Ejército libertador no tenía más territorio que el que ocupaban sus gloriosas banderas; todo el resto del país parecía estar decidido por la causa del rey, y se puede decir que el Ejército libertador marchaba por un territorio enemigo para darle la libertad, considerando, además, que de los 12.600 hombres de que se componía el Ejército real, apenas los seiscientos de pico eran españoles, y todos los demás hijos del país, en armas contra la independencia y libertad de su propia patria.

En Pichirgua el general en jefe se dedicó á arreglar los cuerpos y ponerlos en estado de combatir. Yo, en mis reconocimientos, encontré una hermosa posición defensiva y ofensiva á la vez, en el interior del triángulo, formado por los puntos en que se hallaban las tres divisiones de nuestro ejército.

Bien impuesto de las ventajas que ofrecía esta posición, invité al señor general en jefe al reconocimiento de ella. Le hice una explicación detallada de todos sus puntos, y quedó tan contento, que exclamó: — «Aquí aguardo al

enemigo, y si nos ataca y lo rechazamos, será usted, coronel O'Connor, el primer general que haré en este campo.»

Pero el enemigo no nos buscó en esa dirección; al contrario, luego supimos que el virrey se había marchado á Pampachiri, por donde el Ejército libertador había pasado en camino desde Huamanga para Challhuanca, después de la batalla de Junín. Y no se podía descubrir la intención del virrey al tomar aquella dirección, y á consecuencia de ese movimiento, el Ejército libertador se puso en marcha para la quebrada de Andahuailas, adonde llegó el día 14 de Noviembre.

El Cuartel general, con la primera división, se situó en el mismo pueblo de Andahuailas; la división del Perú, en San Jerónimo, y la primera división se adelantó una legua hasta Talavera.

Estando el general en jefe en Andahuailas, se recibía diariamente partes de los movimientos de las fuerzas enemigas. El virrey marchó de Challhuanca á Pampachiri, y una partida de vanguardia se adelantó hasta Huamanga. Ya no se dudaba que la intención del virrey era amenazar nuestra retaguardia, y en esta virtud se dispuso que nuestro ejército marchara para Huamanga.

El 18 de Noviembre se emprendió la marcha desde Andahuailas y acampamos en Moyabamba, á tres leguas de Talavera, y el día 19 se llegó hasta los altos de Uripa, donde descubrió el general en jefe una partida enemiga, hacia la falda del alto de Bombón, como á tres leguas de distancia.

Dió orden para que marchasen á reconocer esta partida los batallones *Vargas* y *Vencedor* y la primera compañía de *Rifles* con una compañía de *Húsares de la Guardia.*

El general Lara batió á esta partida con una compañía del batallón *Rifles*. Parece que esta fuerza fué la vanguardia de una división del ejército realista en marcha hacia Chincheros, pueblo situado entre Uripa y los altos de

Bombón, pero que no se distinguía de Uripa por la desigualdad del terreno.

Contramarchando la división del ejército enemigo, repasó el río Pampas y se replegó sobre su campamento, inmediato al pueblo de Concepción, en una posición muy elevada é inexpugnable sobre la margen izquierda del río Pampas.

Quedó la primera compañía de *Rifles* avanzada de nuestro campo de Uripa á una legua de distancia, en dirección á Chincheros y en una altura desde donde se descubría el campamento enemigo. Marcharon oficiales sobre Cocharcas para descubrir si el enemigo intentaba maniobrar sobre nuestro flanco.

Estando el Ejército Unido Libertador acampado en los altos de Uripa, ocurrió una grave desavenencia entre el coronel Carvajal, que mandaba el escuadrón *Granaderos*, y el comandante Herrán, del *Guías*. El coronel había dado una orden al comandante; éste se dirigió al teniente coronel Braun y le preguntó si la orden que había recibido era arreglada á ordenanza; Braun le respondió que no; Herrán la desobedeció, y Carvajal le mandó arrestado y dió parte al general Sucre.

Herrán, viéndose apurado, dijo que había desobedecido al coronel por consejo de Braun. Se dió parte de esto al general Sucre, quien hizo entonces arrestar á Braun, y ordenó que en el acto se formase una compañía del batallón *Rifles* para fusilar inmediatamente al referido teniente coronel. El general en jefe estaba furioso; la compañía se hallaba ya formada, y viendo yo que iba á fusilar á Braun, y que nadie aventuraba una sola palabra en su favor, me atreví á acercarme al general Sucre y hablarle.

Por fortuna logré apaciguarle, refiriéndole toda la verdad de lo acontecido; que Herrán no hizo más que una pregunta suelta á Braun, sin avisarle que la había recibido como orden del coronel; que si se lo hubiera manifestado así, bien se habría guardado Braun de darle al respecto ni su parecer ni su consejo; que yo había habla-

do con el teniente coronel Braun, quien me había contado todo como había sucedido. Se serenó el general entonces y mandó en el acto retirar la compañía y poner en libertad á Braun, que pasó un rato muy desagradable.

Este incidente pudo haber tenido funestas consecuencias en el ejército, situado como estaba y con el enemigo al frente; pero la prudencia del general Sucre calmó todo. De esa prudencia careció el coronel Carvajal, que suscitó semejante controversia frente al enemigo.

El 25 de Noviembre se levantó el campamento de Uripa, y el Ejército Unido Libertador se situó en los altos de Bombón, en donde permaneció hasta el día 30. El enemigo abandonó sus posiciones en la Concepción el mismo día 25. Este movimiento indicaba su propósito de amenazar nuestro flanco ó nuestra retaguardia. Durante la permanencia del ejército Libertador en Bombón se dieron algunas órdenes generales; una de éstas prevenía que todas las mujeres que acompañaban al ejército se retirasen á retaguardia.

El teniente Izquierdo, del batallón *Vargas*, no quiso, sin embargo, separarse de una muchacha que se trajo desde Lima, y se desertó esa noche. Era español.

Otra de las órdenes generales era nombrando al general Agustín Gamarra, jeje del Estado Mayor general del ejército libertador unido, habiendo sido él en toda esta cam paña jefe de Estado Mayor de la división del Perú. Inmediatamente hice presente al señor general Sucre que si esta era su voluntad, me devolviese el mando del batallón *Vargas*.

—"No, hijo mío—me respondió el general.—Usted tiene el nombramiento dado por el mismo Libertador de jefe de Estado Mayor general del ejército de Colombia, y yo no puedo variar esta determinación; pero es necesario que el general Gamarra sea reconocido por jefe de Estado Mayor general del ejército unido, porque es un general; pero será por poco tiempo; yo me entenderé siempre directamente con usted". Se olvidaba que la di-

visión del Perú estaba á las órdenes del gran mariscal don José de Lamar, y que el que mandaba en jefe el ejército unido libertador, no era entonces más que un general de división. Pero, en fin, dicha sea la verdad, yo era un *extranjero.*

El 30 de Noviembre emprendimos la marcha desde las alturas de Bombón. El enemigo repasó el río Pampas con dirección á Pajas y á Bombón. Nuestro ejército pasó el mismo río y se adelantó tres leguas de la ribera izquierda; la vanguardia española marchó con dirección á Vilcashuaman. El general en jefe marchó á retaguardia de nuestro ejército con la división de reserva.

El día 2 de Diciembre la división de vanguardia, al mando del general José María Córdova, pasó por la altura de Ucros y bajó á la Pampa de Matara. Por la tarde el resto del ejército llegó al mismo punto. Inmediatamente el general en jefe me mandó al reconocimiento del lugar á la vanguardia. Seguí, pues, adelante sin perder un momento. Pasé la quebrada de Corpa-huaico, atravesé la hondísima quebrada de Acroco, llegué al pueblo de Huaicho, seguí por ese costado de la quebrada hasta Acostivinchos; y persuadido y seguro de que todo el país presentaba posiciones imponentes, regresé de prisa al campamento, arreando un buey y una vaca gorda para la proveeduría.

Á mi llegada, al anochecer de aquel día, encontré que el general en jefe había formado el ejército en batalla con una pieza de artillería sobre cada flanco y los cuerpos de caballería á retaguardia de sus respectivas divisiones, al pie del declive que baja de las elevadas alturas de Ucros. No sé por qué el enemigo, que estaba á la vista en los altos, no bajó á la carga y nos arrolló allí.

Peor posición que la nuestra en ese momento no podría encontrarse. Durante mi ausencia el general en jefe, contando con la probabilidad de un combate, había despachado todos los bagajes en dirección al pueblo de Tambo, al naciente de Acosvinchos, y entre esas cargas mar-

charon siete mías, con el archivo del Estado Mayor, muchos libros, etc., que había yo traído desde mi país, y mi diario desde el día en que me embarqué en el puerto de Dublín con el cuartel general del regimiento de Lanceros de la Legión Irlandesa. Todas estas cosas se perdieron y no las volví á ver más.

Dí parte al general en jefe de mi reconocimiento, indicándole que al otro lado de la quebrada de Acocro podíamos dar una batalla al enemigo, con ventaja, porque todo el lugar ofrece posiciones ventajosísimas; pero que, á decir verdad, me parecía dudoso que el enemigo nos dejase llegar hasta allí sin molestia y sin mucho trabajo.

Aquella noche se pasó sin novedad, y el día 3 de Diciembre seguimos la marcha hasta Huamanga, por la quebrada de Corpahuaico. A poco rato de estar en marcha el ejército patriota, desapareció el realista.

El General en Jefe mandó á uno de mis ayudantes á reconocer los altos sobre el flanco izquierdo de nuestra marcha; pero muy pronto le vimos regresar desde la media falda, y dos lanceros enemigos corriendo en su alcance. Escapó con un buen susto y sin haber visto nada, más que los lanceros que le acometían.

Seguimos marchando; la División de reserva cubriendo la retaguardia con nuestras dos piezas de artillería, únicas que teníamos; todas nuestras municiones de reserva y nuestra comisaría.

Esta división la mandaba el General Lara, y se componía de los batallones *Rifles, Vencedor y Vargas*. Estando caminando, no se por qué, se me ocurrió decir al General en Jefe que me parecía muy probable que tendríamos un choque con el enemigo antes de llegar á la quebrada de Corpahuaico.—«¿Por qué dice usted esto?» me interrogó el General.—«Señor, le contesté: digo sólo mi parecer, y gran fortuna será si me equivoco. En la tarde de ayer pasé por esa quebrada, y ví que la subida al otro lado es muy penosa.

Seguí caminando, y cuando nos acercábamos ya á la

mencionada quebrada, el General en Jefe pasó por una ensenada con sus edecanes y conmigo. Subimos á una altura con objeto de divisar la dirección que traía el enemigo, cuyo encuentro temía yo en la quebrada, porque la división de vanguardia que había tomado por el camino de Vilcas-Huaman, debía haber seguido y estar sobre nuestro flanco, mientras el resto del ejército, que no se atrevía á bajar por el declive desde los altos y batirnos allí, estaban siguiendo la misma dirección.

Por fin llegamos á una altura, y desde allí distinguí las bayonetas enemigas, que venían reflejando á los rayos del sol, subiendo á la misma altura en donde nosotros nos hallábamos.

—«Corra, O'Connor, me dijo el General en Jefe, y apure al General Lara con la división de reserva.»

Bajé al galope, y encontré en el camino al Coronel Arturo Sandes, del batallón *Rifles*, y preguntándole yo por el General Lara,—¿qué General Lara?, me contestó: estará ya subiendo al otro lado de la quebrada. Nos ha dejado aquí como usted nos ve. No volví á ver ni al General en Jefe hasta la mañana siguiente; pero no es esto decir que él hubiera abandonado el ejército; muy al contrario, el General Sucre trabajó mucho y muy bien en todo este conflicto.

Cuando llegué á la quebrada, la confusión era completa; pero el General Miller formó el batallón *Vargas* sobre la orilla de la misma quebrada, y este bizarro y famoso batallón, con un fuego graneado sostenido y admirable, contuvo á la enemiga división de vanguardia, que marchaba bajando á la quebrada y á su frente. Esta fué una de las operaciones más brillantes y más hermosas que se podía ver.

Cuando yo llegué á la quebrada, después de haber buscado al General Lara, sin poder encontrarle, hallé á los Jefes y oficiales de la División del Perú abriéndose paso á caballo por entre los soldados y atropellándolos para poder ganar la altura al otro lado, y ésta era larga y muy

pendiente. Distinguí la capa colorada del Gran Mariscal Lamar, que por media cuesta subía á caballo.

Cuando yo llegué á la cumbre por un camino de la derecha, y cerca al que llevaba el Mariscal, era ya noche obscura. No podía hallar los cuerpos de nuestro ejército ni cubrir el campamento. Había ya cesado el fuego, y venía subiendo la División de reserva; es decir, los batallones *Vencedor y Rifles*, pues el heroico *Vargas* fué el que peleó toda la tarde y contuvo y rechazó brillantemente al enemigo.

Amaneció el día 4 de Diciembre. Nuestro ejército sin parque de municiones de reserva, sin comisaría, y con una pieza menos de artillería de las dos que llevábamos.

Al pasar lista, el batallón *Rifles* estaba en esqueleto; quinientos dos hombres dispersos, fuera de los muertos, defendiendo la retaguardia. Entre los muertos el Mayor Duxbury y el coronel Sandes vertiendo lágrimas, rodeados de los pocos y heroicos soldados que les habían quedado.

De madrugada se empezó á matar las reses de la proveeduría, que iban siempre á vanguardia desde que nos retiramos del río de Challhuanca; pero el enemigo emprendió su marcha por los altos del mismo flanco que el día anterior, sin darnos tiempo ni para distribuir las raciones de carne.

El general en jefe me ordenó quedarme á desocupar el campo, una operación sin objeto para mí, pues cada jefe de cuerpo se ponía en marcha con su división. El general marchó adelante, acompañado del coronel Otero, del batallón número 1 del Perú, á escoger una posición para el combate.

Estando en nuestro campo cumpliendo mi comisión, hallé á un corneta de la división peruana escondido en el interior de una de las reses que se habían desollado y abierto, y cuya carne no hubo tiempo para distribuir. Alcé al corneta á las ancas de mi caballo y me lo llevé,

hasta que alcancé al cuerpo al que pertenecía, donde lo entregué.

Cuando dí alcance al ejército, estaba éste detenido en medio campo, en el camino de Huamanga por Tambo-Cangallo, y tenía las fogatas encendidas como para acampar. Esto me sorprendió no poco. Apenas me bajé de mi caballo, el general en jefe me ordenó ir á colocar la división del Perú en una ensenada elevada, frente á nuestro campamento.

Hice lo que mi superior me mandaba y seguí poco á poco subiendo hasta el abra, desde donde vi al ejército realista en movimiento, con intención, sin duda, de cortarnos el camino para Huamanga.

Al presentarme al general en jefe, me atreví á decirle que nuestra posición era falsa, por lo que se incomodó mucho, siendo la primera que él había escogido en esta campaña. Me retiré á una fogata, junto á la cual estaba sentado mi paisano el coronel Sandes con el coronel Aparicio, jefe de Estado Mayor de su División.

Tomaba yo un pedazo de carne asada que me convidó Sandes, cuando ví llegarse al general Córdova al general en jefe, que se hallaba junto á otra fogata inmediata, y oí decir á Córdova:—"Mi general, déjeme ir con mi división adonde está la división del Perú y comprometeré la batalla muy pronto."—"Pues no sé, Córdova—respondió el general en jefe—; el jefe de Estado Mayor general acaba de decirme que nuestra posición es falsa."

Al oir esto, arrojé al fuego el pedazo de carne que estaba comiendo, y de un salto me puse al lado del general en jefe.—"Aquí estoy, mi general, dije: y si quiere ver confirmada mi opinión, que vaya el general Córdova, y muy pronto verá el resultado".—"No, pues—replicó entonces Córdova—no estamos para bromas frente al enemigo."

Se acercaba la tarde sin novedad, y esto indicaba el recelo que tenía el ejército enemigo de atacarnos, aun en una llanura y estando con número doble de fuerzas

de infantería y caballería y con quince piezas de artillería muy bien servidas, mientras que nosotros no teníamos sino una sola pieza, pues perdimos la otra en el encuentro de Corpahuaico el día anterior.

Me llamó nuestro general en jefe, y me dijo:—"Ahora, señor jefe de Estado Mayor, ¿qué haremos de esta nuestra posición falsa?

"Nada más fácil, mi general en jefe, le respondí; allá está el pueblo de Huaicho, con la quebrada de Acroco por medio; dejemos las candelas encendidas; de noche vencemos la quebrada; llegamos al pueblo por la mañana temprano, y nos habremos salvado." Y así fué.

Nos movimos de aquel punto inmediatamente y nos dirigimos á Huaicho, donde encontramos un gran número de chanchos, que la tropa comió á su gusto toda la mañana, y seguimos luego la marcha por Acosvinchos. Llegamos esa misma tarde á un sitio muy despejado en el camino, más adelante de Acosvinchos, y allí hicimos alto.

El enemigo se hallaba al lado opuesto de la quebrada de Acroco. Aquí el general en jefe preguntó al gran mariscal Lamar si le parecía bueno ese sitio para que la tropa pasase allí la noche.

—"Como á V. E. guste"—respondió el gran mariscal. Á esta contestación exclamó muy irritado el general Sucre:—"Ya sé que es como á mí me guste, pero creía que un general responsable, mandando en jefe y con el enemigo á la vista, preguntando á un gran mariscal y compañero suyo su parecer sobre un punto del servicio, merece una contestación más categórica."

De aquí resultó que estos dos generales no se volvieron á hablar una palabra más.

Habiéndose dejado al mariscal Lamar, en cama, enfermo en Huamanga, después de la gran batalla de Ayacucho, cuando emprendimos la marcha para el Cuzco, yo fuí á despedirme de él, y al tiempo de abrazarle, se me quejó del modo con el que le había tratado el general Sucre en presencia de todo el ejército.

Hago esta digresión, porque muchos años después de este incidente me fué enviado del Perú un folleto publicado en Lima por el señor don Domingo Alcalá, sobrino del general Sucre, contestando á un remitido publicado en un periódico limeño, en el que se decía que el general Lamar había dirigido toda la campaña, que concluyó el 9 de Diciembre de 1824, en el campo de Ayacucho, y entre otras cosas se aseveraba que el general Lamar dijo al general Sucre en el campo mismo de batalla y pocos momentos antes de romperse el fuego: "Ya está la línea formada; yo voy á entenderme con el loco Valdés".

Nada de esto ocurrió. Yo no me separé un instante del general Sucre hasta que se decidió la victoria, y puedo asegurar que tal afirmación no es cierta.

El señor Alcalá no tenía necesidad de dirigir cartas como las que han dirigido á todos los subalternos que se hallaron en la memorable acción de Ayacucho, exigiéndoles sus opiniones respecto á los generales Sucre y Lamar.

Digo que este proceder del señor Alcalá era innecesario, porque todo el Ejército Libertador sabía muy bien la diferencia que había entre aquellos dos jefes; que todos miraban al general Lamar como á un ilustre anciano, mientras que el joven general Sucre era, en toda la extensión de la palabra, el lujo del ejército libertador.

Yo quería muchísimo al general Lamar, y él me quería á mí mucho más que el general Sucre; pero es necesario decir siempre la verdad en toda su pureza.

El día 6 de Diciembre continuamos la marcha, habiendo pasado la noche anterior sin novedad.—"Váyase adelante, O'Connor—me dijo el general Sucre—y búsquenos una posición en la que de una vez podamos dar fin á esta campaña con provecho para nuestras armas."

Me adelanté, pues, y á poco rato de mi camino subí á una cuesta, desde la cual distinguí á todo el ejército enemigo siguiendo nuestra marcha por la orilla opuesta de la quebrada de Acroco. Llegué á una planicie que me gustó mucho y la reconocí bien. Quebradas sobre ambos flan-

cos y con bastante agua. Quedé satisfecho, y regresé hasta el borde de la planicie á esperar al Ejército Libertador.

Al poco rato llegó el general Lara, separado de su División. Me preguntó qué hacía allí tan solo, y le respondí que estaba esperando la llegada del ejército para colocarlo en la posición que había encontrado y reconocido. —¿Qué? me dijo, ¿es ésta una posición? ¿Hay agua? —"Buena es la pregunta, mi general, le respondí. Si quiere usted cerciorarse, allá está. Váyase á verla."

Un momento después llegó el general en jefe, y también me preguntó qué hacía yo allí. Le dí la misma contestación que al general Lara.

—"¿Y ésto llama usted una buena posición?—me interrogó.—"Más adelante está, y muy buena", le contesté. El general se incomodó y regresó á encontrar á su ejército en marcha. Yo me quedé como clavado en aquel sitio, cuando al poco rato ví á nuestro ejército marchando sobre la mano izquierda por una llanura hermosa, y en dirección á la llanura de la quebrada que nos separaba del ejército enemigo. Perdí entonces por un momento la paciencia, y sacando una de las pistolas cargadas que traía en mi montura, la amartillé y me la dirigí á la sien con intención de destaparme los sesos. Mas, *no*, me dije á mí mismo; éste sería un acto criminal y cobarde.

Es preciso ver el fin de este drama; y arrojando la pistola, pedí perdón á Dios por la idea fatal que me había asaltado, y me dirigí al galope por una línea tendida, con dirección á la planicie, por donde iba nuestro general en jefe. De media loma descubrí el pueblecito de la Queñua, sobre la mano izquierda al pie de la misma loma. Alcancé al general en jefe, y acercándome á él, le dije:—"Por Dios, mi general, ¿qué es lo que va á hacer? ¿No ve que si bajamos á la quebrada nos acaban los enemigos á galgas, sin necesidad de disparar un solo fusil?"—"No sé qué hacer; estoy loco", exclamó el general.—"Volvamos, mi general, le dije entonces, á la posición que tengo esco-

gida y bien reconocida; y si librada allí la batalla no la ganamos y no es nuestra la victoria, ahí mismo, sea cual fuere la dirección por la que nos ataquen, hágame fusilar en ese campo."

El general en jefe se dignó escucharme. Subimos á la loma, llegamos á la posición que elegí, se colocó el ejército, y en compañía del general recorrí por seguuda vez mi posición, mostrándole las ventajas que ofrecía para ser defendida por una fuerza como la nuestra, muy inferior á la del enemigo.

Lo único que tiene, dije, es que, si el ejército realista nos ataca por los altos de Condorcunca, la victoria no será completa, porque como nuestra fuerza es relativamente pequeña y la del enemigo casi doble, será preciso atacarla antes de que todos acaben de bajar; porque ninguno de los que bajen volverá á subir, pues quedarán muertos ó prisioneros. Y así fué.

La primera noche que pasamos en esta posición, el enemigó avanzó siempre por la orilla opuesta de la quebrada de Acocro hasta Pacaycasa, en donde acampó la noche del 6. Nuestros oficiales recorrían las faldas y los altos del Condorcunca, y traían bastante ganado vacuno á nuestro campamento.

La noche del día 7 el enemigo avanzó en la misma dirección hasta Huamanguillas, y el día 8 nos dió la vuelta entera, y se situó en las alturas del Condorcunca, haciendo galopar á nuestros oficiales, que se hallaban todavía en la diligencia de reunir ganado.

Apenas acabó el ejército español de situarse en la cumbre del Condorcunca, cuando empezó á saludarnos con su artillería y avanzaron sus guerrillas sobre nuestro campo. Sus tiros de artillería no nos incomodaban, porque eran *tiros fijantes* y pasaban por encima de nuestro campo. Hice notar esto al general Lara, y me preguntó qué quería decir tiros fijantes...

Entretanto, las guerrillas españolas venían ganando terreno á las nuestras, mandadas por el teniente coronel

Rafael Cuervo, y yo me puse impaciente. Me dirigí al punto en donde se hallaba colocada nuestra única pieza de artillería, haciendo tiros á la ventura, servida por unos jefes y oficiales peruanos que parecían no entender el manejo de su arma.

Me bajé de mi caballo y apunté el cañón á una columna de la división Villalobos, que venía bajando de los altos á apoyar sus guerrillas, y, cosa admirable, la bala que dirigí pasó de la cabecera hasta la retaguardia de toda la columna enemiga, y un grito de aclamación se oyó en ese momento en las filas de nuestro valiente ejército. Inmediatamente hice dirigir el cañón hacia la izquierda, y apunté á otra columna realista, que venía también á apoyar sus guerrillas. La misma brecha abrió esta última bala que la primera, y otro grito de aclamación se oyó en nuestras filas, y á poco rato los cornetas del ejército enemigo que tocaban *alto el fuego*, y en seguida, en retirada, y las guerrillas se incorporaron á sus respectivos ejércitos, dejando el campo en profundo silencio.

Por la noche, el joven y entusiasta general José María Córdova, habiendo obtenido permiso del general en jefe, reunió á los músicos de nuestro ejército, subió con ellos silenciosamente á los altos del Condorcunca, frente al Cuartel general del virrey, y le saludó con una serenata que puso en tal confusión á todos, que se retiraron de su campamento, creyendo que todo el Ejército libertador estaba allí en marcha para sorprenderlos.

Antes de la serenata del general Córdova yo estaba relevando las avanzadas y cubriendo el campo, cuando se acercó en busca mía el señor general en jefe.

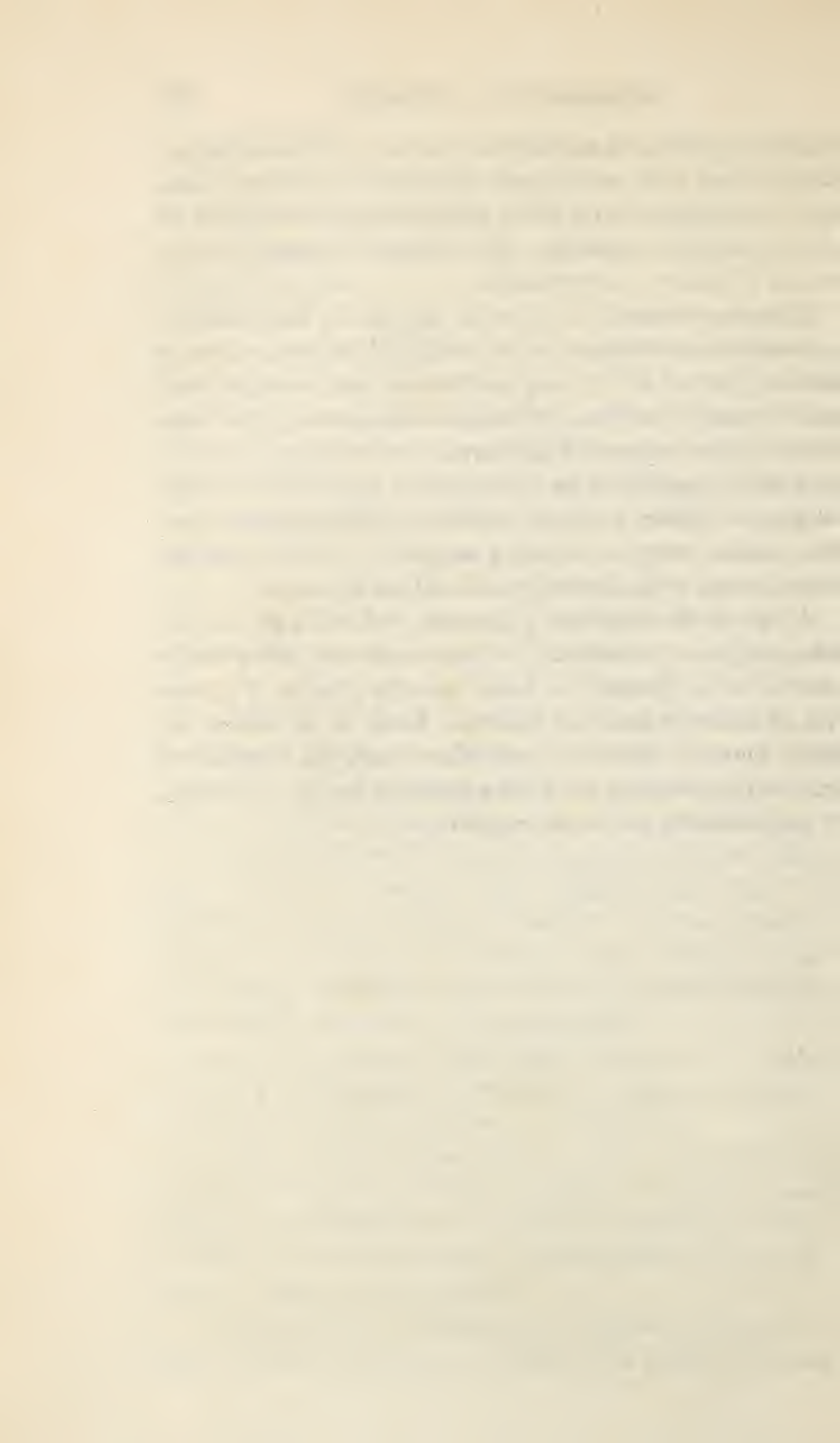
—«¿Sabe usted, O'Connor—me dijo—que todos los generales se hallan reunidos en Junta de Guerra, cerca de aquellas paredes (en una especie de cuarto sin techo), y acaban de aconsejarme que nos retiremos á Huamanga, distante cuatro leguas de aquí?

—«Pueden irse, mi general—le respondí; yo no me muevo de esta posición, en donde le he prometido una

victoria segura si el enemigo nos ataca.» «Si el enemigo, al pasar por aquí, me ve y me da cuartel, muy bien; si no, me hará fusilar en este sitio; pero yo no les acompaño si desocupan esta posición», dijo entonces el gran Sucre, y se fué á buscar á sus generales.

Cuando comunicó á éstos lo que yo le había dicho, empezaron á conferenciar otra vez, y el ilustrado y benemérito general Miller (según él mismo me lo refirió después) tomó la palabra, y dijo: que bien pensado, yo tenía razón. El joven general Córdova, que estaba ya aburrido con tantas marchas y se desesperaba por batirse, apoyó al general Miller, y el gran mariscal La-Mar, que me quería mucho, apoyó á ambos, y se ganó la mayoría de los cinco votos, y el ejército quedó allí sin moverse.

Llegó el día siguiente y ganamos la batalla de Ayacucho, que puso el sello de la independencia; pero nadie me dió ni las gracias por haber salvado á todos. Yo cumplí mi deber, y esto me bastaba. Tenía en mi alforja mi libro favorito: *Belisario,* por Marmontel, mi compañero en toda la campaña del Perú y en todas las de Colombia, y cuya filosofía me servía mucho.



CAPITULO X

La aurora del día 9 de Diciembre de 1824.—Momentos solemnes.—Una apuesta.—Palabras del general Gamarra.—Grande y memorable batalla de Ayacucho.—Breve proclama del general Sucre.—La célebre voz de mando del general Córdova.—Otra vez la bandera colombiana de mi batallón *Istmo*.—Gran victoria.—El parte del combate.—Fuerzas numéricas de los combatientes.—Observaciones.—Entrevista del gran mariscal La Mar y el general Valdés.—Exclamación del general Miller.—El virrey La Serna, herido.—El saludo del general Valdés.—La capitulación de Ayacucho.—Definitivo y espléndido triunfo de la emancipación americana.—Proclama del Libertador.

El toque de diana en todos los cuerpos de los dos ejércitos beligerantes saludó á la aurora del 9 de Diciembre de 1824. Era aquél verdaderamente un momento solemne. Todos estábamos de pie y en formación. Habíamos pasado la noche como las anteriores, al raso. No había en todo nuestro ejército más tienda de campaña que una muy pequeña que yo había mandado hacer de brin de Rusia, durante mi permanencia en Panamá, y que la había prestado á mi amigo el general Miller, quien, como comandante general de la caballería, acampaba siempre retirado de la infantería, y no era de bastante capacidad como para el general en Jefe y los que le acompañaban, y dudo que éste se hubiera servido de ella, viendo á nuestros soldados sin más abrigo que sus capotes y frazadas.

Después del toque de diana, de recibir los partes de las divisiones del ejército y de presentarlos al general en Jefe, con la fuerza de 1.501 hombres del ejército de Colombia, y 1.030 de la división del Perú, me dirigí al campamento del general Miller, situado al pie de la colina, á retaguardia del campo; y estando sentado sobre uno de los baules de Miller, tomando una taza de té, pasó por encima de nuestra tienda una bala de cañón, y tan cerca, que la sacudió.

Acabé de tomar mi té, y diciendo á mi compañero que aquél era un aviso seguro de que venían á atacarnos, le estreché la mano, diciéndole: hasta más tarde, y regresé al lado del general en Jefe, cerca de unas paredes de una casa derruída, sobre el flanco derecho de nuestra posición. Allí estaba el teniente coronel Trinidad Morán, primer Jefe del famoso batallón *Vargas* y favorito del general Sucre con el anteojo en las manos, divisando en la dirección de la división *Villalobos* y diciendo: —«Apuesto una onza á que esos cobardes no bajan de sus alturas hoy.»

«Morán, le dije: yo no he ganado ni perdido un peso en toda mi vida, en apuestas ni en el juego (y él era el más jugador de todo el ejército), pero ahora apuesto con usted dos onzas, que hasta dentro de dos horas estarán aquí peleando con nosotros, y hasta dentro de tres estarán derrotados; y los que puedan, volviendo á subir á sus alturas." "¡Oh! no, mi coronel", me dijo; y echando una mirada sarcástica al general Sucre:—Él sabe mucho—agregó—para que aventure una apuesta con él.

Al poco rato sucedió como se lo había dicho.

El ejército realista se presentó en toda la falda de las alturas de Condorcunca; sobre su izquierda la división de *Villalobos*, la división *Monet* en el centro, y la de *Valdés* formando la derecha. Su caballería había bajado primero al pie de la cuesta y se formó al frente de nuestro centro, que ocupó la división de reserva al mando del general Lara. La del general Córdova sobre nuestra derecha, y la

división del Perú, al mando del gran mariscal La-Mar, sobre nuestra izquierda.

Los dos flancos de nuestra división eran defendidos y bien resguardados por quebradas hondas, aunque no intransitables. Momentos antes de empezar el combate, llegó el general Gamarra adonde estaba parado el general en jefe, antes de montar, y mirando las patas de su caballo, un hermoso *moro*, dijo: "Yo tengo mi seguridad en las uñas de mi caballo." Después de este dicho, no le volví á ver en todo el día.

El general quería dar principio al combate con un ataque de caballería. Se dirigió al pie de la altura (en donde se hallaba formada la caballería enemiga) con el teniente coronel Braun y los *granaderos de la Guardia;* pero cuando llegamos como á unos ochenta pasos de la caballería formada, los granaderos dieron vuelta sin desordenarse y nos dejaron pasmados. Parece que ellos comprendieron mejor que no convenía ese movimiento, y vimos á los jefes españoles conteniendo á sus soldados y hablándoles.

Entretanto, habían dejado sobre su flanco derecho bastantes batallones del enemigo, que debíamos atacar antes que bajasen más, pues éste era el plan en que habíamos convenido. El general Sucre recorrió nuestras filas excitando el mayor entusiasmo, y colocándose en un punto céntrico, con aire imponente y lleno de emoción, dijo en voz alta:—¡Soldados: de los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur!" Y luego, señalando á las fuerzas enemigas, que descendían á la llanura, agregó:—"Otro día de gloria va á coronar nuestra admirable constancia". El ejército libertador le respondió con estrepitosos vivas.

El combate se comprometió reciamente, con admirable denuedo por ambas partes.

El general Sucre se dirigió al general Córdova, que estaba cerca, y le dió la orden de atacar los batallones enemigos. Entonces el joven y heroico Córdova gritó con voz

alta é imponente:—¡Armas á discreción. Paso de vencedores. Marchen!

Encontró á su frente á la aguerrida división *Villalobos*, con su artillería y caballería, toda la cual quedó completamente derrotada en menos de media hora. La división *Monet*, que bajaba del centro á apoyar á la de *Villalobos*, fué impetuosamente cargada por los cuerpos de la división de Córdova. Los granaderos de Colombia, con su teniente coronel Braun, teniendo que cargar pie á tierra por la escabrosidad del terreno, acabaron de destrozar los restos de aquella división, de la cual el escuadrón *San Carlos* quedó en esqueleto.

Viendo el general en Jefe que el asunto estaba concluído sobre nuestro flanco derecho, se dirigió á galope hacia la izquierda. Á nuestra llegada allí, hallamos la división Valdés dentro de nuestras líneas y amenazando nuestra retaguardia. Inmediatamente se hizo marchar al trote el batallón *Vargas*, y en seguida el *Vencedor*, á llenar el claro dejado por la división del Perú, que se hallaba dispersa; pero una vez que llegaron estos dos batallones de nuestra reserva, cargaron con la misma impetuosidad y denuedo que la división Córdova sobre nuestra derecha.

En este momento el general Valdés distinguió la bandera tricolor de Colombia, flameando en media falda de los altos de Condorcunca, frente á nuestro centro. Se persuadió entonces el Jefe español de que todo estaba perdido, pero no emprendió su retirada hasta no ver su división completamente destrozada por una terrible carga del general Miller con los *Húsares de Junin* y el escuadrón de los Andes, en cuya última carga tuve el honor de hallarme.

Regresando con el general en Jefe al ala derecha, me hizo esta interrogación: «Y bien, mi coronel, ¿no me dijo usted anoche que la victoria no sería completa (porque sería necesario atacar al enemigo antes de darle tiempo á que baje todas sus fuerzas); la quiere usted más completa?»

«Sí, señor, le respondí; la quisiera aún más completa, pues, ¿no ve medio ejército de ellos subiendo y ganando las alturas, y todavía en suficiente número?»

El Capitán Jorge Brown, de la compañía de Granaderos del batallón *Pichincha*, fué el que clavó la bandera en media falda del Condorcunca; la misma bandera que yo había mandado hacer en Panamá para mi antiguo batallón «Istmo».

Así terminó la memorable batalla de Ayacucho, en la que, según el parte del general Sucre al ministro de la Guerra en Colombia, los españoles presentaron un ejército de 9.310 hombres, y el Ejército Unido Libertador era sólo de 5.780.

En este parte no se hace mención de un sólo nombre extranjero, á excepción del nombre del coronel Sandes, del batallón *Rifles*, y del capitán Brown, de la compañia Granaderos del *Pichincha*, por haber salido levemente heridos después de haber clavado la bandera republicana en la falda del Condorcunca. No hace mención de los valientes y meritorios capitanes del batallón *Rifles* Wright, Ferguson, Harris, Hallowes, ni del bravo teniente Gilmore Gregg, que había sido del Regimiento *Lanceros* de la Legión Irlandesa, ni del intrépido teniente coronel Felipe Braun, del escuadrón *Granaderos de la Guardia*, ni de su Jefe de Estado Mayor, que escogió la posición y trabajó durante todo el combate cuanto pudo.

Puedo decir, con toda verdad, que en aquella gloriosa acción todos cumplieron su deber. Ó vencer ó morir; no había remedio; y vencimos con un trabajo que apenas duró hora y media.

Hay un punto que merece citarse aquí: de la División del Perú, que se halló en esta grande y memorable batalla, ningún cuerpo fué mandado por Jefe peruano: el batallón 1.° era mandado por el coronel Francisco de Paula Otero, argentino; la Legión Peruana por el coronel José María Plaza, argentino; el batallón 2.° por el coro-

nel Ramón González, chileno. Su antiguno jefe, coronel Ramón Gregorio Fernández (argentino), quedó enfermo en Pichirgua durante la retirada.

El batallón 3.º por el teniente coronel Benavides, español; el Regimiento Húsares de Junin, por el coronel Isidoro Suárez, argentino; el tercer escuadrón por el comandante Pedro Blanco, boliviano; siendo el general Jefe de la división el Gran Mariscal don José de La-Mar, colombiano.

Cuando hubo cesado el fuego y pasado ya el combate, yo me ocupé, con partidas de diferentes cuerpos de nuestro ejército, de recoger á los jefes, oficiales y soldados heridos del enemigo y los fusiles y demás objetos arrojados en el campo de batalla. Hallándome en esta operación, llegó adonde yo me encontraba un capitán, Media-Villa, edecán del general Valdés, preguntando por el mariscal La Mar.—"¿Qué quiere usted con el mariscal La Mar? Él no manda aquí"—le dije.—"Eso lo sé—me respondió el capitán—, pero como sabemos que los colombianos no dan cuartel á nadie, tengo orden del señor general Valdés de proponerle una capitulación, porque la tropa en el alto está saqueando los bagajes de los generales y oficiales."

Pasó el capitán Media-Villa al pueblecito de Queñua, adonde se hallaban ya nuestros jefes, y al poco rato regresó con el mariscal La Mar hasta el alto, donde tuvo su entrevista con el general Valdés y los otros jefes realistas que allí se encontraban, y volvió antes de que yo hubiera acabado de desocupar el ya histórico campo de Ayacucho.

El general Miller había buscado una casita para alojarse, y yo me acomodé con él. Toda esa memorable noche llovió copiosamente. Estábamos los dos escribiendo en una misma mesita que pudimos conseguir.

Él escribía cartas á su país (Inglaterra) y yo los partes de los muertos y heridos de nuestro ejército en la batalla de ese día. En esta operación estábamos cuando repenti-

namente exclamó en inglés el benemérito general Miller: "El último tiro de cañón dado hoy en este campo, debe servir de aviso á todos los extranjeros para que salgamos de este país, pues no habrá cabida ya en él para nosotros."

Amarga exclamación, que me impresionó mucho. En ninguna noche, durante toda esta campaña, nos había llovido una gota; pero en ésta del 9 de Diciembre llovió toda la noche tanto, que nos mojó á todos aun dentro de las casitas que ocupábamos.

Los oficiales del Estado Mayor del general Canterac estaban echados á nuestros pies, en el suelo, unos roncando, otros quejándose. El general Miller hizo llevar su servicio de té al alojamiento del virrey La Serna, que se hallaba herido en una oreja. Tomaron su té y regresó el general á seguir escribiendo.

Al siguiente día temprano, llevé al alojamiento del general en jefe los partes de los muertos y heridos de ambos ejércitos y de los prisioneros, como también la razón de los pertrechos de guerra que resultaron de la victoria. Hallé al general Sucre dictando la capitulación de Ayacucho con el general Canterac, jefe del Estado Mayor General del ejército realista, y desempeñando las funciones del virrey, por estar herido La Serna. El general Carratalá escribía los artículos.

Á este mismo tiempo entró en la salita el general español don Jerónimo Valdés, que venía desde el alto de Condorcunca, donde había pasado la noche. Estaba mojado y con mucho frío. Al entrar, el saludo que nos dirigió fué con estas palabras:—"Nos han fundido ustedes. Su posición había sido una trampa número cuatro; los que en ella entraban no volvían á salir." Y esto fué justamente lo que yo dije al general en jefe la tarde en que estábamos colocando las divisiones de nuestro ejército en la posición que yo había escogido, y de la cual él no se mostró contento.

Después de firmada la *Capitulación de Ayacucho*, los dos ejércitos se pusieron en movimiento para Huamanga.

Cuando el Libertador recibió en Lima el parte de nuestra espléndida victoria, dirigió al Ejército Unido Libertador de Colombia y el Perú la siguiente hermosa proclama:

"SOLDADOS: Habéis dado la libertad á la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria: ¿dónde no habéis vencido?

„La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

„SOLDADOS: Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais; el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habéis hecho á la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

„SOLDADOS: Recibid la ilimitada gratitud que os tributo á nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis, antes de volver á vuestra hermosa patria. Mas no... jamás seréis recompensados dignamente: vuestros servicios no tienen precio.

„SOLDADOS PERUANOS: Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

„SOLDADOS COLOMBIANOS: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

„Cuartel general dictatorial en Lima, á 25 de Diciembre de 1824.

„SIMÓN BOLÍVAR"

El Libertador expidió el siguiente decreto de honores y recompensas al ejército vencedor en Ayacucho.

"CONSIDERANDO:

„1.° Que el Ejército Unido Libertador, vencedor en Ayacucho, ha dado la libertad al Perú;

„2.° Que esta gloriosa batalla se debe exclusivamente

á la habilidad, valor y heroísmo del general en jefe Antonio José de Sucre, y demás generales, jefes, oficiales y tropa;

„3.° Que es el deber del pueblo y del Gobierno dar un noble testimonio de su gratitud á este glorioso ejército;

„He venido en decretar y decreto:

„I. El ejército vencedor en Ayacucho tendrá la denominación de *Libertador del Perú*, y los cuerpos llevarán en sus banderas la misma inscripción.

„II. Los cuerpos que lo componen recibirán el sobrenombre de *Glorioso*.

„III. Los individuos que lo componen, el título de *Beneméritos en grado eminente*.

„IV. En el campo de Ayacucho se levantará una columna consagrada á la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito general Antonio José de Sucre, y en ella se grabarán los nombres de los generales, jefes y oficiales y cuerpos en el orden y preeminencias que les corresponde. La gratitud del pueblo y del Gobierno se esforzará en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la erección de esta columna.

„V. Un cuerpo de cada arma de los de Colombia y el Perú tomará el sobrenombre de *Ayacucho*. Una junta compuesta de los generales y jefes de ambos ejércitos, presidida por el general en jefe, Antonio José de Sucre, designará los cuerpos que deben recibir esta gloriosa recompensa.

„VI. El ejército vencedor en Ayacucho será inmediatamente ajustado y pagado, teniendo estos gastos la preferencia sobre todos los del Estado, aun cuando para ello tenga la nación que contraer un nuevo empréstito.

„VII. Los individuos del ejército vencedor llevarán una medalla en el pecho, pendiente de una cinta blanca y roja, con esta inscripción: *Ayacucho*. Los generales, esmaltada

en brillantes; los jefes y oficiales, de oro, y la tropa, de plata.

„VIII. Los padres, mujeres é hijos de los muertos en Ayacucho, gozarán del sueldo íntegro que correspondía á sus hijos, esposos y padres cuando vivían.

„IX. Los inválidos recibirán la misma recompensa del artículo anterior, y además serán preferidos para los empleos civiles según sus aptitudes.

„X. Se nombra al general en jefe Antonio José de Sucre, gran Mariscal, con el sobrenombre de *general Libertador del Perú.*

„XI. El Gobierno del Perú se encarga de interponer su mediación con el de Colombia, á fin de que se sirva prestar su consentimiento para el efecto de las recompensas que declara este decreto al ejército de Colombia.

„Dado en el palacio dictatorial en Lima á 27 de Diciembre de 1824.

„SIMÓN BOLÍVAR"

El Libertador escribió á Sucre felicitándole por la gloria de que se había cubierto dando la independencia á un mundo entero, y le anunciaba el título de *Gran Mariscal de Ayacucho*, y le añadía: "El 9 de Diciembre de 1824, en que usted ha triunfado de los enemigos de la independencia, será eternamente un día que mil y mil generaciones recordarán bendiciendo siempre al patriota y al guerrero, que lo ha hecho célebre en los anales de la América. Mientras exista Ayacucho, se tendrá presente el nombre del general Sucre. *Él durará tanto como el tiempo.*

La obra del gran Bolívar estaba coronada.

El glorioso é invencible ejército de Colombia selló con su generosa sangre en el campo de Ayacucho la libertad y la independencia de la América del Sur.

Los nuevos Estados del Continente estaban en la brillante aurora de su vida autónoma y libre.

CAPÍTULO XI

Llegada á Huamanga.—El teniente coronel Medina.—Conversación con el general Canterac.—Por qué no fuí ascendido á general en Ayacucho.—Marcha al Cuzco.—La antigua capital del Imperio de los Incas.—La campaña del Alto-Perú.—Los doctores Olañeta y Calvimontes.—Arribo á la ciudad de La Paz.—El general Lanza.—Tentativa para asesinar al general Sucre.—Llegada á Oruro.—El regimiento *Dragones americanos* y el batallón *Aguerrido*.—El teniente José Ballivián.—Mi encuentro con don Casimiro Olañeta y mi idea sobre el nuevo estado del Alto-Perú.—Entrada triunfal en Potosí.—Retirada del general Olañeta.—El teniente José Gabriel Téllez.—Salgo para la provincia de Chichas.—Combate de Tumusla y muerte del general Olañeta.—Rendición del coronel Valdés.—Cuadro.—El general Arenales.—El coronel Arraya.—La viuda del general Olañeta.—El heroico general argentino José María Paz.—Me quedo en Tupiza con la Legión peruana.

De Ayacucho nos dirigimos á Huamanga. Se acuarteló bien el ejército. El general en jefe se alojó en el Cabildo y estableció su oficina de despacho en un cuarto á la mano izquierda de la entrada á la sala capitular, y yo puse la del Estado Mayor en el cuarto de la mano derecha; de manera que la sala quedaba al medio de nuestros despachos y estábamos al habla para recibir yo sus órdenes.

El primer día de nuestra llegada pasó sin novedad. El general Miller había dejado su equipaje en esta ciudad, mientras todos nosotros habíamos perdido los nuestros.

Yo no tenía una camisa que mudarme, y Miller me dió una de las suyas.

Al segundo día, después de la hora de almuerzo, el general Sucre me llamó á su oficina y me dijo que el teniente coronel Medina, con quien enviaba al Libertador en Lima el parte de la victoria de Ayacucho, desde el mismo campo de batalla, había sido muerto á pedradas por los indios en el puente de Isuchaca; que á consecuencia de esta desgracia había determinado mandar á su edecán Alarcón á Lima con una compañía de Húsares, llevando un parte más circunstanciado, y para esto, quiero—agregó—que me traiga usted un estado general de lejército; pero ponga como presentes á los dispersos que hemos tenido desde Matara, porque el Libertador se incomodaría mucho si viese tantos dispersos, y la mayor parte de ellos del batallón *Rifles*, que es su cuerpo favorito.

Recibí la orden y me dirigí á la oficina de mi despacho, previniendo de paso al corneta de guardia tocase *orden general.*

Se me presentaron los tres jefes de Estado Mayor divisionarios, y les ordené me trajesen un estado de las fuerzas de sus divisiones respectivas, en el término de media hora; pero no les dije palabra sobre los dispersos.

Me trajeron sus estados, y entonces yo formé el *estado general* de la fuerza, copiado, naturalmente, de los estados divisionarios, y resultaron muchísimos dispersos, la mayor parte del batallón *Rifles*. Llevé el *estado* al general Sucre; estaba en su escritorio y se levantó de su asiento á recibirme, colocando la pluma detrás de la oreja, como tenía de costumbre. Le presenté mi *estado;* vió todos los dispersos en la casilla correspondiente, y se puso furioso. «Éste no es el estado que yo le mandé formar»—me dijo.—«Mi general—le respondí:—éste es el estado exacto de la fuerza del Ejército Unido Libertador en esta fecha. Ésta es mi firma y yo no puedo firmar una falsedad.»

El general sacó su pluma de detrás de la oreja y borró de una lista que tenía sobre su escritorio el primer nombre de ella, que era el mío, propuesto para el ascenso á general en el campo de batalla de Ayacucho. Volviéndose luego hacia mí y tomando el estado que yo tenía en la mano: «Déjemelo»—me dijo, y yo me retiré á mi oficina. Poco rato después entró el general Canterac, convidado por el general en jefe á comer con él ese día, con todos los demás generales capitulados.

Él entró derecho al despacho del general Sucre; salió luego de allí, atravesó el salón y vino á mi despacho, donde, estrechándome la mano, me dijo: «Dígame, mi coronel, ¿qué disgusto ha tenido usted con el general Sucre?—«Ninguno, mi general»—le respondí.—«Oh, no puede ser—replicó, porque vengo de su despacho y acabo de ver sobre su escritorio una lista de jefes propuestos para el ascenso á generales en el campo de batalla, y el nombre de usted, que está el primero en ella, borrado con una raya gruesa, que denota enojo.»—«El general Sucre lo habrá pensado mejor, le contesté; pero yo no he tenido de mi parte disgusto alguno con él.»

Ésta fué una ocurrencia que no me impresionó. Tenía á la vista mi *Belisario*, que en una de sus páginas me decía: «Aún es poco el no aspirar á lo que no merecéis; es necesario saber renunciar de antemano á lo mismo que merecéis.»

Muchos no creerán esto: poco me importa; yo escribo la verdad, y nada más que la verdad.

En la mesa ese día me hallaba sentado al lado del general Valentín Ferraz, que mandaba el cuerpo *Alabarderos del Virrey*, formado al pie del cerro cuando llevábamos el escuadrón *Granaderos á caballo*, con el general Sucre, quien quería dar principio al combate con un ataque con esta fuerza formada, cuando, llegando los granaderos cerca del enemigo, dieron vuelta á retaguardia y nos dejaron pasmados, mientras los jefes españoles contenían á sus soldados.

Me permití preguntar al general Ferraz, qué era lo que ellos les decían á los soldados en aquel momento, y me contestó que les decían que no se moviesen de la formación; que éste era el modo de pelear de los llaneros de Colombia, que aparentaban desordenarse, para atraer á los contrarios tras de ellos, y que así los esperaban y los lanceaban á su gusto, como lo hicieron en el campo de Junin.

Pero el señor general Ferraz no tuvo presente que en aquella ocasión una compañía de los granaderos, conducida por el Mayor Braun, rompió por medio de toda su línea de caballería, tomó la retaguardia de ella, la desordenó toda y empezó á perseguir á los dispersos llaneros, quienes los lanceaban uno por uno; y que éste no era en realidad el modo de pelear de ellos, sino que en aquel campo se vieron obligados por las circunstancias excepcionales y por la necesidad de adoptar este único recurso que les quedaba, y de morir ó vencer como podían.

Quedó el general Ferraz convencido de esta verdad, y tomamos una copa de vino juntos.

Despaché al capitán Tello del Estado Mayor, al pueblo de Tambo, adonde el general Sucre había despachado todos los equipajes la tarde en que llegó el ejército Libertador á la pampa de Matara mientras yo me hallaba en comisión de reconocimiento, para recoger, si podía, los baules con el archivo del Estado Mayor General, y algunas cargas de mi equipaje.

Regresó con uno de los baules del archivo, completamente vacío, y dos de los míos contenían objetos particulares y mi escritorio, cuyos secretos los indios no descubrieron, y en el que estaban todos mis despachos, algunas cartas y documentos importantes y mis instrumentos de matemáticas.

El general en Jefe no demoró muchos días en Huamanga. Había despachado al general Gamarra, desde el campo de batalla de Ayacucho, con el cargo de prefecto del

departamento del Cuzco, á cuya ciudad nos dirigimos y á la cual arribamos el 19 de Diciembre.

Al acercarnos á la ciudad, empezó el general Sucre á pasar por majaderías que contrariaban mucho su carácter esencialmente modesto y profundamente republicano. Todas las corporaciones, comunidades y multitud de individuos particulares salieron á encontrar al vencedor, quien se veía obligado á pararse á cada momento, á escuchar hasta la última palabra de las arengas que le dirigían.

La grande y memorable ciudad del Cuzco, la histórica y antigua capital del imperio de los Incas, no me causó mucha admiración. Creía encontrar en ella espléndidos vestigios del poder y la civilización de los antiguos peruanos; pero, desgraciadamente, los españoles lo habían destruído y desfigurado todo, y la ciudad estaba *modernizada.*

En la primeros días de nuestra permanencia allí, visité todos los edificios y lugares más célebres. Las construcciones del tiempo de los Incas, son verdaderamente notables y sorprendentes, muy en especial esas paredes de piedras sin argamasa. En una calle que se llama el Triunfo, vi una de esas paredes en la que conté diez y siete ángulos entrantes y salientes con otras tantas piedras colocadas en ellos tan perfectamente unidas, que no se podía introducir la punta del más fino cortaplumas en las junturas.

En el día, en ninguna parte se podía hacer nada semejante. ¡Qué admirable arquitectura la de los indios del Perú, y qué sorprendentes obras las suyas! ¡Qué lástima que los conquistadores, ávidos de oro únicamente, no hubieran comprendido su mérito y no hubieran sabido conservarlas! Hay vestigios aquí de una civilización antiquísima y muy avanzada.

Deseaba visitarlo todo minuciosamente; pero el tiempo me faltaba, y tenía otras atenciones urgentes, en particular, la visita de las maestranzas de toda clase, dirigidas por un español. En éstas se componían las armas y se ves-

tía á los jefes, oficiales y tropa del ejército del rey, puesto que no tenían comunicación alguna con la Costa; pero nada les faltaba.

Las divisiones del Ejército Unido Libertador fueron destinadas á diferentes puntos para descansar de las fatigas de la campaña, que por cierto no fueron pocas. La primera división, á las órdenes del general Lara, se puso en marcha para Arequipa. La segunda, al mando del impertérrito general Córdova, quedó en el Cuzco, pero con orden de emprender su marcha para el Alto-Perú, tan luego como la recibiese. Yo recibí de nuestro general en jefe, acompañada del respectivo pliego de instrucciones, la nota siguiente:

—"Señor coronel: Estando para emprender la campaña del Alto-Perú, y deseando se termine ella con toda la gloria de las armas libertadoras, como hasta aquí, he elegido á U. S. para que, encargándose de la dirección de las últimas operaciones, complete nuestros triunfos.—(Firmado).—*Sucre.*—Á su señoría el coronel Francisco Burdett O'Connor, jefe del Estado Mayor general del Ejército Unido Libertador.—Presente."

Me dió el general Sucre para esta campaña los cuerpos de la división del Perú, menos el batallón núm. 3, que se quedó de guarnición en el Cuzco; y de caballería el regimiento *Húsares de Junín.* Los tres batallones que llevé fueron el primero, el segundo y la *Legión peruana,* aumentados á más de 1.200 hombres cada cuerpo con los prisioneros tomados en Ayacucho. No me acompañó más que un extranjero, el teniente coronel Guillermo Ferguson, del batallón *Rifles* de la Guardía, porque deseaba seguir sirviendo y no descansando.

Como el general español don Pedro Olañeta, defeccionado del virrey, se hallaba al Sur del Desaguadero con su ejército; y la parte del Alto-Perú, desde el abra de Santa Rosa hasta el Desaguadero, cayó en poder del Ejército Unido Libertador, por los tratados de Ayacucho, no había enemigo visible en ese intermedio, el general Sucre sa-

lió conmigo del Cuzco, en el mes de Enero de 1825.

La división Córdova también emprendió la misma marcha, pero á retaguardia, á encontrarse en el punto que el general en jefe eligiese, y que fué posteriormente la ciudad de Cochabamba, cuyos patriotas y denodados hijos tan heroicos esfuerzos hicieron en pro de la independencia.

Á nuestra llegada á Puno, nos cercioramos de que el general Rudecindo Alvarado y el coronel Videla Castillo, que habían sido prisioneros de guerra en la célebre acción de Torata, contra los realistas, y remitidos á la isla de Estebes en el lago Titicaca, habían recuperado su libertad en virtud de la capitulación de Ayacucho.

Estos dos jefes eran argentinos. Asimismo la recuperaron algunos jefes y oficiales naturales del Alto-Perú remitidos en calidad de presos á la misma isla. Entre éstos se hallaban José Gabriel Téllez, que después llegó á ser mayor general del ejército de Bolivia, y un capitán, Calderón, los que se me presentaron en Puno, y siguieron la marcha conmigo hacia el Sur, en la división de mi mando hasta Potosí.

Estábamos en Puno cuando llegó allí el notable orador doctor don Casimiro Olañeta, sobrino y secretario que fué del general Olañeta, contra quien yo estaba en campaña. Venía desertando de su tío y buscando al Ejército Unido Libertador. Le acompañaba otro distinguido doctor, también chuquisaqueño, don Mariano Calvimontes. El general Sucre los recibió con su acostumbrada afabilidad y finura, y siguieron con nosotros hasta Potosí.

De Puno llegamos á la ciudad de La Paz, en la que permanecimos algunos días, ocupándose el general Sucre de arreglos del país con la competencia, talento y laboriosidad que le distinguían. Aquí dió á luz su importante decreto invitando á las provincias del Alto-Perú para decidir de su futura suerte.

En La Paz vino á presentarse al general Sucre el gran patriota y meritorio coronel paceño don José Miguel Lan-

za, quien dejó en el valle de Ayopaya un batallón que había formado á favor de la patria, y al cual había dado el nombre de *Aguerridos*. Cuando supo que yo mandaba la división del Ejército Libertador que había llegado á La Paz, me ofreció su batallón para aumentar mi fuerza, y la orden para que saliese á incorporarse en Challapata, entre Oruro y Potosí.

En esos mismos días llegó también á La Paz una partida de tropas de Santa Cruz de la Sierra conduciendo preso al jefe realista general Aguilera, á quien habían tomado en aquel lejano departamento, sirviendo á las órdenes del general Olañeta.

Desde la salida de la ciudad de La Paz llevaba yo la vanguardia; el general Sucre venía atrás, haciendo sus arreglos y disposiciones. Algunas noches me alcanzaba· El día en que yo entré á la ciudad de Oruro, el general se quedó en Sicasica con los doctores Olañeta y Calvimontes.

Estando á la cabeza de mi división y muy cerca ya de la ciudad, se me acercó un hombre de alta estatura, con casaca de soldado, y puso en mis manos unos papeles que llevaba.

Al informarme de ellos, supe que aquel soldado que me los entregaba se llamaba Ecles, que era alemán, y que la comisión que traía era del general Olateña para envenenar al general Sucre y al coronel Lanza. Me entregó el veneno, que era un bulto del tamaño de un huevo de perdíz, y una instrucción escrita para introducirse en la casa en que el general Sucre pasara la noche, en marcha, ganar entrada en la cocina y echar el veneno en la chocolatera en que se hacía el chocolate para el general. Verificado esto, haría uso Ecles de las libranzas que llevaba y que también me las entregó.

Las dos llevaban la firma del general Olañeta y eran dirigidas al coronel Ostria; la una por diez mil pesos y la otra por seis mil. La primera para el caso de que el envenenado fuera Sucre, y la segunda si era Lanza. Guar-

dé bien los papeles y el veneno; seguí la marcha, llevándome á Ecles, y entré á la ciudad de Oruro.

En la misma entrada, me encontré con un regimiento de caballería del ejército realista del general Olañeta, que acababa de llegar de Cochabamba, en cuya capital hicieron los oficiales su pronunciamiento por la Patria, en sus mismos cuarteles, aprovechando la ausencia de sus jefes coronel Ostria y teniente coronel Martínez, é influídos por el coronel Saturnino Sánchez, chileno, que se hallaba entonces en Cochabamba.

El capitán Pedro Arraya, que se prestó á la defeccion, fué nombrado coronel del regimiento, que se llamaba *Dragones Americanos*, y á los tenientes, hizo el coronel Sánchez tenientes coroneles y comandantes. Éstos eran: Matos, Arancibia, Raña, Carrasco y Sánchez. Este regimiento se componía de seiscientos hombres bien montados y con sables hechos en Potosí.

Al día siguiente llegó á Oruro el general Sucre con toda su comitiva. Le presenté al soldado alemán Ecles, los papeles que me había entregado y el veneno destinado para él. Me ordenó tomar declaración por escrito á Ecles, en forma de sumario; pero nada, absolutamente nada pude sacar de él que fuese inteligible.

Haciendo presente esto al general Sucre, ordenó al doctor Olañeta, que se hallaba presente, me acompañase en esta indagación; pero ni Olañeta ni yo pudimos adelantar nada, pues que aquel hombre no podía hablar una sola palabra en español, ni en inglés, ni en francés, y aun dudo mucho si se podría hacer comprender en alemán; pero los documentos que traía, el bulto de veneno y la instrucción para administrarlo, parece que no dejaban duda del inicuo plan, que á Dios gracias no llegó á realizarse.

Más tarde presenté al general Sucre el regimiento *Dragones Americanos*, en formación, y le entregué la nota del coronel chileno don Saturnino Sánchez, quien había hecho el pronunciamiento en Cochabamba, y ascendido

á tantos oficiales. Al principio el general se incomodó mucho por tantos ascensos; pero calmándose luego, dijo: "En fin, se han quitado al enemigo seiscientos hombres, y esto es algo."

En la marcha de Oruro á Potosí hice alto en el pueblo de Challapata, donde recibí el batallón *Aguerridos*, que inmediatamente incorporé á mi división. En una de las compañías de este batallón encontré en clase de teniente al joven José Vallivián, posteriormente general y presidente de Bolivia.

Mientras inspeccionaba el batallón en Challapata, el general Sucre pasó con su comitiva hasta Condocondo, hacia donde me dirigí yo luego para alcanzarle. Á poco rato de estar en marcha, encontré á don Casimiro Olañeta, parado á caballo en el camino. Se dirigió á mí al verme, diciéndome:—"Señor coronel, me he quedado aquí exprofesamente á esperar á usted para que conversemos un rato". Seguimos la marcha y continuó diciéndome: "He estado hablando con el general Sucre sobre su decreto dado en La Paz sobre nuestra futura suerte en este Alto-Perú, y sobre si nos convendría más agregarnos al Bajo-Perú ó á la República Argentina; y deseo conocer la opinión de usted, coronel, en este asunto que nos importa tanto."

Yo tenía conmigo los mapas del país por donde transitaba, y me hallaba bien informado de su historia y sus antecedentes, y le contesté sin vacilar:—"Doctor Olañeta, si este país del Alto-Perú ofrece tantos recursos más adelante, hacia el Sur, hasta la Quiaca, como se encuentra desde el abra de Santa Rosa, que entiendo ser su verdadera demarcación por el Norte, yo no veo por qué razón tenga necesidad de agregarse ni al Bajo-Perú ni á la República Argentina."

El doctor Olañeta no me dió tiempo para explicarme más; picó su caballo y se fué á galope tendido en alcance del general Sucre.

Por la noche llegué á Condocondo, acuartelé los cuer-

pos de mi división y luego me dirigí al alojamiento del general Sucre á darle parte de la llegada sin novedad de la división. Entré, pero antes de hablarle, todos los que allí se encontraban se levantaron de sus asientos y se dirigieron á abrazarme, llamándome á una voz: *Fundador de la nueva República.*

Ahora yo no sé, francamente, si ésta fué en realidad la primera vez que se pensaba en formar de las provincias del Alto-Perú una república independiente y soberana. No hago aquí más que referir simplemente mi conversación de aquel día con Olañeta y el incidente de esa noche en Condocondo.

Al acercarnos á Potosí supimos que el general Pedro Olañeta se hallaba en esa ciudad con sus avanzadas sobre los altos de Quinsa-Cruz. No hicimos caso de éstas y las flanqueamos, pasando la noche en los alfalfares que mantenían las mulas destinadas á los trabajos de la Casa de Moneda, y entramos en la ciudad y antigua villa imperial de Potosí el 29 de Marzo de 1825.

El general Olañeta desocupó la plaza con dirección á la provincia de Chichas, en donde le aseguraron en la junta de guerra que había reunido, que encontraría bastantes recursos para hacer frente al enemigo. El teniente coronel Carlos Medinaceli, que mandaba un batallón de más de mil chicheños, fué, según nos dijeron, el más empeñado en ese movimiento.

Corta fué nuestra permanencia en Potosí, una de las ciudades más antiguas y más célebres de la América y una de las más ricas del mundo, como lo prueba el hecho de que en los tiempos de su mayor opulencia, y cuando tanta planta extraía de las entrañas de su célebre *Cerro*, el menos rico de los vecinos de la Villa Imperial poseía medio millón de pesos, y que en las exequias del emperador Carlos V se gastaron 140.000 pesos. Causa verdaderamente admiración la opulencia de esta riquísima ciudad.

Empezábamos recién la campaña del Alto-Perú, pues

desde el Cuzco hasta Potosí no hallamos un solo enemigo. Salí, pues, de esta histórica ciudad. De los oficiales bolivianos que me acompañaban desde Puno, se quedó el uno, Calderón, en la plaza de Potosí; y el otro, Téllez, me lo dió el general Sucre como teniente supernumerario en la Legión Peruana. Me puse en marcha con la división que se me había confiado, aumentada con el regimiento *Dragones Americanos* y el batallón *Aguerridos;* pero no había caminado tres leguas, cuando recibí un parte del teniente coronel Medinaceli, en el que me comunicaba que el 10 de Abril, día de Jueves Santo, dos días antes de recibir yo aquel parte, había muerto el general Olañeta en Tumusla, en un motín ocurrido en su tropa. Hice alto allí mismo con mi división y me regresé á la ciudad de Potosí con el parte que se acababa de recibir.

Quise devolver al general en jefe la copia de la capitulación de Ayacucho, que me había dado para mandarla al general Olañeta, en el caso de que me permitiera acercarme á él antes de romper el fuego; pero me dijo que guardase esa copia todavía, por cuanto se hallaba en marcha á reunirse con el general Olañeta en Chichas el el famoso batallón *Unión,* á las órdenes del coronel español don Manuel Valdés, alias el *Barbarucho,* un jefe de mucha nombradía.

El general Sucre reformó mis instrucciones, recogiendo las que me dió en el Perú, de las cuales no quedó más que el encabezamiento. En estas últimas decía: "Estando para terminar la campaña del Alto-Perú", en lugar de "estando para emprender", como se decía en las primeras, y en seguida muchos consejos y advertencias sobre la moral y disciplina de la división de mi mando, añadiendo: que en mi marcha al Sur, debía encontrar al teniente coronel Urdininea, con el regimiento *Dragones de San Juan,* de la República Argentina, y que le previniese seguir su marcha á presentarse en su cuartel general.

Me dijo el general Sucre que la división estaba ya muy fuerte, que no necesitaba tanta fuerza para lo poco

que quedaba que hacer, y que le mandase el batallón 2.º para guarnición de Potosí y el regimiento *Húsares de Junin* para mandarlo á un punto inmediato, llamado Chaqui, en donde había mucha cebada para reponer los caballos.

Me despedí del general, regresé adonde estaba mi división, y al día siguiente, antes de emprender mi marcha, despaché para Potosí los dos cuerpos que se me había ordenado hacer regresar.

Al llegar al pueblecito de Vitichi, supe por mis exploradores que el coronel Valdés, con el batallón *Unión*, se hallaba en marcha al otro lado del Alto del Rayo, que domina á Vitichi. Inmediatamente despaché al oficial Meléndez, del Estado Mayor, en busca suya, con orden de ofrecerle la capitulación de Ayacucho si quería rendirse; pero hice mala elección en mi oficial Meléndez, quien perdió el tiempo entrando en las casas del tránsito y buscando mulas dispersas en la marcha de Olañeta, en lugar de, en cumplimiento de mi orden, buscar al coronel Valdés, quien pasó atravesando la quebrada de Vichacla y se rindió al coronel Urdininea, cerca de Cotagaita.

En Vitichi dí una orden general, previniendo á los jefes y oficiales que ninguno se separase de su compañía. Por la noche, para cerciorarme si se daba cumplimiento á la orden del día, salí de mi tienda de campaña á rondar los cuerpos, y encontré que el teniente José Gabriel Téllez no estaba ya en su compañía, de la que se había separado, contraviniendo la orden general del día. Al día siguiente, antes de seguir la marcha, hice llamar al expresado teniente y le dí una nota para entregar al general Sucre en Potosí, en la que le decía que se lo mandaba porque no quería en mi división oficiales insubordinados.

Siguiendo la marcha por la quebrada de Vichacla, encontré al coronel Valdés con escolta, en camino para el cuartel general del general Sucre, habiéndose rendido á Urdininea, como ya dije. Su batallón pasó á Cotagaita.

Con la rendición de este valiente jefe realista quedó

terminada la campaña del Alto-Perú. Por consiguiente, en Potosí pasó el general el siguiente

CUADRO DE LOS GENERALES TOMADOS POR EL EJÉRCITO LIBERTADOR DE COLOMBIA Y EL PERÚ, EN CONSECUENCIA DE LA BATALLA DE AYACUCHO

EN EL CAMPO DE BATALLA

D. José de Laserna, virrey.

D. José Canterac, capitán general.

Mariscales de campo: D. Jerónimo Valdés, D. José Carratalá, D. Juan Antonio Monet, D. Alejandro Villalobos.

Brigadieres: D. R. Bedoya, D. Valentín Ferraz, D. Andrés García Camba, D. Martín Somocurcio, D. Fernando Cacho, D. Miguel Atero, D. Ignacio Landázuri, D. Antonio Vigil, D. Juan Antonio Pardo.

EN EL CUZCO

Mariscal de Campo: D. Antonio María Álvarez.

Brigadieres: D. Antonio Tur, D. J. Montenegro, el Marqués de Valdelirios.

Mariscales de Campo: D. Pío Tristán, D. José de la Heva, D. Rafael Maroto.

EN PUNO

Brigadier: D. Pablo Echeverría.

EN POTOSÍ

Mariscal de Campo: D. Pedro A. Olañeta.

RESUMEN DEL EJÉRCITO ESPAÑOL, DERROTADO Y PRISIONERO, ETC., DESDE AYACUCHO AL POTOSÍ

Derrotados en Ayacucho	9.510	
Guarniciones del Cuzco, entregadas por Álvarez	1.700	
Guarniciones de Arequipa	700	
Columna del brigadier Ramírez en Quilca	600	
Guarniciones de Puno	480	
		12.990

Ejército del general Olañeta.

Regimiento de Dragones................	400	
Escuadrón de Santa Victoria...........	150	
Batallón de Fernando VII...............	600	
Batallón Cazadores.......................	600	
Dragones de Charcas....................	180	
Dragones de Santa Cruz.................	300	
Infantería de Santa Cruz................	180	
Regimiento de la Unión..................	1.400	
Batallón de Partidarios..................	600	
Regimiento de Cazadores de á caballo....	300	
		4.710
Generales prisioneros.....................	25	
Jefes y oficiales...........................	221	
Muertos en batalla.........................	96	
Prisioneros á esta parte del Sur del Desaguadero..........................	856	
		1.898
Total general.............		18.898

Cuartel General en Potosí, á 8 de Abril de 1825.

El Jefe de Estado Mayor General,

O'Connor

Seguí mi marcha al pueblo de Cotagaita, en donde encontré á Medinaceli y á Urdininea, quienes se me presentaron allí con toda su oficialidad. En el regimiento *Dragones Americanos* conocí de oficial á José M. Avilés, tarijeño, que fué más tarde general del ejército de Bolivia, lo mismo que á Agreda Rodríguez y Carrasco, que llegaron á igual graduación posteriormente. Dí al teniente coronel Urdininea la orden del general Sucre de pasar con su regimiento al Cuartel general de Potosí. La división de mi mando pasó la noche en la playa inmediata al pueblo, siéndome imposible conseguir ración alguna para mi tropa, pues no se encontraba alimento de ninguna clase.

Un hijo del general Arenales, capitán general de la

provincia de Salta, llegó á Cotagaita y lo encontré en casa de Medinaceli, donde comimos juntos. Allí me dijo que Urdininea se había desertado de su padre.

Al día siguiente continué la marcha con mi división, en dirección á Tupiza, distante 19 leguas. Al acercarme á Ojo de Agua, la primera jornada, encontré á un hombre que arreaba una tropa de corderos muy gordos, que llevaba al mercado de Potosí. Embarqué toda la tropa, como era natural, porque mis soldados no habían comido en todo el día anterior, y fué el único día en toda la campaña, desde Trujillo hasta Cotagaita, que semejante falta les había ocurrido.

En este punto me alcanzó el coronel chileno D. Saturnino Sánchez, que hizo el pronunciamiento por la patria en Cochabamba, y por mi campamento pasó el general Arenales, en camino para visitar al general Sucre. Me trató con gran cariño y muchas consideraciones.

Parece que la intención del benemérito general Arenales era libertar las provincias del Alto-Perú para agregarlas á las provincias unidas del Río de la Plata; pero sabiendo que estaban ya ocupadas por una división del ejército libertador de Colombia, dejó su tropa en Suipacha, á las órdenes del entonces coronel José María Paz, después general y uno de los más ilustres y notables jefes del ejército argentino. La deserción de Urdininea le incomodó mucho.

Mi división marchó desde el Ojo de Agua, por la pampa de Salo, y pernoctó en la aldea de Chapaca. En este punto tuve el sentimiento de hacer castigar con cincuenta palos á un soldado del batallón *Aguerridos*, porque tomó una gallina de un rancho contra la voluntad de su dueño, y faltando así á la orden general que yo había dado.

Al formar los cuerpos en Chapaca, para seguir la marcha á Tupiza, me dijo el coronel Arraya que la viuda del general Olañeta se hallaba en la casa del conde de Oploca, á muy corta distancia de allí. Llevé al coronel Arraya conmigo para enseñarme el camino, y después de hacer

una corta visita á aquella distinguida señora, ponerme á sus órdenes y ofrecerle mis servicios, regresé al campamento y emprendí la marcha con mi división á Tupiza, capital de la provincia de Chichas, que ocupé sin novedad el 15 de Abril.

En Tupiza se me presentó un teniente coronel Herrera con un escuadrón de caballería que había pertenecido al general Olañeta. Le acantoné con su escuadrón en un punto inmediato. Dejé en Cotagaita al batallón de *Cazadores* de Chichas, al cual se incorporó el batallón *Unión*, y entregué al teniente coronel Carlos Medinaceli el despacho de coronel efectivo, que me dió para él en Potosí el general Sucre. Coloqué en Tupiza la *Legión Peruana* y el batallón *Aguerridos*, y llevé al regimiento *Dragones americanos* á acantonarlo en Mojo, diez leguas al Sur de Tupiza. De paso visité en Suipacha al benemérito é ilustrado coronel José María Paz, que tan importante papel ha representado en la política argentina, sirviendo heroicamente á su país como ilustre guerrero, como gran patriota y como inteligente y abnegado defensor de la libertad, combatiendo primeramente contra los españoles y más tarde contra la salvaje tiranía de Rosas. Era el general Paz un jefe muy distinguido, ilustrado y benemérito.

Dejé el regimiento en Mojo y regresé á Tupiza, donde me dediqué con esmero al cuidado de mi tropa. Todos los artículos de primera necesidad estaban entonces sumamente escasos allí, por lo que despaché al teniente coronel Ferguson y al mayor Porras (Limeño) del Estado Mayor de mi división á Tarija, cincuenta leguas distante, dándoles algunas onzas de oro de la comisaría de la división para comprar ganado vacuno y remitirlo á Tupiza. Este fué mi único auxilio. Pronto me empezaron á llegar las remesas con toda puntualidad.

Situado mi cuartel en Tupiza, yo visitaba con frecuencia al regimiento *Dragones* en Mojo y al batallón de Medinaceli en Cotagaita.

Despaché al teniente coronel Herrera con su escuadrón al cuartel general del general Sucre, y poco tiempo después recibí orden de mandarle al batallón *Aguerridos*, quedándome con la Legión Peruana en Tupiza.

El general Sucre me escribía con mucha frecuencia por cada correo y con todos los oficiales en comisión. Me dijo en una de sus cartas que estaba muy contento y satisfecho de haberme encargado el mando de la división, porque estábamos ya en los días de las intrigas y de las seducciones, y que, siendo yo extranjero, nada podrían los intrigantes conmigo.

CAPÍTULO XII

Marcha á Tarija.—Motivo de mi viaje.—El cabildo.—Cambio de gobernador.—Don Bernardo Trigo.—Incidente con Uriondo.—Situación topográfica de Tarija.—Disuelvo el batallón Cazadores.—Regreso á la provincia de Chichas.—El doctor Echazú.—Cartas de familia.—Carta del gobernador Trigo.—Pronunciamiento de Tarija.—Marcho á Potosí.—El general Sucre sale de Chuquisaca para La Paz.—Mi despedida del general Miller y mi regreso á Tupiza.—Vuelvo á Tarija.—Los generales Torrico y Salaverry.—Incidente desagradable.—"Que me hagan coronel, y yo me haré lo demás."—Desocupo Tarija por orden del general Sucre.—Recibo una comisión del Libertador para el litoral del Alto-Perú.

Continuaba yo en Tupiza con mi división. El primer correo del mes de Mayo de 1825 me trajo una nota del general Sucre, incluyéndome original una representación elevada ante él por algunos vecinos de la provincia Tarija, en la que se quejaban contra su gobernador y pedían se les nombre otro. Esta representación tenía un decreto marginal puesto por el general Sucre, en estos términos: «El coronel Francisco Burdett O'Connor se impondrá de la presente solicitud, se dirigirá á Tarija, y si halla mérito en ella, en uso de las facultades amplias que se le tienen conferidas, mudará al gobernador de esa provincia, nombrando otro en su lugar.»

No perdí tiempo en dirigirme á Tarija. No llevé conmigo más que á un ayudante del Estado Mayor y un sirviente.

El camino de Tupiza á Tarija, muy escabroso particularmente desde Suipacha. Cuando llegué á las alturas que dominan el fértil valle de Tarija, me parecía que me hallaba en las nubes; las altas y azules crestas de los cerros parecían islas rodeadas por el mar, y la cuesta llamada del Inca, por la cual bajé, demasiado larga, empinada y escabrosa. Desde el pie de ésta me hallaba ya en la hermosa llanura.

Cuando yo llegaba, los labradores tarijeños, tan buenos y tan sencillos, se ocupaban de recoger sus cosechas de maíz, único grano que se cultiva en grande escala en este país tan espléndido para la agricultura, en la que está cifrada su riqueza.

Llegué á la ciudad de Tarija, llamada entonces *Villa*. Me habían preparado alojamiento en casa de un caballero español, casado con una señorita tarijeña. Muy pronto se llenó la casa de curiosos, que querían ver á un jefe del ejército Libertador.

El dueño de la casa me los presentaba á todos, y cuando alguno de ellos era miembro del cabildo, me lo manifestaba.

Cuando la mayor parte de los visitantes se hubieron retirado, quedando solamente algunos del cabildo, manifesté á éstos el motivo de mi venida, de la que parecieron sorprendidos algunos, pero muy contentos todos. Me dijeron que al día siguiente se reuniría el cabildo y que podría dar inmediatamente cumplimiento á mi comisión. Pasé toda esa tarde en tertulia, á la que estaba yo poco ó nada acostumbrado, habiendo pasado todo el tiempo de mi vida, desde que salí de mi país, en campaña, á excepción de los meses que permanecí en Panamá, levantando y disciplinando el batallón *Istmo*, sin haberme ocupado jamás de visitas ni cosa parecida.

De aquí se puede deducir que yo, mezclado por primera vez entre paisanos, debía naturalmente representar el papel de un novicio en la sociedad; pero no se advirtió, porque como Tarija es un país tan mediterráneo y

arrinconado, los vecinos no parecían llevarme mucha ventaja en su trato y discernimiento.

Llegó el día de presentarme ante el cabildo de Tarija. Todos los miembros de él vinieron en corporación á mi alojamiento y me condujeron á una casa inmediata, de un alto, en la Plaza. Se me asignó un sillón, y los señores del Cabildo tomaron sus asientos frente al mío.

Les manifesté entonces el objeto de mi venida, les leí el decreto del general Sucre en la solicitud que algunos tarijeños le habían dirigido, y les insté á que ellos mismos se sirvieran indicarme el gobernador de su elección, asegurándoles que ésta sería aprobada, y que el deseo mío era que el mismo pueblo elija sus autoridades en conformidad con el espíritu democrático que habíamos proclamado.

Se negaron todos firmemente á hacer la designación que les exigía.—"¿Cómo es posible, señores, les dije entonces, que yo pueda hacer con acierto la elección de gobernador de esta Provincia siendo ésta la primera vez que piso este territorio, en el que á nadie conozco?"; y reiteré mi proposición, pero siempre sin efecto.

Me levanté entonces de mi asiento para retirarme, y todos hicieron lo mismo. En este momento, y cuando ya todos estábamos de pie, se me vino una idea: "Bien, pues, les dije: supuesto que ustedes no quieren ayudarme con sus conocimientos en cuanto á las personas de este vecindario (y advirtiendo que el más alto de ellos se acercaba á mí), me parece que este caballero es el de más peso entre los presentes, y le elijo y nombro gobernador de la provincia de Tarija, en nombre de la República.

Al oir estas palabras, todos se dirigieron al nuevo gobernador y lo abrazaron, felicitándole, y asegurándome á mí que no podía haber hecho una elección mejor ni más al gusto de toda la provincia.

En seguida me acompañaron, siempre en corporación, á mi alojamiento.

El caballero á quien yo había nombrado gobernador

era el señor don Bernardo Trigo, uno de los vecinos más influyentes y distinguidos de la provincia.

Por la tarde regresaron juntos todos los miembros del cabildo á mi alojamiento, y en esta visita toda su conversación fué sobre el estado de la provincia y los deseos de todo su vecindario por pertenecer al Alto-Perú y á sus Libertadores.—"Señores, les dije yo: la comisión que me ha traído á Tarija está concluída. Nada más tengo que hacer en este país y mañana me regresaré á Tupiza. Si ustedes quieren algo de los Libertadores, sabrán de ellos en Chuquisaca; yo no soy más que un subalterno suyo."

Á poco rato de haberse despedido de mí los señores del cabildo, entró el ayudante de plaza, un oficial limeño apellidado Ríos, quien, después de saludarme, me dijo que venía á darme parte de que un tal Uriondo, vecino del pueblo y que se decía teniente coronel de la patria, había ido al cuartel donde se encontraban doscientos hombres de *Cazadores Montados* que pertenecían al ejército del general Olañeta que había conversado con los soldados y convenido con ellos en convenir esa misma noche á mi alojamiento y tomarme preso.

Le ordené que me lo trajera, é inmediatamente se presentó con él. Pregunté á Uriondo si me conocía, si sabía quién era yo, y qué motivo había tenido para ir al cuartel á seducir la tropa.—«Quiero, señor, me dijo, que se me pruebe esto.»—«Yo no he hecho llamar á usted, le respondí, para asuntos de pruebas; pero permítame decirle que usted emplea muy mal su tiempo, y que es mejor que vaya usted de una vez al cuartel á acabar de comprometer á los soldados, ó bien á olvidarse allí del golpe que medita para esta noche»; y le despaché preso.

Esa tarde, después de comer, dí un paseo á caballo por toda la población de Tarija. Su situación topográfica no me agradó, vista militarmente; pero esto nada importaba á los españoles, que parece nunca contaron con verse molestados por enemigos exteriores.

La posición del pueblo, sobre la orilla de un río y entre

altos barrancos, debe ser malsana, pensé; y además, me pareció expuesto á ser alguna vez inundado por alguna fuerte creciente del río.

Tarija es un bonito pueblo, posee una vista hermosa desde la colina de San Juan; es de un temperamento ardiente en el verano, y está situado á los 21 grados, 30, L. S. Fué fundado este pueblo por el capitán español Luis de Fuentes y Vargas el 4 de Julio de 1574, dependiente de la intendencia de Potosí, virreinato del Perú.

Pasé la noche sin ninguna novedad, y á la mañana siguiente temprano mandé poner en libertad á Uriondo, é hice formar á los doscientos *Cazadores* de á dos en fondo, en la calle frente á mi alojamiento, y extendí á todos sus licencias finales, disolviéndolos y haciendo recoger todo el armamento con el ayudante de plaza.

Al día siguiente salí de Tarija para Tupiza, en donde tenía dispuesto un gran banquete para los jefes y oficiales en celebración del 25 de Mayo, glorioso aniversario del primer grito de independencia dado en 1809 por la ciudad de Chuquisaca.

El gobernador de Tarija, que yo había tenido que cambiar de orden superior y á petición de los tarijeños, era el doctor don Felipe Echazú, notable abogado y distinguido patriota tarijeño, á quien conocí en Cotagaita.

Sus conciudadanos seguramente pidieron su deposición por haber sido este gobernador nombrado por los argentinos, y ellos querían uno nombrado por los Libertadores, desde que su voluntad era pertenecer siempre al Alto-Perú, hoy Bolivia.

Á fines del mes de Mayo llegó á Tupiza un correo de Buenos Aires de paso para Lima, 960 leguas. Por este correo recibí una carta de mi hermano mayor Rodrigo y otra de mi hermana Luisa Ana. La de mi hermano estaba fechada en Río Janeiro, y me decía en ella, entre otras cosas: que ese día había comido con nuestro amigo el almirante Lord Cochrane, á bordo de su buque, y que él estaba de paso para la isla de Tasmania, al Sur de la

Nueva Holanda; que había comprado un buque en Escocia de 800 toneladas; que traía en él 400 colonos á tomar posesión de una asignación de terrenos que le había concedido el gobierno inglés, y que pensaba llevar todavía más colonos en el mismo buque, á cuyo capitán daría orden de llevarme á su bordo, en su siguiente viaje, en el año próximo, siempre que para entonces pudiera encontrarme en Buenos Aires ó Montevideo; me agregaba que había hecho su testamento antes de embarcarse, y que él me nombraba su único y universal heredero. Mi hermana en su carta me decía lo mismo.

No estuve muchos días en Tupiza después de mi regreso de Tarija, cuando recibí una carta del gobernador Trigo, en la que me decía que para el 9 de Junio había convocado á todos los vecinos de la villa y de la campaña para hacer un pronunciamiento en favor de la anexión de la provincia al Alto-Perú, y me suplicaba fuera yo personalmente á presenciar el espectáculo. Pero ¡qué casualidad! En los mismos días en que yo recibía esta carta del general Trigo, el general Sucre me escribía desde Chuquisaca, diciéndome que el general Arenales, que se hallaba allí con él, le reclamaba la disputada provincia de Tarija, alegando que pertenecía á la confederación Argentina, y que era una tenencia que dependía de la provincia de Salta, de la que él era gobernador y capitán general; que él (Sucre) le había dado por toda contestación que no se hallaba autorizado para entenderse en este negocio; pero que el Libertador, quien debía haber salido ya de Lima para La Paz, hasta donde iría á encontrarle, resolvería definitivamente esta cuestión, y que era preciso tener paciencia hasta cntonces.

Yo no quise ir á Tarija, y sólo envié la carta del gobernador al general Sucre, quien aprobó mi proceder.

Después, la provincia de Tarija en masa proclamó solemnemente su reincorporación al Alto-Perú (26 de Agosto de 1826), separándose de las provincias argentinas, á las que había sido agregada, separándola de la

intendencia de Potosí, por real cédula de 1807, para formar un obispado con Salta.

Pero, aunque las provincias del Río de la Plata habían estado mucho tiempo independientes del reino de España, Tarija estaba siempre ocupada por las armas del rey, hasta que yo la liberté.

Sin embargo, cuando el general Arenales regresó de Chuquisaca, sin esperar la resolución del general Bolívar, y se personó en Tarija, depuso al gobernador que yo dejé y nombró en su lugar al doctor Echazú.

Entretanto llegó á Potosí el general Miller, nombrado prefecto de ese departamento, y quedamos en correspondencia epistolar, sin interrupción. Él me remitía todos los meses el contingente para el pago de mi división. En una de sus cartas me dijo que no pensaba quedar de prefecto en Potosí, sino hasta recibir al Libertador, y que entonces le pediría una licencia temporal de dos años para ir á Inglaterra y ver á su familia.

Llegó el mes de Julio y empezó á enfermar mi tropa en Tupiza, por la crudeza del invierno. Dí parte de esta novedad al general Sucre y le propuse llevar la legión peruana á Tarija para cambiar de temperamento. El general aprobó mi propuesta, pero me dijo que era necesario el permiso del Libertador, quien se hallaba ya en marcha desde Lima para La Paz, Potosí y Chuquisaca; que él iba á darle alcance en La Paz, y que de allí me avisaría su resolución sobre el particular.

El general Sucre salió de Chuquisaca para La Paz con objeto de alcanzar en esta ciudad al Libertador. Supuesto que yo tenía que esperar la autorización para marchar á Tarija con las fuerzas que tenía en Tupiza, me dirigí á Potosí con el objeto de despedirme de mi querido amigo y compañero el general Miller, porque marchando yo á Tarija ya le volvería á ver, pues consiguiendo él la licencia del Libertador para ir á su país, tomaría el camino de Tupiza, Suipacha y Salta, y no nos veríamos ya.

Pasé tres días con el general Miller en la ciudad de

Potosí. En la noche del segundo día de mi arribo, llegó un correo del Norte; el administrador de aquella oficina, sabiendo que yo me hallaba en aquella ciudad, sacó mi correspondencia y me la mandó con uno de sus empleados. Entre las notas oficiales que recibí encontré una del general Sucre, fechada en La Paz, en la que me decía que el Excmo. Sr. Libertador aprobaba mi marcha á Tarija con la Legión, pero encargándome dar aviso anticipado de ella al general Arenales.

Al día siguiente me despedí del general Miller y regresé á Tupiza, pensando todo el camino cómo haría para sacar la Legión de Tupiza sin sufrir deserciones, siendo la mayor parte de los soldados prisioneros que tomamos en Ayacucho.

Á mi llegada á Tupiza se me presentó un caballero tarijeño, don Pedro Ichazo, quien me dijo que á su salida de Tarija había dejado allí al general Arenales. Me agradó mucho esta noticia, porque así se me facilitaba el medio de darle parte de mi marcha y del placer que tendría de verle personalmente.

En el momento en que el señor Ichazo se retiró de mi alojamiento, empecé á disponer mi marcha. Pedí al primer jefe de la Legión un oficial para mandar en comisión al día siguiente. Me mandó en el acto á un capitán, Gamarra, sobrino del general Gamarra. Yo me ocupaba entre tanto de hacer las instrucciones para este oficial, el itinerario para la marcha y la nota para el general Arenales.

Por la tarde se me presentó el capitán á caballo; yo también monté y salí con él sin hacerle saber adónde iba. Á alguna distancia del pueblo, recién le entregué su pliego de instrucciones, el itinerario, mi nota y mi carta para el general Arenales, á quien, le dije, debía encontrar en Tarija.

Al tercer día, dando á mi oficial en comisión el tiempo suficiente para disponer todo lo necesario para la tropa en las pascanas del tránsito, emprendí la marcha y llegué á Suipacha sin una sola deserción, ni hubo ninguna hasta

Tarija, adonde arribé sin ninguna novedad con la misma fuerza numérica con que salí de Tupiza, lo que me complació mucho.

Á mi llegada á Tarija se me presentó el capitán Gamarra y me dió parte que el general Arenales había salido para Salta dos días antes de su arribo, y que había despachado la nota oficial y la carta que yo le dí para él por correo, que salió para la República Argentina el día anterior.

Lo primero que hice en Tarija fué visitar el cuartel y el hospital. Hallé este último establecimiento en muy mal estado; pero pronto lo puse bien surtido de colchones, sábanas, etc., que pagué de mi peculio.

Antes de salir de Tupiza, despaché al teniente coronel Guillermo Ferguson á Potosí, llamado por el Libertador para servirle de edecán. No le volví á ver más. Este valiente jefe, como he dicho anteriormente, murió en Bogotá el año de 1828, en un motín contra el general Bolívar, defendiendo á éste.

En la Legión Peruana, con la que ocupe á Tarija el 30 de Septiembre de 1825, tenía dos oficiales, que posteriormente fueron generales y presidentes de la República del Perú: el capitán Salaverry y el subteniente Torrico.

Á pocos días de nuestra llegada á Tarija, el gobernador que yo nombré, general Trigo, dió un gran banquete en obsequio de los jefes y oficiales de la Legión Peruana. En este banquete el capitán Salaverry pronunció un brindis que chocó al primer jefe, teniente coronel Raigada, quien le mandó poner arrestado en la guardia de prevención. Pocos momentos después, Raigada, estando todavía en la mesa, recibió parte de que el capitán Salaverry venía desde el cuartel en dirección á la casa del gobernador, á la cabeza de su compañía, con bayoneta calada, y estrechó el arresto de Salaverry, dándome inmediatamente parte de la novedad ocurrida, en mi alojamiento, pues yo me hallaba algo indispuesto y no pude concurrir al banquete.

Al día siguiente mandé organizar el sumario correspondiente sobre la conducta del capitán Salaverry, y concluído lo despaché á Potosí, adonde remití también al referido capitán para ser juzgado allí en consejo de guerra de oficiales generales, por no haber de éstos en Tarija para juzgarlo. Fué una fortuna para este oficial que el general Miller estuviese de prefecto en aquel departamento cuando él llegó allí.

Este general había formado la *Legión Peruana* en Lima, y en ella admitió al joven Felipe Santiago Salaverry, en clase de cadete. Miller me lo recomendó particularmente en el Cuzco, al tiempo de despedirme de él para emprender la campaña del Alto-Perú. No sé si el general daría parte de su falta al Libertador en Potosí; ello es que á la mesa de éste comía todos los días el capitán Salaverry. Bolívar, agradado por sus brindis, le dió un día el grado de sargento mayor.—«Bueno, dijo Salaverry cuando recibió su ascenso; que me hagan Coronel, y yo me haré lo demás.»

Y así fué, efectivamente; cuando fué años más tarde, en 1835, ascendido á coronel del ejército del Perú, en Lima, se invistió del poder supremo y derrocó al presidente constitucional, general Luis José de Orbegoso.

Pasé todo el mes de Octubre en Tarija con la Legión Peruana. Llegó el correo del 4 de Noviembre, y me trajo dos notas oficiales del general Sucre; en la una de ellas ordenándome, por disposición del Libertador, desocupara inmediatamente la plaza de Tarija, por haber cedido dicha provincia al Gobierno Argentino, en el arreglo hecho con su Legación encabezada por el distinguido general argentino don Carlos María de Alvear, y despachar la Legión Peruana á Potosí.

La otra nota empezaba en estos términos: «Al señor coronel jefe de Estado Mayor General, Francisco Burdet O'Connor.—Señor: Su Excelencia el Libertador ha tenido á bien conferir á Usía una comisión de suma importancia, la cual, verificada con buen suceso, le granjeará

no sólo la honra, sino la gratitud de todos pueblos del Alto Perú», y seguía diciéndome que esta nueva República carecía de un puerto de mar; que me dirigiese á la costa de Atacama, levantase un mapa de Loa, Cobija, Mejillones y Paposo, y habilitase para el comercio el que encontrase mejor.

Pocos días después, en cumplimiento de esta orden, salí de Tarija y me dirigí á la villa de Tupiza, llevando de ayudante al cadete Matilde Rojas, tarijeño, y un sirviente mío, colombiano.

CAPÍTULO XIII

Mi marcha al litoral del Alto-Perú.—En Atacama.—En Cobija.—El corregidor Maldonado.—Mi embarco á bordo del "Chimborazo".—El capitán Wrigth.—Reconocimiento de los puertos de Cobija, Loa, Mejillones y Paposo.—Regreso del Libertador á Lima.—Mi permanencia en Quillagua.—La línea divisoria entre el Alto y Bajo Perú. Me convierto en herrero.—Regreso de mi reconocimiento.—Soy nombrado prefecto y comandante general del departamento de Potosí.—No acepto el cargo y me paso á Chuquisaca.—Mi entrevista con el general Sucre.—La gratificación de los vencedores de Ayacucho.—Proyecto de establecimiento de un cuerpo de ingenieros.—Resuelvo marchar á Buenos Aires.

Después de pocos días de permanencia en Tupiza salí de allí por la rinconada de Salta y por la quebrada de Calahoyo, que divide la República Argentina de la costa de Atacama, y llegué á las minas de oro de Santa Rosa. Aquí encontré á una señora Valdivieso, que hacía trabajar en esas minas. Me dió por vaqueano un peón suyo, llamado Fermín Torres, que hablaba castellano, hombre racional de quien tendré que hablar posteriormente. Éste me acompañó hasta Toconao, el primer pueblo de la costa de Atacama, pasando por la cordillera, debajo del elevado cerro de Licancaur.

De Toconao, en cuyo pueblo me dejó Fermín Torres, pasé al pueblo de Atacama, capital de la provincía, distante diez leguas de Toconao, camino muy llano.

En Atacama encontré de guarnición al capitán Casanova, con la compañía de cazadores del batallón segundo del ejército del Perú, cuyo cuerpo dejé de guarnición en Potosí cuando marché para el Sur.

Pasé dos días en Atacama, buscando burros fletados para llevar algarroba y cebada en grano para mis mulas hasta la costa. Dejé á mi cadete y mis petacas con mil pesos en ellas, con el capitán Casanova, y emprendí mi marcha de reconocimiento en dirección á Calama, con mi asistente y los arrieros de las cargas de forraje.

Pasé por Calama, Chacance y Culupo, y llegué á Cobija sin novedad. Mucha falta de agua, pero esto me molestaba muy poco, porque no he conocido lo que es sed, y esto me sirvió mucho en las marchas de travesía, sin agua en la Costa Firme de Colombia.

En Cobija no encontré más que un hombre, cochabambino, llamado Maldonado. Éste me dijo que habían muerto de viruelas todos sus changos, pescadores de lobos, que no había más viviente en el puerto que él y su hermano, que había traído todos los santos de la Iglesia, que se hallaba abajo en la playa, á su casa, para que no se apestasen, y dormí esa noche en su casa con todos ellos.

Al día siguiente llegó al puerto el bergantín de guerra *Chimborazo* con el jefe de la escuadra colombiana en el Pacífico á bordo, de orden del Libertador, para llevarme en él con el objeto de reconocer todos los puertos que tenía anotados en mi nota de instrucciones.

La primera noche que pasé á bordo del *Chimborazo* fué la del 9 de Diciembre, primer aniversario de la victoria de Ayacucho, y el comodoro que mandaba el bergantin *Chimborazo* era el capitán Carlos Wright, del batallón *Rifles*, de Bomboná, primero de la guardia. Había servido con su batallón en la batalla de Ayacucho, y sabiendo el Libertador que había sido guardia marina en el servicio inglés, que equivale á cadete en el ejército, le nombró comodoro de la escuadra colombiana en el Pacífico, y esto por necesidad, tan escasos eran los hom-

bres aptos de quienes el general Bolívar tuvo que valerse para el servicio.

Al día siguiente emprendimos el reconocimiento de todos los puertos mencionados en mis instrucciones y hallamos que el de Cobija tenía el mejor fondo para ancla y el puerto más cómodo también, aunque escaso de agua, pero de poder aumentar la cantidad.

Me separé del comodoro en el puerto de Loa, que no es más que una rada, y con el agua del río Loa, tan salada que no se puede beber. El puerto de Mejillones es hermoso, pero carece de agua. El de Paposo tiene río con pescado que le entra, pero el tránsito desde Paposo por tierra á Atacama no tiene una gota de agua, ni pasto, y por estas razones inverificable.

Empero, si yo hubiese podido penetrar en lo futuro, hubiese habilitado los dos puertos, el de Paposo y el de Atacama; el primero con almacenes para el desembarco de mercancías, y el segundo para punto de partida hasta Potosí, disponiendo que los fardos y demás cargas se transportasen del un punto al otro en lanchas, arrimándolas á la costa sin peligro alguno. De este modo se hubiesen evitado las posteriores pretensiones infundadas de Chile, y su usurpación de la provincia más rica de Bolivia.

Había encargado al corregidor Maldonado llevar mis mulas por tierra hasta la boca del río Loa, con mi asistente, y cuando me separé del comodoro seguí mi camino río arriba hasta el puerto de Quillagua, adonde llegué la misma tarde. El comodoro se dirigió al puerto de Arica á tomar á su bordo al Libertador de regreso de Chuquisaca y llevarlo á Lima.

Demoré algunos días en Quillagua. Este pueblo tiene una calle larga que corre de naciente á poniente, y se decía que esta calle era la línea divisoria entre el Alto y Bajo Perú; pero que habiéndose dado parte al rey que la guarnición que se mantenía en Arica, y que se relevaba mensualmente, se enfermaba de una terciana muy mortífera-

se dió una real orden para que se retirase esa guarnición y que no se relevase más.

Este puerto de Arica era en el que se embarcaban para España todas las encomiendas procedentes del Alto Perú. El primer cargamento que se embarcó en Arica, después de la retirada de la guarnición, fué apresado por los filibusteros, y esta ocurrencia motivó otra real orden, disponiendo la separación del Alto y Bajo Perú, la incorporación del Alto-Perú á la Capitanía General de Buenos Aires, y que en adelante todas las encomiendas para España se remitiesen por tierra y se embarcasen en el puerto de Buenos Aires.

La línea divisoria entonces se determinó desde el abra de Santa Rosa, por el Norte, el morro de Zama en la costa, y desde dicho morro hacia el Sur hasta el *Hueso parado*, que se halla á pocas leguas de Copiapó y por el interior hacia el Sur, hasta el río de la Quiaca.

Al poniente del pueblo de Quillagua, en la costa, hay un puerto que tiene por nombre Mamiño, entre Cobija y Loa. Lo reconocí con el comodoro. Tiene agua buena, contenida en el hueco de una peña en la costa. El puerto no sirve, ni hay tampoco terreno inmediato sobre que formar una población.

Desde Quillagua despaché á mi asistente á Atacama á traerme los animales y petacas, y mi cadete que había dejado allí, y entretanto me ocupé de reconocer todas las inmediaciones del pueblo y de dirigir al general Sucre mi primer parte del resultado de mi comisión hasta aquí.

No sé si recibió el pliego; pero lo cierto es que no tomó providencia alguna sobre los datos que le dí relativos á la demarcación entre el Bajo y el Alto-Perú. Lo que puedo asegurar con confianza es que si yo hubiese acompañado al comodoro hasta Arica, si me hubiese visto allí con el Libertador, que pasaba á Lima, y si le hubiese hecho sabedor de los datos que había tomado de los ancianos en Quillagua, el Libertador, á su llegada á Lima, hubiera arreglado todos los linderos entre el Alto

y Bajo Perú por un decreto, el cual hubiera aumentado el territorio de Bolivia, con todo el collado del Cuzco, desde el abra de Santa Rosa, y por la costa desde el río de Tambo, entre Torata y Arequipa; y como se reconocía al Libertador por presidente de ambas Repúblicas, jamás hubiera habido oposición la más pequeña á su decreto.

Es de advertir que hasta el presente año de 1869, en que estoy escribiendo estos *Recuerdos*, todo el collado del Cuzco, desde Santa Rosa, pertenece al obispado de La Paz, en lo eclesiástico.

Llegó á Quillagua mi asistente con mi cadete, petacas y animales, y con una carta del capitán Casanova, en la que me decía que en Atacama se había celebrado el primer aniversario de la victoria de Ayacucho con un banquete y un baile.

De Quillagua emprendí mi marcha por la tarde para Manin en dirección á Huatacondo, adonde me dijeron en Quillagua que había fragua y buen herrero, pues mis animales estaban desapeados; y como había sacado fierro del Chimborazo, y era necesario herrar las mulas antes de salir de la costa para Potosí, emprendí esta marcha fuera de mi camino.

Después de caminar una noche entera, llegué á Manin por la tarde del siguiente día. Este lugar había sido un potrero de alfalfares, pero dejado por la falta de agua. Sin embargo, se halló algunos brotes de pasto, y como supe que en Huatacondo no había forraje ni pasto de ninguna clase, dejé los animales en Manin, y me dirigí á Huatacondo, un miserable lugar.

Me alojé en una casa que me proporcionó el cura. La primera mañana entró éste á saludarme. Me dijo que si no había almorzado; le dije que sí, que no almorzaba más que un jarro de té con galleta.—"Señor, me dijo el cura, hace más de una hora que le mandé esa canasta de peras para su almuerzo, y veo que no las ha tocado; yo me he comido dos canastas esta mañana para mi almuerzo, pues aquí no tenemos otra cosa para mantenernos." Más tarde

ví llegar un cargamento de diferentes cosas, desde Pica, y salir los habitantes del pueblecito á cambiar con peras las cosas que se habían traído.

El herrero me trajo las herraduras, y con ellas me dirigí á Manin, adonde había dejado todas las mulas con mi cadete Matilde Rojas y un indio que me servía de guía. Me puse yo mismo á herrar las mulas, por primera vez en mi vida que había emprendido semejante oficio, y me fué muy bien. Tenía todas las herramientas necesarias.

De Manin me dirigí á Chiuchiu, punto de partida en la costa para emprender mi marcha en dirección á Potosí, fijándome en los puntos mejores para hacer construir casas de posta, corrales y potreros.

Pasé por el cerro de San Pedro á la mano derecha, y el cerro Cebollazo á la izquierda, los dos de la Cordillera de los Andes, á Polapo, de aquí á Viscachillas, hasta San Cristobal. De aquí al campo de Avilcha, con mucha piedra imán en todo el campo, y llegué á Potosí, por el cerro de Mauquí y Cebadillas, tardando en todas las pascanas para dar el debido cumplimiento á mi comisión.

Llegué á la Prefectura de Potosí, en donde encontré a doctor don Casimiro Olañeta desempeñando la Prefectura. Este me entregó una nota del general Sucre en la que me decía que me quedase en esa ciudad de prefecto y comandante general, que se vió obligado á mandar al doctor Olañeta á Potosí hasta mi llegada, por haber recibido parte de que el general Urdininea, que desempeñaba el destino, atropelló la guardia una noche, en estado de embriaguez; que era necesario relevarle, que no había otro presente más que el doctor Olañeta, pero que éste hacía falta en la Corte Suprema, de que era ministro. Me impuse de la nota y me la metí en el bolsillo; «y ¿qué dice usted, coronel»?, me preguntó.—«Que sigo mi camino á Chuquisaca, le dije, á dar cuenta de mi comisión»; y me despedí.

Llegué á Chuquisaca sin novedad. Me presenté al general Sucre. Quedó éste mirándome sin decir palabra, y

en un momento me preguntó qué hacía allí.—«Vengo, señor, le dije, á dar cuenta de mi comisión.» «¿No ha recibido usted una nota mía en Potosí?»—«Sí, mi general.»—«¿Y por qué no se quedó allí?—«Porque yo jamás me he comprometido con el Libertador ni con usted á mandar pueblos ni paisanos.» Denme los soldados para mandar, responderé de ellos; pero nada de paisanos.» Se sonrió, y procedimos á ocuparnos de mi ardua comisión. Le entregué mi diario, el mapa que había formado de la costa de Atacama y el apunte de todos los datos y declaraciones que había tomado relativas á las demarcaciones del Alto-Perú.

Acabada esta conversación, el general empezó á hablar de otras cosas. La primera, que el Congreso del Perú, reunido en Lima, había decretado un millón de pesos á los vencedores de Ayacucho, y que el Libertador le había escrito una carta en la que me asignó cinco mil pesos de ese millón.—Yo le dije en el acto que no había prestado mi espada por dinero. «Tómelos usted—me dijo—; nadie sabrá si usted los ha aceptado.» «Yo lo sabré, y esto me basta. Además, señor, es mi opinión que el Libertador hizo mal en aceptar ese dinero; que con medallas y escudos se gratifica á guerreros, no con plata ni oro, y que la consecuencia sería la total desmoralización del ejército, y que él mismo lo vería.» Posteriormente, y en muy poco tiempo, se verificó mi pronóstico.

El general mandó á un edecán que me buscase alojamiento y me despedí para descansar.

Al día siguiente el general me mandó llamar. Me dijo que había examinado con atención mi mapa, mi itinerario y mis datos tomados en el curso de mi comisión, y que estaba muy contento. Me dijo que iba á nombrarme jefe de Ingenieros de la República.

Le dije que yo no era ingeniero, que había sido parte de la educación general que había recibido en los colegios militares de mi país, pero que sabía muy poco más de la teoría. Además, le hice presente que no había cuer-

po de Ingenieros en la República, y que él no ignoraba que se necesita mucho dinero para comprar los instrumentos necesarios y establecer una oficina del ramo. Nada me contestó.

Cuando regresé á mi alojamiento, conté á mi ayudante la conversación que había tenido con el general y le dije que estaba pensando en que ya que la guerra había terminado, se nos ofrecía una oportunidad de dar un paseo hasta Buenos Aires; que le diría al general Sucre al día siguiente que admitiría los cinco mil pesos de mi gratificación por la victoria de Ayacucho, bajo la condición que él me permitiera ir á Buenos Aires y ocupar ese dinero en la compra de instrumentos de ingeniería, servirme de ellos hasta nuestro regreso á Colombia y dejarlos después con la mesa establecida para esta República, á la cual le faltaban muchas cosas.

Así hice, y me contestó el general dándome las gracias por mi patriotismo; que era preciso le hiciese la indicación por escrito. Le dirigí la nota que exigió de mí, y su contestación fué: que las naciones no podían admitir esa clase de dádivas de particulares; que muy en hora buena me vaya á Buenos Aires á comprar los instrumentos; pero bien entendido que el Gobierno pagaría su importe y todos mis gastos de ida y regreso.

Cuando leí esta nota á mi ayudante, convinimos que nada importaba, y me resolví á emprender el viaje; y cuando hice presente al general Sucre mi resolución, me dió una carta de recomendación para el general Alvear, quien se había despedido pocos días antes para regresar á Buenos Aires, después de haber conseguido del Libertador la entrega de la provincia da Tarija, no la restitución, pues jamás había pertenecido á la confederación Argentina, habiéndola yo mismo encontrado ocupada por las armas del rey el año anterior.

Me dió también el general una letra al cónsul general británico en Buenos Aires, de los cinco mil pesos, por haber éste tomado doscientos mil del millón decretado

por el Congreso del Perú para los vencedores de Ayacucho, y con el objeto de distribuirlos entre los argentinos que habían estado en esa campaña. Se me abonó también todos mis sueldos devengados de algunos meses, mi gratificación de cien pesos mensuales como jefe del Estado Mayor general del Ejército Unido Libertador, cuyo archivo no había entregado hasta entonces, de manera que tenía reunidos más de seis mil pesos, los cuales, para reducir á oro, tuve que pagar á diez y ocho pesos la onza en Chuquisaca.

No se me ofrecía ya más dificultad para emprender mi marcha que la de mis hermosos caballos de batalla y de mis mulas, y los tenía de los mejores. Si los dejaba en una de las haciendas inmediatas, pensaba, y con mucha razón, que no los hallaría á mi regreso, y como durante mi permanencia en Tarija los tenía bien cuidados por un caballero, arrendero de la hermosa hacienda de la Angostura, perteneciente al marqués de Yavi, comiendo alfalfa por dos pesos al mes, me resolví á hacer mi camino por Tarija y dejar mis animales en la misma hacienda hasta mi regreso, dirigirme á Humahuaca desde Tarija, y allí tomar caballos de posta hasta Buenos Aires.

CAPÍTULO XIV

Salida de Chuquisaca para Buenos Aires.—Mi ayudante Julio Montes. Honradez tarijeña.—Gordaliza y Díaz Vélez.—Un paseo al campo. El coronel Eustaquio Méndez.—Los diputados tarijeños al Congreso de Buenos Aires.—Una conferencia.—Salgo de Tarija.—Paso por las provincias argentínas.—Encuentro con el general Alvear.—Arribo á Buenos Aires.—La terciana.—Invitación del general Alvear.—Los Granaderos de los Andes y su mala recepción por Rivadavia.—Guerra argentino-brasilera.—Por qué no ofrecí mis servicios en el Ejército argentino.—Regreso de Buenos Aires.—Mi encuentro con Díaz Vélez.—Arribo á Salta.—El doctor Redhead.—Mentiras y calumnias.—Nobleza del mariscal Arenales.—Mi vuelta á Chuquisaca y mi entrevista con el general Sucre.—Lo que en ella me refirió.—Incidentes á que dió lugar mi viaje á Buenos Aires.—Notas oficiales.—Banquete en Palacio.—Don Domingo Oro.—El Congreso boliviano.—La Constitución dada por Bolívar.—El general Sucre me encarga la construcción del colegio de Junin en Chuquisaca.—El pronunciamiento de Tarija.—Mi marcha á la provincia de Chichas.—Vuelvo á Tarija.—Reconocimiento.—Proyecto de un tratado de límites entre Bolivia y la República Argentina.—Su fracaso.—Territorio neutral.—El general Blanco: Organizo un regimiento en Tarija.

Salí de Chuquisaca en los primeros días del mes de Marzo de 1826; pasé por la provincia de Cinti, célebre por sus grandes y hermosos viñedos; hallé el río de la Palca muy crecido, lo mismo que el río de San Juan, que divide la provincia de Cinti de la de Tarija.

Salí del pueblecito de San Juan una hermosa noche de luna, y llegué al de San Lorenzo, tres leguas distantes de

Tarija, á las nueve de la mañana, con mi ayudante de campo el teniente Julio Montes, limeño, quien me acompañó en toda la campaña del Alto-Perú hasta la conclusión de la guerra, sirviendo con toda competencia el puesto de comisario de guerra de mi división.

En San Lorenzo nos alojamos en casa del cura, señor Reyes. Mi ordenanza, con los animales y la carga, no parecía.

Me dijo el señor cura que ese día, que era domingo, había elecciones en Tarija para diputados al Congreso nacional de Buenos Aires y la Cámara provincial de Salta. «¿Sabe usted, Montes—dije á mi ayudante—que es muy cierto aquel aforismo de que en este mundo *no hay mal que por bien no venga?*

Es una fortuna que no llegue nuestra carga, porque, con tal motivo, nos quedamos esta noche aquí y pasaremos á Tarija recién mañana, cuando las elecciones estén terminadas, porque como yo he estado hace poco tiempo mandando en Tarija, mi presencia ahora allí pudiera influir de alguna manera en las elecciones, y nosotros nada tenemos que ver en estos asuntos, desde que el Libertador ha entregado la provincia de Tarija á la Confederación argentina.

La carga no llegó en todo ese día. Á las ocho de la mañana del día siguiente entró en la casa un mozo del lugar á caballo, trayendo la mula y la carga, que había encontrado en la quebrada de Calama, habiéndose despeñado al bajar la cuesta. Mi ordenanza llegó poco rato después, con todos los animales sueltos. Abrimos los baules; la plata y las onzas de oro que traíamos estaban mezcladas, pero no faltaba ni un solo centavo. Regalé al paisano que me la trajo dos onzas de oro por su honradez; y por cierto que en aquel tiempo al menos no se habrá visto en todo el mundo un paisanaje más honrado que el de Tarija.

De San Lorenzo continué mi marcha á Tarija, y llegué al alojamiento del nuevo gobernador que desde Potosí

había despachado el general Alvear, para hacerse cargo del mando de la provincia. Era éste un teniente Díaz-Vélez, adjunto á la Legación Argentina y sobrino del señor don Miguel Díaz-Vélez, que había quedado de ministro argentino en Chuquisaca.

Cuando me presenté al gobernador de Tarija, me preguntó éste el motivo de mi venida á la provincia. Le manifesté ingenuamente que estaba de paso para Buenos Aires, con el sólo objeto de comprar los instrumentos necesarios para el establecimiento en Chuquisaca de una mesa de ingenieros; que pasaba por Tarija para dejar mis animales en la finca de la Angostura, donde ya los había tenido en mi anterior estadía, hasta que me retiré de allí por haber recibido la orden del Libertador de desocupar la provincia.

El señor gobernador, sonriéndose, me contestó: que yo estaba ya en el territorio de su mando, y que no podía pasar adelante sin su permiso. Le supliqué no me demorase en mi marcha, y manifestándole la urgencia que tenía de seguir inmediatamente mi camino á Buenos Aires. «Todo lo que usted dice, señor coronel, está bien, me contestó; pero hay lo siguiente: tenemos dispuesto un paseo al *Chorro*, lugar muy bonito cerca de San Lorenzo, para pasado mañana. Mañana debemos rifar un barril de vino para nuestro paseo, y después de nuestro regreso podrá usted, á la hora que guste, continuar su marcha; pero es preciso que usted nos acompañe al paseo».

Á la mañana siguiente me sorprendió la visita del gobernador don Mariano Gordaliza, quien debía pronto entregar el puesto al recientemente nombrado, señor Díaz-Vélez, y que venía acompañado de todos los miembros del cabildo de Tarija.

Este señor Gordaliza había sido enviado á Tarija por el capitán general de la provincia de Salta, de la que entonces dependía Tarija como tenencia de gobierno, para hacerse cargo de dicho puesto. El otro gobernador, Díaz-Vélez, había sido enviado por el general Alvear,

con el mismo destino, sin dar aviso al general Arenales de la cesión que le había hecho el general Bolívar de la provincia de Tarija, para que él proveyese de un teniente gobernador, olvidando la etiqueta de uso en casos semejantes.

Creo que este hecho influyó mucho en la separación de la República Argentina y su incorporación al Alto-Perú, que la verificó en su solemne pronunciamiento del 26 de Agosto de 1826. La rivalidad y competencia de estos dos gobernadores no dejó, pues, de contribuir mucho al cambio político mencionado.

Terminada la visita que me hicieron el gobernador Gordaliza y los miembros del cabildo, entró el ayudante del nuevo gobernador Díaz-Vélez á decirme que éste me esperaba en su casa á almorzar. Me fuí allá, y después del almuerzo se rifó entre varios caballeros el barril de vino y luego se emprendió la marcha al *Chorro*, llevando cada individuo una señora en ancas de su caballo; costumbre que vi por primera vez y que por nada acepté seguir, pretextando que mi caballo era demasiado fogoso.

Llegamos al lugar del paseo, en donde realmente hay un lindo chorro de agua, de poca altura, que no merecía la pena de ir allí sólo por verlo; pero á estas gentes, que jamás habían visto una gran cascada, les pareció aquello una curiosidad digna de verse. Cerca del *Chorro* se había improvisado una salita de ramas, con mesas y asientos de tablas colocadas sobre piedras.

La comida fué de lo mejor que se podía servirse en el país, donde faltan buenos cocineros. Terminada ésta, se dió principio á los brindis. Las mujeres tomaron asiento alrededor de la improvisada sala, donde yo también fuí á sentarme entre ellas, para librarme de los brindis.

Á poco rato los cerebros empezaron á enardecerse con el vino, y los circunstantes empezaron entonces á brindar por Bolívar y por Bolivia, por Sucre y por todos los jefes del Ejército Libertador de Colombia, desagradando así y en su misma presencia al nuevo gobernador argentino

Díaz-Vélez, que empezó á sentirse ofendido. Yo, á mi vez, sentía mucho hallarme en semejante reunión, pero no había remedio.

Al anochecer montamos á caballo y nos dirigimos al inmediato pueblo de San Lorenzo, á casa del coronel Eustaquio Méndez, el célebre guerrillero, antiguo y muy benemérito patriota tarijeño, *gaucho* en toda la extensión de la palabra, hombre de mucho carácter, de sincero patriotismo y valiente en sumo grado.

Este Méndez prestó muchos y muy remarcables servicios á la causa de la independencia. En la época de la guerra tuvo sitiados en la ciudad de Tarija al virrey Laserna y todos los jefes y tropa del ejército realista, capitulados después en Ayacucho. No les dejaba entrar ganado ni comestible alguno de las inmediaciones; en el punto llamado *Las Barracas*, entre Tarija y San Lorenzo, quitaba los contingentes que venían de Tupiza para las tropas realistas, escoltados siempre por una compañía de Cazadores. El general José Miguel de Velasco, que fué capitán de una de esas compañías y más tarde presidente de Bolivia, me refirió toda esa historia y esas proezas y la manera como el coronel Méndez le quitó en una ocasión á él y á su compañía todo el contingente que traía, en aquellas célebres *Barrancas* de Tarija.

El virrey, viéndose ya sumamente estrechado por este valiente é infatigable guerrillero patriota, le llamó un día y le dijo que pidiese la gracia que quisiera á cambio de que levantase el sitio de la plaza y le dejase entrar víveres. "Muy bien, señor virrey, si es así, le respondió el heroico Méndez, yo no pido otra cosa sino que se digne suspender el tributo que paga el paisanaje de mi tierra, y yo suspendo el sitio y dejo entrar todo lo que guste."

Es desde ese día que se suspendió el tributo en Tarija, lo que se debió pura y exclusivamente á Méndez.

Toda aquella noche se bailó en casa del benemérito coronel Méndez, y al día siguiente nos regresamos todos á Tarija. La primera casa á la que fuí, fué la del general

Trigo, á quien encontré con su compadre el coronel Méndez, que había venido acompañándole desde San Lorenzo.

Encontré también allí al doctor Felipe Echazú y al doctor Domingo Arce, yerno del señor Trigo, ambos nombrados el domingo anterior diputados al Congreso de Buenos Aires. Después de despedirme, y cuando ya me salía, se levantó el general Trigo á suplicarme me sentase un momento más, porque tenía que decirme algo que importaba mucho.

El señor Arce empezó por decirme que era nombrado diputado al Congreso de Buenos Aires, y que no sabía qué hacer, porque toda la provincia de Tarija estaba muy descontenta con la resolución del Libertador entregándola á la República Argentina, á la que no quería pertenecer; que se alegraba mucho de mi llegada en tales circunstancias, para consultar conmigo sobre algún medio á fin de calmar á la gente de la campaña, que se hallaba muy excitada. Los señores Trigo y Méndez me hablaron en los mismos términos. Yo les contesté que la resolución del Libertador, al respecto, era terminante, y que no hallaba medio de eludirla.

Entonces, el doctor Arce me preguntó si el general Sucre podría dar algunas armas á los tarijeños para sostener el pronunciamiento que proyectaban en favor de su incorporación á Bolivia, á lo que le contesté: que en mi humilde opinión, el general Sucre jamás daría un paso que pudiera contrariar en lo más mínimo una determinación del general Bolívar; que si quería cerciorarse de lo que le decía, le escribiese á Chuquisaca; que yo sentía mucho no poder hacer nada de mi parte en tan delicado asunto, tanto porque me era imposible á mi vez contrariar las órdenes de mis superiores, cuanto porque me hallaba de paso para Buenos Aires, hacia donde debía seguir mi marcha pocas horas después.

Pero entonces, ¿qué hacemos?, me dijo el señor Arce, á lo que yo le contesté: «El único recurso legal que yo

hallo para este delicado asunto, es que se haga una representación ante el Congreso de Buenos Aires, firmada por todo el vecindario de esta provincia, sobre su voluntad de pertenecer á la nueva república de Bolivia y el derecho que asiste á los pueblos para disponer de sus destinos en circunstancias como ésta, en que acaban de declararse independientes y soberanos.»

Terminó así nuestra conferencia, y al siguiente día salí de Tarija para Buenos Aires. Mi amigo don Bernardo Trigo me acompañó personalmente hasta su hacienda de Camacho, distante catorce leguas. Al despedirnos me encargó algunas cosas que debía traerle de Buenos Aires.

Sin novedad llegué con mi ayudante Montes á Humahuaca, donde tomamos la posta. Atravesé las provincias argentinas de Jujuy, Salta, Tucumán, Córdoba y Santiago del Estero, habiendo encontrado en esta última á mi amigo el general Carlos M. de Alvear, quien me instó mucho á quedarme allí aquella noche para asistir á un gran baile que en su obsequio tenía preparado el vecindario. No me fué posible atender á su invitación, y seguí mi marcha después de entregarle la carta que para él me había dado el general Sucre en Chuquisaca. Llegué á Luján y seguí á Buenos Aires.

En todo el camino sólo me mantenía con pan y leche, durmiendo por las noches sobre un cuero de vaca, sin más abrigo que mi capote. Así llegué sin novedad hasta Arrecifes, donde me dió un vértigo en el camino, tan fuerte, que caí del caballo. Mi ayudante me hizo llegar como pudo hasta Luján, en donde se declaró un fuerte ataque de terciana complicada.

Pasé toda esa noche delirando con mucha fiebre, y tuve que permanecer allí algunos días. Mi ayudante consiguió un virlocho y en él nos dirigimos á Buenos Aires, una gran ciudad, metrópoli espléndida del Plata. Allí me alojé en el hotel Inglés, y á la mañana siguiente el dueño de él me condujo á la Intendencia de policía, para presentarme al jefe de ella. Preguntado por mi pasaporte, mani-

festé que no había traído más que el que me dió el mariscal Arenales, capitán general de la provincia de Salta, para facilitar mi tránsito por el río del Pasaje.

De regreso de la policía, mandé llamar un médico; me trajeron al doctor Leper, uno de los primeros facultativos de la capital. Era irlandés y educado en una de las escuelas en que yo también había estado en mi país. Me examinó y me recetó unas píldoras, que tomé por algunos días, y que ningún alivio me produjeron. Viendo que la enfermedad no desaparecía, me dijo un día mi ayudante Montes que ese médico no me sanaría jamás, y que si yo quería confiarme en él, me prometía sanarme en pocas horas.

Acepté su ofrecimiento, y él salió entonces á una de las boticas, de donde trajo una dosis de cremor y cascarilla, que me administró, y con cuyo medicamento al día siguiente me cortó del todo la terciana.

Entretanto, el médico seguía visitándome todos los días y yo pagándole una onza de oro cada día. Cuando me sentí repuesto, le dije con franqueza: que él no había sabido, siendo médico, qué enfermedad tenía yo, y que mi ayudante, sin serlo, me había curado. «Y ¿qué mal tiene usted, entonces?—me preguntó;—y cuando le dije que había sido una terciana, «oh—me contestó,—si no es más que eso, con quedarse usted aquí hasta la época de los vientos pamperos, que empiezan á soplar desde Junio, fuera terciana.»—«Gracias, doctor—le dije;—para entonces yo pienso ya estar en Chuquisaca».

Una vez aliviado, salí á la calle, y la primera diligencia que hice fué buscar los instrumentos de ingeniería, los cuales no pude hallar en toda la ciudad.

Visité al cónsul de la Gran Bretaña, y le presenté la letra girada contra él y á mi favor, por el dinero de mi gratificación como á vencedor de Ayacucho; y como el general Miller se había embarcado para Inglaterra quince días antes de mi llegada á Buenos Aires, supliqué al cónsul remitiese á este general en Londres una letra por toda

la cantidad, y una carta mía con una lista de todos los instrumentos de ingeniería que necesitaba.

La mañana después de mi llegada á Buenos Aires, vi en uno de los diarios, sobre la mesa de almorzar, en el hotel, la noticia de mi arribo, agregando que que yo llevaba allí una misión de importancia cerca del Gobierno argentino. En el momento de leer esto, me persuadí que los cronistas de la ciudad estaban escasos de noticias, cuando ocupaban un párrafo en el diario anunciando una insignificancia como mi arribo á aquella capital. En cuanto á la importante misión que se me atribuía, yo no llevaba otra que la de comprar los instrumentos necesarios para el establecimiento de una mesa de ingenieros en la capital de Bolivia, que habíamos resuelto establecer con el general Sucre.

Los jefes y oficiales del escuadrón *Granaderos de los Andes*, que habían regresado á Buenos Aires, me dijo el jefe Bogar, que habían sido recibidos con mucho desdén por el presidente Rivadavia, por haber servido bajo las órdenes del general Bolívar. Pues á mí no me recibirá con desdén—le dije,—porque desde este momento resuelvo no verle la cara al señor presidente.

Llegó á Buenos Aires el general Alvear, me visitó, y me convidó pocos días después á un banquete que proyectaba dar en mi obsequio, el que no tuvo lugar por la instancia con que le rogué desistiera de su generoso proyecto, puesto que la enfermedad que me aquejaba no me permitía concurrir. El general se convenció, y yo le manifesté mi profundo agradecimiento por el honor que su bondad había querido dispensarme.

En esta época la Confederación Argentina estaba en guerra con el imperio del Brasil, y el general Alvear fué nombrado general en jefe del ejército argentino.

Desde mi salida de Chuquisaca tuve intención de ofrecer mis servicios al Gobierno argentino para esta campaña, supuesto que la guerra de la independencia había terminado; pero las noticias que me dieron en Buenos Aires

varios jefes que habían servido en la campaña que concluyó en Ayacucho, y lo que me refirieron sobre los chismes y mala inteligencia que se notaba entre todo el ejército de la confederación, principalmente contra los que habían llegado del Perú, me hicieron variar de determinación, y tuve por más prudente no mezclarme con ellos, aunque con bastante sentimiento de mi parte.

Esta guerra argentino-brasilera terminó por fin con la memorable batalla de Ituzaingo, donde obtuvo un espléndido triunfo el ejército argentino, y donde un distinguido jefe inglés á su servicio, don Jorge Brandzen, coronel de un regimiento de caballería, decidió la batalla con una carga verdaderamente brillante.

Antes de dejar á Buenos Aires, salí á recorrer sus tiendas de comercio y comprar en ellas algunas cosas que necesitaba; pero todo lo compré muy caro, porque entonces no circulaba allí más que el *papel moneda*, que estaba á ciento por ciento de menos valor que la plata y el oro. Yo no entendía este asunto del papel moneda; en las tiendas me pedían el precio de los objetos que compraba, suponiendo, naturalmente, que los pagaría en la moneda corriente; pero yo los pagaba en metálico, y así fué que todo me costó un precio doble del que estaba en el comercio.

Entre otras cosas, me compré un coche en mil cien pesos, que seguramente valdría quinientos cincuenta.

No habiendo hallado los instrumentos de Ingeniería en Buenos Aires, y habiendo hecho el pedido á Europa, nada ya tenía que hacer en la gran capital argentina, de donde resolví retirarme.

Salí de Buenos Aires sin acordarme de pedir pasaporte, y emprendí mi marcha para Salta. En el camino, entre esta provincia y la de Tucumán, encontré al gobernador de Tarija, señor Díaz-Vélez. Salí de mi coche, y él se apeó de su caballo; y preguntándole yo qué novedad lo llevaba por allí, me contestó: que el cabildo de Tarija, inducido por el otro gobernador, Gordaliza, le había deste-

rrado; que se dirigía á la ciudad de Tucumán, en donde había imprenta, con el objeto de publicar un manifiesto, y que después él sería capitán general de Tarija.

Llegué sin novedad á Salta, donde muchos vecinos me honraron con sus visitas. La noche misma de mi llegada, el capitán general Arenales, á quien no visité inmediatamente porque se hallaba en cama con una fuerte fiebre intermitente, había mandado tomar preso al señor Eustaquio Moldes, á quien mataron por no haber querido entregarse. Esa noche también llegó el correo de Buenos Aires.

Al día siguiente vino á mi alojamiento un médico inglés, el doctor Redhead, avecindado en Salta. Venía de la casa del general Arenales, á quien estaba curando, y á quien encontró esa mañana en cama leyendo su correspondencia de Buenos Aires. Una de las notas oficiales del ministerio de la Guerra era referente á mí.

La oyó leer el doctor, y cuando el general la arrojó sobre la mesa, que estaba al lado de su cama, éste la levantó y se la echó al bolsillo. Cuando vino á verme, y al tiempo de despedirse de mí, puso la referida nota en mis manos, diciéndome: «Paisano: este papel puede servirle á usted mucho; llegó anoche por el correo de Buenos Aires y lo he traído de casa del capitán general».

Cuando se fué el médico, me puse á leer la nota, cuyo contenido me sorprendió bastante. Era del Gobernador de Tarija, señor Díaz-Vélez, dirigido al ministro de la Guerra, general Alvear, dándole parte de mi paso por Tarija, y diciéndole que allí, según informes fidedignos que había recibido, yo había reconvenido con aspereza á varios caballeros tarijeños por estar todavía la Provincia dependiendo de la Confederación Argentina, que procurarán anexarse pronto á Bolivia, y que si hasta mi regreso de Buenos Aires no lo habían hecho, yo mismo me pondría á la cabeza del movimiento hasta efectuarlo terminantemente. Aseguraba también el gobernador en su nota que el descontento de los tarijeños provenía de su depen-

dencia de la provincia de Salta, y que si se declaraba á Tarija provincia de la Confederación, y á él su capitán general, respondía del buen resultado, porque ésta era toda la aspiración de los tarijeños.

En la tarde de ese mismo día recibí un oficio del capitán general Arenales en el que me decía: que por el correo de Buenos Aires había recibido una orden muy fuerte contra mí; que él tomaba sobre sí toda la responsabilidad de no darle cumplimiento, y que sólo esperaba de mí que en mi nota de contestación á la suya, le diese mi palabra de honor de no pasar por el territorio de Tarija á mi regreso á la capital de Bolivia.

Le manifesté al capitán general en mi contestación, después de expresarle mi gratitud por las consideraciones con que me favorecía, que ciertamente venía resuelto á pasar por Tarija, para recoger mis bestias, que había dejado allí, en la hacienda de la Angostura, único motivo que había tenido para entrar á dicha ciudad á mi venida á Buenos Aires; pero que, supuesto que él deseaba que no entrase á Tarija á mi vuelta á Bolivia, así lo haría, y que sólo enviaría á mi asistente desde Yavi, á recoger mis animales y darme alcance con ellos en el Río de San Juan.

Así lo hice, y mandé con mi asistente á mi amigo don Bernardo Trigo, todos los encargos que me hizo para Buenos Aires.

Cuando llegué á Livilivi, recibí un mensaje de un oficial que se hallaba allí apostado con una buena fuerza en la orilla opuesta del río, diciéndome: que se hallaba allí por orden del gobernador Gordaliza, para tomarme preso y llevarme á Tarija; pero que si yo quería confiar en él, me entregaría su fuerza, me acompañaría á Tarija y tomaría preso á Gordaliza. Yo no dí ninguna contestación á este mensaje, y seguí mi camino.

Mi asistente me dió alcance con mis animales en el pueblecito de San Juan, territorio de la provincia de Cinti, y desde allí continué mi marcha sin novedad hasta Chuquisaca.

En el momento de mi llegada allí, me presenté al presidente Sucre, quien me recibió muy risueño, diciéndome al abrazarme: «¡Oh, mi querido O'Connor! ¿Con que ha hecho usted mucha bulla con su viaje á Buenos Aires?» —«Yo, mi general, le dije, no he hecho nada; ni siquiera he encontrado los instrumentos de ingeniería; pero he remitido los 5.000 pesos al general Miller, quien se había embarcado para Inglaterra quince días antes de mi arribo á Buenos Aires.»—«Yo no le estoy hablando de instrumentos de Ingeniería, sino de otra cosa muy distinta» —me interrumpió el general Sucre, y siguió diciéndome: «En estos días últimos, vino á verme el ministro argentino en ésta, trayéndome una nota que había recibido de su Gobierno, y manifestándome que usted había ido á encender una mina en su paso á Buenos Aires, que podía tener funestas consecuencias. Contesté al ministro Díaz-Vélez que eso era imposible; que usted era un extranjero que en nada se mezclaba en las intrigas de estos países, y que por esta razón precisamente, yo le había dado el comando de una división del Ejército Libertador, para dirigir la campaña del Alto-Perú, y que había quedado altamente satisfecho del comportamiento de usted en toda ella. Entonces me repuso el ministro argentino, que no obstante lo ocurrido, su Gobierno se daría por satisfecho si yo daba á usted una comisión simulada para la Costa, antes de dejarle llegar á la capital, y estando allí le daba de baja del ejército. «Sabe usted, señor ministro—le contesté entonces—que ese coronel O'Connor de quien me habla usted en estos términos, es un jefe que ha servido al Ejército Libertador de Colombia y á la causa de la independencia más que toda la nación de usted tal vez? Y por fin, señor ministro, si tiene usted una queja contra el coronel O'Connor, elévela por medio de una nota al ministro de Relaciones Exteriores, y cuando llegue ese jefe, que será pronto, se le pasará esa nota, como se pasará á usted su contestación. ¿Qué le parece todo esto, compañero? ¿No es hacer esto bulla?»

«Contestaré, señor, á la nota del ministro argentino—le respondí—, y entonces él mismo verá quién fué el que hizo esa bulla, si su sobrino ó yo.»

Efectivamente, se me pasó la nota del ministro argentino Díaz-Vélez; en ella estaba transcrita la de su sobrino, el gobernador *in partibus* de Tarija al ministro de la Guerra en Buenos Aires. Yo tenía en mi poder la nota original que había sido enviada al capitán general de la provincia de Salta, y me dió el Dr. Redhead, como he referido. Se había sacado una copia, que se remitió á la Legación argentina en Chuquisaca, y el original al general Arenales.

Estaban tan apurados en Buenos Aires, que no se dieron tiempo para sacar más que una copia, é impusieron una multa de cien pesos á cada uno de los maestros de posta, desde Buenos Aires hasta el Río Tercero, por haberme dejado pasar sin el respectivo pasaporte.

Si yo me hubiese quedado en Buenos Aires hasta la llegada del correo que llevó la nota del gobernador de Tarija, es muy probable que me hubiesen arrestado allí, héchome juzgar por una comisión militar y fusiládome también, porque ellos hubieran visto todo el asunto á su modo.

Al contestar la nota del ministro argentino, no hice más que acompañar la nota original del gobernador de Tarija, llamando sobre ella la atención del Gobierno y preguntando si su sentido no revelaba la baja intriga, la desmedida aspiración y la perfidia de un teniente que acusaba así á un jefe del Ejército Libertador de promotor de revoluciones, con infracción de una orden del mismo general Bolívar y con menoscabo de mi nombre y de mi reputación.

Manifesté que yo había acompañado las banderas libertadoras desde el Orinoco hasta el Suipacha, cumpliendo siempre mi deber, sin mirar ni á uno ni á otro lado; que jamás había entrado en una casa particular, y que nada podía importarme á mí ni al general Sucre tampoco que

la provincia de Tarija perteneciera á Bolivia ó á la República Argentina, y dejaba al lector de la nota, D. Ciriaco Díaz-Vélez, que forme su juicio al respecto.

Cuando el plenipotenciario argentino se impuso de mi contestación y de la nota original de su sobrino, se dirigió al general Sucre con ambos documentos en la mano, y le dijo muy contrariado: «¿Cómo quiere usted, excelentísimo señor, que yo me conforme, ni mi Gobierno tampoco, con esta nota, que no es más que la simple palabra de un individuo?» Á lo que el general Sucre le contestó: «Y dígame francamente, señor ministro, ¿qué es la acusación al coronel O'Connor sino la simple palabra de otro individuo?» Y dió por terminada esta conferencia. Se despidió el ministro argentino, y al día siguiente pidió sus pasaportes para su país.

El general Sucre mandó disponer un banquete para la despedida del ministro Díaz-Vélez. Un edecán vino á invitarme á él de parte del presidente. Hubo gran concurrencia, mucho vino y muchos brindis. Un momento antes de la conclusión de la mesa se puso en pie el ministro argentino y brindó. Apenas concluyó de hablar, pedí la palabra y le contesté con otro brindis, no tan largo como el suyo, pero más claro.

Terminada la reunión, me retiré á mi alojamiento, y á poco rato vino á él en busca mía el secretario de la Legación Argentina, don Domingo Oro, joven muy inteligente é instruído, á verme de parte del ministro Díaz-Velez.

Me dijo el señor Oro que había acompañado á su casa al ministro, á quien había llamado mucho la atención mi brindis, que deseaba mucho tratarme personalmente y tener un rato de conversación conmigo; que le enviaba á preguntarme á qué hora podría hacerme una visita al día siguiente. Respondí al señor Oro que tendría mucho gusto de recibir al señor ministro, y que desde las once de la mañana estaría en mi alojamiento. Mas, habiéndome quedado á almorzar en el palacio con el general Sucre, no volví á ver al ministro Díaz-Vélez.

En estos mismos días estaba sesionado el primer Congreso de Bolivia, y es de advertir, que como era el primero, no tenía empleados en su seno; pero muchos de estos diputados regresaron á sus hogares con empleos oficiales, lo que fué un principio de error.

Un edecán del general Bolívar, el coronel Belford Hinton Wilson, fué conductor del proyecto de Constitución para Bolivia, formulado y remitido por el Libertador desde Lima, acompañado de una nota escrita por él mismo y que valía tanto como la misma Constitución.

La primera novedad de esta Constitución era la Presidencia Vitalicia y la Cámara de Censores. Se decretó su vigencia desde el 6 de Agosto de 1828. Entretanto, el general Sucre, gran mariscal de Ayacucho, debía tener el sumo de los poderes hasta ese día.

El Congreso constituyente sancionó algunas leyes muy buenas, trabajó con verdadero patriotismo y desempeñó muy bien sus altas funciones.

El general Bolívar, al ausentarse de Chuquisaca, había dejado allí á su ayo don Samuel Rodríguez, quien había visitado con él casi todas las cortes de Europa.

Se dispuso la construcción de un colegio en Chuquisaca, con el nombre de *Colegio Junin*, y de la dirección de esta obra quedó encargado don Samuel (1). El general Sucre me dió la orden de relevar á éste y de encargarme de la construcción del colegio, en momentos en que yo debía marchar á trazar la capital de Bolivia en Cochabamba, con el nombre de *Ciudad Sucre*, cuya comisión me dijo el presidente que dejara para más tarde.

En esos días llegó á Chuquisaca, procedente de Buenos

---

(1) O'Connor comete á medias un error. Rodríguez se llamaba don Simón. Llamaríase también, quizás, don Samuel, porque *Samuel Robinson* fué el nombre que adoptó al salir de Venezuela para Europa, á fines del siglo XVIII, ya descubierta la revolucióu de emancipación iniciada por los patriotas venezolanos Gual y España, á la que estuvo afiliado. Por eso el Libertador le escribía en 1823: "Mi querido Robinson". Por eso O'Connor lo nombra don Samuel.

Aires, un ingeniero francés, don Alejandro Reux, ofreciendo sus servicios. El ministro de relaciones exteriores don Facundo Infante, me lo mandó para que lo examinase; lo encontré mucho más ingeniero que yo, que no lo era sino por afición, y así lo dije al ministro Infante, quien me lo dió entonces por ayudante, y con él tenía ya dos, siendo el otro el teniente Julio Montes, quien me acompañó hasta Buenos Aires y había regresado conmigo.

Mis ayudantes se instalaron en el colegio, que fué un antiguo convento de jesuítas, para atender mejor á los trabajos, asistiendo yo todos los días á la dirección de éstos. Tenía carpinteros irlandeses y albañiles franceses, todos muy buenos maestros; y las noches de siete á ocho, las pasaba con el general Sucre, en su escritorio, enseñándole el idioma inglés, á instancias suyas, porque me decía que se desesperaba por poder leer los periódicos ingleses y norte-americanos. Se aplicaba mucho y con gran provecho y velocidad; pues, además de su telento, tenía una memoria excelente.

Pero nuestro trabajo se interrumpió repentinamente con la llegada de un correo extraordinario de Tarija, que traía la noticia de un pronunciamiento verificado en esa Provincia el 26 de Agosto, del destierro del gobernador argentino Gordaliza y de su incorporación á Bolivia. El pueblo tarijeño había nombrado ese mismo día dos diputados al Congreso de Chuquisaca, y gobernador de la Provincia al coronel Bernardo Trigo.

El general Sucre, apenas recibió el parte, me hizo llamar, y con la comunicación en la mano: "He ahí—me dijo—una novedad muy desagradable para mí, por ser en directa oposición á lo dispuesto por el Libertador; además que estos pronunciamientos no suenan bien en países recientemente libertados.

„Á fin de que semejantes desórdenes no se extiendan á las provincias limítrofes de Chichas y Cinti, importa que usted, coronel, que ha recorrido y reconocido todas esas fronteras, se marche inmediatamente á situarse en algún

punto dominante que elija, para poder vigilar sobre la tranquilidad pública. En cuanto á fuerzas, no hay más caballería que la de mi escolta, un escuadrón que ha levantado el coronel Molina y que manda un recomendado Raña. De infantería llévese usted doscientos hombres del batallón *Bogotá*, que se los entregará Galindo á su paso por Potosí."

Dos días después salía yo de Chuquisaca y llevaba un oficio del Ministerio de Relaciones Exteriores para el mariscal Arenales, capitán general de la Provincia de Salta, con instrucciones de mandárselo en el caso de que él se pusiese en marcha con dirección á Tarija.

Seguí precipitadamente mi marcha y fuí á situarme en Mojo, entre Tupiza y la Quiaca. Llevé de mi ayudante de campo al capitán de Ingenieros Reux, y dejé al teniente Montes en Chuquisaca, encargado de los trabajos del Colegio Junin, con todas las instrucciones necesarias por escrito.

Permanecí en Mojo, ocupándome en reconocer todo el territorio á mi vanguardia y flancos, cuando recibí una nota del Gran Mariscal de Ayacucho en la que me decía que supuesto que parecía que de Salta no se hacía caso hasta entonces del pronunciamiento de Tarija, me dirigiese á esta Provincia con la caballería, dejando la infantería en Chichas.

En virtud de esta orden, despaché la infantería á Tupiza, y con la caballería me puse en marcha para Tarija, á cumplir la comisión que me daba el gobierno del general Sucre de ocupar dicha plaza, arreglar el ramo de hacienda y nombrar á todos los empleados civiles, sin hacer ninguna innovación en este ramo, contraria al sistema en que se hallaba la provincia cuando mandaba en ella el general Olañeta bajo el gobierno del rey de España.

Á mi arribo á Tarija, encontré allí de gobernador al coronel Trigo, que acababa de regresar de Chuquisaca, adonde había ido á verse con el Gran Mariscal de Ayacucho, acompañado de los dos diputados que se habían

nombrado en Tarija el día del pronunciamiento para e Congreso de Chuquisaca.

Parece que hubo oposición á recibir á la diputación tarijeña en el Congreso, y sí sólo á la provincia de Tarija bajo la protección de Bolivia, mediante un tratado de límites con la Confederación Argentina.

Nombré en Tarija todos los empleados y les puse en posesión de sus cargos; y tengo la satisfacción de decir que correspondieron tan bien, que todos ellos murieron en el ejercicio de sus respectivos empleos unos, y otros jubilados, con una parte de su sueldo.

Muy pronto recibí una comunicación del presidente de la República, en la que me manifestaba que había negociado un tratado de límites con el presidente de la Confederación Argentina, don Bernardino Rivadavia, y que me había nombrado jefe de la Comisión delimitadora por parte de Bolivia. En tal virtud, me decía, que no teniendo mucho de que ocuparme en Tarija, me dedicase á recorrer y reconocer con prolijidad toda la línea divisoria, fijándome en una línea mejor y más recta, porque había visto en los mapas que la Rinconada de Salta, por ejemplo, estaba cerca de Talina, en la provincia de Chichas; y que las quebradas de Antofagasta y Santa María, ambas perteneciendo á Bolivia y desembocando en el desierto de Atacama, tenían sus cabeceras en las inmediaciones de las provincias argentinas de Córdova y Tucumán; y que le parecía bien ver modo de enderezar esas líneas, cediendo y exigiendo recíprocamente.

Éste era en verdad un trabajo algo fuerte; pero lo verifiqué, y no tuve dificultadad alguna en decir al presidente, á mi regreso del reconocimiento, que me parecía el medio más acertado para evitar posteriores cuestiones en este litigio sobre límites, proponer al gabinete de Buenos Aires que todo el territorio meridional, desde la confluencia del Río Bermejo con el Paraguay y hacia el Poniente hasta la Costa de Atacama, se declarase territorio neutral, bajo la protección de las dos partes contratantes;

pero después de enderezar la línea divisora actual, que está muy mal tirada.

Me dijo el presidente en su contestación, que mi pensamiento merecía toda su aprobación, que esa manera de solucionar tan delicado asunto le parecía inmejorable, y que estaba seguro de que alguna vez se adoptaría; pero, que como él no era presidente constitucional de la República, sino interino, y no boliviano, sino colombiano, se guardaría bien de proponer mi indicación.

Se puso fin al tratado que proyectábamos, cuando ya los comisionados argentinos habían llegado á Tucumán, á consecuencia de la caída de Rivadavia, derrocado por el coronel Dorrego.

Han transcurrido cerca de cincuenta años desde que yo hice esta indicación al ilustre general Sucre y todavía hoy mismo estoy persuadido de que su realización hubiera tenido buen resultado.

En aquella época llegó á Tarija mi amigo, coronel don Pedro Blanco, posteriormente general y presidente de Bolivia, y á quien yo dejé herido en el hospital de Huamanga. Era comandante del cuarto escuadrón del regimiento *Húsares de Junin*, y al subir la colina en donde estaba la caballería, para entrar al campo de batalla, recibió un balazo que lo hirió gravemente, por lo que no pudo entrar en la acción; pero obtuvo merecidamente el ascenso á coronel efectivo. Cuando se dió de alta, ya aliviado de la herida, se dirigió al general Sucre en Chuquisaca, y éste me lo mandó á Tarija con un nota, diciéndome que sobre el escuadrón que tenía, formase un regimiento poniendo al coronel Blanco de primer jefe y al teniente coronel Timoteo Raña de segundo.

Sin pérdida de tiempo dí cumplimiento á esta orden suprema.

CAPÍTULO XV

Sublevación de granaderos en Cochabamba.—El capitán Matute.—Órdenes del general Sucre.—Campañas sobre Chichas.—Mis bomberos.—Fermín Torres.—Encuentro en el Rosario.—El antiguo ordenanza de Braun.—Las consecuencias de la gratificación de Ayacucho.—Llegada del capitán Andrade con una fuerza del *Voltíjeros*.—Trágico fin de Matute.—Cartas del general Sucre.—Los granaderos en las provincias argentinas.—Hechos memorables de éstos y en especial de su capitán Matute.—Basta de este asunto.

Á fines del mes de Noviembre de aquel año (1826), estando en Tarija, recibí un extraordinario de Chuquisaca, que no tardó más que dos días, mediando entre ambas ciudades una distancia de cerca de cien leguas. Este extraordinario me traía una comunicación del presidente de la República, general Sucre, en la que me comunicaba que el escuadrón del coronel Braun, de la división Córdova, acantonada en Cochabamba, se había sublevado y desertado todo en una noche, después de la lista de ocho, llevándose su caballada, equipo, etc.; que su jefe Braun salió en alcance de sus *Granaderos*, que no le hicieron caso; que el general Córdova había salido en pos de ellos hacia la costa, por el despoblado, y que el general León Galindo, comandante general de Potosí, había salido también con el mismo objeto; pero que su única esperanza la cifraba en mí, por el conocimiento que yo tenía de todo el territorio en dirección á la República Ar-

gentina, adonde se suponía que podían dirigirse los *Granaderos*, habían sido seducidos por el capitán graduado Matute, del mismo escuadrón, y que iban dispersos.

En seguida, me daba la orden de salir de Tarija inmediatamente y dirigirme á Tupiza, de dividir los doscientos hombres del batallón *Bogotá* que había dejado allí, en trozos de á 25 hombres cada uno, de mandarlos á ocupar todas las avenidas de Chichas á la República Argentina, dando orden para que se fusilase á todos conforme se les fuese tomando; que tratase precisamente de tomar vivo á Matute y remitírselo á Chuquisaca para tomarle declaración, porque este oficial acababa de regresar de Lima y se sospechaba que de allí podría haber traído algún plan de defección. Últimamente, que yo tomase uno de los trozos de á 25 hombres, y marchase cortando todas las avenidas y fusilando también.

Ahora, este plan de campaña que me mandó desde su escritorio de Chuquisaca y sobre un territorio que jamás había pisado, me hace acordar el plan de campaña que mandó el emperador de los franceses Luis Napoleón á su general en jefe del ejército francés aliado con el ejército inglés contra el imperio Ruso y en protección de los turcos.

El ejército aliado se hallaba en Varna, territorio de la Turquía, cuando llegó el plan de campaña que debía adoptar. El general francés, á quien fué dirigido, convocó á Junta de Guerra, no para manifestar el plan del emperador, sino para poner en conocimiento de sus aliados que lo había recibido, y de resultas de semejante absurdo, el príncipe Napoleón, primo del emperador, y el duque de Cambridge, primo hermano de la reina Victoria de Inglaterra, se separaron del ejército y regresaron á Inglaterra y á Francia.

No había tiempo para que yo hiciese una observación sobre esta orden tan descabellada que me había remitido por extraordinario el general Sucre. Me puse en marcha para Tupiza. Despaché los trozos de á 25 hombres con-

forme se me había ordenado, y yo, con mi ayudante de campo el capitán Reux, me dirigí con mis 25 á la Rinconada de Salta, y de allí á Talina, en la provincia de Lípez, entre Chichas y la Costa.

Vi al gobernador de Lípez en Esmoraca y le pedí diez y seis hombres, indios todos, y un intérprete que se entendiese con ellos, y le compré dos cestos de coca, que es lo que más apetecen los indios. De Lípez volví á atravesar la Rinconada de Salta, y pasando por el abra de Calahoyo, que sirve de demarcación entre el territorio argentino y el boliviano por esta parte, tomé la dirección al Rosario, pueblecito donde se trabajaba oro, y por donde había pasado el año anterior para la Costa de Atacama en comisión de reconocimiento.

En la marcha despachaba cuatro indios con buena ración de carne y coca y con instrucción de ir en la dirección que les indicaba hasta ver algunos soldados montados, que en el momento de avistarlos me mandasen á uno de ellos á avisarme que los habían visto en tal parte, y les indicaba el punto en donde me habían de hallar. El segundo indio debía venir á avisarme la dirección que llevaban; el tercero á avisarme si seguían en la misma dirección, y el cuarto con orden de traerlos á la vista; en el supuesto que yo estaría en marcha hacia la parte que los primeros debían avisarme.

De este modo seguí marchando para el Rosario, sin volver á ver á uno solo de los indios que despachaba para adquirir noticias de los desertores, hasta que llegué al Rosario. Hice alto en casa de la señora Valdivieso, la misma en que me alojé el año anterior, y pregunté por mi baqueano Fermín Torres.

Se me presentó éste y le avisé lo que me había sucedido con los indios que había sacado de Lípez; le encargué busque tres indios y con ellos se pusiese en camino con dirección á Zapelerí y Quetena, que es como potrero muy pastoso, del cual se servían los argentinos para las tropas de mulas con que iban todos los años al Perú

á venderlas. Marchó mi baqueano y sus tres indios con su buena ración de carne y coca, y yo me quedé en el Rosario con mis veinticinco hombres.

Llegó el coronel Medinaceli, mandado por el general Sucre, con orden de auxiliarme, pero no trajo consigo más que un mozo que le servía de amanuense. Llegó también el edecán Antonio Refojo con una carta del general Sucre en la que me daba autorización de perdonar á Matute si se resolviese á volver á sus banderas, ó de tratarle del modo más conducente á su rendición ó captura.

Al fin, en la madrugada del 6 de Diciembre de 1826, se me presentó el baqueano Fermín Torres, trayendo á la vista á Matute y ciento setenta y seis granaderos, desde Zapelerí. Me aseguró que desde que los avistó me envió los tres indios con los avisos, conforme á mis instrucciones; pero ninguno se había dejado ver conmigo.

Pocos momentos había que perder; montar á caballo y disponer mis soldados á recibir á los desertores, y para entusiasmarlos les dije en la marcha que venía Matute saqueando todas las iglesias de su tránsito, que traía muchas cargas de plata, y que logrando capturar á los desertores todo el botín sería para ellos, y marchaban muy resueltos. Cuando salí á caballo á la plazoleta, de la cual formaba un costado la pared del cementerio y detrás de esta pared mandé á un oficial con algunos soldados.

La casa de la señora Valdivieso estaba inmediata, y al otro lado de esta casa había una boca-mina. El paso junto á esta boca-mina era el único camino para llegar á la plaza, camino ó paso muy angosto. Coloqué otros soldados en esa boca-mina y regresé á la plazoleta. Más adelante, para salir del pueblecito, había otra boca-mina, en donde coloqué cinco soldados y un sargento, y yo me puse en otra que había en una alturita inmediata, frente al cementerio, y en ésta se agregó el coronel Medinaceli, el edecán Refojos y mi ayudante de campo, con seis soldados y el único corneta que teníamos.

Á este tiempo el sol estaba apareciendo sobre el horizonte, y desde la boca-mina, en donde yo estaba, pude distinguir á Matute subiendo la quebrada llana para entrar al pueblecito, seguido de todos los granaderos que le habían acompañado desde Cochabamba, á excepción de dos que había hecho fusilar esa madrugada en Zapelerí antes de emprender la marcha, por insubordinación.

Entró Matute al pueblecito por el paso angosto de la casa de la señora Valdivieso, y un granadero tras de él, cuando oímos gritar: "Mi comandante, aquí hay gente." —"Reconózcalos", gritó Matute, y en el momento oímos un tiro. Éste era de uno de los soldados, que se había colocado en la boca-mina á la entrada, quien había levantado la cabeza y dejado ver su morrión, por la curiosidad de ver á los granaderos entrando, y cuando vió acercarse al cabo, á quien Matute había gritado que los reconociera, le apuntó con su fusil y cayó muerto de la mula en que iba.

Otro tiro en seguida mató la mula, y en este momento todos dieron media vuelta y marcharon en buen orden con la izquierda á la cabeza y Matute cubriendo la retaguardia. Todos salimos de nuestras emboscadas y emprendimos la marcha en persecución de ellos, haciendo un fuego bien sostenido, y yo, con mis veinticinco hombres, contra ciento setenta y seis.

Mandaba al corneta toque reunión por la izquierda y reunión por la derecha, para hacer creer á Matute que tenía mucha más tropa. Por estar los granaderos montados en malas mulas, no podían cargarnos ni avanzar con más celeridad tampoco, lo que causó la muerte de doce de ellos y catorce heridos, antes de haber avanzado doscientas varas en la persecución.

Luego llegamos al territorio de esa primera quebrada, en donde pude acercarme á Matute, sacando la última carta del general Sucre que me había traído el edecán Refojos; le grité que tenía facultad para todo. Me contestó con un grito de desvergüenza y siguió hacia la mano iz-

quierda, que bajaba paralela á la quebrada de la salida del pueblecito. Continuando la persecución, se nos perdieron de vista por otra quebrada á la mano derecha.

Seguimos la marcha por ésta, y á poca distancia de su separación de la quebrada que bajábamos, encontramos á la mano izquierda una gran peña, que proyectaba de la falda de la quebrada y formaba una especie de cueva. Mandé al ayudante Reux que entrase debajo de la peña con unos diez y ocho soldados que teníamos reunidos hasta allí.

El coronel Medinaceli entró con ellos; les ordené que no se moviesen de ese sitio hasta mi regreso y que yo iba á seguir quebrada arriba para imponerme del camino que llevaban. Llegué á la cabecera de la quebrada, retrocedí unos cuantos pasos, y viendo que había una subida un poco tendida sobre el mismo costado de la peña en donde dejé la tropa, subí por ella y encontré á mi frente una hermosa planicie, y en una ensenada á la cabecera de ésta vi á todos los granaderos, ensillando sus hermosos caballos de campaña, pues éste era el campamento de ellos. Matute estaba á caballo, y cuatro soldados bien montados ya, cubriendo la ensillada.

Me acerqué un poco más á Matute, y sacando mi espada, le grité que se adelantase á terminar todo conmigo solo á espada. En lugar de admitir mi invitación, me hizo perseguir con dos de los granaderos, que tenía á su lado, y pude salvar la vida por la velocidad de mi caballo, galopando falda abajo, por donde había subido, sin que ellos me siguiesen más que hasta la media falda, seguramente porque creían que tenía allí tropa de fusil.

Seguí quebrada abajo hasta la peña, y no encontré allí más que al coronel Medinaceli. Me dijo que mi ayudante se había emborrachado con el aguardiente que encontró en los chifles de los granaderos que habían muerto en la primera quebrada, y que había subido á la planicie. Me estaba hablando todavía Medinaceli, cuando oímos una descarga cerrada, y á poco rato vimos caer muerto por

encima de la peña á uno de nuestros soldados. Yo me retiré de esa quebrada y me puse encima de ella, al lado opuesto de la peña, con el coronel Medinaceli y algunos paisanos que se nos unieron.

Estando así parado, aparecieron los granaderos por el borde de la planicie encima de la peña, con los fusiles de nuestros infantes que habían muerto, y empezaron á tirar contra nosotros al lado opuesto de la quebrada. "¿Por qué se queda usted así, señor, para que le maten —me dijo Medinaceli—, pues yo no estoy para tanto?"

Regresé para su casa. Tenía entonces á mi lado seis soldados y un subteniente, y me dispuse á retirarme hacia el Rosario, viendo que ya era inútil buscar más á los granaderos, montados en sus caballos de campaña.

Por la configuración del país, calculé que el Rosario se hallaba á nuestro frente, al Oriente, y atravesando la segunda quebrada, que habíamos bajado persiguiendo á los desertores y subiendo la loma al frente cuando llegué á la cumbre, divisé al pueblecito en la otra quebrada, que como llevo dicho, corría paralela á la segunda.

Desde ese punto de vista vi á cuatro soldados de los nuestros, que no nos habían acompañado en la persecución, y suponiendo que éstos tenían todos sus cartuchos sin quemar, que podía todavía sacar algún provecho de ellos, porque no estaban lejos del pueblecito, pero subiendo una cuesta para salir de ella y salvarse, me vino la idea que podía alcanzarlos, y haciéndoles bajar al cementerio, podía defender el pueblecito contra el saqueo; pues no me quedaba duda de que volverían los desertores esa noche á saquearlo.

Avisé mi determinación al subteniente, que estaba á mi lado con los únicos seis soldados que me quedaban, y le ordené se quedase en la cumbre hasta ver que yo había bajado al cementerio con los cuatro soldados que iban subiendo la cuesta, que entonces bajase á reunirse conmigo, y me puse á bajar la loma, la cual era como todas las demás de las inmediaciones, de pasto largo,

que no comía ningún animal y con muchos pedrones. Á la misma bajada, que era pendiente, divisé á uno que me parecía oficial y cuatro granaderos con lanzas subiendo la primera quebrada, en dirección al pueblecito; pero advirtiendo que andaban despacio, por el mucho soroche que se sentía en el lugar, calculé que podría estar en el cementerio con los cuatro soldados, en cuyo alcance iba, antes que ellos pudiesen llegar al pueblecito.

Así fué. Llegué al plan de aquél, y al empezar á subir la cuesta llamando á los cuatro soldados, se asorochó mi caballo también. Me apeé, lo dejé parado y me puse á subir la cuesta, y á llamar á los cuatro soldados, quienes no me hicieron caso. Desesperado con esto, volví la cara hacia atrás, y vi que tenía un lancero á cuatro pasos de mí, y su lanza dirigida á mi cuerpo. Le acompañaba el mismo que yo suponía ser oficial. Al apearme de mi caballo, había sacado mi pistola de las pistoleras, y al ver la muerte tan de cerca, dirigí la boca de una de ellas á la cabeza, cuando el que hacía de oficial me gritó: "No se mate, mi coronel", y venía acercándose á mí.

El granadero levantó la lanza y entramos en conversación. Este oficial había sido el asistente del general Braun en el año 1823, cuando era sargento mayor, y estaba acantonado con su escuadrón en el pueblo de Yungay, adonde fuí ese año á visitarlo y á ver maniobrar su escuadrón. Me enfermé allí. El médico del escuadrón, doctor Carrillo, me recetó y me administró un remedio. Este asistente, que se llamaba Manuel Torres, me asistió con agua caliente todo el tiempo necesario, y le gratifiqué con diez pesos, cuyo hecho me recordó en este momento.

Le dije que quería ir adonde estaba Matute, que quería verme con él. "Qué, señor—me dijo—, le haría lancear en el acto de verle, porque sabe que esta mañana había dado orden á la tropa de no darnos cuartel", como si Matute no sabía muy bien que no se da cuartel á desertores.

Pregunté á Torres por qué se venían desertados. Me dijo que el coronel había jugado en Cochabamba con

unos paisanos toda la gratificación que le había dado el Congreso del Perú por la victoria de Ayacucho. Esto era una falsedad; pero Matute les habría hecho creer para seducirlos.

El general Braun era todo un caballero muy delicado y muy desinteresado é incapaz de semejante bajeza; pero el hecho me trajo á la memoria lo que había dicho al general Sucre el año anterior á mi regreso de mi comisión á Atacama, cuando me negué á admitir la gratificación que el Libertador me había designado, y cuando le dije que esa gratificación en dinero sería la ruina del ejército Libertador. Esta defección de Matute fué el principio.

Torres me dijo que venían á saquear el pueblecito esa noche, que el día siguiente harían descanso en él, y que después emprenderían su marcha para Salta.

El subteniente y los soldados que había dejado en el alto, quedaron cortados. Yo seguí subiendo la cuesta tras de los cuatro soldados fugitivos, y llegué á un plan raso por donde corría un camino llano, ancho, hacia el Norte.

No anduve por ese camino más de mil varas, cuando encontré al gobernador de la provincia de Lípez, quien había recibido orden del general Sucre de auxiliarme, lo mismo que el coronel Medinaceli, pero que no traía consigo más que un mozo que le servía.

En fin, la llegada de éste era ya tarde. Me dijo que había visto una cuevecita sobre el borde del camino por el que habia venido, y que allí podíamos pasar la noche. En esa cuevecita nos acomodamos; yo no tenía con qué abrigarme, porque nada me quedaba. Comí un poco del fiambre del gobernador, no habiendo probado bocado en todo el día.

Pasamos en la cueva el siguiente día, y después bajamos al pueblecito. Los granaderos lo habían limpiado del todo. Me ocupé de reunir en una casa á los heridos de los granaderos y á tres de los nuestros que no habían muerto en la carga que sufrieron en la planicie con el ayudante de Reux, y que los habían traído los vecinos del lugar.

Recogí de un caballero Dávalos, minero del Rosario, una silla nueva del escuadrón *Granaderos*, que el oficial Torres le había dejado para mí como me lo ofreció, y un freno. Monté en una mulita que se me proporcionó, y emprendí mi camino para Tupiza. Llegué al pueblo de la Rinconada, territorio argentino, y allí me prestó cien pesos el cura. Con estos pesos compré corderos, harinas y otras cosas para los heridos que dejé en el hospital del Rosario.

La misma tarde que llegué á la Rinconada, llegó también el capitán Escolástico Andrade con doscientos hombres del batallón *Voltíjeros de la Guardia*, de Colombia, á relevar á los doscientos hombres del batallón *Bogotá*, estacionados en Tupiza. Él me dió doscientos pesos de su caja para devolver al señor cura.

Podíamos haber seguido á los desertores, pues había tiempo; pero era territorio argentino y no me atreví á exponernos á una desavenencia con aquella República.

Mandé un cabo y cuatro hombres del *Voltíjeros* á cuidar á los heridos en el Rosario, y me dirigí á Tupiza con el capitán Andrade y las dos Compañías. No encontré en Tupiza novedad en las dos compañías del batallón *Bogotá*, que mandé de allí en trozos de á veinticinco hombres, á ocupar todas las abras y avenidas entre la provincia de Chichas y la República Argentina, como me había ordenado el general Sucre desde Chuquisaca, que si se hubiese contentado con mandarme el aviso de la deserción de Matute y encargándome de su captura llanamente, en lugar de entorpecerlo todo con sus instrucciones, yo hubiera salido de Tupiza con los doscientos hombres completos, y claro está, que con esta fuerza en el Rosario, no se me hubieran escapado ni Matute, ni un solo granadero; pero basta de esta molestísima campaña.

Desde Tupiza me dirigí por nota al excelentísimo capitán general de Salta, avisándole de la deserción de ese escuadrón, pidiéndole el paso por el territorio de su mando, y diciéndole que si él los recibiese allí con disimulo y

los tuviese acuartelados en Salta, que yo los sacaría de allí y los conduciría á su bandera; previniéndole al mismo tiempo que esos hombres sublevados no podían servir de utilidad á él ni á nadie. Me contestó que él no podía desprenderse de esa hermosa tropa, y que la necesitaba para reforzar el regimiento de caballería número 34 de línea; y quedaron en Salta. Allí se presentó Matute con los granaderos á todas las revueltas que se le ofrecían en la provincia. Desterró al general Arenales á Bolivia, donde murió. La Junta de Salta regaló á Matute la hacienda del general Arenales, y al fin fusilaron á Matute en la Plaza de Salta. Fué el terror de toda la provincia mientras vivió allí.

Estando de regreso de Tupiza á Tarija, recibí esta primera carta del general Sucre:

"Chuquisaca, Diciembre 16 de 1826.—Mi estimado coronel: Anteayer llegó Refojos, y me ha informado del mal suceso que usted ha tenido en el Rosario. Por fortuna no me ha sorprendido, porque temía mucho un mal éxito desde que, habiendo sabido que los granaderos estaban resueltos á batirse y que usted había dividido su pequeña fuerza en varias secciones, no me prometí buen resultado. En fin, ya el mal está hecho y consumada la traición de esos malvados. No nos queda más que tomar medidas para precavernos de un contagio de inmoralidad, y esto es á lo que usted debe contraer su principal atención. Aguardo el aviso de usted de todo lo ocurrido, y no dudo que usted, disminuyendo el mal, haya tratado de recoger á todos los dispersos, etc., etc. Diré, por fin, un viejo adagio español: "No hay mal que por bien no venga", y si sabemos aprovechar de la experiencia, esta pequeña desgracia nos servirá para no ser confiados, y sí ser muy circunspectos con los favores que nos dispensa la buena suerte. También debo añadir que si la fortuna, tan amiga de nuestras armas, nos acompaña, sacaremos partido hasta del mal, y si nos abandona, no habrá otro remedio que hacerle frente hasta el último instante y concluir con la sentencia del más célebre hombre de nuestro siglo: «Cúm-

planse los destinos.» Soy de usted afectísimo y obediente servidor.

SUCRE.»

Al fin recibí la contestación del general, fecha 22 de Diciembre, al parte que le pasé por carta desde Tupiza á mi regreso del Rosario:

«Chuquisaca, Diciembre 22 de 1826.—Mi querido coronel: Ha venido la carta de usted del 13 de Diciembre, en Tupiza. Siento todos los disgustos que usted ha pasado y no menos el que se haya malogrado el golpe para aprehender á los granaderos sublevados. Es ocioso hablar más de esta desgracia.

»Ahora resta que Tello reuna toda su fuerza y se venga á Potosí, y que se den muy eficaces medidas para cuidar á los heridos que hay en el Rosario, sobre lo cual escribo al prefecto de Potosí.

»El general Córdova escribe hoy al general Arenales haciendo el reclamo de los granaderos; veremos su contestación y lo que responde á usted. El oficio de usted á él está demasiado minucioso, pues comprende detalles del suceso del Rosario.

»La nota del general Córdova la debe llevar el mismo capitán Andrade. Han dicho á usted mal que eran doscientos los sublevados, pues de Cochabamba sólo salieron ciento setenta y tres. Deseo saber, y que usted me diga, quiénes fueron los soldados que mejor se portaron de los de Ayacucho.

»Los tenientes Benítez y Malabé tendrán el grado de capitán. En cuanto á la marcha de usted sobre los lados de Salta, nada digo, porque nada puede hacerse mientras no sepamos lo que dice el general Arenales. En caso de que entregue esa gente, mandaré todas las órdenes que usted pide.

»En cuanto al paisano Figueroa, dé usted el parte por escrito para señalarle una pensión á su viuda, y diga usted qué clase de persona era. Diga usted qué gastos extraor-

dinarios ha hecho en esa expedición, para hacerlos reintegrar, pues no es justo que, después de los trabajos, pierda usted ese dinero de su bolsillo.—Soy de usted su afectísimo amigo y s. s.,

SUCRE.»

En otra carta del general Sucre, fechada en 22 de Enero de 1827 en Chuquisaca, me dijo, entre cosas, lo siguiente:

"Anoche llegó el capitán Andrade. El general Arenales se reduce en su contestación á decir que ha dado cuenta á su Gobierno y que espera órdenes. Estas cosas irán corriendo hasta un término que yo espero sea á nuestro favor.

„Se ha mandado buscar un hijo de Figueroa para el colegio de Potosí, manteniéndole allí por cuenta del Estado, y se hará alguna otra gracia á su viuda. Luego avisaré á usted."

En su carta de 7 de Diciembre de 1826 me dijo, entre otras cosas:

"Parece que usted había salido á muy buen tiempo para impedir el paso de los granaderos sublevados, y que lo conseguirá. Entre mis conflictos y desesperaciones del suceso tengo un presentimiento de que no pasará el día de Ayacucho sin saber que el Ejército Libertador debe á usted un inmenso servicio, habiendo impedido la mancha que caía sobre él si esos rebeldes consumaban su traición.

„Como el día de Ayacucho debe ser mi buen día, espero que no lo pasaré con la tristeza de ánimo que tengo desde el motín de los granaderos, y que mi espíritu recobrará la alegría que le corresponde el 9 de Diciembre. La esperanza es lo único que no se pierde, y yo espero que nuestra fortuna le haya proporcionado á usted satisfacer nuestras esperanzas. Repito que si usted ha logrado aprehender á los fugitivos para castigarlos, Colombia, el Ejército todo, deberemos á usted un servicio más allá de lo que usted mismo piensa."

Y el mismo general, el Gran Mariscal de Ayacucho, tiene toda la culpa con sus instrucciones dictadas en Chuquisaca, de que yo no le entregue al capitán Matute y sus granaderos, sin que se me hubiese escapado uno solo. Con todo, había muerto y herido con mis veinticinco hombres la sexta parte de su gente.

En otra carta del 7 de Febrero de 1827, en Chuquisaca, me dijo el Gran Mariscal, entre otras cosas, lo que copio de su carta, que conservo en mi poder, como toda su correspondencia:—"No extrañe usted que el general Arenales le haya contestado tantas falsedades; pues que, á la respuesta de una nota que le dirigió el ministro de Relaciones Exteriores, ha vuelto á escribir tantas mentiras y simplezas, que he tomado el partido de que no se le conteste. Dejemos que ellos digan lo que les dé la gana, y obremos nosotros con rectitud y justicia.

„Ya sabrá usted la noticia de que Matute marchaba para el Tucumán con los granaderos, y en el tránsito se reunió con don Francisco Gorriti y otros, y ha contramarchado para Salta para deponer al general Arenales. Las cartas de Salta y Jujuy, que he visto, dicen que Gorriti tiene seiscientos hombres armados, pero que, sin embargo, se daban un poco de tiempo. No tomaron á Salta.

„Las cartas muestran tristes esperanzas en lo general. Si este suceso puede lisonjear el sentimiento de la venganza, es, sin embargo, muy desagradable por el mal que produce desacreditándonos en el exterior. El Gobierno argentino bien merece este daño por su conducta injusta. Es probable que el incendio de los desertores se prenda en todos estos países y que no puedan organizarse en mucho tiempo. Por supuesto, que desde la Quiaca á Córdoba está preludiada la revolución, y Buenos Aires solo no puede resistir el peso de la guerra con el Brasil."

Recibí el 18 de Abril otra carta del Gran Mariscal, fechada en La Paz el 25 de Marzo de 1827, en estos términos:—"Mi apreciado coronel: Hoy ha llegado la carta de usted de 25 de Febrero. Me limitaré á decir á usted

que continúe guardando la más estricta neutralidad respecto de los asuntos de Salta. Aún no ha llegado aquí el general Arenales; pero sí ayer el señor Sevilla, que viene de parte del nuevo Gobierno, implorando auxilios para desarmar y contener á los granaderos. Éstos han querido hacer una revolución, á cuya cabeza estaba Perea (uno de los granaderos desertores) con doce soldados, y cuyo objeto era venirse.

„Los de Salta estaban en la mayor angustia, porque Matute da á los soldados toda clase de licencias. Aún estoy vacilante de lo que haré; pero, *reservadamente*, le indicaré que estoy medio resuelto á que, con tal que nos entreguen á Matute y los granaderos, vaya usted con doscientos hombres de caballería y trescientos *Voltíjeros* á recibirlos. Esta operación necesitará mucha cautela y llegar de sorpresa hasta el mismo Salta. Para resolverme á tal expedición, necesito que Gorriti dé todas las seguridades de que la gente de la provincia proteja la tropa. Vaya usted meditando sobre esta empresa.

„En cuanto á cosas de la milicia y demás, me reduzco á decirle á usted que obre como sea más conveniente; pero en cuanto á medidas y bandos sobre desertores, ande usted con mucha circunspección en la parte que grave á los pueblos, no sea que por una pequeña cosa nos resulte un alboroto. No quiero decir por esto que se afloje del todo, sino como dicen: con un *tira y afloja*.

„Bueno que usted hiciera suspender la circulación de la circular del señor Madero; aunque sujetándose á su literal sentido, Tarija puede elegir sus antiguos impuestos.

„No ha llegado el correo del Perú, pero sé que allí todo se prepara para una gran explosión. El partido que se ha apoderado del Gobierno fomenta animosidades contra nosotros, y particularmente contra el Libertador. Lo mejor es dejarles y darles, por todo castigo, la necesidad del arrepentimiento.

„Es ocioso recomendar á usted la vigilancia sobre la tropa. Cuidado y mucho cuidado. Usted sabe que mien-

tras la tropa se conserve en orden no habrá la menor novedad, pues los pueblos se muestran contentos. No olvide usted que nuestros enemigos han de buscar todos los arbitrios para alborotarnos la tropa, meternos revoluciones y disturbios.

»Este departamento está en la más perfecta tranquilidad. Creo que en el día es el que menos me da que hacer. Soy siempre de usted su afectísimo y buen amigo,

SUCRE.»

Por fin, para hacer ver á cualquier persona que después de mi muerte quiera entretenerse con la lectura de estos mis *Recuerdos*, copiaré aquí la carta que me escribió el Gran Mariscal de Chuquisaca el 22 de Noviembre de 1826:

«Mi querido coronel y amigo: El último correo llegado ayer me ha traído las dos cartas de usted del 3 y 9 del corriente. Antes de contestarle, hablaré de asuntos más esenciales y que tocan á nuestro honor y gloria.

»El 19 escribí á usted y le previne del alboroto sucedido en Cochabamba con los granaderos. En consecuencia, le dije que viniera á ponerse á la cabeza de las tropas que están en Tupiza, para tomar todas las medidas necesarias á contener el mal. Anteayer y ayer he escrito al coronel Galindo todo lo que he sabido de esa novedad y le he dado diferentes órdenes; le he advertido que pase á usted copia de mis cartas para su inteligencia y para que ejecute la parte que toca á usted. El mismo día 19 marchó el general Córdova á echarse sobre los amotinados y aún no recibo ningún parte de él.

»Aunque el capitán graduado Matute sedujo á algunos soldados, con la idea de que los hacía llevar á Colombia, donde el Libertador, sé ya indudablemente que el objeto de este malvado es ver cómo se pasa á Salta después que se ha visto perdido. Por supuesto, aunque el día 19 tenía más de cien hombres, ya para esta fecha se le habrán separado muchos, cuando hayan visto que toman otro rum-

bo que el de la Costa. Usted supondrá que Matute no puede intentar este paso sino por el despoblado; y por esto es que se hace preciso que la atención principal de usted se contraiga á aquel lado.

»Es natural que el cansancio de los caballos, la falta de víveres, pasto, etc., hagan que el número que él lleva sea ya más pequeño; y como los amotinados no sacaron ningunas armas de fuego, los indios habrán tomado quizás presos á muchos persiguiéndolos en las quebradas y cerros, y también habrán tomado á otros que se hayan quedado cansados.

»Así, pues, si para cuando usted ha venido á Tupiza no ha tenido á mano tropa de caballería con que salirles al encuentro por el despoblado, puede hacer montar partidas de infantería de veinte á veinticinco hombres cada una y situarlas en las avenidas ó pasos principales, sobre las gargantas ó alturas, para echar mano á los que escapen de la persecución que se les había hecho por todas partes. Tello puede quedar en Tupiza con alguna compañía para atender á perseguirlos por toda esa parte, y además, ya ha salido hoy Andrade con dos compañías de *Voltíjeros*.

»Es preciso situar vigías en todas direcciones para saber qué ruta toma Matute, y estos espías serán muy bien pagados para que sirvan bien, pues el coronel Galindo tiene la orden de pagar todos estos gastos. Además, ofrezca usted á los paisanos 25 pesos por cada soldado de esos amotinados que le presenten á usted; y para estimularlos más, adviértales usted que esos malvados vienen robando y destrozando; especialmente, haga usted que retiren todos los caballos y mulas de los lugares por donde ellos pueden pasar, pues sabe usted que estos llaneros á pie no pueden hacer nada. Mande usted comisionados por todas partes que vayan recogiendo los que vayan quedando dispersos y atrasados ó cansados y los traigan á Tupiza.

»Todos los amotinados que usted aprehenda, sin distinción alguna y en cualquier número que sean, los hará fusilar en Tupiza á presencia de la tropa; para lo cual, y

para cubrir á usted, mandaré las órdenes oficiales inmediatamente que reciba los primeros partes del general Córdova. Los que usted aprehenda son los que debemos juzgar como culpables de traidores, además de sediciosos y amotinados; porque en el hecho han justificado la resolución de abandonar sus banderas y pasarse á otro país. Así, no tendrá usted la menor indulgencia con ninguno absolutamente. Acabaré de hablar sobre este asunto diciéndole que, además de sus deberes, intereso toda nuestra amistad para que usted no perdone diligencia á fin de impedir que uno solo de estos malvados se pase á Salta. Será el mayor servicio, y créame usted siempre su buen amigo y afectísimo servidor,

SUCRE.»

Me parece que se puede ver muy claramente, por la lectura de esta carta, que el Gran Mariscal de Ayacucho estaba muy mal impuesto de las localidades del país, de sus recursos y de la disposición de sus habitantes, todos indios, que tenían más miedo á un soldado que á un tigre; y en cuanto á montar partidas de soldados de infantería, no se hallaban en el país caballos para montar diez hombres.

Me he extendido tanto sobre la defección del capitán graduado Matute con el escuadrón *Granaderos de la Guardia*, no por la parte que me tocó personalmente en su persecución, sino por la ocurrencia en la Historia de Bolivia y aun en la Confederación Argentina, por las novedades que causaron los granaderos en las provincias del Tucumán y Salta.

En una ocasión, el general Gregorio de La Madrid se aprovechó del auxilio de Matute y los granaderos, contra el faccioso Quiroga, que venía sobre el Tucumán, adonde La Madrid se hallaba de gobernador. El choque era de caballería. La Madrid tomó el mando del ala izquierda contra la derecha de Quiroga y dió á Matute el mando del ala izquierda. Quiroga rechazó el ala que mandaba

La Madrid, y Matute derrotó el ala izquierda; pero estando en el acto de lancear á los derrotados, gritaron éstos que se habían dejado engañar, que ellos eran la verdadera Patria y los otros eran Godos. Oyendo esto Matute, volvió sobre las fuerzas de La Madrid y las dispersó de tal modo, que La Madrid continuó su fuga hasta Chuquisaca, en donde, comiendo un día en la mesa del Gran Mariscal, dijo: «¡Ah, mi general, si me diera unos doscientos hombres como esos que llevó Matute, yo le daría cuenta de toda la Confederación Argentina!»

En otra ocasión estaba Matute comprometido en Salta contra el capitán general Arenales. Éste tenía una fuerza de 850 hombres, con la denominación de Ejército del Orden, á las órdenes del general Bedoya. Matute atacó esta fuerza, encerrada en un corral de palo á pique en Chinguará, defendido por una pieza de artillería en sus cuatro esquinas. Los granaderos asaltaron el corral y lancearon á todos, incluso el general Bedoya, sin haberse escapado de la carnicería más que un soldado sano y otro mal herido.

Uno de los encargos que me hizo el Gran Mariscal fué de remitirle á Matute vivo, para tomarle declaraciones importantes, porque creía que Matute había traído desde Lima un plan de insurrección; mientras la defección de Matute no tuvo más motivo que su resentimiento por haber ascendido á capitán efectivo de su misma compañía al teniente graduado Francisco Segovia, un joven alto, blanco y bien parecido, y Matute un indio pequeño, picado de viruela, que le había atacado en la campaña, y siendo Matute teniente más antiguo que Segovia.

Pero en ese tiempo, habiéndose terminado la guerra de la independencia, se trataba de mejorar el personal de la oficialidad del ejército de Colombia, que tenía mucha negrería y gente de color.

Otra equivocación que padeció el Gran Mariscal al mandarme sus instrucciones para la captura de los granaderos amotinados, fué el haberse olvidado que el general

Felipe Braun había formado y disciplinado ese escuadrón, y no había en él un soldado que no supiera mandarlo por todas sus evoluciones, como hacía en mi presencia en la plaza de Yungay, en 1823, cuando iba á ver maniobrar los cuerpos del Ejército Libertador; que Matute había hecho toda la campaña con su escuadrón, y sabía muy bien cómo conducirlo en marcha. Por lo que, desde que salió de Cochabamba con los ciento setenta y tres granaderos, no perdió un hombre hasta la mañana que entró en el Rosario, desde Zapelerí, adonde hizo fusilar á dos por insubordinación. Y basta de este asunto.

CAPÍTULO XVI

Defección de la división colombiana en Lima.—Sublevación del batallóu I *oltíjeros* en La Paz.—Política peruana.—Entrevista del Desaguadero.—Planes de invasión á Bolivia.—Cartas del Gran Mariscal de Ayacucho.—Noticias que me dió el general Blanco en Tupiza.—El infame motín del 18 de Abril de 1828 en Chuquisaca.—Mi conferencia con el general Blanco.—Regreso á Tarija.—Defección de Blanco.—Vuelvo á Tupiza.—Encuentro con el coronel Arraya.—Retrocedo á Tarija.—Los tratados de Piquiza.—Más sobre el motín del 18 de Abril.—El general Sucre se aleja de Bolivia.—Patrióticos propósitos.—Su carta de despedida.—Otra de sus cartas.—Nobleza del general Sucre.—Su administración.

Otra novedad. Á principios del mes de Marzo de 1827, hallándome en la ciudad de Tarija, convidé al coronel Eustaquio Méndez á una cacería de venados en su posesión de Carachimayo, cerca del pueblo de San Lorenzo y á cuatro leguas de Tarija. Para el efecto, hice llevar mi tienda de campaña, en la que debíamos pasar la noche al pie de aquellos cerros y salir bien de madrugada á la cacería. Mas, aquella noche, estando ya para meterme en cama, llegó un extraordinario que me hacía el Excmo. Gran Mariscal de Ayacucho, y con el que me dirigía una carta fechada en 22 de Febrero, y en la que se expresaba así:

"Mi tan querido coronel y amigo: Esta carta será para usted sensible, como han sido para mí las noticias que le comunicaré. En Lima ha habido una revolución que,

aunque sin sangre, amenaza las más funestas consecuencias. El 26 de Enero se insurreccionó allí la división colombiana seducida por una facción de descontentos. Prendieron al general Lara y demás jefes principales, embarcándolos inmediatamente para Guayaquil. Bustamante se puso á la cabeza de las tropas, como jefe del motín militar. El 27, la facción acaudillada por Vidaurre hizo una pueblada, reunieron un tumulto é instalando una Municipalidad, dirigieron al Gobierno que estaba en Chorrillos una solicitud pidiendo que se anulase la Constitución. El Gobierno fué forzado á venir á Lima y á dictar el decreto que está en el impreso adjunto. Los ministros Pando y Heres resistieron, firmaron y presentaron su dimisión; no sé por qué el general Santa Cruz no hizo lo mismo antes de prostituir su puesto."

El resto de esta carta, que ocupa un pliego de papel, es referente á los asuntos del Perú y de Colombia. El Libertador, al ausentarse de Lima para sofocar revoluciones en Colombia, había dejado un Consejo de Ministros para gobernar en el Perú, compuesto de los tres de quienes habla el Gran Mariscal en el primer párrrafo de su carta de 22 de Febrero de 1827. El general Santa Cruz era el presidente de este Consejo.

Esta defección de la primera división de Colombia fué la segunda causada por la distribución del millón de pesos decretado por el Congreso del Perú á los vencedores en Ayacucho, cuyo dinero, como dije al Gran Mariscal en Chuquisaca á mi regreso de mi comisión de reconocimiento de las costas de Atacama, sería la destrucción del Ejército Libertador.

Cuando hice esta observación al general Sucre, al tiempo de negarme á recibir los cinco mil pesos que me dijo habían sido destinados para mí, tuve muy presente el dicho por mi maestro *Belisario* sobre este mismo asunto: —"Yo he servido á mi Príncipe con celo y con bastante fortuna, y sé por mí mismo lo vil que es el oro comparado con la encina y el laurel, cuando éstos son la prenda

del reconocimiento y de la estimación del soberano."
Pero esta sublevación de la primera división en Lima, la segunda después de la del escuadrón de Granaderos de la segunda división en Cochabamba, no fué la última.

El batallón *Voltíjeros de la Guardia*, de la segunda división, que se hallaba de guarnición en Potosí, nos dió el tercer golpe. Estando yo en Tarija, se me presentaron una tarde cuatro desertores de ese batallón y me dijeron que habían venido buscándome para darme parte que en su cuerpo se les trataba mal y que, siendo vencedores en Ayacucho, los tenían encerrados en el cuartel como reclutas, mientras el coronel Morán y sus jefes y oficiales se ocupaban día y noche jugando los ajustes y gratificaciones.

Inmediatamente dí parte de esta novedad al Gran Mariscal, y al día siguiente despaché los desertores á su cuerpo y avisé esto por nota oficial al general Figueredo, en La Paz, quien había venido relevando al general Córdova en el mando de la segunda división, á la cual pertenecía el batallón *Voltíjeros*, y de cuyo cuerpo vinieron los cuatro desertores.

La contestación del Gran Mariscal no me agradó mucho. Se incomodó conmigo por el parte que le había dado de la conducta de los jefes y oficiales del *Voltíjeros*, no siendo otro que el que los desertores me habían dado á mí; porque el coronel Trinidad Morán era su favorito, y no le gustó recibir semejante noticia.

Me dijo que no tuviese el menor cuidado por el batallón *Voltíjeros*, que estaba en muy buenas manos, y sobre los desertores me dijo que había hecho mal en mandarlos á su cuerpo, y peor en haber dado parte al general Figueredo; que debía haber dejado á los desertores en Tarija, de pobladores.

Marchó el batallón *Voltíjeros* de guarnición á La Paz después de este suceso, y recibí una carta del Gran Mariscal, desde Chuquisaca, con fecha 30 de Diciembre de 1827, y toda de la propia letra, en los términos siguientes:

«Mi querido coronel: Casi al montar, escribo esta carta. Anoche me ha llegado el aviso de que el batallón *Voltijeros* se ha sublevado en La Paz, reclamando sus ajustes, etcétera, y ha puesto presos á sus jefes, oficiales y á las autoridades. El oficial que trae el parte verbal salió en el momento del tumulto, y no se sabe nada más.

»Ignoro, pues, qué carácter tenga esta novedad; ni sé tampoco si las otras tropas auxiliares, que estaban fuera de la ciudad, han tomado parte. En tal incertidumbre, resuelvo irme esta tarde á La Paz, y ya se acerca la hora. Al separarme de estos departamentos del Sur, cuento con que el celo de usted por el bien de Bolivia nos sirva poderosamente para conservar la tranquilidad pública en las fronteras del Sur. Como sé quién es usted, no me extiendo en este particular, y, por lo tanto, confiado en su vigilancia, acabo despidiéndome y repitiéndome de usted afectísimo amigo,

SUCRE.»

Marchó, pues, este batallón al Perú, llevando su caja y todo el dinero de la Tesorería de La Paz, y quizá con este tercer suceso se habría persuadido el Gran Mariscal que un millón de pesos es mala gratificación para guerreros. Se perdió, pues, el Ejército Libertador de Colombia, el Perú y Bolivia.

Entretanto, el Perú estaba aprovechándose de estos motines, de sus libertadores, y el general Gamarra empezaba á trabajar en el Cuzco á su modo.

El general Sucre tuvo una entrevista con este general en el Desaguadero, y en una carta que me escribió de La Paz el 11 de Marzo de 1828, me dijo en el último párrafo lo siguiente:

«El 5 de éste hablé con el general Gamarra en el Desaguadero. Dejamos transadas todas las diferencias de un modo muy satisfactorio para los dos Estados. Creo que me ha hablado de buena fe, y por tanto, conservaremos la paz. Me trató con el mismo respeto y consideraciones

que el día de Ayacucho, y pienso que está animado de muy buenos sentimieutos. Habiendo acabado aquí lo que tenía que hacer, me vuelvo pasado mañana para Chuquisaca.»

Me dijo el Gran Mariscal en otra carta, antes de llegar á Chuquisaca, que le parecía imposible que Gamarra nos invada, y como pensaba darme el mando del ejército para repeler su invasión, me avisó en la misma carta que tenía aviso que los instrumentos de Ingenieros que había encargado al general Miller en Londres, desde Buenos Aires, habían llegado á Arica en el bergantín *Bolívar;* que había dado orden que se trajesen á Cobija, que me fuese yo allí para recibirlos y hacerlos traer al interior.

Así lo hice, y á mi llegada á Tarija de regreso, el gobernador, á quien había dejado, puso en mis manos los tratados de Piquiza, celebrados entre el vencedor invasor Gamarra y el general boliviano Urdininea, que mandaba nuestro ejército. Pero es necesario retroceder algunos días con esta relación. Esta intimación de los tratados de Piquiza fué á la segunda vez que llegué á Tarija, porque á mi entrada á Tupiza, desde Oploca, regresando para Tarija, encontré á uno de los oficiales del regimiento que había levantado en Tarija con el coronel Blanco, y que había despachado para Potosí el 23 de Diciembre de 1827 de orden del Gran Mariscal, y preguntándole al oficial qué hacía allí, me dijo que estaba allí con el coronel Blanco y el regimiento, y que el coronel estaba alojado en la casa de la esquina de la plaza, la misma que yo ocupaba el año 1825.

Me dirigí á esa casa, y el coronel me recibió muy bien y con el mismo respeto de siempre, y me dijo que se hallaba en Tupiza con su regimiento porque se había hecho una revolución contra el general Sucre el 18 de Abril, mes en que estábamos, y que había salido de Potosí con el regimiento y con toda la infantería y reclutas que había en los cuarteles, para salvarlos del contagio de insurrección; que el general Gamarra estaba en territorio

boliviano con su ejército de seis mil hombres, y que había venido tras del general Sucre desde el Desaguadero; que en el motín de la tropa en Chuquisaca, el general Sucre había quedado con el brazo derecho roto de un balazo, y que lo habían llevado preso á una hacienda de Mojotoro, inmediata á la ciudad; que se había formado un Consejo de Gobierno, compuesto de los ministros, y que el de la Guerra, Urdininea, estaba en campaña á la cabeza del ejército.

Toda esta relación me sorprendió mucho, y mucho más cuando el Gran Mariscal me había dicho en su carta de 11 de Marzo de 1828, desde La Paz, que el 5 de ese mes había tenido una entrevista con el general Gamarra en el Desaguadero, agregándome, en conclusión: "Pienso que Gamarra está animado de muy buenos sentimientos". Pero, según se ve, el general Sucre, hombre tan magnánimo, tan puro y de tan buena fe en todo, se había dejado engañar en la entrevista del Desaguadero.

Ello es que yo me hallaba en una situación muy desagradable.

Pensé continuar inmediatamente mi marcha hacia Tarija; pero Blanco me detuvo, diciéndome que había dispuesto un banquete para el día siguiente, en el que deseaba estar con algunos amigos y conmigo.

Al día siguiente pasó el banquete, el que tuvo lugar en casa del señor cura de Tupiza, con bastante concurrencia, y en el que hubo muchos brindis, como de costumbre en semejantes reuniones.

Antes de separarme del coronel Blanco quise sondear sus intenciones. Pregunté, pues, á Blanco, á quien servía de secretario el señor Orosco, si él ayudaría con las fuerzas de su mando á repeler la invasión peruana ó si tenía intención de esperar el resultado á retaguardia. Me contestó que sólo esperaba orden del general Urdininea para marchar á incorporarse al ejército nacional.

—"Bien, coronel Blanco—le dije entonces—, si usted está resuelto á defender su patria contra los invasores,

mañana me pasaré á Tarija, llevando los instrumentos de ingeniería que traigo de Cobija. Tardaré en Tarija un día únicamente, y me regresaré á ayudar á usted. Si nos va bien, usted se llevará toda la gloria.—Véngase usted, señor—me respondió Blanco con aparente entusiasmo—, que yo me pongo á las órdenes de usted como he estado tantas veces."

Después de esta entrevista con el coronel Blanco, seguí mi marcha á Tarija, donde había dejado á pesebre mis caballos, los que hallé muy gordos. Encontré en Tarija á un edecán del general Sucre, el teniente Matías Lunel, quien había venido con una nota del Consejo de Ministros al gobernador de Tarija, participándole la defección del coronel Blanco y del teniente coronel Raña, y previniéndole hostilizarlos por todos los medios posibles. Di á Lunel, al otro día de mi llegada, uno de mis caballos y le dije que me acompañe, manifestándole que Blanco se había comprometido conmigo en Tupiza á defender la patria contra la invasión peruana, y que yo, á mi vez, me había también comprometido con él á ayudarle en esta campaña; y llevándome á Lunel, regresé para Tupiza.

Cerca de Tojo, en un gran alfalfar, vi una tienda de campaña armada, y allí cerca unos domadores que amansaban mulas. Me acerqué á la tienda, y encontré en ella á don Pedro Arraya, antiguo coronel del regimiento de *Dragones Americanos*, que disolvimos el año 26. Entré en conversación con el coronel Arraya, quien me preguntó adónde me iba tan bien montado, y como le refiriera el compromiso que tenía contraído con el coronel Blanco en Tupiza, se echó á reir, y me dijo:—«Ese caballero le ha engañado á usted como á un niño, mi coronel. Se asegura que ha recibido el despacho de general, enviado por Gamarra, y está ahora en camino para Potosí á marchas forzadas.»

Ante semejante y para mí tan inesperada noticia, después de un rato de cambiar opiniones con mi amigo Arra-

ya, me regresé á Tarija y fué entonces que el gobernador de la provincia puso en mis manos la copia de los famosos *tratados de Piquiza,* celebrados entre el vencedor general Gamarra y el capitulado general Urdininea. Vi por el artículo 4.° que todos los generales, jefes y oficiales del ejército de Colombia debían ausentarse del país, hasta la reunión del primer Congreso.

Se decía en Tarija, que con este motivo, los beneméritos generales Gregorio Fernández y León Galindo habían pasadado ya para Salta.

No parece sino que el general Gamarra tenía bien dispuesto su plan de invasión á Bolivia aun antes de su entrevista con el general Sucre, el 5 de Marzo de 1828, en el Desaguadero; pues el 18 de Abril de este mismo año se reunieron doscientos presos entre algunos vecinos de Chuquisaca, y con ese dinero se logró seducir la tropa de la guarnición, que dió el infame escándalo de aquel día.

El ilustre mariscal de Ayacucho, al tener noticia del motín de la tropa, montó á caballo y seguido de sus edecanes, se dirigía al cuartel á sofocarlo; pero en la calle, algunos soldados le dirigieron sus tiros desde las ventanas, y una bala rompió el brazo derecho del vencedor de Ayacucho, pasando otra por el costado del edecán Escalona.

¡Qué luctuosa página ésta en nuestra Historia!

El gran Sucre regresó al palacio de Gobierno, amargamente contrariado y decepcionado. Toda la ciudad de Chuquisaca estaba en profunda alarma y en tumulto. El doctor Olañeta salió de ella precipitadamente, según me refirieron, y en el mismo caballo que el general Sucre le regaló en Puno. Se decía que se había ido en alcance de Gamarra.

El valiente y benemérito coronel Francisco López, á la sazón comandante General del Departamento de Potosí, inmediatamente que supo esta novedad, se puso en marcha en auxilio del presidente Sucre, llevando consigo una compañía del regimiento del coronel Blanco, que se

hallaba de guarnición en Potosí. Mandaba esta compañía el capitán Luis Castro.

En el combate que tuvo lugar en las calles de Chuquisaca, á la entrada del coronel López, murió el benemérito general José María Lanza, defendiendo el orden constitucional. Sucre ascendió á general muy merecidamente, al coronel Francisco López, y le puso él mismo su casaca bordada.

Desgraciadamente la revolución siguió en toda la República, una vez pisado su territorio por las fuerzas invasoras peruanas.

El ilustre, el magnánimo, el incomparable Sucre, fué trasladado á una finca cercana á la ciudad, en donde permaneció hasta el 6 de Agosto, día de la instalación del Congreso Nacional, ante el cual entregó el mando supremo de la República, nombrando para sucesor en él al general Santa Cruz, que se hallaba ausente en Lima; pero así lo prevenía la Constitución vigente entonces, y presentado su mensaje de despedida, salió de Chuquisaca el grande hombre y se dirigió á Cobija, á embarcarse allí para seguir su marcha hasta Quito, en donde estaba su esposa. Se embarcó con mil pesos, que le consiguió prestados su sobrino el señor don Domingo Alcalá.

Así se alejó de Bolivia un presidente como no volverán á tener otro los bolivianos; un gran político y un gran filósofo; un hombre justo, afable con todos, sagaz, inteligente y sabio; infatigable en el trabajo, esclavo de la ley y de la equidad, muy instruído, noble, generoso, humanitario en extremo. De todas estas bellas cualidades y méritos dió muchas y muy elocuentes pruebas durante su incomparable administración.

Y á este gobernaute ilustre, á este patriota inmaculado se le hizo revolución.

Al llegar el Gran Mariscal al Callao, supo la mala inteligencia que había en aquellos momentos entre Colombia y el Perú; y en verdad, que lo supo desde antes de embarcarse en Cobija, pues hizo fondear el buque en que

iba en la bahía, y dirigió una patriótica nota al gobernador, ofreciéndole sus buenos oficios como mediador para hacer todo esfuerzo é impedir una guerra que parecía inminente, entre pueblos hermanos y compañeros, como el Perú y Colombia; pero fué completamente desairado su noble y magnánimo ofrecimiento. Desde Atocha, en camino para Cobija, el Gran Mariscal me escribió, ó mejor dicho, dictó á su edecán Escolástico Andrade, su carta de despedida que conservo con amor y veneración en mi poder, y que dice así: —«Atocha, 12 de Agosto de 1828. Señor coronel Francisco Burdett O'Connor: Mi querido amigo y compañero: Hoy sigo para Cobija y con destino á Guayaquil, y de regreso á mi casa en Quito. Antes de marchar hago mi despedida á usted. Es inútil repetirle que en Quito tiene usted un buen amigo y servidor.

»No sé qué es lo que usted ha resuelto sobre su persona después de los últimos sucesos. El coronel Trigo me ha escrito avisándome que usted se fué á la frontera á esperar el resultado. Esta es una tempestad que pasará pronto, y es preciso ver sus efectos con sangre fría.

»Bolivia, es decir, los pueblos, no están mal animados; pero una fuerza extraña, los traidores, y la pérfida conducta de Urdininea, la han conducido casi al sepulcro. Creo que el Congreso trabaje con dignidad. Procure usted hacerse de un ejemplar de mi mensaje, que contiene un extracto de los sucesos. Puede usted obtenerlo por medio del coronel Infante en Salta.

»No sé nada de las cosas de Colombia. Parece que el interior estaba tranquilo. En el Sur continúan los aprestos militares, y parece que habrá quema en el Perú. El general Flores tal vez ha empezado las hostilidades al saber de la invasión á Bolivia.

»El Libertador se fué de Bogotá para Caracas el 13 de Marzo, y me escribe que volvía inmediatamente para Quito. Alarcón y Andrade se despiden de usted, y yo me repito siempre y en cualquier parte su sincero servidor y amigo. Por el general Sucre.—J. E. ANDRADE.»

En una carta que me escribió el Gran Mariscal de Chuquisaca, el 5 de Diciembre de 1828, me dice en un párrafo de ella lo siguiente:

«Hay un gran error en el que suponga que la cuestión del Perú es por cosas personales. Sé que dirán á los bolivianos, que ellos vienen contra mí, porque será un pretexto como cualquiera de los que se toman en tales casos; pero será bien ciego el boliviano que no vea que el Perú no sólo quiere dominar este país, sino extender sus límites de la Quiaca al Juamanbu. En todos estos alborotos, yo soy personalmente el hombre mejor colocado; si los bolivianos me acompañan, estoy cierto de rechazar cuantas fuerzas vengan del Perú, y si no se me reúnen, abreviaré mi marcha á Quito, y suponga usted qué contento quedaré de anticipar el regreso á mi casa, que es toda mi ambición. Así como así, sólo me faltan siete meses.»

En otra carta del 22 de Diciembre de 1827, me dice entre otras cosas, lo que á la letra copio aquí:

«No tenga usted pena porque se le ha dejado momentáneamente en Tarija; en caso de un rompimiento vendrá usted de allí con sus gauchos, para ponerse luego á la cabeza de una columna boliviana, y por supuesto que lo llamaré á tiempo.»

Cuando llegaron los invasores, yo estaba en camino de Cobija, adonde el Gran Mariscal me mandó á principios de Abril de 1828, asegurándome que era imposible que Gamarra nos invada, tanto le había podido engañar en su entrevista en el Desaguadero el 5 de Marzo.

Pocos caracteres habrá tan nobles y generosos como el del ilustre general Sucre. Podría referir muchos comprobantes de esta verdad, pero me bastará el siguiente hecho, que pone de manifiesto su humanidad y nobleza.

Entre los tenientes coroneles comandantes de Escuadrón, había uno, Valentín Morales Matos, á quien yo dí de baja cuando disolví el regimiento *Dragones Americanos*. Este Matos, á su regreso á su casa en Chuquisaca, de donde era natural, se prestó á una infame conspiración

y atentó personalmente contra la vida del general Sucre.

Al anochecer de un día del mes de Octubre, el Gran Mariscal de Ayacucho y presidente de Bolivia se regresaba al palacio de Chuquisaca, después de haber dado su paseo de costumbre por la tarde, acompañado por el edecán de guardia. Matos lo esperaba en la esquina del palacio, al que penetró Sucre, dirigiéndose á su dormitorio después de despedir al edecán.

Matos subió tras él, sin ser sentído, llevando bajo su capa el puñal con que debía asesinar al Presidente. Permaneció un momento en la puerta del salón y sacó el puñal, asustado y sin darse cuenta de lo que iba á hacer, al tiempo mismo en que la Providencia permitió que llegaban en busca del presidente dos de sus edecanes, los que tomaron *in fraganti* á Matos, y lo llevaron preso al cuartel de policía.

Confeso y convicto el reo, se elevó la causa á proceso, y pasó á conocimiento de un Consejo de Guerra, ante el cual volvió á confesar su delito. Pronunciada la sentencia, y elevada ante el presidente de la República, éste se negó á confirmarla, y pasó la causa al conocimiento del Congreso Nacional. Éste confirmó la sentencia de muerte dictada por el Consejo de Guerra, y devolvió el proceso al presidente para su sanción. El presidente Sucre entonces conmutó la pena al reo en el *Mínimum*, ó sea: diez años de destierro. Matos eligió partir al Perú, una vez que la magnanimidad de Sucre le conmutó la pena de muerte.

La noche antes de la partida de Matos, el general Sucre, sin que aquél ni nadie, fuera de él y su mayordomo, lo supieran, hizo poner en las alforjas de Matos doscíentos pesos, pues sabía que el reo no estaba bien de recursos. Así favorecía todavía al hombre mismo que había atentado contra su existencia.

Matos encontró este dinero, y creyó que algún amigo se lo había enviado, ignorando completamente de dónde procedía, y con él tomó su camino al Perú.

No satisfechas todavía la nobleza y la magnanimidad

del general Sucre, poco tiempo después de este suceso, el 25 de Mayo de 1827, día en que se conmemora el primer grito de independencia dado por Chuquisaca, expidió un decreto supremo indultando y amnistiando á Matos, y merced al cual éste regresó al país.

Así era el general Sucre.

La administración del Gran Mariscal de Ayacucho, primer presidente de la República de Bolivia, fué marcada por algunos hechos importantes y notables. El Congreso, compuesto de hombres que no eran empleados públicos, daba sus votos con libertad. Una prueba, la siguiente: Me hallaba presente en aquella sesión.

El presidente mandó al Congreso una propuesta para dar el rango de coronel á un español, que servía de ministro de Relaciones Exteriores, don Facundo Infante. Éste había servido en España de ministro de la Guerra en tiempo de la Constitución, y á la vuelta del rey Fernando VII, se ausentó de su patria y vino á la América, pasando por el Brasil y Santa Cruz de la Sierra con otros dos caballeros españoles, cuyos nombres no me acuerdo. Se presentaron en Chuquisaca al Libertadnr cuando estuvo allí en 1826, y éste, al regresarse para Lima, dejó al señor Infante con el general Sucre, recomendándole para ministro de Relaciones Exteriores, en cuyo destino sirvió hasta la caída del Gran Mariscal.

En el primer Congreso, el presidente de la República propuso á Infante para el empleo de coronel de ejército. Después que el presidente de la Cámara leyó la propuesta, pidió la palabra uno de los diputados de Santa Cruz y se expresó en estos términos: «Señor presidente: acabamos de libertarnos del León de Iberia y veo por esta propuesta que se trata de crear cachorritos en Bolivia. Me opongo á esta propuesta.»

Este Congreso, á imitación del Perú, decretó un millón de pesos para premiar á los vencedores en Ayacucho, y otro millón para habilitar á los hijos del país que habían emigrado á la República Argentina durante la gue-

rra de la independencia. No había fondos en el país para semejantes muestras de generosidad, y se propuso al presidente negociar en Inglaterra un empréstito de cinco millones de pesos. «Dios me libre—exclamó el presidente—de dejar á Bolivia, cuando yo entregue la presidencia, cargada con una deuda extranjera; no, señores, no haré semejante disparate.» Y discurrió otro medio que le pareció menos oneroso.

Para abonar el millón de pesos decretado á favor de los vencedores en Ayacucho, y que no debió haber admitido, emitió á la circulación vales que reconocían sesenta por ciento de su valor en dinero, y en cuanto al millón en favor de los emigrados, emitió igual cantidad en billetes del crédito público; y para dar valor á estas dos clases de dinero ó de papel moneda dispuso el abono del interés del seis por ciento anual, tanto de los vales como de los billetes, y para facilitar su circulación se dispuso por decreto que se podían comprar fincas del Estado pagando el importe de ellas con la mitad en vales y la mitad en billetes; que se podía redimir censos también con la misma moneda y pagar derechos de aduana igualmente.

Ello es que tuvieron una buena aceptación desde el principio, y mucho mejor cuando se vió que se pagaban los intereses de seis por ciento el día del vencimiento del plazo sin demora alguna. Esto se cumplía todo el tiempo de la permanencia del mariscal en la presidencia, y con apenas un millón y medio de pesos de entradas ordinarias al erario nacional. El sueldo del presidente era de diez mil pesos, del cual el Gran Mariscal no quiso recibir un peso, durante todas las sesiones del Congreso, á fin de dejar este poco para los diputados que, como no eran empleados, no llevaban sueldo ninguno de seis departamentos, y el presidente se prestaba dinero á intereses de los comerciantes para los gastos de casa, que eran muchos, pues en palacio había mesa de Estado para todos diariamente.

El Libertador, al despedirse de Chuquisaca, dejó orden

expresa al Gran Mariscal de abolir el odioso ramo del Tributo.

Á mi regreso de mi comisión á la Costa de Atacama, le pregunté si el tributo estaba abolido:—¡Qué!—me dijo—por poco la tentativa nos costó una revolución de los indios.—Mandé á hacerles saber la orden del Libertador, y al mismo tiempo advertirles que en adelante ningún indio pagaría por sus tierras, pero que pagarían el tanto por mil de contribución directa sobre el valor de sus ganados de toda clase, y como los indios pobres no tenían ganados y los caciques y otros magnates, entre ellos, tenían muchos, éstos influyeron con los infelices á atenerse al tributo como lo pagaban á los reyes de España, y no fué posible cumplir con la intención del Libertador.

Además de facilitar la redención de los censos, se rebajaron éstos por ley, reduciendo los censos rústicos á dos por ciento, en lugar de cinco que se pagaba antes, y los censos sobre predios urbanos á tres por ciento.

Se estableció una mesa de calificación para la distribución de los billetes del Crédito Público á los emigrados que se presentaban con sus documentos justificativos. El presidente de esta mesa era el doctor Urcullu.

En el Congreso se discutió y se promulgó por ley la secularización de los Regulares en los conventos, á la voluntad de ellos, y un artículo previniendo la supresión de los conventos que no tuvieran más de cinco religiosos.

Estando yo en Tarija, me llegó una orden muy reservada, de cerrar los conventos de San Francisco, Santo Domingo y San Agustín, y de apoderarme en un solo día de todos sus archivos, con objeto de imponerse el Gobierno de los censos fundados á favor de dichos conventos, para destinarlos al ramo de beneficencia, y de vender en pública subasta las fincas que estuviesen en el caso de ser enajenadas.

Cumplí con la orden, respecto de los conventos de Santo Domingo y de San Agustín; pero aventuré una observación relativa al de San Francisco, en el cual había

tres religiosos, á quienes toda la población y la campaña miraban hasta con veneración, y mi observación tuvo el efecto de que hasta ahora subsiste el convento de San Francisco en mucho mejor estado que antes, y hoy día, si no me equivoco, tiene cerca de treinta religiosos de una conducta ejemplar, y que son muy meritorios y altamente útiles al país.

Como en Tarija se tuvo noticia de la supresión de los conventos antes que llegue la orden de mis manos, todos los interesados sacaron sus documentos de fundaciones de censos, de manera que nada ó muy poco se sacó de la operación.

Se promulgó también la tarifa de sueldos militares, rebajados todos de los que gozaban los generales, jefes y oficiales, por el régimen observado por los españoles. En esta tarifa figuraba á la cabeza el sueldo del Gran Mariscal, presidente de Bolivia, diez mil pesos. Este sueldo fué aumentado á treinta mil para el general Andrés Santa Cruz, sucesor del Gran Mariscal de Ayacucho, y decretado por el Congreso General Constituyente, reunido en La Paz en 1830.

En cuanto á la administaacíón del Gran Mariscal de Ayacucho, como presidente de Bolivia, desde que el Libertador le dejó en Chuquisaca con este penoso cargo, y contra su gusto, pero mandado perentoriamente, á solicitud de los vecinos más notables de la capital. Esta administración pertenece á la Historia, que la transmitirá á la posteridad, supongo imparcialmente; yo no hago mención sino de las cosas que he sabido por mí mismo, por documentos públicos y por testigos oculares. Es muy bien sabido que la invasión de Bolivia por el general Gamarra, fué con el objeto de abolir la constitución de Bolivia y la presidencia vitalicia, que cerró las puertas á tantos ambiciosos aspirantes, aunque fuesen otras más las miras de Gamarra.

Estos sucesos se referirán de otra manera en la historia de Bolivia, y me traen á la memoria un dicho de mi maes-

tro *Belisario,* que se encuentra en el Capítulo X de su preciosa obrita: «Pues, qué, ¿no creerán en los hechos? replicó Tiberio, éstos hablan bien claro. Los hechos, dijo el anciano, los hechos mismos se alteran y cambian de aspecto, cambiando de testigos.»

CAPÍTULO XVII

Retrospecto.—En la frontera oriental de Tarija.—Arreglo las milicias. —Las órdenes que recibí de reunir la caballería para el ejército y mis contestaciones.—La provincia de Salinas.—Mercedes y compras. —Resuelvo trasladarme á la República Argentina.—Gran manifestación popular con que me honró el vecindario de Tarija.—Me quedo en el país.—Nueva excursiónn á la frontera.—Carta del general Gamarra.—Vuelvo á Tarija.—Lo que me pasó con un comerciante peruano.

Será necesario ahora retroceder un poco en estos mis recuerdos.

En el año de 1827 se empezaron á vender muchos terrenos, pagando el valor de algunos de ellos en *vales* y *billetes* del Crédito Público. El general Sucre me escribió por aquellos días una carta que conservo, diciéndome: que era preciso que yo pensase, ya que me había casado en Tarija, en comprar alguna finca de ésas; que si yo quisiese, haría comprar para mí la hacienda de Arque, en el departamento de Cochabamba; que si no, haría poner en venta la finca de los Molinos en Tarija y la de Tolomoza, que tenía molinos y algunas tierras también correspondientes. Me avisó que me correspondían ocho mil ochocientos pesos en vales, por mi gratificación de Ayacucho; que eran necesarios igual número de pesos en billetes para hacer una compra de éstas.

Me recordó que en Colombia tenía mi derecho á nueve

mil pesos de Haber Nacional, en virtud de un decreto del Libertador durante la guerra á muerte, como teniente coronel. Yo sabía, porque él me lo había dicho, que él recibió su Haber Nacional de diez mil pesos en Quito como coronel, después de la batalla de Pichincha, que se los pagaron en onzas de oro; que dió esta cantidad á un amigo suyo en Quito, don Vicente Aguirre, quien los había duplicado en el comercio.

Compré la finca de los Molinos en Tarija, teniendo que abonar por vía de mejora á los arrenderos enfitéuticos dos mil setecientos setenta y ocho pesos, en dinero, y los once mil restantes mitad en vales y mitad en billetes. Me sobraba todavía vales y billetes para hacer postura á la finca de Tolomoza, por consejo del general Sucre. El teniente coronel Raña había hecho postura á la misma finca; pero aunque mi fortuna era mejor, se la cedí con gusto, cuando con una consulta al presidente se hubiese resuelto en mi favor.

Antes de pasar el año de 1827, vendí la finca de los Molinos del pueblo al señor Trigo, con pérdida de mil pesos, y lo restante por armadas, sobre cuatro mil que me ofreció al contado, los cuales le supliqué me los tuviese en guarda. Es decir, que fuera de estos cuatro mil pesos, me pagó el importe de la finca con el producto de ella.

En el mes de Mayo de 1827 me dirigí por primera vez á la frontera por orden del presidente á arreglar las milicias de los cuatro cantones que había allí: el de San Luis, Salinas, Itau y Zapatera y el de Caraparí. Todos estos cuerpos de milicias, como se llamaban entonces, eran de á caballo.

Antes de salir de Tarija, averigüé que uno del Cabildo se llamaba Comandante General de la Frontera, que gozaba un sueldo anual de quinientos pesos, pero que jamás se iba á la frontera. Le pasé una orden de acompañarme en mi visita.

Cuando llegamos al valle de San Luis, nos encontramos con el escuadrón de ese cantón, con sus comandan-

tes, todos montados en caballos gordos y briosos, en número de más de doscientos hombres, en dos compañías. Demoré unos días en casa del cura. Aquí hice las listas nominales de las compañías con sus clases. Me informé con prolijidad de los mejores para oficiales, y formé las propuestas para remitir al general Sucre y recabar los despachos de cada uno.

De San Luis pasé á la misión de Salinas, segundo cantón. Aquí encontramos al comandante principal de la frontera, con el sueldo de doscientos cuarenta pesos, pariente del comandante general y que había estado enfermo de terciana. Dejé en Salinas á mi esposa, que me había acompañado hasta aquí, y á un caballero, señor Edmundo Temple, que vino conmigo desde Tarija, y después de arreglar el escuadrón de ese cantón, seguí con el comandante general para Itau, por la quebrada larga de las Cañas, con ciento diez vados y tres saltos muy feos, y llegamos al hermoso campo de Nuhuaso, y de allí á Itau, adonde nos esperaba el escuadrón formado y el padre Conversor de esta misión á la cabeza de todos sus neófitos.

Arreglé el escuadrón de Itau y Zapatera y seguí á Caraparí, adonde me esperaba el cuarto y el último escuadrón, el mejor de todos, montado en buenos caballos. De todos estos escuadrones resultaron, por el estado que formé de ellos, más de mil doscientos hombres útiles, y regresé á la misión de Salinas por la misma quebrada de las Cañas, en donde tuvimos que pasar la noche en el monte, á la orilla de la quebrada, lloviéndonos y sin abrigo alguno.

Á mi llegada á Salinas supe que don Edmundo Temple se había regresado á Tarija, cansado de esperarme.

De Tarija remití al presidente el estado de fuerzas de los cuatro escuadrones, las listas nominales de todos ellos y las propuestas para nombramientos de jefes y oficiales.

Á fines de 1827 despaché para Potosí, de orden del presidente, al regimiento completo de caballería que

había levantado para el coronel Pedro Blanco, y recibí una nota del ministro de la Guerra previniéndome reunir en Tarija un escuadrón de caballos para montar el escuadrón del coronel Felipe Braun, acantonado entonces en Oruro, con objeto, se me decía, de repeler la invasión que se suponía iba á intentar el general Gamarra.

Como entonces estaba vigente la Constitución del año 1826, y yo estaba en Tarija para observarla y hacerla cumplir, representé en mi contestación que el artículo 82 de la Constitución me prohibía tomar la propiedad de los ciudadanos sin la precedente indemnización. Recibí otra nota, en la que se me decía que si no cumplía la orden que se me había pasado inmediatamente, daría motivo para que el Gobierno cambiase el concepto que tenía formado de mis talentos y aptitudes. Á esta nota contesté al general en los términos siguientes: «He recibido una nota dictada por usted, escrita por su sobrino Alcalá y firmada por el español Infante, su ministro; no necesito ni de usted, ni de su sobrino, ni de su ministro para que certifiquen sobre mis talentos y aptitudes, y le acompaño mi solicitud al Libertador pidiendo mi separación del ejército.»

Cuando despaché esta nota mandé llamar al gobernador, Trigo, y le previne que me hiciese reunir en mi alojamiento á todos los habitantes del pueblo que tenían intereses en la campaña; á éstos los despaché á todos los cantones de la provincia con orden de estar en el pueblo del Valle de la Concepción el día 6 de Enero con todos los caballos buenos de sus respectivos cantones, y el día 5 previne al señor Trigo hiciese cargar los cuatro mil pesos míos, que tenía en guarda, de la compra que me hizo de los Molinos, y me acompañase al Valle de la Concepción.

El día 6 estaban los caballos reunidos. Hice justipreciar cada caballo por dos peritos, uno nombrado por el gobernador y otro por el dueño del caballo; ordené al señor Trigo abonase su importe y exigiese el correspondiente recibo al vendedor.

Reuní un escuadrón completo de hermosos caballos, pagando un mil seiscientos pesos, importe de ellos. Los despaché á Oruro y recibí una carta del general Sucre dándome las gracias por mi patriotismo y toda especie de satisfacciones sobre la dureza de la primera nota; pero no dió curso á mi solicitud al Libertador pidiendo mi separación del servicio.

Durante mi visita á la frontera me agradó mucho la naturaleza de ese país, con muchos bosques, campos verdes y ripos hermosos corriendo por en medio de ellos. Particularmente me gustó el campo elevado de Nuhuaso, rodeado por todos lados de arboleda alta. No había visto país semejante, desde los confines de Panamá hacia el Norte, hasta el río de Suipacha, y me entró la idea de avecindarme en la frontera, aunque toda ella tenía indios salvajes y feroces al frente, Tobas, Chiriguanos, Chaneses, Matacos y otras muchas naciones.

Á mi regreso á Tarija pregunté al gobernador Trigo de quiénes eran esos terrenos de la frontera; me contestó que todos eran baldíos y pertenecientes á la Nación; que los terrenos de Nuhuaso en que me interesaba más, habían sido de una misión, pero extinguida ya y entregada al ordinario, por falta de misioneros conversores.

Me dijo en seguida el gobernador, que si quería hacerme dueño de alguna parte de esos terrenos no tenía más que hacer que pedir una merced al presidente de los lugares que quería en propiedad y que á vuelta de correo sería el dueño y propietario de ellos. Así hice. Pedí la merced al general Sucre, haciendo en mi solicitud mención de las denominaciones de todos los diferentes trechos de terrenos en la frontera, cuyos nombres había adquirido de los vecinos en mi visita, á fin de tener de qué escoger.

Mi solicitud fué decretada en La Paz, cuando el Gran Mariscal estuvo allí, de paso para el Desaguadero, á tener una entrevista con el general Gamarra. Todo fué acordado como yo pedía, y llegó la solicitud á Tarija por correo

mientras yo estaba en comisión en Cobija y la recogió el señor Trigo. Me la entregó á mi llegada á Tarija; pero como por el artículo cuarto de los Tratados de Piquiza, antes me disponía á salir del país y dirigirme á Salta, empecé por vender mis intereses en una casa que había comprado.

Había traído de Cobija cuarenta cargas de mula, entre ellas el importe de dos mil veinte pesos de herramientas de campo, de fragua y de carpintería, algunas armas de fuego, cuatro barriles de pólvora fina y algunos cajones de vinos extranjeros.

Traje también el valor de catorce mil pesos en efectos de comercio, al encargo de un amigo peruano, con el trato de darle la mitad de las utilidades, debiendo expender los efectos en Tarija.

Había concluído ya mis preparativos de marcha para provincia de Salta, donde resolví trasladarme; pero la noche antes del día señalado para mi salida se me presentaron en casa todos los más notables vecinos de Tarija, en corporación, y seguidos de la banda de música.

Después de saludarme los señores que encabezaban la manifestación popular, pusieron en mis manos un acta firmada por todo el vecindario, en la que éste me exigía no emprender mi marcha á Salta, sino á la frontera de Tarija á tomar posesión de los terrenos que compré y de los que me había hecho merced el Gobierno del Gran Mariscal de Ayacucho, y pidiéndome no abandonar el territorio de Tarija y radicarme definitivamente en esta ciudad.

Conmovido, contesté á los manifestantes prometiéndoles, como no podía menos de hacerlo en vista de tan honrosa demostración de afecto, suspender mi traslación á la República Argentina y quedarme definitivamente entre ellos.

Hice en seguida abrir algunos cajones de los mejores vinos que traje de Cobija, y obsequié lo mejor que pude

á los nobles y generosos vecinos que me hacían la manifestación.

Comprometido así por el generoso vecindario de Tarija á quedarme en el país, donde ya me había casado, y que era el país de mis simpatías y mis afecciones, me puse dos días después en marcha con mi esposa para la frontera. Llegué la primera tarde á Santa Ana, hacienda que compré posteriormente, distante cuatro leguas de Tarija, y esa misma noche me dió allí alcance un exprofeso, con una carta que me escribía el general Gamarra, en la que me decía: «Que no me tuviese por comprendido en el artículo 4.º de los Tratados de Piquiza; que todos los individuos del Ejército Libertador me miraban como á un extranjero benemérito, que les había ayudado en toda la guerra de la independencia sin haber jamás prestádome á facción ni partido alguno, y asegurándome que quedaba en plena libertad de disponer de mi persona como hallase por conveniente.

Después de la lectura de esta carta, seguí mi camino para la frontera con más confianza.

Llegué al campo de Nuhuaso, á una pequeña casita que había construído antes de mi viaje á Cobija. Me acompañaban mi esposa, el comandante militar de la frontera, don Pedro Antonio Flores, el comandante principal don Luis Castrillo, un vecino de Tarija, don Pablo Zambrano, dos extranjeros que había traído de Cobija, un carpintero sueco y un tejedor escocés, un arriero costeño, seis peones tarijeños y mis dos antiguos y leales asistentes, el colombiano Antonio Ávila y el español Eusebio Mora, de los Alabarderos del Virrey, prisionero en Ayacucho, hombre honradísimo y leal, que más tarde casó en Tarija y se estableció allí, donde fué siempre y es ahora mismo muy querido por la bondad y la nobleza de su carácter.

Llevé también un cargamento de herramientas de fragua y carpintería y algún armamento.

Se pusieron carteles en Itau y en Tarija, poniendo en conocimiento de todos la merced que se me había asig-

nado por el Gran Mariscal de Ayacucho, para que se presentase cualquiera persona que se creyese con derecho á los terrenos que se me iba á dar. Pasando el término, y no presentándose persona alguna, el comandante general Flores me administró la merced desde los altos de las Cañas hasta las cumbres de los cerros que dominaban con más inmediación el río de Itau hasta el cerro de Santa Rosa, y entre estas alturas y los altos de las Cañas hasta el río de Tarija, en cuyo río ambas alturas rematan.

No estuve muchos días viviendo en el campo de Nuhuaso, cuando tuve una visita del cura acompañado del comandante José Manuel Sánchez, del escuadrón de Itau, y de don José Manuel Valdivieso, vecino de Caraparí, que se llamaba pariente de la madre de mi mujer; todos con objeto de persuadirme á que fuese á Itau, cuyo fuerte tenía habitaciones que ofrecían un poco más de comodidad que la casita en que vivía en el campo, y diciéndome que estaba allí muy expuesto á una sorpresa de los indios bárbaros de las inmediaciones.

Les respondí que no tenía aprensión alguna sobre los indios bárbaros, que tenía diez hombres y bastantes buenas armas y municiones para defenderme, que los indios no venían á buscar balas, sino á robar ganado, y que yo no tenía sino cinco vacas; pero atendiendo á que mi esposa estaba en días de desembarazar, me trasladé con todos y todo al fuerte de Itau.

En Itau me ocupaba, con el Comandante General y con don José Antonio Valdivieso, que era capitán de la primera compañía del Escuadrón de Caraparí, en paseos de reconocimiento de una situación cómoda para hacer construir una casa donde vivir. Hallamos una al pie del alto de Santa Rosa, á unas cuatro leguas río abajo de Itau, camino llano.

Se ofrecía la dificultad de no poder hallar en Itau un un solo peón que se conchabase á trabajar. El capitán Valdivieso, viendo esto, me dijo que iría á Caraparí y me

traería una docena de buenos peones. Cumplió su palabra.

Nos pusimos á trabajar. Los peones míos y los de Caraparí empezaron á hacer adobes; el carpintero sueco á poner los cimientos de piedra; el escocés y el alabardero Pedro Mora y yo mismo á hacer madera á sierra, en un buen astillero que hallamos muy inmediato.

Compraba ganado del señor cura y de los que me querían vender, para mantener á los trabajadores, y de esta manera pasé algunas semanas trabajando en la madera como un peón.

Dormía en mi hamaca, colgada entre dos árboles inmediatos al trabajo.

En seguida dispuse marcharme á Tarija. Mandé acomodar mis cargas, reunir los peones de mi servicio, y emprendí mi marcha. Llegamos sin novedad. Pero, á mi llegada, me dieron la noticia de que el comerciante peruano, á quien había dejado en Tarija con almacén y tienda, importe de catorce mil pesos en efectos traídos de Cobija, se había ocupado, durante mi ausencia, en hacer trasladar todos los mejores artículos á las provincias de Chichas y Cinti; de manera que no hallé en la tienda más que el valor de mil cuatrocientos pesos, que recogí y deposité en poder de un comerciante español para que los vendiese, cediéndole la mitad de las utilidades, como hice con el peruano.

Éste había tomado el importe de mil ciento ochenta y seis pesos de efectos en Cobija á un comerciante de Potosí con un plazo ya vencido, y quien había mandado su poder á un vecino de Tarija para cobrar esa cantidad. Para cubrirla me vi apurado. Tuve que vender mi reloj, que había comprado en Buenos Aires en trescientos cuarenta pesos, por doscientos pesos, y tomar dinero al comerciante á quien había entregado los géneros encontrados en la tienda, abonándole un descuento gravoso; pero hice con esta primera prueba la resolución de no volverme á meter en el comercio.

El gobernador y muchos vecinos me aconsejaron que hiciese poner á mi comerciante peruano en la cárcel, como medio de reembolsarme. Les dije que jamás había privado de su libertad á un semejante mío y que no daría principio con él, y le permití se fuese á disponer de sus efectos en los lugares adonde los había hecho trasladar.

CAPÍTULO XVIII

La Convención nacional de 1828.—Viaje á Chuquisaca.—Presidencia del general Blanco.—Mi entrevista con él.—Su trágica muerte.—Visita á D. Joaquín Lemoine.—Referencia del coronel Deheza.—Presidencia del general Velasco.—Disolución del Congreso.—Mi visita al nuevo presidente.—Mi regreso á Tarija.—Vuelvo á mis trabajos en la frontera.—Presidencia del general Santa Cruz.—Soy nuevamente llamado al servicio.

Estábamos en las postrimerías del año 1828, y se aproximaba ya el día fijado para la reunión en Chuquisaca de la Convención nacional, según lo había determinado el general Gamarra al ausentarse de Bolivia, llevándose el título de *Gran mariscal de Piquiza,* desde cuyo tiempo la República había quedado sin presidente, pues parece que no se hizo caso del nombramiento hecho del Gran Mariscal de Ayacucho en la persona del general Andrés Santa Cruz, al tiempo de entregar el mando supremo de la nación, ante el soberano Congreso reunido en aquel año con arreglo á la Constitución vigente entonces.

Los señores Bernardo Trigo y Felipe Echazú fueron elegidos diputados por Tarija á la Convención nacional.

Como yo no tenía en aquellos días ninguna atención urgente en Tarija, resolví hacer un paseo á Chuquisaca, y me fuí en compañía de mi amigo D. Bernardo Trigo, llevando un camino muy agradable.

Como este amigo me instara durante la marcha á que le diera mi consejo, franco é íntimo, sobre la línea de conducta que debería observar en el Congreso, le manifesté que probablemente encontraría allí muchas facciones y partidos reunidos, permitiéndome aconsejarle no se prestara á ninguno de ellos, debiendo él obrar siempre y en todo como hombre independiente y recto, sin más norte en todos sus actos como diputado que el bien de la patria y, en especial, del pueblo que iba á representar.

Llegamos sin novedad á Chuquisaca; se reunió é inauguró solemnemente sus sesiones la Convención nacional, y eligió presidente de la República al general Pedro Blanco. Se decía que esta presidencia había sido imposición de Gamarra.

Dos días después de su proclamación llegó el desgraciado general Blanco á Chuquisaca y prestó el juramento de ley ante la Convención nacional, ciñendo á su pecho la banda tricolor.

Del palacio legislativo pasó el nuevo presidente, con gran comitiva, al palacio de Gobierno, donde tuvo lugar un suntuoso banquete, con mucha concurrencia y los malditos consabidos brindis.

Esto ocurrió un día sábado; al día siguiente, domingo, me dirigí al palacio á ver al presidente Blanco. Al entrar, encontré en el patio á un ordenanza, un tal Pedraza, cruceño, que había sido ordenanza mío cuando hice la campaña del Alto-Perú, y al que dí de alta en el regimiento de Blanco cuando lo organicé en Tarija.

Pregunté á Pedraza por el presidente, y me dijo que estaba durmiendo, que ocupaba el mismo dormitorio que había sido del general Sucre. Le hice ir delante de mí y abrirme la puerta. Encontré á Blanco en cama. Mi primera pregunta, después de saludarle, fué ésta:—«¿Qué le ha podido persuadir, compañero, á aceptar la Presidencia, cuando usted no es para el caso en estas circunstancias? ¿Por qué no hizo usted presente al Congreso que se haría cargo de la Presidencia tan sólo hasta la llegada del ge-

neral Santa Cruz, que ya es nombrado constitucionalmente?»—«¿Qué quiere usted, compañero?—me respondió—los amigos me han obligado á esto».—Pues no son sus amigos, le dije, los que le han persuadido, sino algunos especuladores políticos, que quieren subir en hombros de usted á los puestos públicos. Le repito que ha hecho usted mal en aceptar este delicado puesto, y que ha de pesarle, pero quizá ya tarde». «Pero, compañero, me replicó, si tengo aquí una carta del general Santa Cruz, escrita desde Chile, en la que me dice que no quiere venir á Bolivia», y saltando de la cama, se dirigió á un escritorio inmediato y sacó una carta que puso en mis manos. Era efectivamente del general Santa Cruz, escrita en Valparaíso, y en ella le decía al general Blanco que estaba siempre dispuesto á servir á su patria.

Parece que Blanco entendió la carta en sentido opuesto al verdadero.

Empezamos á conversar largamente sobre el estado de la República, cuando entró el canónigo Pareja, antiguo capellán del regimiento *Húsares de Junin*, en cuyo cuerpo había servido el general Blanco en la campaña que terminó tan gloriosamente en Ayacucho. Venía el señor canónigo á decir al presidente que todo estaba ya dispuesto para la misa de gracias.—«¡Oh!—dijo Blanco—que la misa de gracias sea más bien mañana. Aquí estoy ahora aprendiendo mucho con mi viejo compañero.»

Después de un largo rato de conversación me despedí del general Blanco, aconsejándole que estuviese con mucha precaución, porque se hallaba rodeado de enemigos. Yo sabía que él era un hombre muy bueno y muy confiado.

Llegó el lunes, día designado para la misa de gracias. El presidente Blanco estaba ya vestido y dispuesto para asistir á ella, cuando entró de improviso el batallón número 1, desde Yamparáez, donde se hallaba, dividido en dos mitades, la una por la calle del Congreso, y la otra por la calle de San Felipe, formando luego en columna

frente al palacio de Gobierno. De la formación se desprendió un oficial con algunos soldados y penetró con ellos en palacio.

Yo estaba viendo todo esto desde un balcón de la casa en que me hallaba alojado, en la esquina opuesta de la plaza. En este momento oí que se cerraban con estrépito las puertas de las casas, al grito de *Revolución,* que se escuchaba ya por todas partes.

No anticipaba yo en mis juicios un desenlace tan repentino y funesto en la carrera del infortunado general Blanco.

Salí luego á la plaza, dirigiéndome al palacio de Gobierno, entré en el patio, que encontré lleno de cholada. Estaban buscando por todas partes á Blanco, y la multitud esperando con ansias el resultado de aquella prolija requisa, hasta que el coronel Armaza, asomándose por el balcón interior, gritó: *¡Cayó el pájaro!*

El general Blanco, viéndose del todo perdido, se había ocultado en un cuarto apartado, donde lo descubrieron. Al ver esto, pensativo y triste me regresé á mi alojamiento, y más tarde volví á palacio para ofrecerle mis servicios. Estaba preso, con dos centinelas de vista, en la pieza baja que ocupaba el ministerio de la Guerra en tiempo del general Sucre. Estaba incomunicado, y tuve que volverme á casa sin poder hablarle, ni siquiera verle.

En la mañana siguiente, martes, y último día del año 1828, pasó el desgraciado general Blanco por debajo de los balcones de la casa que yo ocupaba, escoltado por una guardia al mando de un capitán y conducido preso al convento de la Recoleta.

Al día siguiente por la mañana vino á verme un colombiano, amigo mío, el señor don Horacio Álvarez, para proponerme que fuésemos á la Recoleta á visitar al general Blanco.

En la calle del Comercio, por la cual debíamos subir, vivía el señor don Joaquín Lemoine, á quien el presidente Blanco había nombrado su ministro de Hacienda. Entré

con Álvarez á verle, y diciéndole que estábamos de paso á la Recoleta á visitar á Blanco: «¿Á Blanco?—exclamó levantando las manos al cielo—; Blanco está ya en la eternidad; anoche le despacharon.»

Después de un corto silencio, producido por el estupor de tan fatal noticia, me despedí de Lemoine, y en compañía de Álvarez regresé meditabundo y tristemente impresionado á mi alojamiento.

En la ciudad corrían rumores, desde luego, de que el general Blanco había sido asesinado por orden expresa que para ello había recibido el capitán de guardia, y que el primer jefe del batallón núm. 1, coronel José Ballivián, era quien había dado la orden; y muchos lo suponen así hasta ahora en Chuquisaca; pero, hallándome yo en el Perú el año 1836 con el ejército boliviano, de una división que mandaba, formaba parte el batallón *Yanacocha*, 4.º de línea, cuyo primer jefe era el teniente coronel Prudencio Deheza, el mismo que mandaba el cuerpo de guardia en la Recoleta de Chuquisaca la noche del cruel asesinato del general Blanco, y este jefe me refirió aquel trágico suceso del modo siguiente:

En la orden particular del puesto de guardia, se previno: que en caso de alguna tentativa de la cholada para rescatar al preso, que éste no se entregase vivo. Esta orden fué leída á toda la tropa que componía la guardia; y esa misma noche, á las doce, el centinela, colocado en el corredor, dió la voz de alarma y manifestó que grupos de cholos se estaban asomando por la pared alta del frente.

Todos los del cuerpo de guardia tomaron las armas, y el capitán Deheza ocupó su puesto.

Todo esto ocurría junto á la celda del convento, en el que se hallaba preso el infortunado general Blanco, con un centinela en la puerta y otro dentro de la misma celda.

Blanco, en este momento, estaba durmiendo sobre una tarima. Al oir el ruido en el corredor, se levantó dirigiéndose á la puerta para ver qué novedad había, cuando el

centinela de vista le empujó con la bayoneta sobre la tarima, y le pegó un tiro. Entró el capitán de guardia, y el centinela le dijo que el preso había intentado fugar; el centinela de la puerta penetró también en la celda y le disparó otro tiro, y el capitán Deheza lo acabó de despachar con su espada.

Ésta es la historia del injustificable asesinato del general Blanco, tal como me lo refirió el mismo Deheza, asegurándome que ésta era toda la verdad.

Se acusaba á los coroneles Ballivián y Armaza de haber dado la orden de asesinar al general Blanco; pero el citado capitán de guardia me aseguró que no había recibido más orden que la particular del cuerpo de guardia.

Á consecuencia de este lamentable y trágico suceso, resultó el general José Miguel de Velasco elegido presidente provisorio de la República hasta la llegada del general Santa Cruz, que se hallaba en Chile, y que llegó á La Paz recién por el mes de Mayo de 1829.

Los miembros de la Convención Nacional se dispersaron, regresando todos á sus hogares. Mi amigo Trigo, que había despachado sus animales al día siguiente de nuestra llegada á la capital, no tenía animal para su marcha, y yo le presté una de mis mulas, aunque el arriero que traje desde Cobija se huyó pocas noches antes, robándome mis mulas de silla, mi par de pistolas y toda la plata labrada de mi servicio. Á pesar de esto y de que vendí mi caballo de campaña al coronel Ballivián, no me faltaron buenas bestias para mi regreso de Chuquisaca.

Visité al general Velasco en el palacio de Gobierno al día después de haberse hecho cargo de la presidencia de la República. Creía oir hablar de algo interesante sobre el estado de la Nación; pero, ¡qué desengaño!, no oí más que una conversación sobre caballos.

Al despedirme del presidente le manifesté que había traído para obsequiar al Gobierno un juego completo de instrumentos de ingeniería, que había hecho venir desde nglaterra en tiempos del general Sucre, y que me halla-

ba en el puerto de Cobija recibiéndolos, al tiempo que estalló el motín del 18 de Abril, razón por la que no me hallé precisamente en el ejército boliviano sirviendo allí, y combatiendo contra la invasión del general Gamarra. El presidente Velasco me expresó su gratitud en nombre del país y del Gobierno. Al día siguiente hice entregar en palacio todo el instrumental completo de ingeniería.

Terminada esta entrega, me despedí de mis amigos en Chuquisaca y regresé, en compañía de mi amigo Trigo, para Tarija por la vía de Potosí.

Llegamos á Tarija sin novedad, y aquí empecé á reflexionar sobre mi situación. Me gustaba mucho la frontera, lugar solitario con campo vastísimo para que un hombre pueda trabajar hasta cansarse, pero sin llegar jamás á enriquecerse. Mas yo nunca ambicionaba riquezas, y lo único que apetecía era tener de qué vivir cómoda y modestamente.

Había dejado en Caraparí, en casa de don José Antonio Valdivieso, al sueco y al escocés que traje de Cobija para ayudarme en mis trabajos de campo, que es la vida que más me agradaba. Hice, pues, varias compras de terrenos, que entonces se vendían relativamente baratos en la frontera, empleando en ellas todo mi dinero y pagándolas inmediatamente á sus respectivos dueños, haciéndome extender en Tarija las escrituras correspondientes con todas las formalidades de uso y ley.

Mandé á San Luis, á la finca que acababa de comprar, al carpintero sueco y al marinero escocés para que me arreglaran una casita allí; y cuando me avisaron que estaba dispuesta, me dirigí á ella con mi esposa.

Á nuestra llegada encontramos el lugar muy triste, sin comodidad alguna; la casita sin puertas, sin una silleta ni una mesa. Antes de anochecer, colgamos la hamaca del marinero para servir de puerta, y formamos una mesa y asientos de los cajones de vino y otras cosas que traje de Cobija, y una cama de los mismos trastes, y pasamos la noche sin novedad.

Al día siguiente, muy temprano, me levanté de cama, y en compañía del escocés, del sueco y de un arrendero apellidado Portal, nos pusimos á reconocer el bosque, frente á la casita, con objeto de establecer un astillero y hacer madera. Portal nos llevó muy pronto á un sitio aparente, con bastantes cedros y otros buenos árboles para maderas de construcción, y regresamos á casa á almorzar.

Más tarde llevamos toda la herramienta necesaria para empezar á trabajar en nuestro astillero.

Esto me hizo recuerdo de los trabajos de *Robinson Crusœ*, naufragado en la isla de Juan Fernández, obrita que yo había leído en mi niñez, y que me causó tal impresión, que siempre deseaba la misma clase de vida, y por cierto que la vida que yo estaba pasando era algo parecida; pero me agradaba y no me ha disgustado un momento, después de cuarenta años de residencia en la frontera de Tarija.

Pero me faltaban peones para todos los trabajos que tenía que emprender para acomodarme. Había muchos arrenderos en la hacienda, pero ninguno quería prestar sus servicios á ningún precio. Parece que de Tarija les había llegado un aviso que yo no pagaba á los que me servían; tal fué la dificultad que experimenté para radicarme en el país.

Viendo esto, escribí una carta al general Méndez en San Lorenzo, suplicándole me hiciese el cariño de conchabarme á algunos peones contratándoles por mes, y dándoles yo la comida, y uno que entendía de ganado para servirme de vaquero.

Muy pronto me mandó cuatro peones de campo, buenos, y á su sobrino para vaquero, y ya podía hacer algo. La primera cosa en que se ocuparon fué en llevar palos desde el monte al patio de casa y hacer una despensa.

El sueco encontró un tronco hueco de cedro, el escocés Alejandro y Portal lo abrieron á sierra, y se hizo una puerta para la despensa, que era de palos sueltos, atados

con vejuco y embarrados; el techo de paja, y sirve hasta el día de hoy.

Viendo los vecinos que tenía peones y que empezaba á correr dinero en el lugar, vino un tal Bernardo Chávez ofreciendo entrar á trabajar, pero bajo la condición de que le diera diez y siete pesos adelantados para pagar una deuda que había contraído durante la guerra de la independencia. Le dí el dinero y lo pagó en trabajo, siendo un buen peón.

Tenía un hermano arrendero en la hacienda, que también entró de peón, y muy pronto tenía á todos los arrenderos de la hacienda y á sus hijos también de peones y podía adelantar los trabajos. Pronto tenía una mesa y bancas en que sentarnos, y una puerta para la casita en lugar de la hamaca del marinero Alejandro.

La despensa estaba también construída; y en poco tiempo vino á ocuparla el señor don Nicolás Matson de visita, de paso para Santa Cruz desde Orán, con mulas cargadas de efectos extranjeros, que iba vendiendo de paso.

Era marino, natural de Dinamarca, y había mandado un buque transporte al servicio del Perú en la última parte de la guerra de la independencia; hombre que había leído mucho y con provecho.

Quedó conmigo muchos días en San Luis, paseándonos por los campos; advirtió que había mucha piedra de cal en el lugar y muchos árboles de sevil en los montes, y me preguntó por qué no ponía una curtiduría y ganaba dinero; le dije que muchos de los arrenderos de la hacienda eran curtidores. «Mejor—me respondió—le servirán de peones; y la especulación es inmejorable, con todo lo necesario en las inmediaciones; que él conocía un curtidor inglés en Jujuy, y me propuso formar una compañía, de la que él dijo sería uno de los socios, yo el otro y el curtidor inglés el otro; que éste tendría la tercera parte de las ganancias sin depositar más que su trabajo.“

Lo hizo venir, y reunimos entre Matson y yo doscien-

tos pesos para empezar. Destiné al carpintero sueco y al marinero Alejandro con dos peones de la hacienda á labrar madera de sevil para hacer noques, que el sueco hizo con mucha facilidad, y se dió principio al trabajo.

Yo dirigí la construcción de un horno para quemar cal, y el curtidor con el sueco armaron una piedra grande de rodar con mula para moler la corteza del sevil, y un tono para sacarlo, y después se construyeron noques de piedra y argamasa.

El sueco descubrió cerca de la casa un buen *herido* para molino, y como el señor Matson quería ir á Tarija, llevando algunos de sus géneros para vender, le acompañé y regresé llevando conmigo un arquitecto de molinos, que, al ver el *herido*, lo aprobó, y nivelamos la acequia que se debía cavar desde una toma en el río para dar agua al molino.

El arquitecto hizo venir herreros, albañiles y carpinteros para emprender el trabajo.

Cuando el carpintero sueco se impuso de la clase de molino que iba á hacer, me dijo que él se comprometería á hacerme un molino á la moda de su país, que tendría mucho más despacho, que no necesitaba hacer más que tres ruedas, y que según el arreglo de los dientes interiores, se podía dar á la piedra la velocidad que quería; pero consultando con mi esposa sobre esto, me aconsejó lo dejase hacer como se usa en el país; pues que nadie traería maíz ó trigo á moler en un molino á que no estaban acostumbrados, y quizá tenía razón, porque este país es muy atrasado todavía.

Á don Nicolás Matson no le gustó el país por lo desigual de su superficie; quería que fuese como la del mar, en que fué creado. Retiró los cien pesos que había puesto para la curtiduría, y se fué para Santa Cruz, que es país más llano, llevando seducidos á mi carpintero y á mi marinero Alejandro, ofreciéndoles grandezas.

Había traído el importe de trescientos pesos en herramienta de carpintería, y mientras estuvo el sueco traba-

jando en San Luis, aprendí de él á trabajar algunas cosas; de manera que cuando se marchó con el señor Matson, me hacía poca falta. Peones arrenderos, con Portal, asistieron en el astillero á labrar madera para el molino. Este astillero era más lejos de la casa. Llevaba mi hamaca allí. Ayudaba á los peones á tirar sierra, como cualquiera de ellos, y no volvía á casa sino los días sábado por la tarde y regresaba al trabajo el lunes por la mañana.

Hallándose mi esposa próxima á desembarazar, la llevé á Tarija, y regresé luego á San Luis á atender personalmente mis trabajos y mis propiedades.

Entretanto, el general Andrés Santa Cruz se había posesionado ya de la presidencia constitucional de la República, y el Gobierno se hallaba en La Paz.

Yo continuaba mis trabajos de campo con entusiasmo y muy satisfecho de aquel género de vida.

Cuando se acabó de hacer toda la madera necesaria para el molino, volví al astillero más inmediato á la casa; estando alineando un trozo de madera para abrirlo á sierra, llegó mi esposa con el comandante general de la frontera, don Pedro Antonio Flores, quien me había traído de Tarija una carta del general Santa Cruz, que ella había abierto, y me la entregó, suplicándome que en mi contestación dijese al presidente Santa Cruz que no podía prestarle mis servicios por estar enfermo.

En su carta, el presidente me dijo, después de titularme su querido compañero de armas, que las relaciones entre el Perú y Bolivia no se hallaban tan amistosas como él desearía, y que bien pudiera suceder una invasión de parte de aquella República; y preguntábame, si en caso de necesitar mis servicios para la campaña, podía contar con ellos. Sin atender al consejo que me daba mi esposa, á quien dije que me era imposible excusarme de prestar mis servicios en defensa de un país, en el que comía mi pan contra un enemigo invasor, contesté al general Santa Cruz, que lejos de negarle mis servicios, lo miraba como una obligación, y muy sagrada de mi parte el prestarlos,

y que podía con toda confianza mandarme sus órdenes.

En estos días, el arquitecto que había contratado para hacerme el molino de San Luis, después de haber hecho venir de Tarija albañiles, carpintero y herrero, me dijo que quería ausentarse á buscar un venero de oro en el Palmar con un derrotero que había conseguido. Esta noticia no dejó de sorprenderme. «¿Cómo—le dije—después de llenar el lugar de artesanos y de haber recibido doscientos pesos á cuenta de su contrato, y con orden de salir para el ejército, quiere usted abandonar el trabajo? No—le dije—; hágame el molino, y yo me comprometo á acompañarle con peones, víveres, herramienta y todo cuanto quiera, en busca del oro, sin interés alguno de mi parte, sino el de cumplir con la oferta que le hacía, y quedamos convenidos; y era mucho conseguir de ese viejo arquitecto, porque, en verdad, estaba loco sobre minas de oro, habiéndome contado los muchos trabajos que había pasado anteriormente en busca de ese metal, y por cuyo motivo perdía su tiempo de trabajar y vivía pobre y necesitado en toda su vida.

Á vuelta de correo recibí una segunda carta del presidente Santa Cruz llamándome al cuartel general en La Paz. Sin pérdida de tiempo emprendí mi marcha, en cumplimiento, como militar, de la orden que había recibido del Gobierno.

CAPÍTULO XIX

Mi marcha al ejército.—Mis compañeros de viaje.—El vicepresidente Velasco.—El prefecto de Potosí.—El ministro argentino Bustos.—Arribo á La Paz.—Mi presentación al presidente de la República.—Empiezo á prestar mis servicios en el Estado Mayor General.—Incidentes.—Buenas noticias.—El teniente coronel Rivera.—El general López.—No deseaba cambiar mi escarapela colombiana.

Después de pocos días de permanencia en Tarija, donde dejé á mi esposa y arreglé mis asuntos, emprendí mi marcha camino de La Paz.

Cuando llegué al río San Juan, que divide por el Norte la provincia de Tarija de la Cinti, y el pueblo al otro lado del río, encontré al teniente coronel Arancibia, uno de los jefes del escuadrón que yo había dado de baja cuando deshice el Regimiento de Dragones Americanos en 1826. Me dijo que había recibido orden del general Santa Cruz llamándole á La Paz para prestar sus servicios contra los peruanos, y que quería acompañarme, porque no tenía recursos para moverse. Consentí, y al día siguiente se me presentó en la hacienda de Viña-Punta con un sirviente y cuatro caballos sueltos.

Llegó con Arancibia un teniente del ejército argentino del general Belgrano en la guerra de la independencia. Éste, al presentarse, me dijo que quería acompañarme al cuartel general á ofrecer sus servicios contra los

invasores. Se incorporó también en mi comitiva, pero sin sirviente y con sólo el caballo en que iba montado. Pasé dos noches en la hacienda de Viña-Punta con don Gregorio Montellanos, en cuya casa en Tupiza me había alojado en el año de 1825. Un hermano de éste había marchado al ejército en el batallón 5.° provisional de línea, y su hermano menor se hallaba en Viña-Punta.

El segundo día que estaba allí, me dijo este joven que quería acompañarme hasta La Paz á entrar en el batallón 5.° y estar con su hermano allí, pero que su hermano mayor no consentía en su ida, sin saberlo su madre, que se hallaba en Tupiza, y me suplicó que yo hablase á don Gregorio y recabase su permiso, si fuese posible. Así lo hice, y me contestó qué diría su madre si lo matasen en la guerra.

Le dije que no todos los que iban á la guerra morían en ella, y que muchos morían en sus camas sin ir á la guerra, y así sucedió en ese caso; pues regresó el joven que fué á la guerra, y el hermano mayor que quedó en su casa, murió durante la ausencia. Me concedió por fin la solicitud de su hermano menor, le dió un caballo ensillado y se aumentó la comitiva con éste más.

Á marchas cortas llegamos á Potosí. El vicepresidente general Velasco había pasado por Potosí, antes de mi llegada, llamado desde Santa Cruz al cuartel general por el Gobierno.

Un señor Tardío se hallaba de prefecto en Potosí, y el general Velasco le avisó que yo debía llegar muy pronto, llamado también como él al cuartel general, y le encargó que me ofreciese recursos para mi marcha; que era yo del ejército de Colombia, que no tenía sueldo alguno, ni bagajes para mi marcha, y que no pediría un real á persona alguna por necesitado que estuviese. Esto me contó el prefecto Tardío, y me instó admitiese un socorro de dinero para continuar mi marcha.

Contesté al prefecto que había traído de mi casa 300 pesos que calculaba suficientes para ponerme en La Paz;

porque en Cinti se me habían incorporado tres caballeros, uno de ellos teniente coronel, con un asistente y cuatro caballos sueltos, otro teniente y un paisano, cuyo hermano había marchado de Chichas en el batallón 5.º, y quería ir á prestar sus servicios en el mismo batallón, y como se hallaba muy escaso y caro el forraje, tanto que me costaba catorce pesos más, y los 300 pesos estaban ya para acabarse, yo le propuse me diese un mes de sueldo, uno para el teniente coronel Arancibia, cien pesos para el teniente, y cincuenta para el paisano.

El señor prefecto me trajo todo lo que le indiqué; pero los compañeros, en lugar de reservar su dinero para sus gastos de camino, compraron sillas de montar, levitas y otras prendas de vestuario, dejándome á pagar todos los gastos de camino con mi mes de sueldo; pues no gasté un peso en Potosí en cosa alguna para mi persona, y salimos de allí en esos términos.

En la posta de Tolapamba encontré al ministro argentino, apellidado Bustos, que regresaba á su país desde La Paz. Hacía mucho frío y viento, y estábamos todos parados cerca de una fogata de tola. No me parecía inoportuno hacerle unas preguntas sobre el estado de cosas en el cuartel general sobre la opinión y la invasión que se proyectaba por parte del Perú. Me contestó literalmente en los términos siguientes: «¡Oh! señor, lo que puedo asegurar á usted es que todos los abogados con quienes he conversado están á favor de Bolivia, y en cuanto á la opinión pública, parece lo mismo; porque este país está muy *civilizado* ya». No dejó de sorprenderme su extraña expresión, y seguimos conversando hasta tarde sobre otros asuntos, menos de política y guerra. Hasta mi asistente, un español, de los alabarderos del virrey La Serna, que tomamos prisionero en la batalla de Ayacucho, se sonrió de la vulgaridad del señor Bustos, ministro argentino.

En camino empecé á reflexionar sobre la situación, para mí desagradable, en que me encontraba; llamado á pres-

tar mis servicios en el ejército de Bolivia, siendo disperso del de Colombia, y retirado en los bosques de la frontera de Tarija. Creía que al presentarme al presidente en La Paz, debía ser con alguna alocución análoga á mi salida de mis trabajos y al estado actual de cosas en la República. Sobrado tiempo tenía por cierto para reflexionar sobre lo que debía decir al presidente á mi introducción y, efectivamente, le hablé en los términos siguientes:

«Desde la remota frontera de los feroces Tobas, donde buscaba mi subsistencia en la madre tierra, lejos de la perniciosa influencia de los teoristas, desde que ellos traicionaron la buena causa, se presenta ante el ilustre presidente de Bolivia, en armas el más humilde de los libertadores.

En aquellos riscos de las montañas oí el penetrante grito de la joven, hija huérfana del Gran Bolívar, amenazada de una injusta y bárbara invasión, invocando en su auxilio á los antiguos soldados de su sepultado padre. Obediente á su llamado, vengo á ofrecer un brazo defensor contra los ultrajes que se la irrogan ó aumentar con mi envejecido cuerpo una víctima más sobre el altar de los derechos violados de pueblos libres.

Vuestra excelencia puede ver en mí á uno de aquellos irlandeses invitados en nuestra patria por el gran campeón de Venezuela á poner los cimientos de la heroica nación colombiana, monumento construído sobre montones de cadáveres.

En asaltos y sitios de plazas fuertes, en campos de batallas y en las mortíferas playas de Margarita, Río Hacha, Santa Marta y Cartagena, vi perecer hasta el último de mis compañeros; yo era su comandante. Dios quiso prolongar mis días para contribuir á otros triunfos, presenciar otros males. Fuí nombrado jefe de Estado Mayor de la división Carreño, del ejército del Norte, á las órdenes del infatigable Montilla.

Después de una serie de campañas y batallas, siempre

victoriosos, nos vimos sin enemigos que vencer. Volamos en auxilio de nuestros hermanos, los hijos del sol, y cumpliendo la orden del Libertador, llevamos los estandartes de la guardia colombiana hasta el antiguo templo del Padre de la Luz. Desde aquel santuario, el Gran Mariscal de Ayacucho me eligió para completar los triunfos de las armas libertadoras, y á la cabeza de una división de nuestros compañeros de armas, á quienes habíamos enseñado á vencer, marchamos hasta los remotos límites de los magnánimos argentinos.

Nuestros enemigos se nos rindieron ó huyeron á nuestra aproximación. Se le dió á la gran familia americana un nuevo pueblo.

Nació Bolivia, cuna de la libertad, suelo de los héroes, tierra de la querida compañera de mi soledad, patria de mi adopción.

Su marcha majestuosa ha despertado la envidia de un hombre ambicioso é insaciable del Norte, quien despreciando la opinión de los pueblos, cuyos destinos, por desgracia, preside, desoyendo las últimas palabras que acaban de salir de los moribundos labios del gran padre de la libertad, rompiendo los lazos de unión que deben ligarnos, aun contra las asechanzas del vengativo enemigo común, marcha sobre Bolivia con unos batallones alucinados.

Pretende borrar este nombre de entre las naciones de la tierra. *¡Justo Cielo!* Y ¿hay un boliviano que pase por semejante afrenta? El entusiasmo que he notado en el semblante de sus habitantes, en ochocientas millas que acabo de transitar en busca del invasor, promete al mundo civilizado un seguro triunfo, una sangrienta lección á los conquistadores por capricho.

«Mas, si por desgracia, la suerte de las armas nos abandona, los escogidos de la patria, rodeando la persona de nuestro presidente, dejaremos en este tiempo de luto un triste recuerdo más á las generaciones venideras, de unos mártires, que antes de consentir en el exterminio de su

patria, prefieren seguir á su Libertador, participar con él de los honores fríos del sepulcro.»

Á mi discurso siguió un profundo silencio. El presidente, que se hallaba sentado á la cabecera, me hizo seña de acercarme; me abrazó con mucho cariño y me preguntó si podía darle una copia de esa alocución. Le respondí que me era muy fácil, que la había estudiado en mi larga marcha, y que la tenía toda de memoria. Me preguntó cómo había sabido la muerte del Libertador, metido como estaba en la frontera de los Tobas.

Mandó poner una copia en todos los libros de órdenes generales de los cuerpos del ejército; dispuso también que se publicase en la *Gaceta Oficial* «El Iris» de La Paz, y se remitieron sesenta ejemplares al ejército del Perú, que se hallaba al otro lado del Desaguadero, dispuesto á invadirnos.

Al día siguiente empecé á prestar mis servicios en el Estado Mayor General, de que era jefe el general Velasco, vicepresidente de la República. Me dió á entender el general Santa Cruz, que sabía muy bien que esto era un sacrificio que yo haría, pero que era de necesidad que yo me encargase del despacho, como ayudante general, porque no podía entenderse á su satisfacción con el general Velasco, y quería que yo viniese con él todos los días á recibir sus órdenes y darles curso.

Fuí dado de alta en el Estado Mayor General y en clase de ayudante general, y tenía mi despacho de sub-jefe del Estado Mayor Nacional de Colombia, que por el Reglamento Orgánico debía desempeñar un general; pero no hice observación alguna, y como disperso del ejército de Colombia, no pensaba mudar mi escarapela, sino ayudar en la presente campaña hasta su conclusión y regresar á la frontera de Tarija; porque así como me agrada la carrera de las armas en campaña, ó en preparativos para ella, no tengo el genio que se requiere para el cuartel general en tiempo de paz, en que no hay otra ocupación que la de atender quejas, ordenar sumarios, procesos y consejos

de guerra de oficiales generales y ordinarios. Y muy pronto se ofreció uno de aquellos de los más ruidosos, del que hablaré á su tiempo.

Seguí, como me había prevenido el presidente, acompañando al general Velasco todos los días al despacho de la guerra, recibiendo las órdenes y decretos en solicitudes y dándoles curso, cuando un día de éstos llegó el correo de Potosí.

Entre la correspondencia de aquel prefecto llegó una planilla de los gastos de guerra, hechos por la Prefectura en el semestre pasado, y entre éstos el dinero que el prefecto de Potosí me había dado á cuenta de mis sueldos y de los individuos que me acompañaban para poder continuar mi marcha.—¿Por orden de quién se ha dado ese dinero?—preguntó el presidente.—Yo dejé esa orden al prefecto—le contestó Velasco.—¿Cómo quería usted que O'Connor viniese desde la frontera de Tarija sin sueldos y sin bagajes?—No es ese el motivo de mi pregunta—dijo el presidente—, sino que dí orden á ese prefecto que no se desprendiese de un peso de Tesorería, sin orden expresa mía; porque es indispensable observar una estricta economía en las actuales circunstancias de la república; y usted, Velasco, reintegrará ese dinero en la Tesorería de Potosí.—Está bien—dijo el general Velasco—, yo lo abonaré.

Por este mismo correo recibí una carta de mi maestro curtidor que había dejado en San Luis. En esta carta me avisó que había sacado las primeras suelas de los noques y que las había remitido á Potosí, donde se vendían á siete pesos cada una.

También en el despacho de ese mismo día el presidente me ordenó remitir una nota al prefecto de Potosí para que hiciese construir en aquella ciudad cuatrocientas sillas para el segundo regimiento de Lanceros, y al salir del despacho, dí las gracias al general Velasco por su respuesta al presidente sobre el reintegro del dinero que por orden de él me había dado el prefecto al pasar

por Potosí, y que por casualidad se me había presentado la facilidad de abonar yo mismo ese dinero; que el correo me había traído una carta de un maestro curtidor inglés, que tenía en la frontera de Tarija, avisándome que había traído á Potosí cien suelas que jamás habían visto allí semejantes, y que se podía escribir al prefecto diciéndole que tome de esas suelas para las sillas de lanceros al precio corriente. Así se hizo y quedó abonado más que el dinero que me habían franqueado.

Seguimos despachando. Un día nos llegó la noticia de que se nos pasó uno de los buques de guerra de la escuadra peruana, entregándose con toda su tripulación al Gobierno en Cobija. Éste fué el bergantín *Congreso*. Pocos días después, otra noticia de habérsenos pasado la fragata *Prueba*, y en seguida la goleta *Guayaquileña*, y quedó el Perú sin escuadra.

Hubo muchas quejas en estos días por parte de los soldados, que sus ranchos no les bastaban á mantenerse. Dispuso el presidente que se pasase una revista de inspección á todos los cuerpos del ejército, á excepción del 5.°, que era de nueva creación, levantado en la provincia de Chichas y provisional.

Todos los cuerpos de infantería resultaron sin fondos y en quiebra. Los dos regimientos de caballería presentaron fondos considerables y sus cuentas y documentos bien llevados.

Por de pronto el presidente, en una orden, abolió la costumbre del rancho y dispuso que cada soldado recibiera dos reales cada día, después de la revista de cuartel; y este sistema ha surtido muy buen efecto aun en campaña.

Entre los cuerpos de infantería que se tenía que inspeccionar, uno era el batallón 3.° de línea, mandado por el teniente coronel Tadeo Rivera. El presidente me ordenó un día, en el despacho, dirigir una nota al general Francisco López, que mandaba la fuerza de vanguardia sobre la línea del Desaguadero, y en la cual se hallaba el

batallón 3.°, para que se presentase en el cuartel general el teniente coronel Rivera.

Después de haber repetido la orden al general López por tres veces, y que no me contestaba tampoco, ni parecía el teniente coronel Rivera, el presidente mandó que viniese el mismo general en calidad de arrestado, por falta de subordinación, y se le mandó poner en juicio é instruir el sumario correspondiente. Aquí resultó una dificultad, interpuesta por el general Velasco.

Yo le dije que iba á nombrarle de fiscal en la causa del general López, y le mostré en la obra de Colón, que, siendo un general el acusado, el fiscal debía ser el ministro de la Guerra; pero Velasco se me incomodó é hizo que se nombrase de fiscal al teniente coronel Sebastián Agreda.

La cabeza del proceso fué una carta que el general López había escrito al presidente, en lugar de contestar á la que yo le había dirigido por su orden. Esta carta estaba, ciertamente, escrita con mucho acaloramiento, y concluía en estos términos, que tengo muy presentes en la memoria: «No faltará, mi general, quien le haga revoluciones; pero nunca será su afectísimo seguro servidor, Francisco López». Yo no hallaba un motivo de resentimiento, por parte del presidente, en parte alguna de esta carta; pero no me atrevía á decírselo. Tendría sus antecedentes con este general, que yo ignoraba, y me callé.

El general Velasco comía en casa del presidente; yo, en mi alojamiento, la casa de don Manuel Ballivián, quien se hallaba en su hacienda de Yungas.

La oficina del Estado Mayor general estaba en la casa del general Loaiza, ya muerto, y el general Velasco se alojó en ella; yo asistía todos los días á la oficina.

Una noche, el general, de regreso de casa del presidente, me llamó y me comunicó una orden del general Santa Cruz para que yo llenase un despacho de coronel del ejército de Bolivia y lo llevase al día siguiente al despacho para la firma. Dije al general que no haría cosa

semejante, que era general de los ejércitos de Colombia, aunque no me había llegado mi despacho en forma, y que no había venido al cuartel general con intención de mudar mi escarapela, que les ayudaría en la actual campaña hasta su conclusión y regresaría después á la frontera de Tarija á mis trabajos de campo. "¿Diré eso al presidente mañana en el despacho?—me preguntó—. En su misma cara se lo diré, y lo cumpliré también, si salimos victoriosos, como lo creo, en esta campaña—fué mi respuesta—. Pero, mi amigo—me dijo—, ¿no ve que yo me hallo en las mismas circunstancias que usted? He sido llamado, como usted, de mis trabajos en Santa Cruz, y pienso volver á ocuparme de ellos con mis bordados, y usted puede hacer lo mismo, porque en este congreso será usted elevado al rango de general. Lo sé de boca del mismo presidente.—Yo "no aspiro á semejante elevación—le dije—, ni necesito de bordados para los trabajos de campo". Y el hombre que hablaba así en 1831 era el mismo que en 1839 me borró de la lista militar de Bolivia por extranjero y mercenario.

Fuimos al despacho al día siguiente. Se concluyeron los asuntos del día, y me estaba retirando, cuando Velasco me hizo seña que me quedase. El presidente lo advirtió y le preguntó qué había. "O'Connor se lo dirá—respondió—. Anoche, de regreso á casa, le dí la orden de usted de traer un despacho de coronel del ejército de Bolivia para él, y él le dirá lo demás.—Es verdad, señor—respondí—; y dije al general Velasco que en el despacho diría á usted en su cara que no quería mudar mi escarapela.—Vaya—dijo el presidente—, ya voy comprendiendo; explíquese, O'Connor.—Mi explicación es muy sencilla, señor. Sus despachos dan á entender que los que los obtienen los hubiesen solicitado, y yo no solicito semejante documento.—Ya lo entiendo todo—dijo—. Tomó la pluma y escribió el encabezamiento de un despacho en estos términos: «Considerando necesarios los servicios del coronel de Colombia Francisco Bur-

dett O'Connor, he tenido á bien llamarlo para que sirva en el ejército de Bolivia, con la antigüedad de 9 de Febrero del año 1825, desde cuya época los ha prestado con utilidad". Vaya, O'Connor—me dijo—, ¿se conforma con este despacho?—Sí, señor—le respondí—". ¿Qué iba á hacer sino obedecer? Y se concluyó el asunto.

Y bastantes trabajos y disgustos me costó y me está costando hasta hoy en el año de 1869, en que estoy escribiendo estos *Recuerdos,* porque cuando cayó el general Santa Cruz á consecuencia de la batalla perdida por él en Yungay contra los chilenos y peruanos aliados, y que á consecuencia de la derrota, el general Velasco, que mandaba el ejército del Sur, habiéndome relevado de este mando por enfermedad mía en Tupiza, hizo su vergonzoso pronunciamiento de restauración, y me borró de la lista militar del ejército de Bolivia, lo mismo que al general Felipe Braun y al general Herrera.

Pero se hablará de esto á su tiempo; y por ahora el asunto será el juicio del general Francisco López, y el apuro del presidente para hacerme admitir el despacho en el ejército de Bolivia, fué para asegurar mi asistencia como vocal en el Consejo de Guerra, creyendo que como yo estaba impuesto de todos los antecedentes del asunto, podría influir en el Consejo en hacer una fuerte pena al acusado en su sentencia; pero el general se equivocó en el concepto que había formado de mí en este asunto.

Se reunió el Consejo de Guerra. Se presentó en él el general López y leyó su defensa. Se desocupó la Sala para su conferencia y la sentencia. El general Braun hacía de presidente. Sobre la mesa se hallaban las ordenanzas militares, vigentes todavía; la obra de Colón y los dos tomos de los Códigos de Santa Cruz.

Ni el presidente ni ningún vocal podían encontrar en las ordenanzas una pena aplicable al caso en que se hallaba el general López; yo, que sabía muy bien todo esto, pues por el espíritu de las ordenanzas españolas no se consideró que un general pudiese faltar á la subordina-

ción, me entretenía en fojear los capítulos del Código Penal Santa Cruz, hasta que encontré un artículo que me pareció aplicable, y que imponía reclusión á la persona que insultase al presidente de la República por carta particular. Pasé el artículo y el Código al presidente del Consejo. Se leyó, discutió y se adoptó para formar el voto, que fué unánime.

Cuando se llevó el proceso con la sentencia al presidente, se incomodó extraordinariamente con todos los del Consejo, porque el auditor de Guerra, hombre venal y cortesano, por fin le había dicho que fuí yo quien había llamado la atención del Consejo al artículo del Código Penal, que formó la base de la sentencia. No se conformó con ella, pero ya no había remedio, y declaró al general López, general en cuartel, con goce de medio sueldo. Éste no quiso admitir nada y se marchó al Perú, pero sin ánimo de prestarse al enemigo.

El presidente, por decreto, pasó el medio sueldo á la esposa de López, abonable en la Tesorería de Potosí. Este López era muy partidario del general Sucre, el que lo elevó al rango de general en Chuquisaca en Abril del año 1828, adonde marchó López desde Potosí con una compañía de lanceros, siendo prefecto y comandante general de aquel Departamento, y acabó de sofocar la revolución, mejor dicho, el motín.

Había otro general, boliviano de nacimiento, el general Armaza, de quien Santa Cruz tenía recelo, y que se hallaba entonces de prefecto y comandante general del departamento de Potosí, y el general Urdininea, que se hallaba con sus letras de cuartel en su hacienda de Achacachi, con un ayudante á medio sueldo á su lado, y quien venía todos los meses á La Paz á recibir el haber de su general y á dar aviso al presidente de toda cuanto Urdininea decía ó hacía en todo el mes anterior.

Entretanto seguía el Congreso Constituyente en sus funciones.

Se hallaba entonces en la Paz un joven español, Zabala,

cuyo padre había muerto en España. Éste era el dueño de la hermosa casa que ocupaba el general Santa Cruz y se llamaba palacio del Gobierno. El general Bolívar, á su llegada á La Paz, en 1825, con el general Santa Cruz de su jefe de Estado Mayor General, había hecho regalo á éste de la casa de Zabala y de su hacienda de coca de Yungas, ambas del valor de ciento veinte mil pesos.

El joven Zabala había venido desde España á reclamar su casa y hacienda. Se presentó y le dijo que tenía intención de reclamar en juicio su propiedad. Es muy cierto que tiene usted derecho—le dijo el general Santa Cruz— ; pero yo le aconsejo que haga su reclamación al Congreso. Lo hizo así Zabala, y el Congreso le decretó el abono del importe de su propiedad por la Tesorería Nacional.

Este Congreso nombró al general Santa Cruz presidente constitucional de Bolivia, con el sueldo anual de veinticinco mil pesos, siendo el sueldo asignado por el primer Congreso, el del 1826, de diez mil pesos, el mismo que gozaba el general Sucre, y el que había propuesto á este Congreso la tarifa de todos los sueldos de la República, y que fueron aprobados.

El general Santa Cruz admitió este escandaloso aumento en su haber, y he aquí la verdadera causa de todas las revoluciones ocurridas en Bolivia hasta hoy día; siendo de notar que otro Congreso posterior decretó al general José Ballivián otro aumento hasta treinta mil pesos, pero sin proveer ningún fondo nacional para responder á semejante gasto.



CAPITULO XX

Tratado de Tiquina.—El ministro peruano señor Latorre.—Mi ascenso á general del ejército de Bolivia.—Documento honroso.—Ayer y hoy.—El Congreso clausura sus sesiones.—Digresión.—Viaje del general Velasco.—Me encargo del ministerio de la Guerra.—Los generales Armaza y Ballivián.—Diputación argentina en La Paz.—Proyecto de anexión de las provincias argentinas del Norte á Bolivia.—Conflicto con los argentinos.—Desafío de Quiroga.—Salgo en comisión al Sur y me releva en el ministerio de la Guerra el general Herrera.—Una indisposición.—Llego enfermo á Oruro.—El doctor Murga.—Sigo mi marcha.—Agravación.—Mi fiel asistente, Eusebio Mora.—El cadete Barbeito.—Favor que éste me hizo.—Arribo á Potosí.—El intendente Téllez.—Me separo de mi bienhechor Barbeito.—Viaje penoso.—En Cinti.—Paso del Río Grande.—Don Mariano de la Flor.

Con motivo de haberse pasado á las autoridades bolivianas en el puerto de Cobija todos los buques de la escuadra peruana, y el descontento y asomos de sublevación, que empezaban á acentuarse en el ejército peruano en marcha para invadir á Bolivia, parece que el presidente del Perú, general Gamarra, conoció su engaño, y volviendo sobre sus pasos, envió al Gobierno de Bolivia proposiciones de paz, las que fueron admitidas, y celebrado en consecuencia, el *Tratado de Tiquina.*

Vino entonces á La Paz el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Perú, señor don Pedro Anto-

nio de La Torre, un distinguido caballero y notable diplomático.

Aproximábase entretanto la conclusión de las sesiones del Congreso Nacional, en una de las cuales se discutió la propuesta presentada por el presidente de la república, general Santa Cruz, para que yo fuera ascendido á la alta clase de general de los ejércitos de Bolivia. La comisión de Guerra, á la cual pasó el informe, la desaprobó, fundándose en una ley del Congreso de 1826, que prohibía la introducción en adelante, de más generales en el ejército, que uno por cada dos mil hombres. De los tres diputados que formaban esta comisión, dos eran tarijeños; pero sometida la propuesta á discusión, fué aprobada, y el Congreso me dió el grado de general.

Esta propuesta, de puño y letra del presidente Santa Cruz, la conservo hasta ahora en mi poder, como un documento mucho más honorífico para mí, que el mismo ascenso á general de brigada que se me confirió.

Me veía, desde luego, con más responsabilidades y con menos esperanzas de poder regresar, como tanto deseaba, á mis trabajos de campo, á mi grato retiro de la frontera de Tarija, en donde me hallo actualmente, en este año de 1869, escribiendo estos *Recuerdos*, arrinconado y olvidado ya, mientras el ejército de Bolivia tiene hoy dos mil hombres y veintiocho generales en servicio.

Este Congreso de 1831 terminó sus sesiones, y los representantes se regresaron á sus hogares. El general Velasco pidió licencia temporal para irse á pasar la estación de aguas en Cochabamba, y yo, como jefe del Estado Mayor general, quedé desde ese día encargado del ministerio de la Guerra.

Por la Constitución que este Congreso dió á Bolivia, el presidente de la República no gozaba de más sueldo que de los 25.000 que tenía asignados y que posteriormente se elevó á 30.000. Puedo asegurar que durante la administración del general Santa Cruz no se sacó un solo peso del Erario nacional fuera de presupuesto, y que se

gobernaba en todo conforme á la Constitución. No sucedió lo mismo en algunas administraciones posteriores, en que los mandatarios, arrogándose atribuciones, disponían como querían del Erario. Y como en este mundo todos los efectos tienen sus causas, la causa de estas irregularidades proviene de que todo el edificio nacional está construído sobre malos cimientos. El estado y condiciones del país parecen no corresponder á la forma representativa, que hoy día ha degenerado en una farsa.

El sueldo anual de treinta mil pesos, asignado al Jefe Supremo de la Nación, es también uno de los alicientes para muchas de las revoluciones que se han visto y se verán todavía en Bolivia.

El sistema monárquico constitucional parece inherente á la constitución orgánica de estos países, que no tuvieron presente esta circunstancia al sacudir el yugo de España, y se constituyeron en repúblicas democráticas sin los elementos necesarios para esta forma de Gobierno.

Quizá mejoraría nuestra situación política y social si se pudiera introducir en nuestro sistema de Gobierno algunas modificaciones, como éstas, por ejemplo: un presidente cuyo período constitucional sería de diez años, y con un sueldo anual que no pase de diez mil pesos, sin patronato alguno ni responsabilidad, y con ministros de Estado responsables, cada uno en su ramo, libertad electoral amplia y perfectamente garantizada, sin que jamás se dé lugar ni al más leve asomo siquiera de intervención oficial, crimen que mina por su base el hermoso sistema democrático. Restablecimiento de los antiguos *Cabildos,* abolidos por el Libertador, sin que hasta hoy hayan podido ser reemplazados. Alternabilidad en todos los ramos de la Administración, especialmente en el poder judicial. Cabildos con atribuciones de hacienda, policía, justicia, estadística, salubridad, ornato y vialidad, no independientes, sino auxiliares del poder superior sin ocasionar gastos al Erario.

Así creo que las cosas marcharían mejor. Pero, desgra-

ciadamente, en contra de esta saludable reforma se presentan las pasiones, la ambición, las aspiraciones personales y la falta de desinterés y patriotismo.

Con todas las imperfecciones de forma de gobierno y las demás mencionadas, las cosas andaban bien; la persona y la propiedad eran respetadas; las autoridades subalternas, contenidas en sus propios límites, y sobre todo el ejército, era un verdadero ejemplo de moralidad; ¿y por qué? Porque el general Santa Cruz era un excelente administrador público que observaba puntualmente la Constitución y la hacía observar, y se puede asegurar que con un primer magistrado como él cualquier forma de gobierno marcharía al Congreso.

No me ha parecido fuera de su lugar esta digresión. Conozco que es todo verdad. Á esto me atengo, y esto me basta.

Habiendo salido el general Velasco para Cochabamba, quedé encargado del despacho del ministerio de la Guerra, y me trasladé á la casa del finado general Loaiza, que había ocupado el general Velasco, y en la que se hallaban establecidas las oficinas del Estado Mayor general.

La tarde de un domingo en que había llegado el correo del interior de la República, el presidente Santa Cruz vino á buscarme, me ordenó hiciera venir á todos los oficiales del Estado Mayor, y mientras éstos llegaban me refirió lo que había.

El general Armaza, prefecto y comandante general del departamento de Potosí, había pedido al Gobierno licencia para venirse á La Paz, la que le fué concedida. Parece que determinó pasar por Chuquisaca con intención de vender algunos muebles que había dejado allí.

Al salir de Potosí se había dispuesto en las afueras de la ciudad por algunos vecinos una gran mesa con refrescos y licores. Allí, los aduladores, porque todo no era más que adulación, recibieron al general, le hicieron apearse de su caballo y empezaron á beber. Entusiasmados por los vapores del licor, le hicieron regresar á pie,

con gran acompañamiento de hombres y mujeres, hasta la casa de la prefectura. Allí siguió la bebida y los brindis.

El presidente había recibido cartas de ocho personas de la ciudad de Potosí, en las que le daban aviso de todo lo ocurrido, á su modo cada una, y sin más objeto que labrar méritos ante el Gobierno.

El presidente me dió orden, primero, de dirigirme al nuevo prefecto de Potosí para que sin demora mandase instruir una sumaria información sobre la conducta del general Armaza á su salida de Potosí. En la nota se nombraba á los ocho individuos que debían de servir en el juicio. Se dirigió, además, una orden á las autoridades del tránsito hasta La Paz para capturar al general y remitirlo á Potosí á responder en juicio.

En estas comisiones se ocuparon todos los oficiales del Estado Mayor, á excepción del capitán Manuel Rodríguez Magariños, único que quedó conmigo.

Cuando todos se habían marchado y quedamos solos el presidente y yo, me dió á leer las ocho cartas y en seguida me dijo:

"¿Qué le parece, O'Connor?"

"Excelentísimo señor—le respondí—; ya que me pide mi parecer, siento tener que decirle, que creo ha procedido usted con mucha precipitación. Conozco á tres de los individuos de los que le escriben, y estoy seguro que éstos y todos los demás, cuando vean al general Armaza en juicio, en vez de acriminarle, le van á santificar en sus declaraciones."

—¡Oh!—me dijo el presidente—: ¿con que usted quiere que á uno primero le asesinen y después recién se tome precauciones?

—El tiempo, excelentísimo señor, le convencerá de todo—fué mi contestación.

Pocos días después llegó de Cochabamba el parte de que el general Velasco había hecho arrestar al general Armaza, y le había hecho remachar una barra de grillos.

De esto resultó una contra-sumaria interpuesta por Ar-

maza contra Velasco. En vista de esto, el presidente mandó al capitán Magariños á Cochabamba á hacerse cargo del general Armaza, y conducirlo al puerto de Cobija.

Llegó posteriormente el sumario organizado contra Armaza, remitido por el prefecto de Potosí. En él apareció todo exactamente, como yo se lo había anunciado al presidente.

Esto sucedió con el segundo de los generales de Bolivia, que había en servicio en el ejército.

El general Santa Cruz se había desprendido del benemérito general López, y ahora desterraba al general Armaza.

Un día, en el despacho, con el decreto de destierro, la Constitución y el reglamento del ejército al frente, me dijo el presidente: "Ahora, ¿qué hacemos, compañero? Mucho siento no haber atendido en este asunto el parecer de usted, pero ya no hay remedio. Sin embargo, no puedo resolverme á desterrar al general Armaza con sólo el medio sueldo que por el regimiento le corresponde. Vaya, pues, usted á verse con el ministro de Hacienda, señor Lara, y pregúntele si quiere no ofrecer oposición á asegurarle á Armaza su sueldo íntegro durante su destierro. Bien sé que usted, como ministro de la Guerra, no se ha de oponer; pero hay que hablar con el ministro de Hacienda."

Me fuí á ver al señor Lara y le dí el mensaje del presidente.—"Dígame, hijo—exclamó el viejecito—: si hubiese un cambio en el Gobierno de la nación, y se nos hiciera un cargo por infracción del reglamento del ejército en ese asunto, ¿se resuelve usted á abonar en Tesorería ese dinero de más concedido á Armaza?"—"Sí, señor—le respondí."—"Pues hijo, puede usted volver á su despacho, y decir al presidente que yo no firmo semejante decreto."

Cuando regresé á Palacio, el general Santa Cruz me recibió con una sonrisa y me dijo:—"Bien sabía que nada habíamos de conseguir del señor Lara; pero he encontra-

do un medio de componerlo todo. Mandaremos á Armaza de ministro plenipotenciario al Brasil, y veremos entonces si Lara le niega el sueldo íntegro.“

Efectivamente, hizo luego extender el despacho para el referido general.

Estando el general Armaza en Cobija cayó á manos del presidente una carta que le había escrito el general Ballivián (entonces coronel), en la cual, hablando del general Santa Cruz, le llamaba *indio*. Otro mal rato para su excelencia, y otro motivo de aprensiones.

Un día, al entrar al despacho del presidente, encontré al general Ballivián en la antesala, con una solicitud en la mano. Me la entregó al verme y me suplicó la apoyara ante el presidente. En ella pedía su licencia final y absoluta separación del ejército.

Cuando dí cuenta de ella al general Santa Cruz, «esto es un disparate—me dijo—: Este hombre no tiene más entradas que la décima parte de la hacienda de Yungas, y ¿qué hará?“

En vano procuré apoyar la solicitud de retiro de Ballivián; el presidente se negó á aceptarla, y el general Braun, que entró á ese tiempo, se opuso también, manifestando que de ningún modo convenía dar de baja á Ballivián.

Yo mismo, por otros motivos, quería librarme de los compromisos de la política y de las molestias, tan pesadas para mí, de la corte; y disipados todos los temores de una guerra internacional, deseaba volver á mi retiro de la frontera de Tarija, á vivir de mis trabajos de campo. En conversación un día con mi amigo el general Braun, le hablé de mi intención de solicitar mi retiro.

“Ni lo piense, compañero—me dijo—; y si persiste en ello, acomode su maleta para salir del país. El general Santa Cruz lo ha sacado á usted de sus montañas, y no lo suelta; él mismo me lo ha dicho así; y si se retira del servicio, no lo dude usted que le perseguirá. No, no, no—repitió—, quédese á aguardarnos. Usted nos hace falta.“

Esto á lo menos era hablar claro, y me resolví á que-

darme en el servicio, á pesar de que la vida militar en tiempo de paz me cause tanto disgusto como me agrada en campaña, y con una justa causa que defender.

Á fines de este año de 1831 aconteció una novedad de importancia en las provincias del Norte de la Confederación Argentina. El famoso caudillo Facundo Quiroga había posesionádose del territorio hasta Salta y Jujuy, y llegó á La Paz una diputación ofreciendo la anexión de estas provincias á Bolivia como único remedio de poner fin á la anarquía que las devoraba. Yo no sé cómo sería el recibimiento que el presidente hizo á la diputación argentina; pero esa misma tarde, acompañándole á una visita que hicimos al hospital, y hablando sobre aquel grave asunto, el presidente me refirió la presentación de la diputación y su objeto, y concluyó exclamando:—«¡Dios me libre de pegar esa postema á las costillas de Bolivia!»

Á fines del mes de Enero de 1832 recibió el general Santa Cruz un desafío del caudillo argentino Quiroga, amenazándole venir á quitarle la provincia de Tarija, que tanto reclamaban siempre los argentinos. El presidente me hizo llamar de mi despacho, y mostrándome el impreso de desafío de Quiroga: "Aquí tenemos una novedad y muy seria—me dijo—; yo no pensaba que usted se separase ni por un momento de mi lado, desde que lo saqué de sus montañas; pero ya veo que es de absoluta necesidad que nos separemos por un corto tiempo.

«Nadie mejor que usted conoce aquel territorio, que puede llegar á ser el teatro de una campaña. Tomará usted un batallón de Infantería y un regimiento de Caballería, marchará á Tarija, y me pondrá toda la provincia en estado de defensa contra ese gaucho. Organizará toda la guardia nacional en regimientos de Caballería y batallones de Infantería; y si se ve apurado por un ataque, pida toda la fuerza necesaria para asegurar un triunfo, y se pondrá á los órdenes de usted."

El general Herrera fué nombrado para relevarme en el despacho del ministerio de la Guerra. Este general, chi-

leno de nacimiento, era muy amigo del general Santa Cruz, quien le conoció en el Perú cuando era ministro del presidente Riva-Agüero. De aquella época databa la amistad de estos dos generales, y Santa Cruz jamás se olvidaba de sus amigos, cosa algo rara entre los hombres públicos de Sur-América.

En la noche del 31 de Enero me hizo llamar el presidente para darme en persona sus últimas instrucciones relativas á mi comisión al Sur, ampliando las que en la mañana de ese mismo día recibí por escrito en el ministerio de la Guerra.

Me retiré muy tarde del palacio de Gobierno; la noche estaba lluviosa y fría, yo jamás usaba capa, y cuando llegué á mi alojamiento me sentí muy indispuesto. Mandé á Mora que me preparase una horchata, y después de tomarla en cama, me sentí peor. Pasé muy mala noche; sin embargo, me levanté de cama bien temprano la mañana del 1.° de Febrero, y monté á caballo para emprender mi marcha al Sur. Había venido en este momento á casa el general Herrera y todos los jefes y oficiales del Estado Mayor general, á acompañarme hasta el Alto, en donde nos despedimos, y seguí mi camino hasta la Ventilla, á las cuatro leguas de La Paz. Allí me vino un violento vómito desde el momento de apearme, y así seguí hasta Oruro, sin poder tomar un bocado de alimento, porque mi estómago nada toleraba.

En Oruro me alojé en casa del prefecto, y allí se me presentó el doctor Murga, cirujano mayor del ejército, quien, al verme, me dijo que me notaba muy mal; á lo que respondí que no necesitaba me diese semejante noticia, sino que me recetara algún remedio. Me dió una bebida de achicoria y me dijo que era indispensable quedarme algunos días en Oruro para hacerme curar. Le respondí que marchaba en comisión militar y que seguiría adelante hasta caer. Como, por otra parte, nunca he tenido fe en los médicos, seguí mi camino, lloviéndome todos los días y con el vómito, que no se me contenía.

Llegué así á la posta de Lagunillas, y me alojé en un cuarto miserable, de cuyo techo estaba goteando el agua. Mora tendió mi cama sobre un poyo de barro, y al tiempo de acostarme, me indispuse tanto, que le dije:—«Creo, Mora, que de aquí no pasaré; me siento muy malo.»

Bien de mañana entró Mora á preguntarme si ensillaría.—«Qué—le dije—, ¿no ve usted que no puedo ni vestirme, y que no podría dar ni un paso?»—«Señor—me dijo entonces—; anoche ha llegado á esta posta un cadete del batallón 3.º, que ha estado con licencia en Cochabamba, que ahora va en alcance de su cuerpo, y pide permiso para entrar á ver á usted.»—«Que entre»—le dije—, y á poco momento se me presentó el cadete Barbeito, quien, al verme tal mal, se asustó.—«Mi general—me dijo—, está usted muy malo».—«Tan malo, Barbeito, le respondí, que creo que aquí voy á dejar mis huesos.»—«¡Oh, no; mi general» —me dijo—; es preciso hacer un esfuerzo. Traigo en mi alforja un poco de chocolate, del que voy á prepararle un matecito.»—«No me hable de chocolate—, le contesté; no he podido verle desde que estuve en Panamá, donde se usaba el chocolate de Guayaquil, que acabó por repugnarme, y desde entonces no lo tomo, mientras me agradaba mucho el de Caracas, que tomábamos en la Costa Firme.»—«Le ruego, mi general—insistió Barbeito—, que haga un esfuerzo. Este chocolate que traigo no es de Guayaquil.»—«Bien, pues—le dije—, voy á complacerle; haga que me lo prepare Mora, y que le ponga bastante azúcar». Á poco rato me lo trajo; lo tomé, y antes de concluirlo, sentí que me volvía el alma al cuerpo. Momentos después me levanté de la cama, monté á caballo, y mi buen cadete Barbeito me acompañó hasta la posta de Leñas. Hasta la de Lagunillas yo había venido sólo con mi fiel asistente Mora, pues mi ayudante Tarifa quedó en La Paz, con mi permiso, haciendo algunos arreglos suyos.

Llegados á Leñas, mi cadete Barbeito me preparó otro mate de chocolate, y continuamos la marcha hasta Acho-

calla, á las trece leguas de Lagunillas, sin haber sentido nada de fatiga, á pesar de habernos llovido fuerte todo el día.

El día siguiente seguimos nuestra marcha para Potosí, pero, al llegar á la quebrada de San Bartolomé, ésta se nos presentó tan crecida que no daba vado. Muchas paredes de casas por todos lados, pero ninguna con techo. Yo me quedé montado, mirando la orilla opuesta de la quebrada, que está forrada de piedra en este lugar, y observaba que la creciente estaba bajando. Mi cadete se fué en busca de una casa donde abrigarnos, porque llovía todo el día, y vino á hallarme adonde me había dejado, trayendo sobre una loza un tacho con chocolate hirviendo, que tomé sobre la mula. En la esquina arriba de la quebrada había una recua de mulas de la costa, detenida, como nosotros, por la creciente. Éstas esperaron á bajar, y nosotros subimos, y llegamos por la tarde, siempre lloviendo. Me apeé en la casa de la prefectura, vino á verme el intendente de policía Téllez, que había sido capitán en el batallón *Rifles* de Bomboná, primero de la Guardia Colombiana, en la campaña de 1824. Éste insistió en llevarme á su casa para alojarme, y me fuí con él. Comí mucho de carne seca de las comidas que se acostumbraban en Potosí, con mucha apetencia y sin ningún mal resultado. Aquí mandé á mi asistente Mora á comprar un quintal de chocolate. Pasé la noche muy bien, amaneció nevando espesamente. Llegó el prefecto, algunos empleados de la Moneda, y otros vecinos á instarme no saliese ese día por ningún motivo. Les dije que iba en comisión importante y que no me demoraría hasta caerme de la mula.

Me acompañaron hasta el Socavón, y yo continué mi marcha solo hasta la Lava. Mi cadete había quedado en la ciudad, costumbre que todos los americanos tienen cuando llegan á una población; pero no por falta de él me quedé sin chocolate; conocía al viejo arrendero de la hacienda. Éste me dispuso una taza de chocolate, y pasé

esa noche sin novedad. Mi cadete me había alcanzado tarde de la noche.

Al otro día era preciso separarme de mi cadete en la pampa de la Lava. Él iba en alcance de su batallón, que se hallaba en Cotagaita, y yo marchaba por Otavi y Cinti á Tarija. Llegué á Otavi esa tarde. La familia del marqués estaba en casa. Se me dispuso un cuarto, y me mandaron una fuente de duraznos, que yo no sabía comer. Mis cargas habían quedado atrás, y no había chocolate, pero ya no era tiempo, y pasé mala noche. La tarde siguiente llegué á Sivingamayo. En ese tiempo no había casa de posta alguna allí. Llegué á la playa del río, siempre lloviendo; en el momento de apearme, me atacó el vómito, y como había llegado antes que las cargas, no había chocolate. De Sivingamayo llegué á Cinti á casa de don Pedro Vacaflor, adonde me apeaba siempre de paso por ese lugar. El dueño parecía muy contento de verme. Me dijo que me tendría de huésped por quince días, porque el río Grande no daba vado. "Por lo mismo—le dije —mañana iré acercándome al río para poder pasar en el momento que dé vado."

Y al día siguiente llegué á la hacienda del Rosario, sobre la orilla del río Grande y frente á la hacienda de la Palca grande. En el Rosario encontré de arrendero á don Mariano de la Flor, costeño del Perú, á quien yo había nombrado gobernador de la provincia en tiempo del general Sucre. Me recibió muy bien, y tuve que parar once días con él por no dar vado el río. Todos los días comía corderillo asado y tomaba mi jarro de chocolate, con mucha agua y mucha azúcar, todas las mañanas al levantarme.

Un día, sabiendo el señor Flor mi impaciencia para continuar mi marcha, sacó la puerta grande de la bodega. Hizo atar un barril á cada esquina, y la hizo llevar al río, creyendo poder pasarme á mí y mis petacas encima; pero el río se lo llevó todo. Por fin, el undécimo día entró muy alegre á decirme que el río se podía pasar, pero á vola-

pié, es decir, las petacas y almofrés sobre la cabeza de sus peones, y mandó por un caballo alto nadador, que estaba en la Palca grande. Pasé sobre el caballo á nado y llegamos todos sin novedad. Repartí setenta pesos entre los peones del Rosario, y continué mi marcha al río San Juan, más grande que el de Cinti, y de muy mal piso. Al lado opuesto de este río es la provincia de Tarija; aquí había un escuadrón de caballería, de Guardia Nacional, que yo había formado en tiempo del general Sucre, siendo su comandante Juan Bautista Aguilera. Éste formó su escuadrón, y pasé el río entre hileras, sin más novedad que la pérdida de un soldado y su caballo, que fueron arrastrados, ó mejor dicho, empujados por un gran tronco de árbol que traía el río en su curso. Pasó muy cerca de mí. El paso de este río me costó cien pesos, pero ya me hallaba en territorio de Tarija y curado de los vómitos con los once días de descanso en el Rosario, y las atenciones de don Mariano de la Flor, mi excelente amigo.

CAPÍTULO XXI

Llegada á Tarija.—Empiezo á cumplir mi misión.—El general Raña.—Marcha á Cotagaita.—Regreso á Tarija.—Conclusión del cuartel.—Un comisario famoso.—Emigrados argentinos.—Paseos militares.—Las Misiones de la Frontera.—comisión para el reparto de terrenos.—Reminiscencias.—Otra vez el comisario.—El general Belzu y el coronel Laguna.—Visita del presidente Santa Cruz á Tarija.—Recuerdos de esos días.—Su regreso al interior.

Á fines del mes de Febrero llegué á Tarija en un día de lluvia torrencial.

Á mi llegada, firmé con el señor don Mariano Echalar las escrituras de la venta que antes de irme á La Paz me hizo de su hacienda del Salado, y cuyo valor le había pagado ya.

En seguida, y ese mismo día, empecé á cumplir mi comisión. El primer artículo del pliego de condiciones que recibí en La Paz, me imponía la refacción del cuartel para el batallón 3.°, que había marchado á Cotagaita, hasta que el cuartel de Tarija se hallase reconstruído. Para el regimiento de caballería alquilé una casa bien grande á la salida de la población é inmediata á extensos tapiales de alfalfa y cebada.

Para los gastos de la refacción completa del cuartel de infantería recibí orden de tomar un préstamo del ramo de la fábrica de la Iglesia Matriz, con cargo de pronta devolución.

El fabriquero me dijo que no tenía un solo peso disponible, por lo que me vi en la necesidad de tomar dinero prestado bajo mi garantía personal, y dí principio al trabajo, nombrando un encargado de la obra y de llevar las cuentas.

Hecha esta diligencia, procedí á la formación de los batallones de infantería y regimientos de caballería de la Guardia Nacional.

Para esta empresa me acordé, desde luego, de mi viejo amigo el general (entonces teniente coronel) Timoteo Raña, y preguntando por él, me dijeron que se hallaba en su finca de Tolomoza, á pocas leguas de la ciudad, de paisano, completamente retirado de la carrera militar.

Le hice llamar inmediatamente, y tan luego como se me presentó, le encomendé la formación del segundo regimiento, del que lo nombré primer jefe.

Hallábase este meritorio jefe retirado de la vida pública por lo siguiente:

Á la muerte del presidente Blanco en Chuquisaca, Raña, que era segundo jefe del regimiento de Blanco, que yo levanté para él en Tarija el año de 1827, y que se defeccionó del general Sucre en Potosí, en Abril de 1828, se hallaba en Cochabamba, de donde salió el general Blanco á la capital para hacerse cargo de la presidencia de la República, dejando su fuerza á cargo del teniente coronel Raña.

Pero, cuando después de la trágica muerte del general Blanco, entró de presidente provisorio de la República el general Velasco, éste dió de baja á Raña, quien, desde entonces, se retiró á su casa en Tarija.

En poco tiempo tenía formados cuatro regimientos de caballería y dos batallones de infantería, con una fuerza total de 1.400 hombres, fuera de cuatro escuadrones que tenía en la frontera.

El mejor de los regimientos era, ciertamente, el de Raña, quien se dedicó con mucho esmero y actividad á su formación y disciplina, teniéndolo perfectamente mon-

tado y uniformado, con sus clases muy bien elegidas por él mismo.

En el mes de Marzo recibí una nota del Estado Mayor General, ordenándome marchar á Cotagaita á pasar revista de inspección al batallón 3.°, que se hallaba en aquel punto esperando la conclusión del trabajo del cuartel de Tarija. Me marché allí inmediatamente.

Como el jefe de este batallón, teniente coronel Tadeo Rivera, estaba en La Paz, hallé el cuerpo mandado interinamente por el teniente coronel Sebastián Agreda, y de ayudante mayor al teniente primero Manuel Isidoro Belzu, que más tarde fué general y presidente de la República.

Después de la revista de inspección dí parte de su resultado al Estado Mayor General, y salí de Cotagaita, de regreso á Tarija, donde hallé ya terminándose el cuartel, cuyo trabajo de refacción me costó más de 1.000 pesos.

Despaché entonces á un comisario de la policía de Tarija (pero no tarijeño) á Chuquisaca, llevando al ministerio de Hacienda la cuenta documentada de este trabajo. El ministro le dió la orden de pago para el Tesoro de Potosí. El comisario recibió allí el dinero, y al pasar por la provincia de Cinti, lo jugó y lo perdió todo, por lo que tuve yo que abonar de mi bolsillo lo que me habían fiado para el trabajo del cuartel.

El comisario me firmó un pagaré por los mil y tantos pesos, que guardé en mi cartera y la conservo hasta ahora, sin que jamás me lo hubiera abonado.

La ciudad de Tarija se llenó por esta época de emigrados argentinos, que se venían de su patria huyendo de la bárbara tiranía de Rosas. Entre estos emigrados vinieron los señores Gorriti, Güemes, Puch, Hoyos, Rodríguez y otros hombres de importancia.

Yo me hallaba completamente consagrado á la instrucción y disciplina de los cuerpos que había organizado; y para adquirir todavía más conocimiento del territorio de mi cargo, sacaba un cuerpo continuamente de paseo mi-

litar en todas direcciones, no por los caminos reales, sino al rumbo, por los altos, las montañas y los campos.

Había dispuesto que todos los oficiales comprasen caballos de silla, muy baratos en Tarija por aquel tiempo, y no pedía jamás auxilio á ninguna autoridad de los lugares del tránsito adonde llegábamos á pasar la noche.

Hacía comprar siempre una res por compañía, pagaba su importe, y al día siguiente continuábamos la marcha sin causar la más pequeña molestia á persona alguna. Mi principal atención se dirigía á la frontera oriental de Tarija y sus puntos defensivos; pues por aquella parte suponía yo que debía emprender su invasión el famoso Quiroga con sus gauchos. Sin embargo, no se oía noticia alguna de ellos.

Desde la época del Gran Mariscal de Ayacucho, los cantones de Itau, Zapatera y Caraparí se habían erigido en curatos. Antes eran Misiones establecidas por los Padres Jesuítas, y pasadas, después de la expulsión de éstos, al Colegio franciscano de propaganda Fide, de Tarija. Después quedaron abandonadas á excepción de las Misiones de Itau y Salinas.

En el año de 1827 la Misión de Itau se entregó al Ordinario por falta de religiosos conversores, y entonces fué que se formó el curato, con agregación de los cantones de Caraparí y Zapatera, siendo su primer cura un religioso español secularizado del Convento franciscano de Tarija, llamado Francisco Royo.

Estando en la ciudad de Tarija, me llegó una orden del Gobierno para proceder á un prolijo reconocimiento de los terrenos de la frontera como medida preparatoria de su repartición en mercedes á los pobladores de esos territorios, con el propósito de interesarlos más en su adelanto, y en su defensa contra las tribus salvajes.

Me marché, pues, á la frontera, y dí principio al cumplimiento de mi comisión, desde el 10 de Enero de 1883, con mi teodolito y mi cadena de medir, empezando en el cantón de Caraparí.

Durante mi reconocimiento había dado parte al Gobierno que en el año 1794 el valle de Caraparí había sido repartido en mercedes por un vecino del Orán, Cipriano de la Madrid, por orden del capitán general de Salta.

Los antecedentes son los siguientes: un tal Inocencio Acosta había visto este valle en sus excursiones por esta frontera, y pidió en merced para él solo todo el valle al subdelegado de Potosí, adonde pertenecía entonces; éste decretó en su solicitud que informe el Cabildo de Tarija. El Cabildo informó que el valle de Caraparí era de mucha extensión para que un solo individuo fuese dueño de todo.

Acosta, resentido, se dirigió á Salta ante el capitán general Francisco de la Luz; le dijo á éste que tenía algunos compañeros y armas, y sacó orden Acosta para el teniente gobernador para poner á su disposición un medidor de tierras y condiciones que todos los pobladores del valle de Caraparí debían edificar una casa en la nueva ciudad del Orán, y poblar su estancia en Caraparí, bajo la multa de doscientos pesos ensayados en la moneda de Potosí.

La contestación que recibí del ministro de Hacienda, en vista de este aviso, fué que debía ampararar en sus posesiones á los que se hallase residentes en el Valle de Caraparí, que les diese nuevos títulos y que rectificase sus linderos, de manera que no hubiese litigios en lo sucesivo.

Encontré á dos de éstos en Caraparí, y uno en la jurisdicción de Itau, hasta donde el medidor La Madrid se había avanzado.

Estando en esta ocupación llegó mi correspondencia, traída por el correo, comunicando, entre otras cosas, la marcha del presidente de la República, con su secretario general y su Estado Mayor, á visitar los trabajos que yo había ejecutado en mi comisión de reconocimiento de la Costa de Atacama hasta el Paposo cuando habilité el puesto de Cobija, á fines del año 1825, por orden del Libertador comunicada por el general Sucre.

El Congreso posterior decretó al presidente Santa Cruz una medalla por ese paseo, mientras parece nadie sabe quién ejecutó aquella ardua comisión, aunque el general Sucre encabezó esa nota, dirigida á mí, en estos términos: "S. E. el Libertador ha tenido á bien confiar á U. S. una comisión de suma importancia, la que, verificada con suceso, le granjeará no sólo honra, sino la gratitud de los pueblos". Y el Libertador, el general Sucre y yo somos los únicos sabedores de quién verificó tan importante comisión.

El correo siguiente, en el mes de Febrero, me trajo una carta del general Santa Cruz, en la que me decía que habían llegado muchos argentinos emigrados á Tarija y convenía hacer internar á algunos de ellos, de los que me acompañó una lista. Que nada adelantaría con mandar una orden al gobernador para sacarlos de Tarija al interior, que los dejaría allí á pasar el Carnaval, que se aproximaba, y que era preciso dejar por un rato el repartimiento de los terrenos baldíos, irme en persona á Tarija y hacer cumplir la orden.

Llegué á Tarija á tiempo, y había sido como exactamente me lo había dicho el presidente en su carta. Habían conseguido permiso del gobernador de permanecer en Tarija hasta después de los días del Carnaval. Uno de los de la lista era el coronel don Manuel Puch. Hice llamar á mi famoso comisario de policía y le dí una copia de la lista con una orden suelta de salir fuera de la ciudad en el término de veinticuatro horas. La primera casa á que se dirigió el comisario fué en la que se hallaba el coronel Puch alojado con su suegro el general Gorriti, y tomando mi nombre le dijo que si no salía de la ciudad á la oración, que yo le haría salir sobre una mula aparejada, expresión de la que no me había servido yo en mi vida, ni la había oído tampoco, pero después supe que era una expresión muy usada entre estas gentes. Ello es que salió esa tarde sin que yo lo supiese.

Se acercaba el domingo de Carnaval, y vino á casa el

mismo comisario de policía á tomar mis órdenes sobre la conducta que debía observar en estos días de tantos desórdenes. "Observe usted la misma que yo pienso observar—le dije—; quédese en su casa y tome un libro para entretenerse, y deje que la gente se divierta á su gusto. Ésta es una fiesta resto del paganismo, en que todo se permitía". Se retiró, pero no cumplió mi orden ni siguió mi consejo. El lunes por la mañana entró en mi sala un flanqueador del 2.º regimiento de la Guardia Nacional, que comandaba el coronel Raña, del que era segundo jefe este comisario. El flanqueador traía entre la baqueta de su tercerola un parte del comandante de una guardia compuesta de toda la compañía de flanqueadores del regimiento. Mandé llamar al comisario y le pregunté por cuya orden se había puesto esa guardia en el Cabildo sin mi conocimiento y si no sabía que yo mandaba las armas, y le dí inmediatamente orden para que disperse esa guardia, y se retiraron los flanqueadores á sus casas. El parte era referente á un caballero argentino que el comisario había puesto en el cuerpo de guardia la tarde anterior, y el parte daba á entender que aunque hubo tentativa de rescatar al preso, pasó la noche sin novedad.

Durante la cuaresma, este mismo comisario me dió parte de haber pasado á Valdivieso, argentino, al juez de Letras, quien le estaba instruyendo sumario. Le reconvine y le ordené fuese al juzgado de Letras, y dijese al juez de orden mía, que dejase de seguir semejante sumario.

En lugar de este recado mío, fué á dar las gracias, á mi nombre, al juez por su actividad en el seguimiento de la causa, y de no dejarla sin concluir. Yo ignoraba todo esto hasta el domingo de Pascua, en que el juez vino á mi casa á visitarme, estando conmigo, también de visita, el doctor Romero, juez de Letras, anterior al actual.

En conversación, el juez me habló del recado que dijo le había mandado con el comisario, dándole las gracias por su actividad en seguir esa causa contra el argentino Valdivieso, y que ya estaba concluída en su despacho.

Dije al juez que quería ver esa causa. Se fué á su casa, y me la trajo.—Ahora, señor juez—le dije—, ¿se anima usted á tomar una esquina de este expediente y á romper lo? No quería comprometerse.—Á ver—dije al doctor Romero—, tome usted una esquina. Entonces el juez se animó, y entre los tres lo hicimos pedazos, y se tiró al patio. Pero todavía no paró el asunto. El mismo comisario quiso sacar ventaja de esto posteriormente, como se verá después.

En el mes de Mayo de este año de 1833 me avisó el presidente que venía á visitarme. Me había mandado para el servicio de la plaza unos cuantos jefes y oficiales de los más díscolos que había en todo el ejército. Un teniente coronel, José María Sánchez Nieto, para tenerlo á mi lado, bajo vigilancia; un sargento mayor Luna, potosino, para mayor de Plaza, y un teniente Colunge, natural de Panamá, para edecán, un joven que aparentaba saber todo é ignoraba todo.

Con motivo de esta visita, y para disponer dos batallones de infantería y cuatro regimientos de caballería, que había formado, y esperar la llegada del presidente, me fué indispensable suspender mi comisión sobre el repartimiento de los terrenos baldíos de la frontera.

Entre los oficiales de las fuerzas que entonces tenía á mis órdenes en Tarija, se hallaba el teniente Manuel Isidoro Belzu y el teniente Manuel Laguna, muy amigos, y ambos hombres que debían más tarde figurar en alta escala en la historia política de Bolivia, y tener ambos también un trágico fin.

El teniente Belzu casó en Tarija con la hija del general Gorriti, doña Juana Manuela, hoy una de las más notables escritoras de Sur-América, y yo fuí el padrino de este matrimonio. Belzu llegó á ser presidente de la República, y su amigo Laguna presidente del Senado. Éste murió fusilado en Sucre á consecuencia de los sucesos del 6 de Septiembre de 1850, sin embargo de que parece que ninguna participación tuvo en ellos.

Á su tiempo me ocuparé de esto. Belzu tuvo un fin

igualmente trágico, pues murió asesinado en el palacio de Gobierno en La Paz, el 27 de Marzo de 1865, en momentos en que celebraba la victoria que acaba de obtener sobre el general Melgarejo.

Pero volvamos al arribo del presidente Santa Cruz á Tarija.

Al teniente Laguna lo destiné á disciplinar el 2.º batallón compuesto de toda la gente sobre la orilla del río San Juan, desde Tojo hasta Hircalaya, y que tenía mil doscientos hombres á las órdenes del coronel Mariano Aparicio, hombre rico y con buenas haciendas.

Cuando supe que el presidente se aproximaba al río de San Juan, divisorio de la provincia de Tarija con la de Cinti, mandé á mi edecán Colunge á reunir todo el segundo batallón y hacerlo maniobrar en presencia del presidente. No pudiendo yo ir en persona á encontrarle, ni salir al aire, por motivo de una fuerte fluxión que me había atacado en la cara; pero cuando supe que había llegado á San Lorenzo, mandé formar los cuatro regimientos de caballería en calle, desde el río de Sella hasta la plaza de Tarija. Encargué á Raña el mando de la línea, y me adelanté con la cara bien abrigada al encuentro del presidente. Quedó éste efectivamente sorprendido al ver tantos y tan hermosos soldados, todos montados en buenos y briosos caballos, y uniformados completamente á costa de ellos mismos. La calle era de dos leguas de largo, y la formaba una fuerza de tres mil doscientos hombres.

Al llegar á la plaza, no quiso que se dispersase la gente. Quiso ver maniobrar los regimientos en la playa del río. Mandó la línea el coronel Raña, del segundo regimiento, y quedó el presidente admirado, retirándose á su alojamiento dispuesto en la plaza, y al tomar asiento dijo: —«Jamás pensaba encontrar en Tarija semejante fuerza de hombres. Ahora—exclamó—pídanme lo que quieran; estoy dispuesto á concederles todo.»

No era ya hora de mandar la tropa á sus casas, sin darles una ración de carne. No había comido cosa alguna en

todo el día. Compré de mi peculio una tropa de ganado gordo que había llegado al matadero. Se les distribuyó bastante carne á los oficiales y tropa, y se retiraron todos muy contentos.

El general Velasco había venido de secretario general en esta marcha y de jefe de Estado Mayor general. Y no tardaron en llegar las solicitudes como también los cuentos y chismes. Yo no iba á su casa sino cuando me hacía llamar. Un día que me hizo llamar, me dió un papel á leer y me dijo que le dé mi parecer sobre su contenido. Era una queja contra el gobernador Vacaflor, de once cargos, firmado el papel por muchos vecinos. El primer cargo fué de haber impuesto contribución á los vecinos de toda la provincia y de la frontera, por medio de comisionados, y con el objeto de mandar á Potosí á comprar varios artículos para la mesa del presidente. El gobernador estaba presente cuando yo entré. El presidente se incomodó mucho al ver este primer cargo.—«Señor gobernador, yo no he venido á visitar esta provincia, gravando á los pueblos del tránsito ni á los vecinos de Tarija, en cosa alguna. Tengo mi cocinero y sueldo para abonar mis gastos». —«Que me lo prueben, excelentísimo señor»—dijo el gobernador—, y nadie chistó palabra, y eraverdad, pues á mí mismo se me puso en la lista á veinticinco pesos que los pagué; y el mayor Peláez fué á Potosí á comprar los encargos. Quedó todo en el «Que me lo prueben» del acusado. Y cuando éste y todos se retiraron, me preguntó el presidente mi parecer sobre estas quejas, y como yo jamás había tenido la costumbre de perjudicar á ningún empleado para con la superioridad, tan enemigo soy de chismes, le dije al presidente, que todos los cargos del papel, á excepción del primero, daban á entender que el gobernador era bueno, y por esto mismo se había hecho aborrecer con los gobernados.

Yo tampoco me escapé de chismes durante esta visita del presidente. Me mandó llamar una noche. Cuando entré en su sala, estaba llena de gente. No tomé asiento;

me quedé parado en medio de la sala. «General O'Connor—me dijo—: ¿Qué sumario fué ese que rompió sacándolo del poder del juez de Letras? Le contesté toda la ocurrencia, añadiendo que el caballero Valdivieso, sumariado, era un argentino emigrado. Á lo que se sonrió el presidente, y respondió:—Hizo usted muy bien.

La mesa de su secretaría se llenaba diariamente de solicitudes, todas reducidas á pedir algo. Averiguaba todo. Descubrió que el hospital de San Juan de Dios tenía muchos fondos en censos, reunió la suma de mil pesos, y los mandó á Chile á comprar medicamentos.

Puso mucho empeño en la circulación de la vacuna. Su médico, el doctor Martín, había traído una grande cantidad de vacuna. Se repartió á las casas, con una orden, haciendo á éstos responsables de su propagación á todas las criaturas, y el médico vacunaba á todas las que le llevaban. Pero al ausentarse el presidente cayó todo en olvido y desuso.

Las escuelas primarias llamaron mucho su atención, y estableció en los cantones las necesarias. En el día, después de treinta y seis años que han pasado, no hay ninguna, á lo menos con sus regentes pagados de sus sueldos tan pequeños como son éstos.

Á mí me escribió una carta desde Chuquisaca instándome á expresarle algún proyecto en provecho de la provincia, y un medio de establecer alguna contribución. Le hice una descripción de la provincia, desde su descubrimiento por Luis de Fuentes, de las tierras baldías de la frontera y de la medida acertada que había adoptado de repartirlas en mercedes á los pobladores, exigiéndoles el arriendo nacional de cinco pesos pagaderos anualmente; que esta medida con la pacificación de los terrenos que se encuentran todavía sin poblar, produciría con el tiempo una entrada pingüe á la Tesorería de Tarija, que en los Estados Unidos del Norte se había pagado toda la deuda contraída para su independencia con la venta de sus tierras baldías; pero aunque fuese buena esta medida para

aquella República, el darlas en arriendo era mejor en Bolivia, porque el dinero resultante de las rentas se gastaría con ligereza y nada quedaría en provecho del país.

En cuanto á una contribución para los tarijeños, le propuse una capitación de cuatro pesos cada año á todo ciudadano de veintiún años para arriba, que se vestía con ropa extranjera, y de dos reales á los que se vestían de ropa del país.

Al llegar á esta parte de mi exposición, me salió con un cuento. "¿Sabe usted, general—me dijo—que el ama de leche de mi hijo Simoncito es una india de la Puna, que la señora le hace regalos de centros, rebozos y pañuelos de ropa extranjera, que los parientes del ama vienen á casa en La Paz, ven la ropa de que la encuentran vestida y en su visita el domingo siguiente parecen vestidos todos de la misma calidad de ropa, y tengo la esperanza de ver á todos nuestros indios de ropa extranjera en lugar de esos trapos con que ahora se abrigan? Pues, mi general, es preciso que desde ahora vaya ocupándose en buscar alguna entrada independiente del tributo; porque vestidos los tributarios de ropa extranjera, no les quedará un real para pagarlo, ni sus fiestas ni obenciones eclesiásticas á sus párrocos tampoco.

Me consultó un día sobre dos cartas que había recibido de la provincia de Chichas, en las que proponían con empeño la confiscación del marquesado de Yavi y el destierro del joven Fernando Campero, actualmente en posesión del marquesado, por recomendación mía al general Sucre.

Me sorprendió la lectura de las cartas, y dije al presidente que debía de tener vergüenza de mostrarme semejantes cartas, que conocía bien á los dos individuos que las habían firmado; que si no sabía que el padre de este joven había prestado á la causa de la independencia desde su principio y que murió en la isla inglesa de Jamaica, desterrado; que mi parecer era que debía tomar á este joven bajo su protección y hacerle edecán suyo, y así lo hizo,

y sirvió en el ejército hasta coronel, y en el año 1865, con una carta que le dirigí al primer ministro doctor Muñoz, le vino el despacho de general, y hoy se halla con el destino de comandante general de la línea del Sur.

Me hallaba por casualidad una noche en la tertulia del presidente, cuando se empezó á hablar de la indicación mía al general sobre la contribución personal de dos reales á los que vestían ropa del país, y la de cuatro pesos cada año á los que vestían ropa extranjera.

Causó mucha crítica esta medida; pero yo observé á los descontentos que mi atención no tenía otra mira sino la de promover la industria nacional, y mi esperanza era que, antes de llegar al término del primer año, en que debían pagar la contribución, todos ó la mayor parte de los vecinos estarían vestidos con los géneros del país, á fin de no pagar los cuatro pesos, y me fundaba en la aversión que todos tienen de contribuir con cosa alguna á los gastos del Erario nacional, aunque casi todos aspiran á empleos y sueldos.

Otra cosa que hice en la frontera, y que causó mucha crítica, fué la siguiente: durante el reconocimiento que hice en los diferentes puntos de la frontera, antes de recibir la orden oficial de proceder á la distribución de los terrenos, tuve noticia de que los indios de la extinguida misión de Itau se hallaban en estado de sublevación.

Salí de Tarija con dos compañías del batallón 3.°, con dirección á Itau; sorprendí á los sublevados, los hice conducir á Tarija en número de 84, útiles para el servicio de las armas, y los dí de alta en el batallón. Esto causó mucho disgusto. Los grandes pensadores decían que éste era el primer paso hacia la pérdida de la frontera y el degüello de todos sus habitantes; que estos indios, instruídos en el manejo y uso de las armas, se desertarían todos con dirección á su tierra, llevarían sus armas y municiones, y sublevarían toda la frontera. Yo no tenía prueba alguna de lo contrario, sino que se dejase al tiempo, que él lo diría todo; pero que mi parecer era opuesto á se-

mejante conjetura. Yo estaba persuadido que se formarían unos buenos soldados, y que con el tiempo se distinguirían en el ejército, y efectivamente así aconteció; pues, en poco tiempo, todos ellos se hallaban ó en la compañía de granaderos ó en la de cazadores, y ninguno se desertó.

En el año 1837, cuando el general Orbegoso se marchaba para Lima, el general Santa Cruz le dió por escolta todos los indios del batallón 3.°, y fueron la admiración de los limeños por su conducta y aseo. Iban al Callao, pescaban en el mar, y traían el pescado á vender á Lima. Se sentaban en la plaza, tendían un poncho, y se divertían jugando al dado, á la moda de su país, todo el dinero de la venta del pescado.

En las marchas con su batallón antes de la ida á Lima, llevaban todos los fusiles de los soldados que querían darles un medio real, para cargar con su fusil toda la jornada, y así ganaban triple sueldo más que los que no llevaban más que su propio fusil; y por fin, cuando se terminó la guerra del Perú, regresaron seis de estos indios de la compañía de cazadores á Itau, con su licencia final, por cumplidos, y me ha dicho el comandante militar, que en cualquier novedad de indios que ocurría allí, no tenía más que hacer que llamar á los seis cazadores, darles fusiles y municiones, marchar con ellos al punto de la novedad, y pacificaba todo en el acto.

El juez de Letras, doctor Felipe Echazú, fué el que se expresaba con más fuerza contra esta medida de poner á indios bárbaros en cuerpos de línea del ejército.

Estando el batallón 3.° en Chuquisaca, antes de emprender la campaña de la Pacificación, en 1835, el presidente vió á uno de estos indios de centinela en la puerta del Palacio, cuando iba á pasear por la tarde después de comer, y quería hacer una prueba con él.

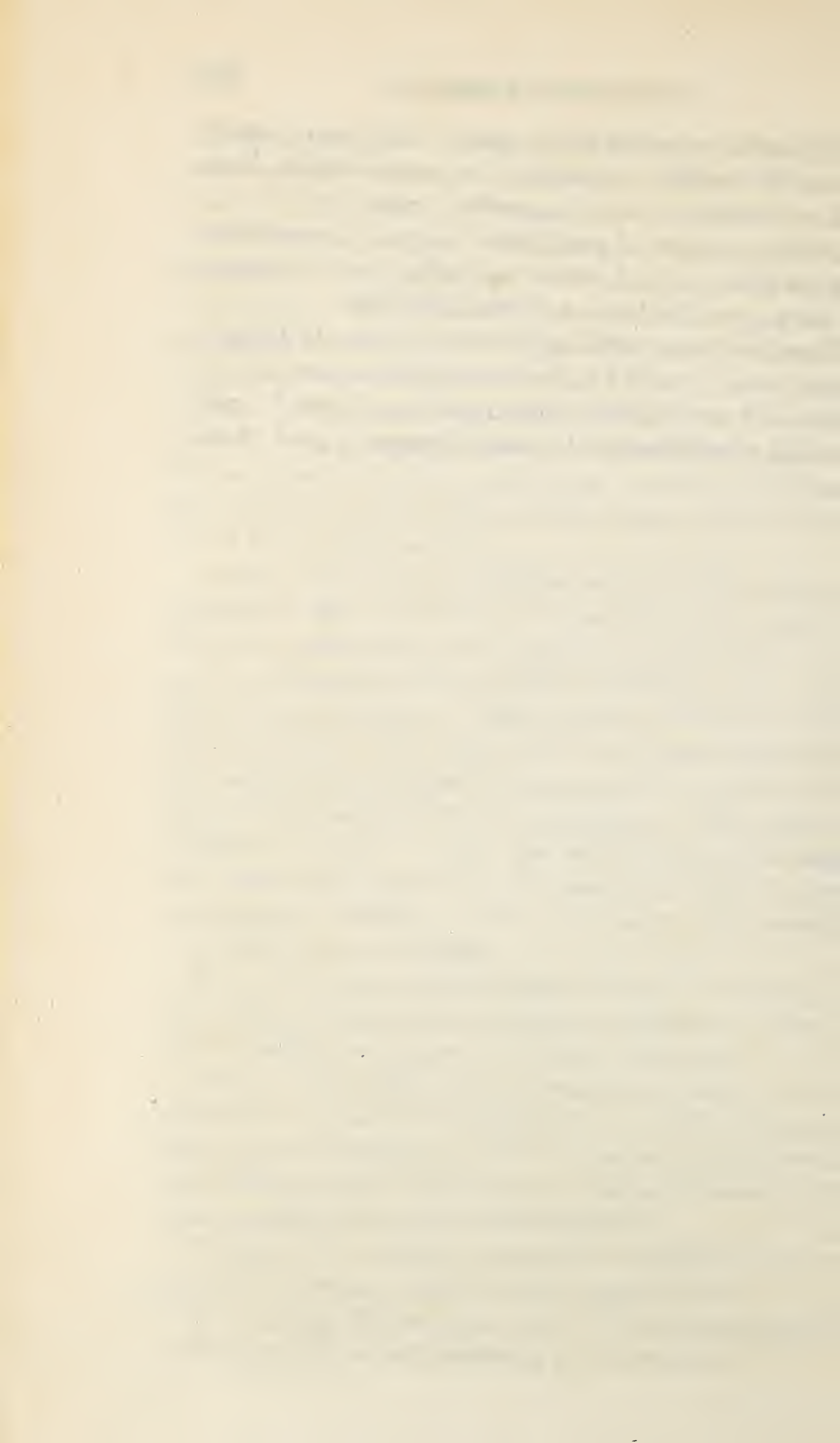
Se acercó al centinela, y sacando un medio real de su bolsillo, le dijo que fuese á comprar cigarrillos:

El soldado gritó inmediatamente: «Cabo de guardia. El capitán general me está hablando en mi puesto.»

El general, oyéndole gritar, quería salir, pero el centinela se lo impidió, cruzando su bayoneta armada, hasta que se presentó el cabo de guardia, y pasó.

Desde entonces el presidente empezó á persuadirse que los indios de la frontera de Tarija podrían llegar á ser los mejores soldados del ejército de línea.

Cuando el presidente regresó de su visita de Tarija á Chuquisaca, yo volví á la frontera á continuar con mi comisión del repartimiento de mercedes. Acabé lo que quedaba que hacer en el cantón Caraparí, y pasé al de Itau.



CAPÍTULO XXII

Terminación del repartimiento de terrenos en la frontera de Tarija.—Soy nuevamente llamado al Cuartel General.—Marcha de Tarija á Chuquisaca, Potosí y La Paz.—En Poopó.—Tejidos del país.—Palabras de "Belisario".—En Oruro.—Arribo á La Paz.—El coronel Manrique.—El general La Madrid.—Regreso á Chuquisaca.—Paso á Tarija y de allí á la frontera.—Arreglo de cuentas.—Vuelvo á marchar á Chuquisaca.—Célebre juicio contra el coronel Manrique. Soy nombrado presidente del Consejo de Guerra.—Marcho á Cochabamba.—El general Herrera.—Su ayudante José María de Achá. Reminiscencias.—Incidente en el juicio de Manrique.—Fin del proceso.—Mi vuelta á Tarija.

Terminé la distribución de los terrenos, y me dirigí á mi tienda de campaña á descansar; pero apenas había llegado, cuando se me presentó un propio con una nota oficial del ministerio de la Guerra, previniéndome dejar mi trabajo y marchar al Cuartel General á hacerme cargo de ese ministerio por haber pedido licencia el general Velasco para irse á Santa Cruz. Esa misma tarde estaba en marcha para Tarija, habiendo acabado el reparmiento en los tres cantones, Carapari, Itau y Zapatera.

Llegué allí sin novedad y pasé á Chuquisaca, donde me hice cargo del ministerio de la Guerra y del Estado Mayor general. En el mes de Noviembre acompañé al presidente hasta La Paz, pasando por Potosí, donde pasamos el día de San Andrés con gran función en la iglesia, y de

regreso á la casa de la prefectura, grandes arengas y alocuciones á cual más llena de lisonja.

Aquí me acuerdo que el presidente me dijo que tenía sólo tres generales, que estaba muy contento con ellos y que cuidaría mucho de no hacer más.

Seguimos la marcha en dirección á La Paz, en donde había que hacer con motivo de otra desavenencia con el Perú. Al llegar á Poopó, antes de Oruro, el presidente, según su costumbre, se ocupó de visitar la escuela y todo el pueblo, como también los manantiales de aguas termales, en donde vimos á varias mujeres abatanando piezas de género de lana. Esta operación me llamó la atención, y cuando dejé al presidente en su alojamiento me dirigí á las tiendas, donde encontré de venta varias piezas de este mismo género, y compré dos cortes de pantalón de color gris que me pareció muy bueno.

Los llevé á mostrar al presidente y le dije que mandase á coser el uno para él y que yo haría coser el otro para mí, y que haríamos nuestra entrada en Oruro al día siguiente con nuestros pantalones fabricados y cosidos en el país. Pero el día después, cuando nos reunimos para continuar la marcha, advertí que no tenía puesto el pantalón que le había llevado en corte la tarde anterior, y preguntándole el motivo, me respondió: "¿Qué quiere usted, O'Connor, que yo haga? Me hallo tan dispuesto como usted á proteger la industria nacional, y le daré un ejemplo de cómo me fué con una tentativa que hice en este asunto. Durante las sesiones del Congreso en Chuquisaca, que acaba de disolverse, presenté un proyecto de ley disponiendo que todo boliviano que recibía sueldo de la nación se vistiese de géneros fabricados en Bolivia, y mi proyecto fué devuelto, rechazado sin haberlo admitido á discusión.—Era muy natural, señor—le dije—, porque la mayoría de los diputados eran traficantes en el comercio extranjero, ni era este medio de conseguir su objeto. Para esto no sirven leyes ni decretos. Los hombres son inclinados á infringir las leyes, por benéficas

que sean; pero todos siguen una moda que se introduce, siempre que esta moda tenga su origen de la primera autoridad. Por ejemplo: si yo tratase de introducir una moda nueva en el vestido, me haría ridículo; pero todos adoptarían la moda de usted. ¿No ha leído, señor, la obrita de *Belisario,* por Marmontel? Y la he visto en su librería, en La Paz. Ese *Belisario* es el maestro al que yo me he propuesto imitar en todos sus actos de mi vida pública; aquí lo tengo en mi alforja. Me acompaña día y noche, y lo he aprendido de memoria. Oiga lo que dice sobre el asunto: "Vosotros conocéis cuán atenta, dócil y pronta es toda ciudad para seguir el ejemplo de la corte. Lo que está en honor pasa luego á hacerse moda. Restablecida así la antigua frugalidad, ella misma produciría el desinterés, y éste las costumbres heroicas. El hombre que se hallase en estado de ser útil, no teniendo entonces un motivo de codicia en la decencia, y libre de la esclavitud de las necesidades envilecedoras del lujo, sentiría desarrollarse dentro de sí mismo la semilla de los sentimientos honrados; se apoderarían el amor de la patria y el deseo de la gloria de un alma libre y engreída de su libertad, desplegándose también al mismo tiempo todos los resortes de una noble emulación. ¡Ah, y si un soberano supiese el ascendiente que tiene sobre los espíritus, la facilidad con que puede moverlos á su arbitrio sin violencia! Es la más irresistible de todas las fuerzas, y la única que no conoce."

Nada adelanté con mi propósito de convertir á mi jefe á las máximas de mi maestro *Belisario.*

Seguimos nuestra marcha y llegamos á Oruro. Nos alojamos en la casa de la Prefectura, y tardamos en la ciudad algunos días; pues el presidente se ocupaba de ver todo en su paso por las poblaciones.

No viajaba como los presidentes que le sucedieron, quienes van acompañados de su ejército, ó la mayor parte de él, causando más daños que una plaga de langostas. Corregidores, curas, particulares, todos los del tránsito

en carrera en busca de recursos con qué obsequiar á esta autoridad. El general Santa Cruz no ocupaba un solo soldado, ni de escolta, y pagaba todos sus gastos de mesa y de forraje.

Una noche en Oruro, paseándonos por la sala de la Prefectura y á solas, entabló una conversación enteramente nueva para mí. Empezó diciendo:—"Mi amigo O'Connor, no le deseo á usted más que el caudal que tiene acumulado el coronel Manrique, que he mandado enjuiciar por robo de fondos de su batallón, y pienso nombrar á usted presidente del Consejo de Guerra de oficiales generales, que debe sentenciar esta ruidosa causa."—«Por lo mismo, señor—le dije—, que piensa usted en que yo sea presidente de ese Consejo de Guerra, no debemos hablar de él aquí ni en ninguna parte, con anticipación; aunque puedo asegurarle que su conversación y sus indicaciones no tendrán influencia sobre mí; porque yo le he de juzgar y sentenciar por lo que se encuentre en su causa, y no por los chismes y cuentos que se están circulando en todas partes sobre la conducta del coronel Manrique del batallón 4.° de línea de nueva creación, á quien yo no conozco personalmente, ni le he visto en mi vida; pero cuente usted, señor, que será bien juzgado y sentenciado.»

Este coronel Manrique era peruano; le había conocido el general Santa Cruz en 1823, cuando mandaba el ejército del Perú, de 4.000 hombres, que vino hasta Oruro y se retiró después sin haber visto al ejército del rey, que venía á su encuentro desde Potosí.

El general Santa Cruz quiso levantar un cuarto batallón, no teniendo el ejército, en 1830, más que tres. Colocó en él á muchos amigos suyos ó de sus amigos; pero al poco tiempo, esos mismos empezaron á llenar la cabeza del presidente con cuentos y chismes, sin más motivo que de ser Manrique muy disciplinario, lo que ellos no querían.

Pero al fin dió crédito el presidente á estos cuentos y

concibió un odio á su favorito coronel, más todavía que la ciega amistad que había tenido para él cuando le llamó del Perú á encargarle la formación del batallón.

Llegamos á La Paz sin novedad.

En ese tiempo el general Braun pasó revista de inspección al batallón 4.º de línea en Cochabamba. En sus notas de inspección resultó un cargo contra el coronel Manrique de 800 pesos, que tuve orden de decretar que abonase éste, último cargo que resultó contra él.

En esa revista de inspección se gastaron todas las municiones, que tenía el cuerpo en fogueos, tiros al blanco y simulacros, y desde ese tiempo llegaban al Estado Mayor los estados quincenales con las casillas de municiones en blanco, porque no se había dado orden de reemplazarlas.

Estando en La Paz el general argentino Gregorio Araoz de La Madrid, venía á mi alojamiento todas las noches á tomar una taza de té conmigo. Había venido á Bolivia á fines del año 1831, derrotado por el general Quiroga, de resultas de cuya derrota se llenó todo el Sur de Bolivia de emigrados, entre ellos el general Rudecindo Alvarado, que vivía en Chuquisaca, en donde el Congreso le había decretado una asignación de 2.000 pesos.

Tomando té una de estas noches el general La Madrid, se me quejaba mucho del general Santa Cruz, por haberle retirado quinientos pesos que le pasaba; diciéndome que fué por cuentos que le habían suscitado sus buenos amigos, diciéndole que jugaba todas las noches, y que daba café á los gauchos que le acompañaban, y otros varios cuentos; y que se hallaba reducido á tal extremo de miseria, que estaba mendigando un peso de casa en casa, y que ese día el señor Crispín Medina le había dado cuatro pesos. Su situación me enterneció mucho.

Cuando se retiró esa noche, mandé tras de él un sirviente con cincuenta pesos, y por el correo escribí á todos los jefes de cuerpo del ejército y á los comandantes generales interesándome con ellos que reuniesen una sus-

cripción en favor de este patriota, y me remitiesen el producto á vuelta de correo. Recibí en debido tiempo dos mil ochocientos pesos, que con quinientos que dió el general Santa Cruz y los que reunimos en el Estado Mayor, mandé al general La Madrid inmediatamente. Por fortuna llegó un arriero del Perú ese mismo día; fletó sus mulas de regreso, y se fué con él al Perú, muy agradecido, diciendo que iba á demorar en Chile algún tiempo.

El único cuerpo que no dió suscripción, fué el batallón núm. 2, que mandaba el coronel Anglada, natural de Buenos Aires.

Arreglados los asuntos con el Perú, regresamos á Chuquisaca, y pedí licencia al presidente para irme á mi casa por un solo día, á dejar mi esposa, que me había acompañado, y regresarme después.

En ese día que estuve en mi casa en la frontera, había cancelado cuentas con mi curtidor inglés, quien, según noticias que había tenido por mi administrador en mi ausencia, se había descuidado mucho, y así encontré las cosas. No había llevado cuenta alguna de las entradas con que corría, ni de los gastos tampoco. Tenía suelas repartidas, vendidas, y otras para vender. Le dejé todo en condición de no dejarme deudas que pagar, y quedó mi curtidor con el importe de mil ochocientos pesos á su favor, y yo sin cosa alguna sino la ventaja de desprenderme de él.

Regresé el día después de este arreglo á Tarija, y de allí á Chuquisaca. Á mi llegada, me avisó el auditor del ejército que yo estaba nombrado presidente del Consejo de Guerra, que debía juzgar al coronel Manrique y empezó por darme instrucciones y consejos, y que era preciso apretar á ese coronel con todo rigor. Dije al auditor que no necesitaba de sus insinuaciones para cumplir con mi deber en un Consejo de Guerra. Al día siguiente tuve una visita del defensor de Manrique, quien se hallaba en Chuquisaca y en marcha para Cochabamba, donde se hallaba acantonado el batallón núm. 4. Me dijo su defensor que

deseaba el coronel que yo le permitiese una entrevista; yo no le conocía personalmente; pero dije al defensor que en Cochabamba nos veríamos, y que si salía bien, tendría el gusto de contarle entre mis amigos.

Al despedirme del presidente, me habló éste en los mismos términos que su auditor, y yo le contesté en los mismos que en Oruro, la primera vez que me habló de este juicio.

Cuando llegué á Cochabamba, el general Herrera, que se hallaba de comandante general del Departamento, y encargado del batallón 4.° de línea durante el juicio del coronel Manrique, me invitó á vivir con él, y me alojé en su casa. Tuve que demorarme allí cerca de un mes esperando la llegada de los vocales nombrados para el Consejo de Guerra. Todas las tardes daba un paseo después de comer á ver el ejercicio del batallón en la plaza.

De regreso á su casa, yo me retiraba á entretenerme en la lectura, y el general á tertulia, y en aquel tiempo su tertulia la pasaba todas las noches en casa de un viejo español, don Agapito Achá. Este español tenía tres hijos, y el general colocó en el ejército á los hijos de éste, uno de ellos llamado José María, de ayudante; este joven llegó posteriormente á la Presidencia constitucional de la República.

Una noche de éstas estaba á solas en mi cuarto leyendo, y se me presentó el segundo jefe del batallón 4.°, teniente coronel Satiszabal, colombiano, y empezó á hablarme de cosas referentes al juicio del coronel Manrique y de secretos que no constaban en el proceso. Le boté de mi presencia en el acto, diciéndole que extrañaba su bajeza, y que si tenía algo que decir en este asunto, lo dijera en el Consejo de Guerra, y no en secreto al que sabía que estaba nombrado presidente de él.

Algunos días después de esta ocurrencia se reunió el Consejo de Guerra de oficiales generales, sin más oficial general en él que yo, el presidente. Los demás generales del ejército, Braun y Herrera, y todos los coroneles ha-

bían sentenciado en el Consejo de Guerra tenido en Oruro el año anterior al habilitado del mismo batallón, teniente Melitón Caso.

El presidente de la República había dispuesto que esta causa se volviese á juzgar por el Consejo de Guerra que yo presidía en Cochabamba, cuando por ordenanza debió haber mandado examinar la causa sentenciada en Oruro, por su auditor y con las observaciones de éste, ordenar se volviera á juzgar por el mismo Consejo, presidido, como había sido, por el general Felipe Braun, y entretanto, todos los oficiales del batallón estaban sufriendo un descuento en sus sueldos para cubrir un déficit, que había resultado contra el habilitado del presupuesto de un mes de todo el batallón.

De manera que yo no tenía para ayudante un solo coronel efectivo del ejército, pero sí coroneles y tenientes coroneles de la Guardia nacional de Cochabamba. Dos de ellos, los mejores jurisconsultos de la República, el Dr. Miguel María Aguirre, coronel de la Guardia nacional de Cochabamba, y el Dr. Andrés María Torrico, teniente coronel del mismo batallón.

El coronel del regimiento de Caballería de la Guardia nacional de Cliza, Agustín Rivas, que no era abogado. Los demás, á excepción de un coronel, Gabino Ibáñez, remitido de los sueltos de Chuquisaca, que jamás había servido en ejército alguno, eran tenientes coroneles efectivos del ejército, pero de ninguna capacidad.

Por fin reunióse el Consejo de Guerra. La lecturo duró cinco días de un proceso muy abultado; el fiscal, un teniente coronel, Valdés, uno de los jefes sueltos de Chuquisaca, á quien el general Santa Cruz jamás había ocupado, por haberse pasado desertor al ejército del Perú en el año de 1828, que Bolivia fué invadida por el general Gamarra.

Este fiscal, viéndose ya ocupado, y para instruir un proceso ruidoso, quiso ciertamente labrar méritos en esta operación, y lo hizo á su modo. Primero, en su vista á la

conclusión del proceso, condenó al coronel Manrique por el robo de cartuchos, y se apoyó en esto en un artículo de las leyes penales á ser pasado por las armas, y en seguida, ya muerto, le condenaba á varias penas correccionales por otras faltas.

En fin, resultó de la lectura del proceso que era imposible descubrir la verdad en todo él. Las declaraciones contradictorias y muchas perjuradas. Para acercarnos á la verdad, en cuanto al presupuesto en quiebra, propuse al Consejo se llamase al teniente coronel del batallón, su segundo jefe, y al capitán cajero Pastor La Riva, hermano del general Santa Cruz, por madre. Los dos perjuraron en presencia del Consejo, respondiendo á las preguntas que yo mismo les dirigía, y se retiraron.

Uno de los puntos principales en el proceso era la pasada de las supuestas plazas en la revista de Comisario. Era imposible descubrir en el proceso la verdad sobre este punto. Ni aun el fiscal había hecho mención de semejante delito, y era el único que afectaba al coronel acusado. Propuse, pues, al Consejo que se llamase al mismo coronel Manrique, y se presentó. Fué la primera vez que yo le había visto.

El general Herrera y todos los jefes y oficiales sueltos de la ciudad se hallaban presentes. Saqué del coronel Manrique la confesión llana y simple, que había consentido en pasar no plazas supuestas en las revistas de Comisario, sino que, estando en Cotagaita, en la provincia de Chichas, donde se formó el batallón de algunos reclutas dados de alta ya y puestos en las listas de las compañías, le pedían licencia para ir á sus casas á alguna diligencia, prometiendo regresar para la revista de comisario siguiente y no regresaban; pero siempre con la esperanza de verlos otra vez incorporados, no ordenaba darles de baja, y se seguía sacando el sueldo que les correspondía en los presupuestos siguientes.

Bastaba esta comisión para acriminar y sentenciar al acusado por el único delito que había cometido.

El fiscal le sentenció á muerte por el robo de cartuchos. No pudo haberles robado porque constaba en los estados quincenales del batallón, y en la revista de inspección pasada en Cochabamba, que todas las municiones del Estado se habían gastado en fogueos, en tiros al blanco y en simulacros, y los estados quincenales se remitían al Estado Mayor con las casillas de municiones en blanco.

Pero, estando después el batallón acantonado en Oruro, el coronel propuso una suscripción para comprar pólvora, plomo y papel, hacer cartuchos y tenerlos ejercitando á los soldados en tirar al blanco; porque en verdad, este coronel se dedicaba mucho á la disciplina é instrucción del batallón, deseando que fuese el mejor del ejército. De Oruro pasó á Chuquisaca; y debiendo reunirse el Congreso allí, en 1833, y habiendo sido el coronel Ballivián diputado á ese Congreso, pidió permiso al presidente para que viese su batallón, el primero de la Guardia á Chuquisaca, para tenerlo á su vista durante el Congreso.

Para esto fué preciso que Manrique desocupase Chuquisaca y se trasladase á Cochabamba, y recibió orden á este efecto. Preparándose para mudar de cantón, y hallándose inutilizadas las municiones que había hecho construir en Oruro, las hizo recoger todas y entregarlas al capitán del Parque Juan Portillo, con instrucción de deshacer los cartuchos, de vender la pólvora á los indios para sus fuegos en sus fiestas, de reducir el plomo á barras, de venderlo y entregar el producto de estas ventas al comandante general de Chuquisaca, coronel Manuel Eusebio Ruiz, y una nota á éste para que remitiese el dinero entregado para el guarda-parque, Portillo, á La Paz, para con él ayudar á pagar la bordadura de la bandera, que se había mandado construir para el batallón en La Paz.

Este fué el robo de cartuchos, por el que el fiscal Valdés le había sentenciado á ser pasado por las armas.

Esto se descubrió del modo siguiente: Estando en se-

siones el Congreso, murió un diputado, un señor Monroy. El presidente dispuso que se le enterrase con honores militares. El coronel del batallón ocurrió por cartuchos en blanco para las descargas, y el capitán del Parque refirió al coronel Ballivián lo ocurrido con las municiones dejadas por Manrique, y éste lo contó al presidente.

Habiendo quedado en la Sala del Consejo libre de todos los jefes y oficiales sueltos, se procedió á la votación sobre la sentencia. No hubo un voto en contra. La sentencia fué que el coronel Manrique perdiese su empleo, por haber consentido en la pasada de plazas supuestas en el batallón de su mando, y que sea puesto el acusado á disposición del presidente de la República. Que en cuanto al segundo jefe del cuerpo, teniente coronel Satiszabal, y al capitán cajero Pastor La Riva, que habían cometido el detito de perjurio en presencia del Consejo, éste era de parecer que el capitán general los mandase juzgar. Todos firmaron sus votos, y se levantó la sesión de ese día.

Al llegar á casa el general Herrera, quien había estado presente en todos los días de la lectura del proceso, aprobó el voto del Consejo; pero me dijo que en su vida no había visto ni oído preguntas como las que yo había dirigido al coronel Manrique, al segundo jefe y al capitán cajero.—"¿Qué quería usted, compañero?—le dije—; yo quería descubrir la verdad, y lo hice en un caso, con el coronel, y si no pude lograrlo con los otros dos, fué porque se perjuraron." Nos divertimos con la vista del fiscal á la conclusión del proceso. Jamás se había visto semejante disparate.

Al día siguiente se volvió á juntar el Consejo para revisar el proceso y la sentencia en la causa juzgada en Oruro contra el habilitado del batallón cuarto. Después de la lectura del proceso y de la sentencia, advertí al Consejo que ese Consejo de Guerra no había tenido presente, para sentenciar, un artículo del reglamento orgánico del ejército, que decía que en el caso de una quiebra en la

caja de un cuerpo, los únicos responsables á reponerlas eran el primero y segundo jefes y el capitán cajero, por ser éstos los que manejaban las tres llaves de la caja, y que los oficiales del cuerpo estaban sufriendo contra ley el descuento en sus sueldos. Así se resolvió por el Consejo de Guerra en Cochabamba.

Acabada mi comisión, me despedí del general Herrera, pasé la primera noche en Cliza, en la hacienda de Chulpa, con el general del ejército de Colombia, León Galindo, quien la había comprado con su gratificación de la victoria de Ayacucho, en la cual mandaba el batallón *Bogotá* de la división Córdova.

Llegué á Chuquisaca sin novedad. Me presenté al general Santa Cruz, y cuando supo la sentencia en la causa del coronel Manrique, se incomodó mucho. Él quería que el Consejo le sentenciara á muerte, y me reconvino por la aspereza. Le dije con firmeza que estaba arrogándose facultades que ni los reyes de España se atribuían, que la causa estaba sentenciada con todo el rigor de las leyes vigentes; que si no se conformaba con ella, no tenía más que hacer que pasarla en vista al auditor del ejército, y con la vista de éste ordenar se volviese á ver en el mismo Consejo de Guerra; y si éste, con las observaciones puestas por el auditor, se ratificase en la primera sentencia, nada más le quedaba que hacer aprobarla; pero en cuanto á mí, convencido que había cumplido con mi deber y con mi conciencia, y viendo el modo con que me trataba, me resolví no servir más en su administración. Bajé á la oficina del ministerio de la Guerra, hice mi solicitud pidiendo mi letra de cuartel á mi casa. Entregué la solicitud al general Velasco para que la presentase al presidente, diciéndole que si no me la concedía, me desertaría. Á muy poco rato me la devolvió decretada como pedía, y al día siguiente emprendí mi camino para mi casa en la frontera de Tarija, con el goce de medio sueldo, con un ayudante también á medio sueldo y con un ordenanza á sueldo íntegro.

CAPÍTULO XXIII

Larga permanencia en la frontera.—La intervención boliviana en el Perú.—Carta del general Santa Cruz.—Ordenes que recibí.—Marcho al cuartel general.—Salgo de La Paz para el Perú.—Llegada á Puno.—Arribo á Lampa.—Un compatriota.—Soy nombrado jefe de la división de reserva.—Victoria de Yanacocha.—Perfidia de Gamarra.—Ascenso de los coroneles Ballivián, Avilés y Anglada.—Regreso de Cuzco á Lampa.—El batallón 5.°—Soy nombrado Jefe del Estado Mayor general.—Llegada á Arequipa.—El presidente Orbegoso.—Encuentro á los generales Miller y Morán.—Triunfo de la caballería tarijeña.—Ésta toma prisionero al general Castilla.—Fuga de éste.—Muerte del coronel Althaus.—Regresamos al Cuzco.—Fusilamiento del coronel La Torre.—Empréstito.—El general Pedernera.—El doctor Orihuela.—Grave incidente.—Marchamos contra el general Salaverry.—Se me da el mando de los batallones 4.° y 6.°—El general Ballivián es nombrado jefe del Estado Mayor general.—Incidentes de esta campaña.

Después de algunos días de permanencia en la ciudad de Tarija, y en el seno de mi familia, me dirigí á visitar mis haciendas en la provincia de Salinas; compré algunos terrenos más, con los que extendí mis propiedades; establecí una gran cría de ganado vacuno, y me dediqué con esmero á los trabajos de campo y al arreglo de los caminos, que abría y limpiaba á mi costa, para comodidad, no sólo mía, sino de todos los transeuntes. En cada una de mis haciendas trabajé una casa y espaciosos corrales para los ganados de los pasajeros y para los rodeos, y en cada

una de ellas también puse un maestro pagado de mi peculio, para enseñar á leer á los hijos de mis arrenderos.

Largo sería enumerar los trabajos que pasé en la frontera, ganando mi subsistencia con el sudor de mi frente. De vez en cuando iba á la ciudad de Tarija, donde permanecía unos cuantos días, regresaba á la frontera, donde me entregaba por completo al trabajo, sin más sociedad que mis libros.

En el mes de Junio de 1835, hallándome en una de mis haciendas, recibí una carta del general Santa Cruz, llamándome al cuartel general, y diciéndome: que el general Felipe Santiago Salaverry, de quien he hecho mención en otra parte de mis *Recuerdos*, había levantádose en armas en Lima contra el presidente de la República del Perú, general José Luis Orbegoso y proclamádose presidente; que el general Agustín Gamarra había venido á Chuquisaca á tratar con él sobre separar el Sur del Perú del Norte y formar una confederación con Bolivia; que había admitido su proposición, y que aquél había regresado al Perú por la vía de Oruro, llevando dinero, armamento y municiones que le había dado el gobierno de Bolivia, y que había convenido con él seguirle muy pronto con todo nuestro ejército; que necesitaba, por consiguiente, de sus *peones viejos*, y que saliese yo á la brevedad posible de mis bosques de la frontera, dispusiese en Tarija la marcha de uno de los regimientos de la guardia nacional para la campaña del Perú; que luego pasara á Tupiza, y levantaría allí un escuadrón de caballería para don Fernando Campero, mas sin pedir un solo peso al Tesoro hasta llegar á Potosí, donde se me daría el vestuario para la tropa y las herraduras para la caballada, etcétera, etc.

Al día siguiente de recibir esta carta del presidente, salí de la frontera. Llegué á Tarija, y empecé desde luego á cumplir las órdenes que había recibido. Organicé el regimiento, del cual nombré primer jefe á mi amigo, el valiente coronel Timoteo Raña. Marché luego á Tupiza, y

de allí á Potosí. El invierno era muy fuerte, y como necesitase manteos para abrigar á los caballos, el señor prefecto me dió una orden contra el tesorero, pero bajo mi responsabilidad particular, por no tener orden suprema para hacer gasto alguno.

Salimos de Potosí provistos de todo, y en Ancacato recibí una nota oficial del Estado Mayor General, desde Puno en el Perú (habiendo pasado ya el ejército por el Desaguadero), diciéndome que donde me encontrase la nota, dejase el escuadrón de Chichas, y apurase mi marcha á La Paz; que se tenía noticias que la caballería de Tarija había llegado allí; que esta fuerza tenía muchos jefes y oficiales de más; que la arreglase conforme al reglamento orgánico del ejército, y despachase á los jefes y oficiales sobrantes para sus casas.

Cuando llegué á La Paz, supe que los tarijeños estaban en Viacha. Esa misma tarde pasé allí. En La Paz recibí una carta del general Santa Cruz sobre el arreglo de la caballería de Tarija, diciéndome que sabía habían venido muchos, que eran innecesarios, entre ellos el coronel Trigo; que le mandase á éste al Perú, para servirle de edecán en la campaña, y que despachase á los otros para Tarija.

El motivo de este desorden en la fuerza que yo mandé de Tarija á las órdenes del coronel Raña fué que, cuando pasé para Tupiza, los cuatro regimientos querían que marchase un escuadrón de cada uno, mientras yo había dispuesto que saliese sólo el segundo, al mando de Raña, porque éste era el único militar entre todos ellos y porque su regimiento era el más disciplinado.

En Viacha arreglé muy pronto los escuadrones conforme al reglamento. Cuando habían dos de una misma clase en una compañía, los hacía sortear, y el que perdía quedaba excluído.

Regresé á La Paz á dar cuenta al vicepresidente, y se quedó él con casi todos los jefes y oficiales que habían quedado sobrantes.

Salí de La Paz para el Perú con mi edecán y mis sirvientes. Pasé el puente del Desaguadero á saltos en mi caballo de campaña. Llegué á Puno, donde encontré en la célebre mina del Manto al señor don Juan de Begg, escocés. El Libertador había hecho regalo de esta mina al coronel Juan O'Brien, de los granaderos de los Andes y edecán del general San Martín en las batallas de Maipú y Chacabuco. Regresó á Europa después de la entrada de su general en Lima, y cuando O'Brien volvía al Perú se presentó al Libertador y obtuvo de él ese hermoso obsequio. Encontró á don Juan Begg en Lima y le dió la mina en arriendo.

De Puno pasé á Lampa, donde encontré á un irlandés, don Miguel Crawley, de cerca de mi casa, en el Sur de Irlanda, donde yo nací, y lloró al verme. Me llevó á su hermosa casa, construída á la inglesa, de ladrillo, no de adobe crudo, como se acostumbra en Sur-América. El interior de la casa, lleno de muebles, de curiosidades traídas de todas partes, y de mucho valor. Éste había sido cirujano mayor del general San Martín; había hecho una muy buena fortuna en Lima y había venido á establecerse en Lampa, donde se metió de habilitador de minas en la provincia de Lampa, donde hay muchas y muy ricas.

Continué mi marcha en alcance del ejército, y cerca de Santa Rosa recibí una nota del Estado Mayor general diciéndome que de donde recibiese la nota regresase á hacerme cargo de la división de reserva, que venía á retaguardia, compuesta de los batallones, 5.° y 6.°, del segundo regimiento de lanceros, titulado Lanceros del General, y del escuadrón de caballería de Tupiza, que mandaba el teniente coronel Fernando Campero, marqués de Yavi, y de situarme en Lampa con los cuerpos de infantería, colocando los de caballería en lugares de buenos pastos y forraje, y que el escuadrón de Chichas se acantonase con el regimiento para adelantarlo en la instrucción y disciplina.

No estuve muchos días en Lampa, cuando me llegó el parte de la victoria de Yanacocha, primera victoria que había ganado el general Santa Cruz, y contra el general Gamarra, quien, con el dinero que le había franqueado el general Santa Cruz, y con el mismo armamento y municiones que había llevado de paso por Oruro con objeto de promover la confederación Perú-boliviana, apareció con armas contra Bolivia en los casi inaccesibles crestones de Yanacocha.

Salaverry había mandado una fuerza desde Lima contra Gamarra, que se hallaba en el Cuzco. Gamarra derrotó esta fuerza en el campo de Zurite, y engreído con esta ventaja momentánea se imaginó que podría hacer lo mismo con el ejército de Bolivia. Éste entró en el Cuzco, y no se oía hablar más que de Gamarra.

De resultas de esta victoria se les ascendió á la alta clase de general á los coronoles Ballivián, Anglada y Avilés, y un ascenso general á todo el ejército. Los generales Braun y Herrera ascendieron á generales de división. Tres fueron despachados para Bolivia en virtud de parte dado por su jefe de haber manifestado cobardía en frente del enemigo, Gonzalo Lanza, Peñaililllo y Prudencio.

Desde el Cuzco regresó el general Santa Cruz á Lampa, en camino para Arequipa. Se le presentó la división de reserva. Estaba muy contento del batallón 5.°, compuesto de chichenos. Después de haberlos visto maniobrar, les arengó con entusiasmo, entre otras les dijo: que para el día de Corpus Christi estarían de regreso á Cotagaita, tocando la guitarra.

De regreso del campo de instrucción á la casa del señor Grawley, en la cual se había alojado, me tomé la franqueza de decirle que había hecho muy mal en hablar á los soldados del batallón 5.° de guitarra y de Cotagaita, porque esa noche habría muchas deserciones. Se incomodó diciéndome que era imposible; pero, no obstante, á la siguiente lista de diana, faltaron más de cien soldados de los mejores.

El general Velasco renunció el destino de jefe de Estado Mayor General, después de la batalla de Yanacocha, y al llegar el capitán general á Lampa, me nombró para relevarle, y con este cargo marché con él á Arequipa.

Le gustó tanto ver á los soldados tan buenos jinetes, que en la orden general del día siguiente se les dió la denominación de «Guías de la Guardia».

En Arequipa encontramos al presidente constitucional del Perú, don Luis Orbegoso, quien había pedido auxilio al presidente de Bolivia para la pacificación del Perú contra el insurrecto Salaverry. Se hicieron tratados en Vilque por comisionados de ambas partes.

Algunos cuerpos del ejército del Perú quedaron fieles al gobierno y fueron incorporados en el ejército pacificador, que así se denominaba el de Bolivia.

En Arequipa encontré al Coronel Trinidad Morán, del ejército de Colombia, quien mandaba el batallón Vargas de la Guardia, en la batalla de Ayacucho, casado en Arequipa, prestando sus servicios en la pacificación del Perú, y ascendido á general por el general Santa Cruz, y por cierto, los prestó con distinción. Era un jefe sagaz é impretérrito frente al enemigo.

El general Miller, regresado de Inglaterra, y del ejército del Perú, se hallaba también en Arequipa, donde le vi por primera vez, desde que me despedí de él en Potosí en 1825.

Llegó el primer contingente de dinero de Bolivia, para pagar los presupuestos de los cuerpos. No había dinero sencillo en Arequipa para el medio circulante; hombres y mujeres tenían en sus casas cincel y martillo; cortaban las piezas de á cuatro reales y de á dos; sacaban medios y reales de las orillas, y les quedaba una pieza cuadrilonga del medio que les sobraba; pero cuando llegaron las monedas de Bolivia, y trataron de hacer la misma operación con ellas, resultaron con una gran cantidad de cobre, y se desacreditó nuestra moneda con mucha justicia, hasta hoy día, en que está mucho peor.

Estando con mi división en Arequipa, llegó la noticia que la caballería tarijeña, á las órdenes del coronel Timoteo Raña, había derrotado una fuerza que mandó Salaverry á invadir á Bolivia por nuestra retaguardia, tomando prisionero al general Ramón Castilla, que la mandaba, y que fué después presidente del Perú.

El general Braun se dirigió á Tacna, donde encontró al general Castilla prisionero de guerra. Un inglés, don Luís Stevenson, se ofreció fiador de él, y Castilla dió su palabra de honor de guardar su arresto en casa de Stevenson y el general Braun admitió; pero Castilla quebrantó su arresto, faltando á su palabra de honor. Escaló la pared de la casa y se dirigió á Arica, en cuyo puerto se hallaba fondeado el buque *Asia*, que le había traído. Este buque estaba á cargo del coronel Althaus, natural de Alemania y jefe de Ingenieros en toda la campaña del año de 1824, que terminó con la batalla de Ayacucho.

Castilla sorprendió á Althaus, quien se hallaba sin fuerzas, y Althaus se dirigió á Arequipa con la noticia. Fué tal la reprensión que le hizo el general Santa Cruz, que se enfermó y murió á los pocos días.

Arreglado lo que tenía que hacer, el general Santa Cruz regresó al Cuzco y yo le acompañé de jefe de Estado Mayor General, por haber renunciado este cargo el general Velasco y regresádose á Bolivia. Acercándonos al campo de batalla de Yanacocha, antes de llegar al Cuzco, el general me llevó, separándonos del camino, á mostrar la posición que había escogido el general Gamarra, que parecía inexpugnable; pero el ejército de Bolivia entonces valía más, venció todos los obstáculos, derrotando al ejército de Gamarra y al jefe de su caballería, coronel La Torre.

Siguiendo nuestro camino para el Cuzco, me mostraron los oficiales que nos acompañaban el sitio de la plaza de San Jerónimo, donde fué fusilado el prisionero de guerra coronel La Torre, sacándole de su cama de noche. Me hizo tal impresión este acto atroz, que confieso presté

mis servicios en toda la campaña de la pacificación con mucho disgusto.

Llegamos al Cuzco sin novedad. El batallón 1.º de la Guardia, el batallón 3.º y el regimiento Lanceros de la Guardia, á las órdenes del general Avilés, habían marchado en dirección del río Pampas. Cuando llegó el capitán general se le dió parte que el batallón 3.º marchaba con muchos peruanos que había reclutado á la fuerza en el Cuzco, porque sufrió muchas deserciones el batallón á consecuencia de la conducta desarreglada de los jefes y oficiales.

Me llamó el capitán general y me dió orden de dirigir una nota al general Avilés para que remitiese al Cuzco al teniente coronel Sebastián Agreda, que mandaba el batallón 3.º, y pasase revista de inspección del batallón, y dispuso que el teniente coronel Magariños, del Estado Mayor General, llevase la nota y quedase con el mando del batallón 3.º, debiendo el teniente coronel Agreda seguir su camino para Bolivia.

Me tomé la libertad de observar esta providencia al presidente, manifestándole que, como jefe de cuerpo, Agreda era muy superior á Magariños. "No importa—me dijo—, y por fin, yo así lo mando." "Pero Excmo. Señor, le repliqué, ¿no sería más prudente esperar hasta ver el resultado de la visita de inspección?" "Yo sé lo que hago" fué su última contestación.

Agreda marchó para Bolivia, y después nos llegaron los documentos de la revista de inspección del batallón 3.º Entre éstos se hallan siempre las medias filiaciones de todos los individuos de tropa. No se encontró un solo soldado peruano.

El presidente Orbegoso nos acompañó desde Arequipa hasta el Cuzco, en donde se quedó, y el presidente Santa Cruz, después de arreglar allí todo lo necesario, marchó al alcance del ejército, que había hecho alto en Chincheros. Á mí me dejó en el Cuzco con la comisión de despachar para el ejército un empréstito de veinte mil pesos

que se había negociado y de proveer de todo el equipo necesario al escuadrón *Inmortales*, que era la escolta del general Orbegoso, y que mandaba el entonces coronel, y después general, Juan E. Pedernera, distinguido jefe argentino, que se hallaba emigrado de su patria desde el año 1831, en que había venido á Bolivia, pasando luego al Perú, en donde tomó servicio. Este jefe, posteriormente, figuró en alta escala en su país, llegando á ocupar los más elevados puestos.

El general Orbegoso, que se quedó en el Cuzco, como ya dije, tenía entre sus edecanes unos dos ó tres, que no se ocupaban más que de llevarle chismes. Uno de éstos le llevó un día una proclama impresa firmada por un señor Orihuela, caballero distinguido y padre de una numerosa familia, hermano de un obispo del Cuzco, si mal no recuerdo, proclama, en que llamaba *imbécil* al presidente Orbegoso. Apenas acabó éste de leer la proclama, dió orden de capturar al señor Orihuela, ponerlo en capilla, y fusilarlo á la madrugada del día siguiente.

Esta noticia, y la prisión inmediatamente ejecutada del señor Orihuela, causó gran movimiento y alarma en toda la ciudad del Cuzco. Todas las señoras en corporación se dirigieron al alojamiento del presidente Orbegoso á interceder ante él por la vida de aquel pobre caballero. Cinco comunidades religiosas se le presentaron también, y seguidamente con el mismo objeto. El presidente despidió á todos con poca cortesía, hasta con dureza, desairando así á toda la sociedad cuzqueña. Estaba inflexible y furioso.

En la tarde de aquel mismo día me convidó á comer con él. En la mesa no oí más conversación que sobre la proclama del señor Orihuela, y el fusilamiento de éste al amanecer del siguiente día. Yo no hablaba una sola palabra sobre el particular. Me parecía imprudente aventurar observación alguna al general, que estaba excitadísimo.

Después de la comida me regresé á mi despacho; estando allí, entró á verme el intendente de policía, un se-

ñor Astete, con el objeto de suplicarme de parte del vecindario notable de la ciudad que intercediese una vez más ante el presidente en favor del señor Orihuela. Respondíle á su empeño que me parecía inútil hablar al presidente; que esa misma tarde había comido con él, y que no le había oído en la mesa más que protestas de fusilar á ese infeliz caballero, cuya situación me conmovía profundamente, y en cuyo favor haría gustoso todos los esfuerzos posibles, aunque tenía poca esperanza de obtener buen resultado en mis empeños.

Con esta promesa se despidió el intendente, y yo me fuí á ver al general Orbegoso, á quien encontré en su dormitorio en conversación con una señora y tres de sus edecanes. Me armé de paciencia, y cuando la señora se fué, y despidió á los edecanes, y nos quedamos solos, empezó á hablarme de Orihuela, de su malaventurada proclama, que en tal situación le había puesto, y de la orden que había dado de fusilarlo al amanecer.

No le interrumpí con una sola palabra, le escuché con toda calma, le dejé desahogarse, y cuando acabó de hablar, le dije con mucha serenidad que le hallaba razón de haberse incomodado tanto por la proclama del señor Orihuela, y las tendencias subversivas de este caballero; pero que la magnanimidad era propia de las almas grandes, de los corazones nobles, y que le rogaba me permitiese la confianza de hacerle una observación: "Señor—le dije—; hemos venido á este país con el ejército boliviano á reponer á usted en la Presidencia Constitucional de la República, de la cual le ha intentado despojar el motín de Salaverry. Me parece muy prudente que usted reflexione un poco sobre la posición que ocupa con respecto á nosotros.

„En el paso que usted va á dar con el señor Orihuela, se echará sobre sí una gran odiosidad, mientras el presidente de Bolivia, con su sagacidad y clemencia, ganará toda la popularidad que usted va á perder. La venganza no es propia de almas nobles y valerosas como la suya

Perdonar es la más dulce de las satisfacciones. En nombre de toda la sociedad del Cuzco, y si algo vale ante usted la súplica del último de los vencedores de Ayacucho, le ruego que perdone usted á Orihuela. Ganará en prestigio y popularidad, tendrá la gratitud de todo este pueblo y las bendiciones de toda la afligida familia de este caballero, y Dios premiará su generosidad.»

Entonces Orbegoso, que estaba sentado junto á mí, dándome una fuerte palmada sobre la pierna, exclamó: «Amigo general, es usted el primero que en todo el día me ha hablado en estos términos. Me ha convencido usted. El general Santa Cruz no me ganará en clemencia ni en popularidad.» Y levantándose llamó al edecán de guardia, que estaba en la antesala, y le ordenó que inmediatamente hiciera venir al mayor de plaza.

El mayor de plaza era el coronel Rufino Echenique, que después fué general y presidente del Perú.

Cuando entró éste, el general Orbegoso le dió la orden de llevar el perdón para el señor Orihuela bien de madrugada, antes de que saliera al cadalso, pero de no decir una palabra en el pueblo durante la noche. Se retiró el mayor de plaza, y yo también poco rato después, agradeciendo al general Orbegoso por haberse dignado escucharme y felicitándole por su buena acción.

Á la madrugada siguiente, cuando sacaban al señor Orihuela al patíbulo, se vió venir corriendo al coronel Echenique hacia la plaza, agitando un pañuelo blanco en la mano y gritando: «¡Perdón! ¡Perdón!»

Orihuela fué perdonado, levantado del banquillo donde ya se hallaba, y yo quedé lleno de la más dulce satisfacción por haber contribuído á salvar la vida de un hombre, y más aún de un padre de familia.

Al día siguiente de este suceso me despedí del general Orbegoso y emprendí mi marcha en alcance del ejército boliviano, habiéndole despachado por delante los 20.000 pesos de empréstito.

Á mi llegada referí al presidente Santa Cruz el inci-

dente con el señor Orihuela. Cuando acabé de referírselo con todos sus detalles, me dijo: «Orbegoso se habría desprestigiado inmensamente con ese hecho y nosotros habríamos ganado mayor ascendiente y más popularidad en los pueblos del Perú.»

En este arreglo del ejército para la campaña de la pacificación me tocó el mando de los batallones 4.° y 6.°, que componían mi división. Se pasó el río Pampas y se subió por una cuesta á mano izquierda, cuesta muy larga y muy empinada. La tropa, muy cansada y aburrida, porque no había necesidad de haber hecho semejante subida para llegar á Sachapampa, donde nos decían que se hallaba el ejército enemigo.

Aquella noche, y después de una marcha penosísima, llegamos al alto de Tosta. En el camino se despeñaron dos soldados del batallón 3.°, cansados y desesperados de tanto subir. Pasó nuestro ejército la noche en un hueco de este alto, habiéndose impuesto pena de muerte al que fumase un cigarro. Precaución sumamente inútil é inconducente, porque en el sitio en que estábamos era imposible que se nos hubiera podido ver, á no ser desde el cielo; pero el capitán general lo ordenó así y se cumplió estrictamente.

Al día siguiente llegó el ejército á Sachapampa. En este punto supimos que las divisiones Porras y Fernandini, del ejército enemigo, no estaban lejos. Se despachó una división de las nuestras, al mando del gran mariscal Cerdeña, en busca de la división Fernandini, y el general Trinidad Morán, que mandaba el batallón colombiano *Vargas* el día de la gran batalla de Ayacucho, marchó en alcance de la división Porras. El resto del ejército continuó su marcha al día siguiente con dirección á la ciudad de Huamanga, denominada después Ayacucho, á cuatro leguas de distancia del lugar donde se dió la famosa batalla de este nombre, el día 9 de Diciembre de 1824.

Entró nuestro ejército en Ayacucho y se acuarteló

Al día siguiente llegó el valiente general Morán con el general Porras y toda la división de éste prisionera de guerra. Dos días desqués llegó el mariscal Cerdeña, solo, sin haber podido tomar la división del general Fernandini, en cuya persecución había marchado desde Sachapampa.

El mariscal Cerdeña era un valiente y distinguido jefe, natural de las islas Canarias, y que había hecho su carrera militar en el ejército español.

En dicha ciudad nos tocó pasar un aniversario de la batalla de Ayacucho. Por la mañana hubo solemne misa de gracias, á la que concurrió todo nuestro ejército; por la tarde corrida de toros, salvaje diversión, en la que fueron muertos tres soldados y un caballo; y por la noche un grande y espléndido baile, al que concurrieron el vecindario más notable de Ayacucho, y todos los jefes y oficiales de nuestro ejército.

El general Ballivián era el jefe de Estado Mayor general en esta campaña de la pacificación. Me dirigí un día á su alojamiento á hacerle una visita, y le encontré con el general Porras, que había pertenecido al Estado Mayor de la división con que en 1825 libertamos el Alto-Perú. Después de saludarle, le pregunté del general Salaverry, quien había servido también bajo mis órdenes en esa campaña, como capitán de la Legión Peruana. «Oh, mi general—me dijo Porras—, no conocería usted ahora al general Salaverry».—«¡Cómo!—exclamé yo—: ¿ha crecido algo?» (Salaverry era de muy baja estatura.) Al general Ballivián le dió tal flujo de risa al oir mi pregunta al general Porras, que salió de la sala tapándose la boca con un pañuelo.

Después de algunos días de permanencia en Ayacucho, emprendimos la marcha de regreso para el Cuzco. Antes de llegar á Andahuaylas, nuestro capitán general tuvo noticias de que el general Salaverry con su ejército se hallaba en marcha por Chuquibamba en dirección á Arequipa.

En Andahuaylas me dijo el capitán general que era indispensable y urgente que yo emprendiese una marcha al rumbo con el batallón 6.° en dirección á Puno, con objeto de impedir que el general Salaverry intentase una sorpresa sobre el Cuzco, porque él pensaba no demorar allí, sino seguir la marcha á Puno, en donde esperaría mi llegada; que aunque perdiese todo el batallón en esta marcha tan aventurada, era ella de indispensable necesidad para asegurar las ulteriores operaciones de la campaña.

Emprendí, pues, mi marcha por un territorio jamás transitado por tropas; todo él despoblado y cubierto de nieve. Todas las noches enviaba yo los partes al capitán general al Cuzco. Él no recibió ninguno, y me tenía ya por perdido. Pasé, por fin, por Chumbivilcas, hallándome ya en poblado. Eran los últimos días del mes de Diciembre, y todavía no había cumplido seis meses desde que el ejército de Bolivia pasó al Desaguadero.

Entré al collado del Cuzco por un abra al Sur de la de Santa Rosa, y llegué á la ciudad de Puno sin novedad y sin haber perdido un solo hombre de la fuerza de mi mando. El general Santa Cruz se alegró tanto de vernos llegar, que quiso hacer repicar en aquel momento.

El otro cuerpo de mi división, el batallón 4.°, había acompañado al capitán general desde Andahuaylas, y nos disponíamos á marchar sobre Arequipa, donde había entrado ya con sus fuerzas el general Salaverry.

Una mañana en Puno, antes de emprender la marcha, se me dió parte de haber faltado á la lista de diana dos soldados del batallón 4.° El capitán general lo extrañó mucho, porque no solíamos tener desertores en el ejército boliviano, y mucho menos cuando éste marchaba en busca del enemigo.

Emprendimos nuestro movimiento por un paso extraviado de la cordillera; marcha muy penosa, andando día y noche sobre la nieve. Una mañana, el secretario general del presidente, el doctor Andrés María Torrico, vien-

do á los soldados levantarse del sitio en que habían pasado la noche, sobre la nieve y sin más que sus frazadas: —"Ah, pobres soldados—exclamó; yo que tanto he declamado contra los militares en los Congresos, juro no volver jamás á hacerlo, porque ya veo con mis propios ojos lo que padecen."

Llegamos á Urbina, pequeño pueblecito donde encontramos bastante forraje para las caballadas, situado en una hondonada profunda. Al salir de este lugar tuvimos que subir una cuesta muy larga y de mucho *soroche*. En la cumbre de esta pesada cuesta encontré á un cabo del batallón 3.° esperando á un soldado que se había salido de la formación por rendido y asorochado.

Cuando llegué á él, viendo que era uno de los indios bárbaros, que había dado de alta en este batallón, en Tarija, dije al cabo que no había necesidad de demorarse, que él alcanzaría al batallón después de descansar un rato. Al oirme, hizo el pobre soldado un esfuerzo para separarse del padrón al lado del camino, contra el cual se había arrimado, y cayó muerto.

Se pasó la cordillera, y se llegó al llano, donde la división pernoctó. Á la lista de ocho de esa noche se dió parte de haberse presentado los dos soldados del batallón 4.°, que faltaron en Puno antes de emprender la marcha.

Éstos dijeron que, viendo que la división demoraba en Puno, se habían ido á La Paz á ver á sus mujeres, porque se había dado orden, antes que saliese el ejército de La Paz, que todas las mujeres quedasen allí; pero esto no impidió que los soldados se hallasen otras sobre la marcha en todos los pueblos, y en muy poco tiempo había casi otras tantas mujeres que hombres en todo el ejército, y éstas servían mucho á los soldados, porque los esperaban con la comida preparada en todas las pascanas. Una sola excepción hubo en el batallón 6.°, que hizo la penosa marcha conmigo, desde Andahuaylas hasta Puno; en una de las nevadas que nos cayó, todas las mujeres se

desertaron, volviéndose á sus casas, y esto es cuanto se puede decir sobre la dificultad de esa marcha.

Desde el pie de la cordillera, la división emprendió la marcha con el capitán general en busca del ejército del centro, del que era jefe el Gran Mariscal Cerdeña, con el que se incorporó esa misma tarde, habiéndolo encontrado sobre una altura en medio de la Pampa, y que llamaban posición militar defensiva.

CAPÍTULO XXIV

Continuación de la campaña.—Combate de Uchumayu.--Heroísmo del general Ballivián.—Batalla de Socabaya.—Una nota del general Braun.—Parte oficial del combate.—Captura del general Salaverry.—Fusilamiento de éste, del general Fernandini y otros jefes. Los prisioneros.—Grandes proyectos del general Santa Cruz.—Los Estados Sur y Nor peruanos.—La confederación Perú-Boliviana.—Los delegados de Moquegua.—Torata y Tacna.—Solicitud de anexión á Bolivia.—Gran error del general Santa Cruz.—Verdaderos límites de Bolivia por el Norte.—Otro error del Capitán general.—Origen del conflicto con Chile.—El coronel Dastua.—El Congreso de Sicuani. — Nuestra marcha allí. — Conversación con el general Santa Cruz.—Conflicto con la República Argentina.—Marcho al Sur. Regreso á La Paz.—Misión á Inglaterra.

Hallándose el general Salaverry con todo su ejército en Arequipa, emprendimos la marcha sobre dicha ciudad. Mientras nosotros entrábamos, él salía de ella por el puente con dirección á Uchumayu. Nuestro ejército, en vez de avanzar sobre el enemigo, y terminar de una vez la campaña, hizo alto en las calles de Arequipa todo el día, porque se tuvo noticia de que el puente estaba cargado de pólvora para impedirnos el paso.

Por la tarde se acuarteló el ejército en la ciudad. Salaverry se quedó al otro lado del puente de Uchumayo, y tuvimos que sostener un nutrido fuego día y noche por espacio de seis días seguidos, gastando muchas municiones.

En uno de esos tiroteos, durante la noche, el mariscal Cerdeña, que hacía de jefe de Estado Mayor general, recibió un balazo en la boca que le desfiguró para siempre y le llevó toda la dentadura.

Después de cansarse el general Salaverry de arrojar balas de cañón y de fusil sobre la ciudad, emprendió su marcha sobre Uchumayu. Nuestro ejército siguió en su alcance, marchando el valiente general Ballivián con su división á la vanguardia. Salaverry había ocupado con sus tiradores todas las alturas al otro lado del puente. El general Ballivián se adelantó con la vanguardia mucho más de lo acostumbrado, de manera que, cuando llegó al puente de Uchumayu, no podía contar con el apoyo del resto del ejército.

Sin reparar en esto, aquel bravo y fogoso jefe trató de pasar el puente, y en menos de cuatro minutos sufrió la pérdida de más de cien hombres que murieron del batallón *Primero de la Guardia,* y muchos jefes y oficiales mal heridos; entre éstos el mismo general Ballivián, herido en el hombro derecho. Esta heroica acción del paso del puente de Uchumayu, donde brilló tanto el valor de Ballivián, tuvo lugar el 4 de Febrero de 1836.

Cuando llegó el grueso del ejército á la vista del puente, recibí orden de bajar con el 6.° batallón á relevar al 1.° En esta operación se gastó una inmensa cantidad de municiones. Cerca de la madrugada me retiré con el batallón una corta distancia del puente, y me situé de modo de tomar al enemigo de flanco, en el caso de intentar el paso y subida por nuestro lado; pero amaneció sin que el enemigo hubiera hecho tal tentativa. La división del general Anglada marchó por el otro lado del puente, más arriba, con el objeto de flanquear al enemigo. Oímos los tiros toda la noche, pero contramarchó sin hacer cosa alguna de provecho.

Bien de mañana subí con mi batallón á incorporarme al resto del ejército, y en aquel momento el capitán general me dió orden de escribir al Cuzco y á La Paz simultánea-

mente pidiendo municiones, para reemplazar las que habíamos gastado la noche anterior. Escribí los pedidos en hojas de mi cartera y los despaché en el acto.

El ejército boliviano contramarchó á la ciudad, y nos situamos en el panteón, adonde pasamos toda aquella noche.

Á la mañana siguiente estaba yo sentado sobre una piedra en la puerta del panteón de Arequipa, teniendo en una mano el anteojo de larga vista, que me había obsequiado el Libertador Bolívar en el campo mismo de Junin, cuando, al divisar hacia el Sur, distinguí al ejército enemigo atravesando de Uchumayu por Tingo en dirección á Huascacachi. Iban los soldados como en dispersión, uno detrás de otro á larga distancia. El capitán general Santa Cruz hallábase con el general Braun, que hacía entonces de jefe de Estado Mayor General, en una casita de una calle cerca del panteón, donde estaban tomando una sopa de camarones, á la que el capitán general era sumamente aficionado.

Le hice avisar con uno de los edecanes que el ejército enemigo se hallaba en marcha por hileras, de Tingo hacia Huascacachi, y que me parecía que debíamos apurar la marcha. Como pasaba ya buen rato, y el general Santa Cruz no venía, me dirigí á la casita, en donde le encontré saboreando sus camarones.—«Mi capitán general — le dije—: ¿no sabe usted que si no nos apuramos á salir, el enemigo nos gana las alturas y nos corta el camino para Bolivia, mientras actualmente está desfilando á nuestro frente, y tenemos la victoria segura si nos apuramos?»

Dejó el capitán general la cuchara, salió, montó á caballo, la tropa tomó las armas rápidamente, y nos largamos al trote por entre las pencas, espinos y matorrales del camino, hasta la cabecera de la loma de Socabaya.

No hubo momento que perder; el ejército enemigo subía la loma; sus guerrillas al frente, las nuestras á las órdenes del intrépido y valeroso coronel Sagárnaga, salieron á su encuentro. Yo mandaba la división de reserva.

Tenía á mi frente, entre mi línea y las guerrillas, á la división del general Ballivián. El general Braun me pidió el batallón 6.° Los coraceros del enemigo venían subiendo la loma por nuestro costado derecho. Voló el general Braun con el batallón 6.° hasta donde se hallaba nuestra caballería, el regimiento *Lanceros del General*, al mando del coronel Villagra, valeroso jefe que mandaba el escuadrón *San Carlos* del ejército del rey en la batalla de Ayacucho, y el escuadrón *Guías* á las órdenes del joven teniente coronel Fernando Campero, marqués de Yavi.

La carga que dió el general Braun con la caballería, acompañada de una descarga cerrada del batallón, haciendo volver caras á todos los coraceros que no quedaron tendidos en el sitio, se puede decir que decidió de la batalla. (7 de Febrero de 1836.)

Si el general Canterac hubiese hecho la misma operación el día de la batalla de Junin, no diré con un batallón, sino con una sola compañía de cazadores, tal vez ni Braun ni yo hubiéramos estado en la acción de Socabaya.

Apenas advirtieron las guerrillas la derrota completa de los coraceros, corrieron velozmente colina abajo, pero dejando al valiente coronel Sagárnaga en el campo, con siete heridas, y muerto el segundo jefe de nuestras guerrillas, teniente coronel Manuel Buitrago.

Tomamos al enemigo tan á tiempo, que no le dimos lugar ni á descargar su artillería en el pie de la loma. La división Ballivián se hallaba dentro de mi línea rechazada por el avance de las guerrillas enemigas; pero el general se movió á vanguardia cuando vió desordenarse aquéllas. En este estado del combate, advertí desde mi posesión en la reserva, una fuerza considerable del enemigo reuniéndose en la cumbre que dominaba nuestro flanco izquierdo, y con bandera desplegada. Viendo que era muy fácil que esta fuerza descendiese por la cabecera de la quebrada y pasase á las cabeceras de la de Socabaya, tomarnos por retaguardia, y arrojarnos loma abajo, y tal vez recuperar la acción perdida, mandé inmediatamente

dos compañías del 4.° batallón á desalojar esa fuerza. Regresaban las dos compañías con una bandera y un estandarte que acababan de tomar al enemigo, cuando llegó á mi línea el capitán general á hacerme marchar con mi batallón, loma abajo, en persecución del enemigo, ya en plena derrota. Me preguntó en dónde estaba el batallón 4.° Le respondí mostrándole las dos compañías que bajaban de la altura, después de haber cumplido la orden que les había dado, y trayendo la bandera y el estandarte tomados en este instante al enemigo. En el momento en que se nos incorporaron, seguimos descendiendo la loma con el capitán general. En media loma vimos las mochilas de los soldados enemigos tendidas en formación.

Casi toda la fuerza enemiga, jefes, oficiales y tropa, cayó prisionera en nuestro poder, y pasó esa noche en el panteón. Á mí se me encomendó la custodia de los prisioneros allí. Al día siguiente, marcharon todos á la ciudad de Arequipa, y yo me dirigí al mando de mi división, á Sabandía, pueblo inmediato al campo de batalla. Aquí recibí una nota oficial del general Braun, jefe del Estado Mayor general, preguntándome, de orden del capitán general, por qué había desprendido una parte del batallón 4.° del punto que él le había señalado en la reserva. Contesté á la nota inmediatamente, y llevé yo mismo mi contestación á la oficina del Estado Mayor, y al entregarla al general Braun, le dije: que en ella yo no negaba haber recibido orden del capitán general sobre el punto que debía ocupar en la reserva, sino que me fijaba en la orden que había dado para que dos compañías marchasen á dispersar á la fuerza enemiga, que se hallaba reuniéndose en la altura que dominaba todo nuestro flanco izquierdo, la que podía con mucha facilidad tomarnos la retaguardia, y arrearnos por la bajada misma por donde había marchado todo el ejército en persecución de los derrotados; que el movimiento que había ordenado era sobre el enemigo, no evitándolo, y que lo había explica-

do al capitán general cuando vino en busca de su batallón favorito, el 4.°, denominado después *Batallón Yanacocha.* Se sonrió el general Braun, y llevó mi nota al capitán general, quien me hizo llamar. Le encontré solo en su despacho. Al verme, me dijo:—«Oh, general O'Connor; yo sé muy bien que usted se portó con su acostumbrado valor, asegurando el brillo de nuestras armas en Socabaya; pero el motivo que tuve para hacerle dirigir ese oficio por el Estado Mayor, al que usted ha contestado, fué sólo dara hacerle comprender que yo no quiero que haya dos capitanes generales en un campo de batalla.» —«Bien, excelentísimo señor—le respondí—, yo de mi parte suplico á usted que en algún otro combate que podamos tener, ocupe usted un punto adonde se pueda ocurrir en caso necesario, á pedir sus órdenes."—"Bien, muy bien, compañero—me dijo—, así lo haré; pero siéntese usted un rato: conversemos aquí."

Al regresar á la oficina del general Braun, en la misma casa, le repetí la conversación que había tenido con el capitán general, á lo que me respondió:—"Le ha dicho á usted muy bien." Entonces hice presente al general que todo eso de la nota que me había dirigido, fué con el único objeto de hacer creer al Estado Mayor que él me había dado alguna orden al empezar ó durante la batalla, cuando él sabía muy bien que el general Santa Cruz no era un militar capaz de darme á mí una orden frente al enemigo. Ahora, la verdad, es que yo no sé qué estaba haciendo durante el combate.

El general Braun, en su parte de la victoria, que tengo á la vista sobre el escritorio, dice: que el capitán general, á la cabeza del batallón 6.°, dirigió el ataque que éste hizo á fuego contra los coraceros del enemigo, lo que decidió la victoria, y el general Santa Cruz firma una nota al pie del parte del general Braun, jefe de Estado Mayor General en estos términos: "El jefe superior del ejército unido cumple con un deber de justicia declarando que el eñor general Braun, que suscribe este boletín, se ha

comportado de una manera digna de su antigua reputación.“ Aquí tenemos á dos caballeros lavándose los cascos lindamente.

La verdad es que el general Braun dirigió todo y ganó la batalla de Socabaya, pero es inusitado ver una nota de un general en jefe certificando sobre la conducta de su jefe de Estado Mayor.

Dice el parte del general Braun:—“Y han caído en nuestro poder doscientos veinte, entre jefes y oficiales, incluso Salaverry.“ Éste se hallaba entre los dispersos, y lo tomó cerca de la costa, montado en una burra preñada, el teniente José Romero, de los dragones de Tarija, quien lo entregó al general Miller, destacado de antemano al lado del pueblo de Tambo, para interceptar la fuga de los dispersos en dirección á la costa, en busca de sus buques.

El general Miller despachó á Salaverry con escolta á Arequipa, á disposición del capitán general; pero al presentarlo al general Miller, pidió á éste permiso para escribir, antes de marchar á Arequipa, una carta al general Santa Cruz, cuya súplica le fué concedida por el general Miller, porque este general le quería mucho, habiendo sido cadete de la Legión peruana que formó el general Miller en Lima en 1823.

En otra parte de estos *Recuerdos* he hablado de la amistad de este general para con su cadete. La carta escrita por el coronel Cárdenas, también disperso tomado, y dictada por Salaverry, llegó á manos del capitán general antes de la llegada de Salaverry.

Le gustó mucho al general Santa Cruz esta carta, y me dijo que le había caído tanto en gracia, que se disponía á perdonarle y tenerle á su lado; pero temía ser asesinado por los arequipeños, que estaban furiosos contra Salaverry por las vejaciones que les causó mientras se halló en la ciudad, y le entregó á ser juzgado por el Consejo de Guerra en Arequipa, presidido y compuesto por peruanos, el cual le condenó á muerte, con el general

Fernandini, Mayor Picoaga y otros cuyos nombres no recuerdo con precisión.

En virtud de la sentencia de muerte pronunciada por el Consejo de Guerra, en el que felizmente no hubo ningún jefe boliviano, el infortunado general Salaverry, el general Fernandini y siete jefes más fueron fusilados en la plaza de Arequipa el 18 de Febrero de 1836.

El general Fernandini intentó escapar del banquillo mismo, y corrió hasta la esquina del Cabildo, donde un grupo del pueblo, que concurrió á expectar la ejecución, lo tomó, y con una crueldad inaudita, que me indignó profundamente, lo condujo de nuevo al cadalso, donde un momento después cayó su cuerpo atravesado por las balas, como los de sus ocho compañeros de infortunio.

Así terminó su rápida carrera y su breve paso por este mundo el joven y valiente general Salaverry, tan digno de mejor suerte.

Á los jefes y oficiales prisioneros se dispuso enviarlos á Bolivia, y se dió por concluída la pacificación del Perú; pero la precipitación del general Santa Cruz lo echó á perder todo. Se propuso dividir el Perú en dos Estados: Sur y Nor-peruano, é incorporar ambos con Bolivia bajo la denominación de *Confederación perú-boliviana*, con un presidente para cada uno de los Estados y un supremo protector de la Confederación, con un sueldo de ochenta mil pesos y mando sobre todos.

Estábamos en Arequipa todavía cuando llegó una diputación compuesta de vecinos notables de los departamentos peruanos de Moquegua, Torata y Tacna, pidiendo al general Santa Cruz aceptara la anexión de éstos á Bolivia, de la que debían ó formaban parte desde el alto de Santa Rosa; es decir, todo el collado del Cuzco hasta el Desaguadero, cuyo territorio pertenece realmente al Alto-Perú, pero desmembrado de la parte que formó la República de Bolivia, por un descuido del general Sucre tal vez, ó sea porque esta parte se consideraba como inclusa en la capitulación de Ayacucho, por haber estado

entonces ocupada por el ejército del virrey La Serna, mientras que el general Olañeta ocupaba el resto, desde el Desaguadero hasta la Quiaca, y se hallaba defeccionado del virrey.

El presidente Santa Cruz no aceptó y no quiso prestar atención á las instancias de la embajada, perjudicando á Bolivia, y alucinado con la esperanza de verse luego de supremo protector de la Confederación perú-boliviana, y sin tener en consideración que con este justo aumento de territorio para Bolivia no necesitaba dividir el Perú en dos Repúblicas, y tenía recursos suficientes en Bolivia, restituídos sus naturales límites; parece que más pudo en él la ambición personal que el verdadero patriotismo y la política bien entendida.

En este caso pudo haber regresado con su ejército, dejando el Perú completamente pacificado é indemnizados los gastos de esta campaña con esta interesante adquisición de territorio. Era, en mi concepto, lo justo, lo racional, lo político y lo práctico.

Otro paso falso dió el golpe de gracia á todas sus ambiciosas miras. Salaverry apenas se había declarado presidente del Perú; con la mira de legalizar su usurpación, celebró un tratado de paz, amistad y comercio con el Gobierno de Chile, por el cual concedió á esta República la ventaja de todo el comercio del Pacífico, con perjuicio manifiesto de los intereses del Perú; pero era fácil ver que la intención de Salaverry no era otra que el conseguir el reconocimiento de Chile á su Presidencia, para anular el tratado después de afirmarse en el Poder; pero el general Santa Cruz, viéndose vencedor en Socabaya, y sin aguardar que un Congreso reunido en Lima anulase dicho tratado, lo hizo él por un decreto con una precipitación muy imprudente, y de esto se atrajo un nuevo enemigo, el presidente de Chile, quien le declaró la guerra, y no desistió hasta desbaratar la Confederación, el supremo protector y todo.

Habiendo acabado el capitán general de arreglar los

asuntos más necesarios en Arequipa, y dejado al general Braun para dar cumplimiento á las órdenes que se le habían dado, me nombró otra vez jefe del Estado Mayor General, y emprendió su marcha para Sicuani, en cuyo punto convocó un Congreso para la nueva república del Sur-Perú.

Se había tomado al coronel Dastua, á favor de quien se habían presentado muchas solicitudes pidiendo no se le fusilase. Dejó al general Braun la orden terminante de llevar á afecto la sentencia del Consejo de Guerra que le había condenado á muerte, pero llevó consigo las solicitudes á su favor, dando á entender que mandaría el indulto para Dastua desde Apo, la primera jornada desde Arequipa en dirección á Sicuani, y despachó el indulto para el coronel Dastua con un propio, diciéndome: «Nada importa esto.» Braun le habría hecho fusilar antes que llegase este papel; pero casualmente llegó en el momento que Dastua estaba en marcha con la escolta al patíbulo, y se salvó.

Nuestra marcha para Sicuani era por un camino casi todo por nieve. En uno de esos días el capitán general, que conversaba mucho en el camino, me dijo: «O'Connor, ya que estamos libres de estas bullas de Arequipa, quiero que me diga usted francamente su parecer sobre la Confederación Perú-boliviana que vamos ahora á iniciar en el Congreso, que voy á reunir en Sicuani.»—«Mi parecer, señor—le dije—, es que se ha metido usted en un barro del que no saldrá con buen suceso.»—«Eso es —dijo—, siempre con parecer opuesto al mío.»—«Pero, señor—le respondí—, usted me exige mi parecer, y si yo fuese uno de los que le adulan en todo, podría haberle dicho que su parecer me parecía excelente, sabiendo que el suyo era á favor de la Confederación.»—«Pero, á lo menos—me dijo—, tendrá la bondad de decirme en qué se funda.»—«Me es muy fácil, señor—le respondí—: en esto me fundo: que para que pudiese tener buen resultado, necesitaba tener cincuenta prefectos y otros tantos

comandantes generales, hombres adictos y afectos exclusivamente á la persona de usted, y no tiene sino tres. Tiene al general Braun, al general Herrera y á mí, porque somos extranjeros, y no podemos aspirar á más honores ni distinciones que los que hemos adquirido ya, y usted va á constituirse en un postillón, corriendo de punto en punto; que cuando los negocios le llamen al Sur, tendrá noticia de una revolución reventada en el Norte, y así sucesivamente.»

Ni más ni menos sucedió como se lo pronostiqué. Se dirigió al Sur á visitar el ejército al mando del general Braun, en campaña contra los argentinos, que nos habían declarado la guerra en forma, y estando allí, decretó medallas á ese ejército que no había abierto aún la campaña, pero le hicieron creer que los enemigos estaban todos vencidos. Estando allí, también recibió la noticia de que el general Orbegoso y el general Nieto se le habían defeccionado en Lima, principio de la verificación de mi parecer. Pero esta ocurrencia está anticipada aquí.

En Sicuani se reunió el Congreso, y todo pasaba según deseaba el general Santa Cruz. Se siguió la marcha hasta el Cuzco, en donde fué recibido con entusiasmo. Aquí hubo concurso para llenar los beneficios vacantes, y como había tantos, los derechos produjeron una buena cantidad de dinero.

Estando en el Cuzco, me dió orden el capitán general de dirigir una nota al Vicepresidente de Bolivia, encargado del mando, mientras la ausencia del general Santa Cruz, y de decirle que no era necesaria la remesa del contingente de Bolivia para el abono de los sueldos del ejército pacificador del Perú, hallándose toda la República y sus tesoros en nuestro poder. Pero, con la remesa de contingentes de Bolivia para abonar los presupuestos del ejército, se introdujo, como he dicho ya, una moneda que representaba cuatro reales y no valía dos y medio, tanto que la habían adulterado en la moneda de Potosí, y desde entonces sigue este vicio hasta ahora, 1869, con

más escándalo. En otros tiempos los reyes de España y de Francia se habían valido de este arbitrio en sus apuros, pero en lugar de sacar provecho, se atrasaron, y se llenaron estos países de monederos falsos, como está sucediendo con tanto escándalo en Bolivia.

Me estaba olvidando de apuntar que, después de dejar instalado el Congreso en Sicuani, y concluídos los negocios de la separación del Sur-Perú y del Nor-Perú, el general Santa Cruz se dirigió á La Paz á ver cómo andaban las cosas de Bolivia.

Hablamos muchas veces en el camino sobre la guerra con Chile y con la Confederación Argentina. Me dijo que sin duda todos nuestros puertos estarían bloqueados por la escuadra chilena, mientras no tenía fuerzas navales para hacerles resistencia; y me propuso fuese yo á Inglaterra con un millón de pesos, y comprase dos buques de guerra, nombrando yo los capitanes y oficiales, quienes pondrían á bordo marineros á su elección, y que con estos dos buques nos era fácil echar á pique todos los buques chilenos que encontrásemos en el Pacífico á nuestra llegada. Respondíle que si un amigo cualquiera me hiciese la propuesta, no la aceptaría; que cuando salí de mi patria, lo hice con la intención de no volver más á ella; porque mi familia sufría persecuciones del Gobierno inglés, pero que debía obedecer á él, como á mi jefe, que tenía el derecho de mandarme.—«Quizás marchará usted con menos repugnancia cuando le aseguro—me dijo—que no hay otro hombre en todos estos países á quien yo confiaría un millón de pesos para desempeñar la comisión que voy á encargar á usted.» Esta observación no me dejó palabra que oponer en contra, y consentí. Me dijo en seguida que á nuestra llegada á La Paz daría orden al general Braun, que estaba allí de comandante general, para hacer reunir una parte del millón de pesos de las entradas de ese departamento, y que el resto se sacaría de la aduana común de Arica, y que no tardaría mucho tiempo para realizar toda la cantidad.

El general Santa Cruz, cansado como le suponía, de los aplausos y elogios que sus paisanos en La Paz le tributaban, se resolvió salir de la ciudad por un rato, y se dirigió de paseo á su hacienda de Tahuapalca, en los Yungas; hacienda que le había costado doce mil pesos. Me convidó á acompañarle; yo me excusé, diciéndole que tenía trabajo atrasado en el Estado Mayor, y que quería aprovechar el tiempo para ponerme con el día; pero al día siguiente, el vicepresidente Calvo, que iba también en alcance del presidente, me persuadió á que le acompañe, y así lo hice. Pasamos algunos días en la hacienda. Un día hicimos una visita al general Ballivián en la suya inmediata al pie del gran Illimani, mejor hacienda que la de Tahuapalca. Acabado este paseo, regresamos á La Paz.

Demoró el presidente pocos días en esta ciudad, y emprendimos nuestra marcha al Cuzco. El célebre literato don Joaquín de Mora acompañó al presidente de su secretario particular; el doctor Andrés María Torrico de secretario general, y yo de jefe de Estado Mayor general. En esta vez fué el gran concurso del Cuzco, para llenar las muchas vacantes que había, y de cuya operación, como tengo dicho antes, se sacó una suma grande de dinero, de que había mucha necesidad por cierto.

En esta ocasión también me dió orden el presidente de dirigir una nota al vicepresidente de Bolivia, previniéndole no remitiese en adelante más contingentes de dinero al Perú, pues todos los presupuestos del ejército Pacificador quedarían cubiertos de las Tesorerías del Perú; y así fué, pues habíamos conquistado todo el país, desde el Desaguadero hasta Sechura.

El capitán general se disponía á continuar su marcha para Lima y me dejó de comandante general de la Guardia boliviana, compuesta del batallón 1.° de la Guardia y el batallón Yanacocha, 4.° de línea, con objeto de tener franca la comunicación entre Lima y Bolivia y con orden de situar los cuerpos en los pueblos de la quebrada del Cuzco.

Acompañé al presidente en su primer día de marcha hasta cerca de Zurite. En la marcha me dijo que ya no nos habíamos de ver, pues que del millón de pesos que había ordenado se reuniese en la Tesorería de La Paz y de la Aduana común de Tacna, no faltaban, según las últimas noticias que había recibido, sino cuatrocientos pesos, y que yo me iba á embarcar á cumplir mi comisión de comprar dos buques de guerra y de nombrar yo los capitanes y oficiales. Siguió diciéndome: «Y supuesto que estos buques vienen sin más cargamento que sus tripulaciones, armas y pertrechos, voy á poner un artículo en sus instrucciones facultándole para traer á bordo todos los emigrados irlandeses que quieran venir á situarse en Bolivia, ofreciéndoles su pasaje libre y sólo poniendo sus provisiones á bordo, y que en Bolivia se les asignará terrenos de los baldíos en la frontera, libres de todo gravamen.» «Señor—le dije—, respondiendo á ese artículo, me permitiré decirle que me opongo en todo á él, pues estaré seguro que no encontraré en mi patria un hombre que ha servido como yo en toda la guerra de la Independencia, y usted mismo me despojó con su rúbrica en una solicitud maliciosa, en el año 1834, de una merced que me había asignado el Gran Mariscal de Ayacucho de unos terrenos baldíos en la frontera de Tarija, en 1827, sin oirme en juicio, y si se haría semejante cosa con los emigrados que yo trajese, causaría una novedad alarmante.» «Bien—me dijo, sonriéndose—; no le molestaré más con este artículo; tiene usted razón.»

Á mi regreso empecé á disponer los cuerpos de la división á marchar á los puntos de la quebrada, como se me había ordenado.

El batallón 1.° de la Guardia marchó á Urubamba; su primer jefe, el teniente coronel Eusebio Guilarte; su segundo, el mayor Fructuoso Peña, sobrino del presidente; el capitán de Cazadores de este batallón era Agustín Morales. El batallón Yanacocha se dirigió al pueblo de Calcha; su primer jefe, el teniente coronel Prudencio

Deheza; su segundo, Pastor La Riva, hermano del presidente por parte de madre. Éste dispuso que se quedase en el Cuzco al mando de la compañía que debía quedar de guarnición en la ciudad.

Pocas novedades ocurrían en los cantones de la tropa. Ejercicio continuo todos los días, mañana y tarde, y revista de inspección, academias todas las noches. Llegaban grupos de jóvenes de La Paz para cadetes de los cuerpos. En uno de estos trozos había un joven muy pobre, á quien ninguno de los jefes quería para cadete, y yo mismo le entregué al jefe del batallón Yanacocha, en el cual se dió de alta. Éste, que llevaba el nombre de cadete del general, es hoy el general Pedro España, con destino en Chuquisaca.

CAPÍTULO XXV

Muerte de los generales Avilés y Anglada.—El doctor Calvo ascendido á general.—Chile declara la guerra á la Confederación Perú-Boliviana.—Soy nombrado gran dignatario de la Legión de Honor en Bolivia.—Marcho á La Paz, y de allí á Tarija.—Regreso.—El ejército del Centro.—Asesinato de don Diego Portales.—Novedades en La Paz.—Recibo órdenes de marchar allí.—El Gobierno argentino nos declara la guerra.—Me encargo de las fuerzas del Norte, y Braun de las del Sur.—Sesiones del Congreso de Chuquisaca.—Revolución en Oruro.—La escuadra chilena se presenta frente al puerto de Arica.—Marchamos al Perú.—Defección del general López. El capitán Agustín Morales.—El general Blanco Encalada.—Proposiciones.—Tratado de Paucarpata.—Entrada de nuestro ejército en Arequipa.—Me enfermo en esta ciudad.—Marcho á La Paz.—Regreso á Tarija.

Estando con mi división en las inmediaciones del Cuzco, recibía frecuentemente comunicaciones de Lima. El general Ballivián había llegado allí, embarcado en Arica, y se hizo cargo del Estado Mayor del Ejército Unido Pacificador. De Lima, tuvimos noticia de la muerte del general Avilés, la que causó mucha tristeza al general Santa Cruz. Antes de salir del Cuzco para Lima, tuvo noticia de haberse enfermado de gravedad el general Anglada, que fué traído á La Paz, donde falleció:—«¡Ah!—exclamó el presidente.—Dios se está llevando mis mejores generales.»

En otra ocasión recibí una nota del Estado Mayor Ge-

neral, comunicando á la división una ley del Congreso de Bolivia en que cedía al ejército pacificador todo el dinero que se había reunido de Bolivia al Perú en los primeros meses de su pacificación, y conferido al doctor Mariano Enrique Calvo, fiscal de la Corte Suprema, y entonces nombrado vicepresidente de Bolivia, encargado del Poder Ejecutivo en ausencia del general Santa Cruz, el empleo de general de división del ejército. Hice reunir á los jefes y oficiales de la división y les hice saber el contenido de la ley del Congreso.

Se manifestaron todos muy ofendidos con el nombramiento del señor Calvo, y me dijeron que no querían admitir un peso del dinero que se les había concedido, y que no aprobaban ni podían aprobar el nombramiento de un paisano al rango de general de división del ejército de Bolivia, y me suplicaron con firmeza hiciese presente la resolución de ellos al capitán general en contestación á la nota y ley que la acompañaba. En la carta que me escribió el capitán general desde Lima sobre este asunto, me dijo que no extrañaba el descontento de los jefes y oficiales de la división; pero que era preciso se conformen, pues que era medida de necesidad, y así quedó el asunto.

Entretanto, se seguía una polémica larga y enredada ante el Gobierno de Chile y el de la Confederación, que al fin resultó en una declaración de guerra de parte de Chile, siendo el pretexto la connivencia del Gobierno de la Confederación con el ex presidente de Chile, pero en realidad, la causa fué el decreto intempestivo del general Santa Cruz, anulando el tratado de paz, amistad y comercio celebrado entre Salaverry, presidente intruso del Perú, y el Gobierno de Chile, de que he hablado antes; pero el capitán general lo sabía y debió haberle pesado; pero estaba tan orgulloso de resultas de la victoria de Socabaya, que se imaginaba en estado de hacer á su antojo todo cuanto se le ocurría, sin mirar á uno ni á otro lado, y este hecho, que le parecía insignificante, fué la causa de su caída y de la de toda la Confederación.

Estando en Urubamba, recibí de Lima la gran placa de Gran dignatario de la Legión de Honor de Bolivia, que valía la pensión de quinientos pesos vitalicios. Esta dignidad no fué conferida al general Velasco, que había sido vicepresidente de Bolivia muchos años, y presidente también después de la muerte del general Pedro Blanco, la última noche del año 1828, y jefe del Estado Mayor del ejército de Bolivia en la batalla de Yanacocha. Otra imprudencia del general Santa Cruz, y fué la verdadera causa de la defección del general Velasco en Tupiza, y su pronunciamiento por la Restauración en Febrero de 1839, cuando supo la derrota del ejército de la Confederación en Yungay. De esta Restauración se puede fijar la corrupción, venalidad y bajeza de la masa del pueblo boliviano; pero se hablará de esta infame traición á su tiempo y en su lugar.

Me llegó orden de marchar á Puno con la división, y llegamos sin la menor novedad. Aquí recibí orden de continuar la marcha á La Paz, donde el capitán general había llegado desde Lima por Arica y Tacna. La guerra con Chile era inevitable; pero como no había cosa urgente en La Paz, se me dió licencia para ir á Tarija á despedirme de mi familia antes de ir á embarcarme para Europa á comprar los buques de guerra en Inglaterra.

El capitán general había regresado para Lima. Formó el ejército del Centro, y dió el mando de este ejército al general Blas Cerdeña, gran mariscal de Zepita, quien estableció su cuartel general en Moquegua, y para ayudarle en la campaña contra los chilenos, se me nombró jefe de Estado Mayor de ese ejército. De regreso de Tarija llegué á La Paz, y continué mi marcha á Tacna, donde me esperaba el general Cerdeña. Al día siguiente de mi llegada nos dirigimos á Moquegua, quedando el general Francisco López al mando de la segunda división del ejército del Centro, compuesta del batallón Zepita y el regimiento Lanceros del General.

En Moquegua poco había que hacer; muy frecuentes

comunicaciones del capitán general de Lima. En esos días nos llegó la noticia de haber sido asesinado en Valparaíso el ilustre chileno Portales, el mejor hombre de Estado que había en Sur-América. Se ocupaba de formar una expedición contra la Confederación, cuando la tropa se le sublevó, y murió. Como de costumbre, se echó toda la culpa del asesinato de Portales al general Santa Cruz, quien ignoraba todo lo que se hacía en Valparaíso, y estaba tan inocente como el presidente de los Estados Unidos ó cualquier otro.

No tardó mucho cuando me llegó un oficial de extraordinario desde Lima, á quien el capitán general había dado el despacho de capitán efectivo para traer la comunicación por tierra hasta Moquegua á las volandas. Este oficio era avisándome de una asonada ocurrida en La Paz, de cuya novedad le había avisado su señora desde La Paz. La orden que recibí, fué tomar el batallón 1.° de la guardia, entonces uno de los cuerpos del ejército del Centro, situado en Moquegua, de marcharme á jornales forzados á La Paz, y de sofocar á todo trance aquella asonada.

Pedí el batallón del general Cerdeña, manifestándole la nota oficial del Estado Mayor del ejército unido y la carta confidencial del capitán general presidente. Su contestación fué: "Vaya usted en hora buena á sofocar las revoluciones de su patria; pero yo no le daré ni un hombre del ejército de mi mando. ¿Cómo quiere usted que yo responda de mi puesto si se lleva el mejor de los cuerpos?"

Hice presente á este general que para entonces no había novedad alguna ni motivo de aprensión de una invasión por parte de Chile por algún tiempo, con motivo del asesinato del ilustre Portales, y que tenía sobrado tiempo para volver á incorporarme con él y ayudarle en todo, pero nada pude conseguir.

Emprendí mi marcha y llegué á Tacna, donde me alojé en casa de mi buen amigo D. Hugo Wilson, cónsul allí

de la Gran Bretaña. La primera visita que tuve fué la del doctor Pasamán, que acababa de llegar de la Paz, y quien me confirmó la noticia de que se había dado parte al general Santa Cruz en Lima, pero con detalles más exagerados.

Me dió como motivo del descontento, el que el coronel Sagárnaga, que se hallaba en La Paz de comandante general, por ausencia del general Braun, que había marchado á Tupiza á organizar el ejército del Sur á consecuencia de la guerra que había declarado á Bolivia el dictador de la República Argentina, D. Juan Manuel Rosas, había hecho castigar á un soldado, el que pasó al hospital que asistía Pasamán y en el que había muerto de resultas del castigo.

Añadió que todos los comerciantes de La Paz estaban escondiendo sus efectos, río abajo de la ciudad, que el 2.° batallón que venía del ejército del Sur á La Paz á sofocar el tumulto, se había amotinado en Oruro, refiriéndome á la vez otras novedades aún más alarmantes.

De todo esto no hice mucho caso, porque conocí lo exagerado que era el español Pasamán.

Á poco rato que se despidió de mí, vino á verme el general Francisco López, á la sazón comandante general de una de las divisiones del ejército del Centro, compuesta del batallón *Zepita* y el escuadrón *Lanceros del General.*

Cuando le manifesté el objeto de mi marcha á La Paz y le referí que el Gran Mariscal Cerdeña se había negado á entregarme el batallón 3.° de la guardia, que yo tenía orden expresa de pedirlo para acompañarme en mi comisión, el general López me instó á que me llevase el batallón *Zepita;* pero no admití su oferta y le acepté sólo un oficial, un cabo y cuatro lanceros, y al día siguiente emprendí mi marcha con esta pequeña escolta, con la que seguí hasta Viacha, á cuatro leguas de La Paz.

Allí dije al teniente Caviedes, que me acompañaba, que no pensaba entrar yo con ningún aparato de fuerza

en la ciudad; que dejase al cabo y tres lanceros en Viacha, y que seguiríamos nosotros con dos soldados para traer nuestros animales al punto donde halláramos conveniente apearnos á tomar noticias del estado de la ciudad.

Entramos en La Paz sin la menor novedad. Me dirigí directamente á la casa del general Santa Cruz, donde tuve una larga entrevista con su señora, y resultó que las noticias que nos transmitieron habían sido muy exageradas, y que á ella misma la habían engañado.

Inmediatamente dí parte al general Santa Cruz de haber llegado sin novedad á La Paz, y de que el país se hallaba tranquilo y en orden; pero él había salido ya de Lima antes de recibir mi aviso.

Algunos días después, me llegó la orden de hacerme cargo de todo el Norte de la República, mientras el general Braun se haría cargo del Sur.

Entretanto, el Congreso Nacional, que se hallaba sesionando en Chuquisaca, discutía con calor las bases del pacto de Tacna, donde se reunieron los plenipotenciarios para fijar las bases de la Confederación Perú-Boliviana, que, sea dicha la verdad, nadie en Bolivia aprobaba de corazón, pero casi todos, en presencia del general Santa Cruz, sea por especular ó por adulación al presidente. Creo que yo fuí el único que desde el principio manifesté mi opinión en contra, con toda franqueza y sinceridad, exponiendo razones. Pero, como he dicho ya, el general Santa Cruz ambicionaba ya la formación de la Confederación y ser el supremo protector de ella, cuando después de la batalla de Socabaya pudo haber restituído á Bolivia sus verdaderos límites, desde el abra de Santa Rosa; y Bolivia, con los límites primordiales del Alto-Perú, habría quedado bastante fuerte. Habría el general Santa Cruz regresado al país, después de dejar al general Orbegoso repuesto en la presidencia constitucional del Perú, y habría evitado la funesta guerra con Chile, que convirtió en humo todos sus proyectos.

El general Santa Cruz era un hombre muy sagaz, astuto, instruído y diplomático, y no comprendo cómo no advertía que todo el torrente de la opinión pública estaba en contra de su plan. La ambición, que era su pasión dominante, le tenía alucinado, embriagado del todo.

Llegó el presidente á La Paz, de regreso de Lima, y fué recibido con entusiasmo. Como de costumbre, se dedicaba sin descanso á los negocios públicos. No pasaron muchos días de su llegada, cuando estalló una revolución en la fortaleza de Oruro, en la cual murió un valiente y buen jefe, el mayor Carretero, con espada en mano, defendiendo contra los orureños, que tomaron posesión del reducto, sofocaron el tumulto y capturaron al comandante Núñez, que lo mandaba.

En el momento que el presidente recibió el parte de esta novedad, me dió orden de despachar sobre Oruro al coronel Sagárnaga, con doscientos hombres del 6.° batallón, para restablecer el orden, levantar un sumario sobre lo ocurrido, juzgar y castigar á los culpables.

Entretanto nos llegó un parte oficial del general López, situado con su división en Tacna, de haber llegado á Arica la expedición invasora de Chile, y que algunos jefes de ella se habían introducido hasta el mismo Tacna. Otro apuro, y muy serio, era éste; pero no podíamos salir á la costa á repeler la invasión chilena hasta el regreso del coronel Sagárnaga con sus fuerzas de Oruro. Éste remitió por delante el proceso é hizo pasar por las armas al cabecilla de la conjuración, comandante Núñez.

Cuando se aproximaba el día de nuestra marcha al Perú, llevé al presidente el presupuesto como jefe de Estado Mayor del ejército del Centro. Advirtiendo él que en dicho presupuesto no figuraba mi gratificación de cien pesos mensuales, como jefe de Estado Mayor, me interrogó sobre esto, y yo le manifesté que durante nuestro descanso en La Paz había comprado y destinado estos fondos para gastos de escritorio de dos compañías, y que quería ahorrar esa pequeña erogación al Estado. El pre-

sidente me dió las gracias y me dijo que no debía renunciar á mis justos emolumentos; mas no por eso los acepté, y seguí cediendo esa gratificación.

Estando ya todo dispuesto, íbamos á emprender la marcha para la costa, cuando llegó un extraordinario del general López con una nota oficial y una carta particular para el presidente, las que yo puse en manos de éste, quien después de leerlas, me las pasó para que me imponga de su contenido. Cuando terminé la lectura, el presidente me preguntó qué me parecía todo aquello.—«Me parece, excelentísimo señor—le respondí—, que el general López está en muy buen sentido»; pues yo no podía descubrir ni en la carta ni en el oficio expresión alguna que me diera lugar á pensar de otro modo. «Pues López está contra nosotros—me dijo entonces el general Santa Cruz—y usted lo verá.»

Emprendimos luego la marcha para Puno. El día en que entrábamos en dicha población, se acercó á mí un cabo del batallón *Zepita* y me dijo que venía de Tacna con el equipaje del general López que se iba á Oruro á encabezar allí la revolución, acompañado del capitán Agustín Morales (hoy general), y que él (el cabo), se venía desertado de ellos, para dar aviso de esto al presidente, sabedor de que éste se hallaba en marcha para Puno.

Me acerqué entonces al general Santa Cruz, y le comuniqué la llegada del cabo del *Zepita*, y lo que me había referido.—«¿Qué le dije de López?»—me interrogó el presidente. «Pero no importa—agregó—, esa revolución ha fracasado, y él llegará tarde.»

Hallándonos en Puno, empezaron á llegarnos las proclamas del general Manuel Blanco Encalada, quien mandaba las fuerzas de Chile, posesionadas ya de Arequipa. El lenguaje de estas proclamas era muy orgulloso y despreciativo para el general Santa Cruz. Pronto nos hallábamos al frente de las fuerzas chilenas.

Desde el pie de la cordillera emprendimos la marcha

en busca del mariscal Cerdeña, que mandaba el ejército del Centro, y á quien encontramos situado en una altura en medio de un llano, que estaba muy lejos de ser una posición militar. De esta altura se continuó la marcha hasta llegar á situarnos sobre las lomas de Paucarpata, con la ciudad de Arequipa á la vista; pero, para completar nuestro ejército, nos faltaban todavía algunos cuerpos que ya nos debían llegar de Lima y de la provincia de Chichas.

El ejército chileno se hallaba dentro de la ciudad de Arequipa, en poco número, pero muy engreído. Todas las noches las pasábamos en Paucarpata con precauciones temiendo una sorpresa de parte del enemigo, hasta la llegada de los refuerzos, que por momentos esperábamos.

Entretanto, el general en jefe del ejército de Chile abrió proposiciones al general en jefe de nuestro ejército. Una de ellas, muy ridícula por cierto, era ésta: que se decidiese la campaña por medio de un combate entre cien hombres escogidos de cada ejército, propuesta que no podíamos aceptar, por la sencilla razón de que los compañeros de la fuerza rechazada no se abstendrían de echarse sobre la que empezara á vencer, sin que hubiese posibilidad de contenerlos.

Al fin, después de muchas conferencias, se convino en la celebración de un tratado, y esto, al tiempo mismo en que habíamos hecho llegar á Paucarpata fuerzas del Norte y del Sur, hasta poner nuestro ejército en el número de cinco mil cuatrocientos hombres, mientras el ejército chileno que estaba en Arequipa, no tenía ni dos mil. El general Vigil había recibido orden de marchar desde Lima con una respetable fuerza y situarse entre Arequipa y la costa con objeto de impedir que uno solo de los individuos de las tropas invasoras de Chile, llegase hasta los buques que los había traído.

El lucido ejército de la Confederación Perú-Boliviana, hizo su solemne entrada en Arequipa, en virtud del tratado de Paucarpata, celebrado el 17 de Noviembre de 1837,

y que libró al ejército invasor de Chile de ser completamente destrozado por el nuestro.

Antes de entrar en Arequipa, el general Santa Cruz, me dijo:

"Advierto, O'Connor, que usted es el único que está hoy triste en todo mi ejército, después que hemos celebrado un tratado tan honorífico." "¿Cómo no he de estarlo, excelentísimo señor—le respondí—, cuando yo he trabajado más que otro alguno en esta campaña, y ahora viene ese tratado, honorífico, sí, para nuestros enemigos, cuando podíamos haberles hecho rendir á discreción, desde su general en jefe hasta su último tambor, y usted los deja escapar de nuestras manos, creyendo que el presidente de Chile ha de aprobar ese tratado, ni tratado ninguno con usted, porque es su enemigo personal declarado?" "¡Oh!—me replicó—, ¿no sabe usted, compañero, que estamos en el siglo de la Filosofía?" "No sé —le dije—, qué tendrá que ver la filosofía con su tratado de Paucarpata. Por fin, el tiempo le desengañará, mi general."

En Arequipa, el general Santa Cruz convino con el general Blanco Encalada en comprarle todos los caballos del ejército chileno á un precio enorme, cuando en Chile se vendían entonces á ocho ó diez pesos cada uno. Los oficiales chilenos vendieron entonces sus caballos al general Santa Cruz y á los jefes y oficiales de nuestro ejército á razón de diez y ocho y veinte onzas de oro por cada uno. Cuando el capitán general me mandó dar la orden para el pago de los caballos de la tropa, me dirigí á su despacho y le hice presente que el precio de esos caballos era exorbitante y que no habían costado en Chile más que de ocho á diez pesos cada uno.

"¡Oh!, nada importa eso—me dijo—; no tenemos en Bolivia caballos de tan buena raza como los de Chile." Se pagó, por fin, el fabuloso precio estipulado y nos libramos por esta vez de nuestros invasores y tenaces enemigos.

Yo me enfermé y me puse muy mal en Arequipa, de resultas de esta penosa campaña, en la que había trabajado día y noche sin descanso. Estaba hinchado desde los pies hasta medio cuerpo, y tan mal, que el cirujano mayor del ejército le había dicho al capitán general que yo no podía vivir.

El día antes de emprender nuestra marcha de regreso á Bolivia, cuando fuí al despacho, me miró con atención el capitán general y me dijo que yo estaba malo, que no me creía en estado de poder viajar, y que me quedase en Arequipa á tomar baños termales. Le contesté que me sentía con bastante fuerza para acompañarle hasta Bolivia; que estuve peor cuando en Zepita me dijo que me regresase á La Paz, porque parecía imposible que pudiera seguir la marcha. Me había causado una ruptura al levantar mi caballo de un tropezón en el camino de Laja á Tiahuanaco la noche en que salimos de La Paz.

Al día siguiente monté en una mula que tenía, de movimiento muy suave. Cuando llegamos al Desaguadero, el capitán general se apeó á entretenerse un rato cazando patos. Yo entré en una casita, y el cirujano, haciendo una venda de un pedazo de mi poncho, me vendó, hasta que llegáramos al primer pueblo donde se pudiera encontrar una vara de buen género para hacer otra venda mejor, el que más tarde hallamos en Zepita.

El general Santa Cruz entró á comer en casa del cura para pasar hasta Pomata. Después de comer, entró en una pieza contigua al comedor y se sentó junto á mí, mientras el cirujano me vendaba, y allí se desmayó. Lo levantaron y lo llevaron á la cama del señor cura, en la que permaneció hasta la mañana siguiente. Al tiempo de continuar nuestra marcha, el presidente nos dijo que me demore yo hasta que regrese su edecán Peláez, á quien había mandado á traerme un braguero, y que entretanto no me mueva.

«Qué braguero—le dije—, estoy ya bien vendado, y si las tripas se me salen en el camino, las meteré en mis pistoleras y seguiré la marcha.»

La noche antes de nuestra salida de Puno para La Paz comimos en casa de mi paisano don Juan Begg, el dueño de la rica mina del *Manto*. Después de la comida se les antojó tomar un ponche con vino de Champagne, con el que se pusieron todos muy alegres. Cuando les ví en este estado, y que todos empezaban á dirigir brindis al presidente, yo, el fabricante del ponche, pedí permiso para dirigir el mío, que fué en estos términos: "Brindo á la salud del emperador de Bolivia, rey de Arequipa, protector de la Confederación del Apurimac y mediador de los cantones limeños."

Todos quedaron atónitos, y el eminente literato español don José Joaquín de Mora, que desempeñaba el puesto de secretario privado del presidente, me preguntó después cómo pude asemejar con tanta prontitud en ese momento los títulos de mis brindis á los títulos de Napoleón. Le respondí que el ponche lo había hecho todo, y no yo.

En la mesa se ponía siempre para mí una taza de caldo con pan tostado, que era todo mi almuerzo. La mañana que salimos de Chucuito, al sentarme á la mesa, ocupando mi asiento á la derecha del presidente, me dijo que se había olvidado de dar las órdenes que teníamos que impartir al prefecto de Puno, y que era necesario despacharlas inmediatamente. En el acto me levanté de mi asiento, sin tomar mi caldo, me dirigí á otra pieza á escribir las notas y ponerlas yo mismo en el libro copiador, pues ningún oficial del Estado Mayor estaba allí. No había terminado de cerrar las comunicaciones, cuando pasó ya el presidente con toda su comitiva por el patio. Despaché los oficios, monté en mi mula, y seguí en alcance del presidente, sin almorzar hasta el día siguiente, en que tampoco comí un solo bocado en la mesa de once que se había dispuesto, porque no sabía tomar de ninguna de las viandas que en ella se presentaron. Seguí así mi camino hasta Juli, donde el presidente debía pasar la noche. Mi paisano y amigo don Juan Begg nos acompañaba.

Al entrar en el patio de la casa de nuestro alojamiento en Juli, vi que el presidente se había apeado y que conversaba con varios caballeros qne habían venido en su alcance desde La Paz, y le ofrecían en ese momento naranjas.

Estaba el presidente pelando una de éstas cuando yo llegué. Uno de los paceños, el señor Montenegro, se acercó á saludarme, y al tratar yo de contestarle, no pude hablar, estaba casi muerto sobre la mula. Gritó entonces el señor Montenegro, y el general Santa Cruz dió vuelta hacia mí, tiró la naranja que estaba pelando, corrió junto á mí, y entre él y el coronel Eusebio Guilarte, que había llegado con el batallón primero de la Guardia, me bajaron de la bestia y me llevaron á la cama del presidente, que estaba ya tendida. La mía aún no había llegado. Cuando ésta llegó, me trasladaron á ella en otra pieza, según después lo supe, pues yo estaba del todo insensible. Don Juan Begg hizo tender su cama en el suelo junto á la mía, y pasó toda la noche asistiéndome.

Á la mañana siguiente, él mismo me refirió todo lo ocurrido conmigo en la tarde anterior, en que todos me dieron por muerto. Felizmente amanecí bastante repuesto. El presidente entró temprano á verme, y me dijo que él se iba á Copacabana á encontrar á su señora, quien le estaba esperando allí; que dejaba en Juli algunos oficiales y sargentos para que me acompañen hasta La Paz cuando me halle en estado de poder continuar mi camino; pero me encargó encarecidamente que no me moviese de allí hasta restablecerme un poco, y me dejó un médico peruano, que le acompañaba, el que me dió una bebida con éter.

Cuando supe que el presidente y su comitiva se habían marchado, me levanté de la cama y me puse yo también en marcha con la escolta que me había dejado para acompañarme, y llegué á La Paz primero que él.

Cuando él llegó, se sorprendió mucho de verme, y «Usted es un hombre de fierro», me dijo. Después de un

rato de conversar conmigo, me ordenó dar sus licencias finales á dos batallones provisionales.

Concluída esta operación, me dijo el presidente que era preciso que ya que habíamos concluído la campaña, me fuese á Tarija á acabar de curarme en ese clima tan bueno y con los cuidados de mi familia, y que, aun cuando mis servicios le harían mucha falta, él debía ver ante todo por mi salud; que restableciéndome algo en Tarija, podía ayudar á mi compañero el general Braun en la campaña contra los argentinos, y que entregase el Estado Mayor al coronel Guilarte.

Pocos días después entregué el Estado Mayor á dicho jefe, dejándole todos los útiles de escritorio para más de dos meses, comprado todo con mis sueldos, habiendo hecho un regular ahorro al Estado.

Por este tiempo había recibido ya desde Lima, enviado por el presidente Orbegoso, mi despacho de general de brigada de los ejércitos del Perú, y el Congreso boliviano me había ascendido á general de división de los de Bolivia.

Me despedí del general Santa Cruz y de todos mis amigos de la Paz y emprendí mi marcha para Tarija bastante enfermo.

Ya me he ocupado mucho de mi persona, pero confío me lo disimularán los pocos que lean estos mis *Recuerdos para la Historia*, más parecidos á una autobiografía, y aún más indulgentes serán conmigo si se tiene en consideración mi edad de setenta y nueve años al escribirlos de memoria, sin tener delante de mí ningún documento que facilite mi tarea y enfermo como me hallo y en extremo fatigado.

CAPÍTULO XXVI

Mi llegada á Tarija.—Malas noticias que recibí.—Mi enfermedad.—La receta de un carpintero.—Me retiro á una de mis fincas.—Campaña contra los argentinos.—Invasión á Tarija.—El gobernador Dorado. Me pongo en campaña.—Contrariedades.—Operaciones urgentes.—Los invasores avanzan.—Reunión de fuerzas.—Marchas.—Incidentes.—Combate de Montenegro.—Completa derrota de las fuerzas argentinas.—Sucesos posteriores.—Soy nombrado jefe del ejército del Sur.—Marcho á Tupiza.—El general Braun parte á La Paz.

Después de algunos días de penoso y largo camino desde La Paz, llegué á mi casa, en Tarija, muy enfermo, en el mes de Febrero de 1838. Sentía una terrible comezón en las piernas y en los pies, especialmente por las noches, sin que surtiera efecto ningún remedio, hasta que una noche un viejo carpintero, antiguo conocido mío, me dijo que había padecido anteriormente el mismo mal, y que al fin se alivió completamente poniéndose por algunas noches consecutivas en las partes del cuerpo en que sentía comezón, el aceite de la chicha, que en el país se conoce con el nombre de navi. Hice la indicación del carpintero, y sólo con este remedio me alivié en poco tiempo, y del todo.

Á los pocos días de mi arribo á Tarija, me buscó reservadamente un caballero, quien me comunicó que en la ciudad se había formado con mucho misterio una logia con objeto de trabajar por todos los medios posibles contra el Gobierno del general Santa Cruz.

Mi sorpresa subió de punto cuando aquel caballero me reveló los nombres de los individuos que formaban dicha logia ó asociación política. Fiel al secreto, nunca lo dije á nadie, ni me dí por entendido sobre esto.

El gobernador de la provincia de Tarija era entonces un teniente coronel, Dorado, á quien no hallé en la ciudad, pues había ido á la frontera en una comisión confiada por el general Braun.

Cuando supe la clase de comisión que este general había encomendado al gobernador, le escribí una carta avisándole mi llegada á Tarija para curarme, y la orden que tenía del Gobierno de ayudarle en la campaña contra los argentinos, una vez aliviado de la enfermedad que me aquejaba, como conocedor que era yo de todo el territorio de Tarija y sus posesiones ofensivas y defensivas; y le manifestaba que, informado de la comisión dada al teniente coronel Dorado de hacer una diversión estratégica en dirección al Orán, con una compañía de flanqueadores del ejército, y otra fuerza de caballería de la frontera, el resultado sería que Dorado traería á los argentinos detrás de él á nuestra frontera, provocados por este paseo imprudente, y que en consecuencia de este destino el auxilio que yo podía prestarle en esta campaña sería probablemente sin provecho alguno.

Despachada mi carta, me dirigí á mi finca de Polla, á las once leguas de Tarija, llevando conmigo unas cuantas botellas del *Navi* ó aceite de chicha, que me recetó el maestro carpintero, y empecé á curarme con gran provecho, quedando del todo sano en pocos días, como he dicho.

No estuve mucho tiempo en Polla, cuando recibí una nota del teniente coronel Dorado desde San Luis, á quince leguas de Polla, avisándome de su llegada á aquel punto, y que los argentinos venían en su persecución con una fuerza de infantería y un escuadrón de coraceros, y pidiéndome instrucciones sobre la conducta que debía observar con estos invasores.

Con el mismo propio contesté á su nota diciéndole que el parte que me había dado no me sorprendía; que había escrito al general Braun desde Tarija diciéndole que esto mismo debía suceder como resultado de la marcha que había hecho al Orán, y supuesto que esto se había efectuado, lo que quedaba ya, era oponerles todos los obstáculos que el terreno les ofrecía para su internación en la frontera; que la cuesta de las Trincheras, saliendo de Zapatera para los altos de Suaruro, era fácil de defender con una pequeña fuerza de otra mucho mayor; que la quebrada del Bejucal, antes de entrar en la de Sereré, ofrecía estrechos defensivos por medio de galgas solamente contra miles, y la quebrada de Santa Lucía igualmente, en el caso de pasar delante de San Luis; pero que lo importante sobre esto es de traerlos á la vista y avisarme qué clase de orden y disciplina observaban en sus marchas y maniobras.

Todas estas advertencias eran inútiles para un hombre como era el teniente coronel. No sabía del enemigo, y venía huyendo de él como un derrotado, y bien pronto se posesionaron de San Luis, retirándose Dorado á San Diego, cinco leguas más, cerca de Tarija, sin haberlos visto siquiera.

En estos días me llegó de Tarija la contestación del general Braun á mi carta, en la que me decía: "Mi querido compañero: ¡Qué equivocado está usted en el concepto que había formado de los argentinos y sus movimientos y operaciones! Pero tal vez quedará convencido de su errado cálculo cuando le digo que los miserables restos del ejército argentino se hallaban en ese momento concentrados en Orán." Mientras yo leía esta carta, los *miserables restos* del ejército argentino estaban ya en San Luis, y el señor Dorado huyendo de ellos.

Seguía yo en Polla recibiendo los partes del gobernador Dorado, hasta que en uno de ellos me dijo que si le enviaba cien hombres de infantería bien armados, respondería de los invasores.

Al día siguiente de recibir esta nota me puse en camino á Tarija.

Llegado á la ciudad, me dirigí á casa del coronel Fernando Campero, le manifesté el oficio de Dorado y le dije que haga llamar al señor Trigo, que se hallaba de gobernador interino mientras la ausencia del titular. El señor Trigo vino en el acto, y manifestándole yo mi extrañeza por la calma con que procedían, dirigiéndome á Campero, le dije: "Es preciso que usted marche en este momento con el señor Trigo á San Lorenzo y se regrese esta misma noche con una compañía del regimiento del coronel Méndez, dejando orden al coronel que esté aquí temprano el resto del regimiento."

Hecha esta diligencia, busqué al señor don Sebastián Estensoro, y le previne que me hiciese reunir inmediatamente cien hombres del batallón octavo que había pertenecido al ejército del Sur; y que el general Santa Cruz había mandado dar de baja, cuando vino á visitar al general Braun en la quebrada de Humahuaca, por haberle hecho presente éste que todo estaba concluído y que los enemigos se habían dispersado; siendo la verdad que éstos se habían dirigido á Orán y á San Andrés, para emprender operaciones sobre Tarija y sobre Uruya; pero el presidente Santa Cruz, engañado por los informes que le dieron, de buena fe, pero equivocados, decretó premios y escudos á ese ejército, y contramarchó precipitadamente sobre Lima, por habérsele defeccionado allí el general Orbegoso y el general Nieto, y también por no haberse ratificado por el Gobierno de Chile los tratados de paz de Paucarpata.

Después de haber impartido las instrucciones necesarias al teniente coronel Sebastián Estensoro sobre los cien hombres que debía alistar, regresé á mi casa á descansar, pues me sentía muy fatigado, cuando entraron dos señoras, al parecer muy asustadas, y me preguntaron si no sabía yo que los señores Trigo y Campero habían dicho esa noche, al tiempo de salir para San Lorenzo, que vol-

verían de allí con la fuerza para amarrarme á mí, y que me fuese yo inmediatamente al cuartel del general Braun, porque sólo allí estaría seguro.

En una habitación frente á la que hablaba yo con las referidas señoras, estaba el señor don Ignacio Mendieta, caballero muy meritorio, que había servido en las tropas argentinas durante la guerra de la independencia. Le comuniqué la noticia que acababan de darme esas señoras, en momentos en que la provincia se hallaba invadida por una fuerza extranjera. "¿Sabe usted, don Ignacio—le dije en seguida—, que he aprendido que el mejor medio de evitar un peligro es salirle al encuentro?"

Inmediatamente monté á caballo, y me fuí solo á San Lorenzo.

Encontré allí al coronel Trigo y al coronel Campero, en casa del coronel Méndez, con éste y el capitán Justiniano Muñoz, que mandaba una de las compañías del regimiento de Méndez. Llamé aparte á Muñoz, y le dije que necesitaba con urgencia la compañía de su mando en la plaza de Tarija. Bajamos con él á un corral inmediato á la casa. Muñoz llamó un corneta, y le mandó tocar llamada y al trote. Entretanto bajaron también allí los otros señores, y nos fuimos todos juntos á pasear á la plaza del pueblo. Pregunté á Campero si me guardaría secreto sobre lo que iba á comunicarle. Me lo prometió seriamente; y entonces le manifesté el motivo de mi llegada á esa hora á San Lorenzo. Campero me aseguró que me habían engañado, que todo era completamente falso. «Bien—le dije—: acuérdese de su promesa, y no diga nada sobre esto.» No le revelé quiénes fueron las señoras que me habían dado este parte, y hechos todos los arreglos en San Lorenzo, nos regresamos á Tarija.

Á mi llegada á la ciudad, me dirigí al cuartel. El señor Estensoro tenía los cien hombres reunidos, armados y municionados, con su capitán y dotación completa de oficiales subalternos, y marcharon esa misma noche, abonados sus sueldos de un mes de mi peculio. Esa misma

noche llegó el capitán Muñoz con su compañía á la plaza. Ya me hallaba seguro.

El día siguiente dí orden para la reunión del primer regimiento de la Guardia Nacional, del cual era coronel el señor Trigo, gobernador interino, y un escuadrón del segundo regimiento, cuyo coronel se hallaba defendiendo el punto de Iruya. Hice herrar los caballos de este escuadrón que mandaba el hermano de Campero, don Mariano Vázquez, y muy pronto estaban dispuestos á marchar á cualquier punto. El regimiento del coronel Méndez llegó á la plaza el día después de la compañía del capitán Muñoz.

Entretanto el teniente coronel Dorado molestaba con notas oficiales, cuyo contenido yo no podía creer. El general Braun me escribió también preguntándome sobre mi salud, y suplicándome, si me hallaba con fuerzas, de hacerme cargo de los cuerpos de la Guardia Nacional, y hacer lo que pueda mientras él llegara; pero que en todo caso me mandaría la compañía de cazadores del batallón Socabaya, por lo pronto. Recibí al mismo tiempo, de noche, otra nota del teniente coronel Dorado, diciéndome que el enemigo venía persiguiéndole de cerca.

Inmediatamente me puse á buscar un individuo que fuese de extraordinario á lo del general Braun, y no pude encontrarlo en toda la ciudad. Me acompañaba el capitán José Vicente Sosa, quien viendo que era ya tan tarde, y no podíamos conseguir un hombre, me dijo que él iría de extraordinario. Á esa hora se fué á su casa, y en pocos minutos regresó á la mía montado en su caballo. Le dí la nota para el general Braun, y quise darle unos 25 pesos, que Sosa se negó terminantemente á recibir, diciéndome que no necesitaba dinero para servir á su patria y que no hacía más que cumplir su deber. Respuesta digna de un verdadero patriota y pundonoroso militar.

Despaché á Sosa, y me eché á la cama á descansar un rato.

Al día siguiente, de temprano, salí de Tarija con toda

la fuerza de caballería que tenía reunida, es decir, el primer regimiento y un escuadrón del segundo regimiento de Méndez, en auxilio de Dorado.

Llegué sin novedad con mi fuerza á mi hacienda de viña de Santa Ana; y como era tiempo de cosecha, hice alto por un rato, y mandé soltar la caballada en los rastrojos, y sacar uva para la tropa y los oficiales.

Estando en este momento de descanso, llegó un ayudante del teniente coronel Dorado, y me dijo que venía enviado por éste con un parte verbal, por no tener papel en que escribirlo; que estando Dorado subiendo la Cuesta Vieja, los argentinos le habían dado alcance y cortado en su marcha por la quebrada de la Marcela. Este punto dista siete leguas de Santa Ana.

Á poco rato llegó mi antiguo ayudante el teniente coronel Tomás Ruiz, comandante de los tres escuadrones avanzados de la frontera, empleo que le confirió el general Santa Cruz, con un sobresueldo de 240 pesos, como comandante del Resguardo. Ruiz había sido amigo muy querido del general Santa Cruz, y juntos habían servido en el ejército del Rey. Ruiz me dijo que los argentinos habían trastornado á Polla. Esta noticia y el parte verbal de Dorado me dejaron perplejo por un momento. Tomé un pliego de papel y escribí al teniente coronel Dorado, diciéndole que procurase incorporarse con mis fuerzas á todo trance; que según los partes anteriores que me había dirigido desde la llegada de las invasoras fuerzas argentinas, todos falsos y dudosos, me era imposible tomar una providencia segura para defender el país. «Y ahora ¿quién lleva esta nota?», dije al cerrarla. Todos quedaron callados, cuando entró en este momento mi administrador, el señor Larrea, y sabiendo que nadie se animaba á llevar mi nota, por creer á los argentinos ya sobre nosotros, «Yo la llevaré, mi general, me dijo; la pondré en manos de Dorado, y volveré con él, si puedo encontrarle.»

Después de despachar á Larrea, dije á mis amigos don

Fernando Campero y su hermano don Mariano Vázquez, que estaban conmigo, que con las noticias que nos acababa de dar Ruiz, pues las de Dorado debían ser falsas, no nos quedaba más recurso que el regresar á tomar una posición ventajosa cerca de Tarija á impedir que el enemigo penetre en la ciudad, lo que no podría hacer dejándonos afuera y en las inmediaciones.

Se reunió la caballada y nos pusimos en marcha en dirección á Tarija, pero al llegar á la ranchería de Santa Ana, me alcanzó un extraordinario del general Braun con comunicaciones y papeles públicos. Mi tropa siguió la marcha, y yo me bajé en el corredor del último rancho, á imponerme de las comunicaciones que acababa de recibir. Campero estaba muy inquieto creyendo que el enemigo ya nos alcanzaba. La noche era ya entrada y oscura. Acabé de leer, monté á caballo, y seguí en alcance de la tropa. Á medio camino de Tarija recibí un exprofeso del corregidor de Carlazo, dándome parte de haber llegado un sargento de la tropa del teniente coronel Dorado, que por cansado no podía seguir, y que traía un parte verbal, diciendo que la tropa enemiga, que esa mañana me había avisado que le tenía cortado el paso en la Cuesta Vieja, había sido... una tropa de vacas.

Seguí mi camino, alcancé á mis fuerzas, y al acercarme á la ciudad, me dirigí con rumbo á San Blas, sobre la orilla opuesta del Nuevo Guadalquivir. Pasamos el río, y entonces dije á los compañeros: «Aquí estamos seguros nosotros y la ciudad también, pues los argentinos no entrarán dejándonos sobre ellos por la parte de afuera.»

Á mi llegada al punto de San Blas, tuve noticia de que la compañía de cazadores del batallón Socabaya había arribado ese día á Tolomoza, cuatro leguas distantes. Mandé entonces un extraordinario al capitán Bernardo Rojas, ordenándole que continuara inmediatamente su marcha hasta unirse conmigo en San Blas, donde me hallaba en una buena posición defensiva. Esa misma noche llegó Rojas con su compañía, y ya no había cuidado.

Á la mañana siguiente llegó á mi campamento el general Braun, dejando en la ciudad de Tarija el resto del batallón y un escuadrón de coraceros. Le impuse entonces de todo lo ocurrido, y juntos nos dirigimos á la ciudad.

En ella quedó Braun, y yo volví al campamento, donde reuní los cuerpos y los coloqué en los tapiales de alfalfa de las inmediaciones.

El señor Dorado llegó por fin á San Blas con unos pocos nacionales de la frontera. Los que se hallaban situados entre San Luis y Caraparí se habían pasado á los argentinos á la aproximación de éstos.

El día 17 de Junio se emprendió la marcha con el batallón Socabaya, dos regimientos de caballería de la guardia nacional, un escuadrón del 2.° regimiento y una columna de doscientos hombres de infantería, mandada por el teniente coronel Sebastián Estensoro y por el teniente coronel Felipe Sánchez, natural de La Paz y jefe muy instruído, que había servido en el ejército del rey. El escuadrón de coraceros estaba destacado en un punto muy bueno para atender las caballadas, en Padcaya.

El primer día llegamos á Carlazo, siete leguas distante de Tarija, y de allí seguimos por los altos hasta San Francisco, que dista cuatro leguas de San Luis, la capital de la provincia de Salinas.

Yo había elegido para mis ayudantes de campo á tres antiguos oficiales del ejército realista, muy conocedores de todo el país: Tomás Ruiz, Lucas Vega y Domingo Vaca, fuera de mi ayudante, el teniente Humeres, del batallón 1.° de la guardia. Despaché por delante para San Francisco á Tomás Ruiz, para tenernos prontas las raciones de carne de un ganado de mi padre político, don Juan Ramón Ruyloba, á quien había dado yo una de mis estancias para su ganado. El camino, desde Carlazo hasta el abra de Gareca, era muy escabroso, todo por subidas y bajadas pésimas, divisándose desde el abra el hueco donde está situado San Francisco, teniendo por medio la

cuesta más larga y más fragosa de todas las que habíamos dejado atrás.

En el camino encontré á Tolaba, un antiguo cabo de la guardia nacional de la frontera, quien me dijo que se iba á Gareca en busca de papas, porque los argentinos habían salido ya de San Luis para San Diego, y que no habían dejado cosa alguna que comer en ese pueblo. Con esta noticia vimos que la primera parte de nuestro plan se había realizado. Entonces, dando vuelta hacia donde estaba el general Braun, mostrándole el ganado que pastaba en nuestra inmediación y refiriéndole lo que acababa de decirme el cabo Tolaba, le propuse que hiciésemos alto allí mismo esa noche, que comiera nuestra tropa de ese ganado y que yo pagaría el que había hecho carnear mi ayudante Ruiz; que al día siguiente regresaríamos á Carlazo, y siguiendo de allí en dirección á Polla, encontraríamos á toda la fuerza argentina, mandando al teniente coronel Estensoro con sus doscientos hombres y un escuadrón más de caballería por el camino que nosotros íbamos á seguir por San Diego y Narváez, y le aseguré que no se nos escaparía un solo individuo de la fuerza enemiga. Braun no aprobó mi indicación y seguimos bajando la cuesta de San Francisco.

Llegamos de noche, ésta muy obscura; el ganado para la tropa estaba ya desollado. Pasamos la noche sin novedad, y al día siguiente el general Braun despachó para San Luis á nuestro jefe de Estado Mayor, coronel Sebastián Agreda, con una mitad de flanqueadores, y nosotros seguimos la marcha por San Francisco hasta el Campo Santo de San Diego.

Al llegar á este punto, dejé al general Braun allí, y yo me pasé hasta Narváez con una compañía de cazadores y otra de flanqueadores. El teniente coronel Tomás Ruiz, que iba delante por la quebrada, antes de llegar á la cuesta que llaman del Salto, alcanzó á un individuo que arreaba cincuenta gordos novillos míos, sacados de mi estancia del Salado, y que los llevaba á retaguardia

para raciones de las tropas argentinas en su marcha. Ruiz quitó los cincuenta novillos y yo regresé al Campo Santo, entregándoles allí de regalo para nuestras fuerzas.

Cuando bajamos á Narváez vi el campamento enemigo en la vuelta grande de la Cuesta Vieja, que tiene más de tres leguas de longitud. Encontré por allí á un vecino de San Luis, Pedro José Gutiérrez, recogiendo el diezmo para los invasores. A éste le había regalado el jefe de las fuerzas argentinas, coronel Gregorio Paz, mi hacienda de San Luis en premio de los buenos servicios que prestó á los invasores, y él se porteó como si fuera legítimo dueño de ella durante el tiempo que las tropas argentinas permanecieron allí.

Al día siguiente temprano me alcanzó el general Braun con el resto de nuestras fuerzas y seguimos la marcha por la Cuesta Vieja. Yo tomé la vanguardia con cazadores y flanqueadores. En el alto de Lagunillas encontramos las fogatas, ardiendo todavía, de una avanzada enemiga.

Bajamos al campo de Polla, donde pernoctamos, teniendo á seis leguas de distancia á los argentinos, en marcha con dirección á Tarija. Continuamos nuestro camino y llegamos al día siguiente á mi finca de Santa Ana, donde supimos que los enemigos habían acampado la noche anterior en las inmediaciones de la Capilla Vieja, y que en vez de seguir su marcha á la ciudad de Tarija, pasada la media noche, ensillaron y se fueron á escape hacia el Valle de la Concepción y el Bermejo, con dirección á Orán.

Tardamos pocas horas en Santa Ana, y continuamos la marcha hasta el pueblo de la Concepción, en donde pasamos la noche y supimos que ese día habían pasado por allí las fuerzas argentinas, como derrotadas, á toda velocidad, á la sola aproximación de las tropas bolivianas.

Del pueblo de la Concepción continuamos la marcha hasta Padcaya, donde comimos muy bien en casa del cura párroco, y dejamos á los doscientos hombres de infantería que mandaba Estensoro, toda la fuerza de ca-

ballería de la Guardia que salió de Tarija con nosotros, menos el escuadrón del 2.° regimiento, y tres compañías del batallón Socabaya, por no poder dar un paso más, y se tomó un escuadrón del batallón de la Guardia Nacional de Padcaya, que mandaba el comandante Manuel Caso, hijo del coronel primer jefe del regimiento; y con esta pequeña fuerza emprendimos la marcha por la tarde en pos de los argentinos.

En el alto de una cuesta muy empinada, antes de bajar á la quebrada del Bermejo, empezamos á encontrar desertores y rezagados de la infantería argentina, y por éstos supimos que la fuerza argentina iba por esa quebrada.

Allí se nos anocheció, y llegando á una pequeña hacienda, á un lado del camino, el general Braun me dijo: «Compañero, el sueño me ha vencido, y si no me da aquí siquiera una hora de descanso, no paso adelante.» Y diciendo esto, se echó en el patio de la casita, con la cabeza sobre una pierna, y yo me senté á su lado, con el reloj en la mano, y á la hora cabal lo desperté.

Otra demora, también de una hora, sufrimos por haberse extraviado la compañía de cazadores en la hacienda y no poder llamarla con corneta por no causar alarma. Una vez reunida toda la compañía, continuamos la marcha, y al rayar el alba descubrimos el ejército argentino en su campamento, sobre una meseta llana, al lado del río del Condado, meseta formada en la subida de Espinillos, en media cuesta para llegar á las alturas del *Montenegro*.

Á no haber sido nuestra demora de dos horas en la quebrada, habríamos sorprendido á los argentinos acampados; pero por la polvareda causada por nuestra marcha tuvieron lugar para descubrirnos, de manera que cuando nosotros llegamos al río estaban vistiéndose los jefes enemigos y distinguimos perfectamente poniéndose su poncho al señor don Pedro Sáenz, que era quien había traído á los argentinos á inspeccionar á los nacionales antes de pasar el río. Mi ayudante de campo, el teniente coronel Tomás Ruiz, advirtió que un escuadrón de Paz

estaba sin jefe y preguntando quién lo mandaba:—"Yo, señor"—respondió un tal Cuenca, paisano vecino del Valle de la Concepción, que nos había acompañado de curioso, y que en aquel momento tomó de hecho y con todo arrojo el mando del referido escuadrón.

Pasamos el río y empezamos á subir la primera meseta que encontramos desocupada. De aquí quedaba la cuesta de Espinillos, dominada por el Montenegro. El ejército argentino se formó sobre la ceja de la altura y nos abrió un fuego vivo y sostenido. El general Braun con el general Agreda y las compañías de cazadores marcharon por el camino trillado que había tomado el enemigo, y yo subí con los granaderos, bajo el nutrido fuego de los argentinos, por el monte á pie y agarrándome de las raíces de los árboles para no caer. Mucho trabajo me costó poder llegar á la altura; pero el enemigo había abandonado la defensa, y era la única buena que se le ofrecía. Pocos de los soldados más ágiles llegaron conmigo á la altura. El general Braun, con dos compañías, estaba á trescientos pasos atrás. Aguardé á que nos reuniéramos.

No había gente formada á nuestra vanguardia; todos los argentinos andaban ya en dispersión por las alturas, los huecos y las ensenadas, y nosotros detrás de ellos persiguiéndoles. Algunos de ellos murieron trastornando los cerros de Montenegro. Tomamos algunos prisioneros. Habiendo muerto el caballo que montaba don Marcos Paz, jefe de Estado Mayor de las fuerzas invasoras y hermano del coronel Gregorio Paz, encontramos en sus alforjas el estado de las fuerzas argentinas.

Al fin, después de una larga persecución, llegamos al alto de una cuesta que baja al río de Cuyambuyo. En esta bajada, á un lado y otro lado de la senda, vimos gran cantidad de almofreces, petacas, caballos cansados, jergas, aperos y muchas cosas abandonadas por el enemigo en su fuga. Sus coraceros, que no se dejaron ver en todo el día, tomaron por el río de Cuyambuyo, arrojando sus corazas al río para aligerarse. De su infantería, los pocos

que pudieron llegar al pie de la cuesta, se ocultaron en la montaña inmediata, donde los más de ellos fueron devorados por los tigres, que había muchos en aquellos bosques. Llegamos al pie de la cuesta y ya no teníamos enemigos con quienes combatir.

Así terminó la batalla del Montenegro (24 de Junio de 1838) y en el cual, se puede decir, que no encontramos resistencia.

Pasamos la noche en el monte, al pie de la cuesta y cerca del río de Cuyambuyo, y al siguiente día emprendimos la marcha de regreso llegando hasta el río del Condado.

Allí nos esperaba el señor don Manuel Buitrago, secretario del general Braun, con una buena comida. Acabada ésta, llamé al ordenanza del general, un *llanero* colombiano apellidado López, y le dije que me trajese las botellas del vino que me obsequió el señor cura de Padcaya, un vino excelente. Llegó éste, y los compañeros Braun, Agreda y Buitrago, comenzaron á hacerle los debidos honores, con brindis á cual más largo, como es de costumbre en estos países, y la mayor parte de ellos puro palabrerío, sin expresar cosa alguna. Como yo había proporcionado el vino, fuí el último en tomarlo. Buitrago llenó mi vasito de plata, en el que estábamos bebiendo, y yo mirando al general Braun, dije:—"Compañeros, yo brindo por la salud y prosperidad del *Gran Mariscal de Montenegro.*"

—"Oh, compañero—me dijo el general Braun—, dejémosnos de bromas."

—"Bien—le respondí—, pues á la vuelta del correo del cuartel general, verá usted si es broma." Y ciertamente, á vuelta de correo le llegó el despacho, y en la carta del presidente Santa Cruz contestando á la mía, me decía: "La recomendación que usted me hace respecto á Braun, está atendida, y con muchísimo gusto de mi parte."

El 11 del mismo mes las tropas bolivianas derrotaron también á los argentinos en el combate de Iruya.

Completamente rechazados los invasores, nos pusimos en camino para Tarija.

Una vez en esa ciudad el general Braun, se insinuó conmigo para que en mi carta al presidente Santa Cruz apoyase la indicación que le hacía para nombrar al señor Trigo gobernador constitucional de la provincia de Tarija, nombramiento que le vino efectivamente á vuelta de correo. Después de algunos días de permanencia en Tarija, y habiendo dejado perfectamente arreglados los asuntos de la administración política y militar, el general Braun partió para Tupiza, y yo regresé á mi casa de campo de Polla.

El pabellón boliviano ondeaba victorioso desde Lima hasta el Montenegro, y la República era envidiada y mirada con respeto por todos los Estados del continente americano.

En el mes de Septiembre, estando en Polla, y sintiéndome repuesto de mi enfermedad, pues me retiré allí con la salud muy quebrantada por el mucho trabajo que había tenido en la campaña contra los argentinos, me resolví á salir en alcance del general Santa Cruz, que ya se hallaba en marcha para el Perú, por no haberse ratificado por el Gobierno de Chile los tratados de Paucarpata, y hallarse embarcada otra expedición de fuerzas chilenas al mando del general Manuel Bulnes, y de peruanas á las órdenes del generalísimo Agustín Gamarra, contra la Confederación Perú-Boliviana.

Salí de Polla y llegué á Tarija con mis animales bien gordos y con dos sirvientes y dos peones. Previne á éstos que emprenderíamos la marcha para Potosí por la vía de Cinti á la mañana siguiente, y que no faltara ninguno. Amaneció, y me hallé sin uno solo de ellos: tres se me habían desertado, y el otro estaba preso. Este contratiempo me incomodó mucho, pero no tenía más remedio que la paciencia.

Me hallaba en busca de otros mozos, cuando llegó el correo del interior, y por él recibí un oficio del ministerio de la Guerra, y una carta del general Santa Cruz en la

que me decía: que no creía que yo estuviese bastante repuesto de la enfermedad que había padecido y con la que me separé de él en La Paz para venir á Tarija á curarme; que á pesar de esto había determinado que yo marchase á Tupiza á relevar al general Braun en el mando del ejército del Sur, por tener que marchar dicho general á La Paz á ayudar al vicepresidente de la República, doctor Calvo, como ministro de la Guerra, mientras él seguía su marcha para el Cuzco y Lima, contra la invasión Chileno-Peruana, que navegaba ya en dirección al Callao.

El mismo correo me trajo otro oficio del general Braun trascribiéndome la orden del general Santa Cruz que yo le relevara en la jefatura del ejército del Sur, y diciéndome que me esperaba con impaciencia.

Esta deserción de mis sirvientes vino á decidir de mi suerte completamente; pues saliendo para Cinti el día que pensaba, no hubiese recibido ni la carta del general Santa Cruz, ni la nota del general Braun, hasta hallarme más adelante de Potosí, y hubiera entonces alcanzado al capitán general y ayudádole en la campaña contra los chilenos, que era lo que más apetecía; pero la suerte lo dispuso de otra manera.

Contestadas estas comunicaciones, salí de Tarija para Tupiza, en donde Braun tenía su cuartel general. El día mismo de mi llegada salía el correo para el Norte. Yo había llevado conmigo algunos mapas que levanté por orden del Libertador de las posesiones de Corongo y Mollepata y de diferentes puntos de la quebrada de Huaraz, Yungay y Andahuaillas, que creía podrían servir al capitán general por ser, en mi concepto, este territorio recorrido personalmente por mí en años anteriores, el teatro de la guerra en la próxima campaña. Me dispuse á escribirle al general Santa Cruz y á incluirle los mapas y los planos.

Despachamos el correo, y entré en larga conversación con el general Braun, quien me dijo que se admiraba que yo, retirado en mis haciendas de Tarija, supiese más el

estado de cosas en el interior de la República que él, que se hallaba en medio de todos los acontecimientos.—"Yo no sé nada—agregó—del estado de sus asuntos particulares; pero me parece que lo que usted, compañero, debió haber hecho en estos últimos años, era reunir unos dos ó trescientos mil pesos y tenerlos colocados en alguna casa de comercio inglesa, para un caso de éstos que bien puede acontecernos, si pierde el general Santa Cruz esta campaña, asegurando su persona en otra parte."

—"Mi amigo—le respondí—, esto es lo que habría hecho; pero yo salí de mi país en busca de otra patria por la atroz persecución de que usted, bien lo sabe, es víctima mi familia de parte del Gobierno inglés. He hallado mi nueva patria en Bolivia, que usted y yo hemos contribuído á fundar; he encontrado mi hogar en Tarija y en ésta mi nueva patria estoy resuelto á pararme ó caer, sirviéndola como verdadero hijo suyo. Por lo demás, no dispongo hoy ni de quinientos pesos, en el caso de que quisiera irme á otra parte."

Más tarde, mi amigo y compañero, se ocupó de instruirme sobre los asuntos pertinentes á las fuerzas cuyo comando me entregaba, y pocos días después, en cumplimiento de órdenes supremas, emprendía su marcha para La Paz, y yo quedaba en Tupiza en mi nuevo puesto.

Por este tiempo, el Perú se hallaba agitado por la invasión chilena, la República Argentina en la más deplorable anarquía, y oprimida atrozmente por la monstruosa tiranía de Rozas, como el Paraguay por la sombría del Dr. Francia.

La situación de Colombia no era tampoco halagüeña, y Chile mismo estaba agitado desde la justamente sentida muerte de su ilustre hijo D. Diego Portales. Bolivia era entonces la nación más fuerte y próspera, pero se encontraba también amargada, ya por los enemigos de afuera, y por una próxima anarquía provocada por el pacto de Tacna, y el despertar de las menguadas pasiones personalistas y los odios de partido.

CAPÍTULO XXVII

Inspección.—Detalles del combate de Iruya.—Muerte del general Heredia.—Itinerario de Tupiza á Copiapó.—Carta del general Santa Cruz.—Su contestación.—Me retiro de la Jefatura del ejército del Sur.—Soy relevado por el general Velasco.—Promesas de éste.—Malas noticias del teatro de la guerra.—Marcho á la frontera de Tarija á preparar la expedición al Pilcomayo.—Interceptación de una carta.

El general Braun se marchó para la ciudad de La Paz con el cargo de ministro de la Guerra, y yo me recibí del mando del ejército del Sur, en Tupiza, compuesto entonces del batallón 5.°, situado en Cochinoca, la columna del general y un piquete más en Iruya, bajo las órdenes del general Raña, y un escuadrón de coraceros, al mando del coronel Blas Puertas.

El batallón 8.°, compuesto todo él de aguerridos y valientes soldados tarijeños, fué, como ya lo dije, dado de baja y licenciado cuando el presidente Santa Cruz visitó al general Braun en la quebrada de Humahuaca y el general le dijo que todo estaba concluído; y esto mucho antes de las entradas de los argentinos por la frontera de Tarija, su derrota en Montenegro y su entrada por Iruya, donde fueron también derrotados.

Todos los jefes y oficiales argentinos prisioneros en Iruya se hallaban en Tupiza.

Lo primero que hice al recibirme del mando del ejér-

cito del Sur fué visitar personalmente los puntos de vanguardia, Iruya y Cochinoca.

El camino á Iruya, frente á San Andrés, toda la última parte por quebradas muy hondas y de mal piso, con muchos atolladeros.

Llegué allí después de cuatro días de mal camino y encontré al general Raña en su casa. Pasé esa noche con él. El lugar, muy miserable y falto de todo recurso, situado en un pozo, rodeado por todas partes de alturas escarpadas. La cuesta, que se baja para llegar desde San Andrés, la misma que bajó el antiguo batallón *Voltíjeros*, que el general argentino don Alejandro Heredia había despachado desde Orán, termina en el mismo plano donde estaba la casita ocupada por mi amigo el general Raña.

En conversación con éste, y preguntándole los detalles del combate de Iruya, me dijo que, francamente, se había sorprendido cuando vió aparecer á los antiguos *Voltíjeros* en el alto; que no sabía qué hacer en ese momento, y que no había tampoco medida de que valerse con ellos sino batirse de frente; que el comandante Manuel Antonio Sánchez, el mayor Rodríguez, el capitán Mariano Donoso, mandaban la tropa mientras él la dirigía y hacía conducir municiones desde la casa; que el coronel Manuel Carrasco, que mandaba nuestra infantería, se había ausentado y metídose en un ranchito.

Este combate no fué difícil ganarlo, porque, bajando los enemigos por la cuesta, cada bala de nuestros soldados hizo buen efecto, estando los invasores expuestos á todo el tiro de los nuestros, y tuvieron que retroceder escarmentados, no habiendo muerto uno solo de nuestros soldados por ser sus tiros *fijantes* todos, mientras los de los nuestros eran *rayantes*.

Cuando el coronel Carrasco oyó los vítores de la tropa boliviana y los gritos de victoria, salió de su escondite y se presentó al comandante general Raña.

Ese famoso cuerpo de *Voltijeros* era el mejor de todo el ejército del general Heredia, en campaña contra Boli-

via; pero era imposible que bajase esa cuesta tan empinada frente á nuestra tropa, formada al pie de ella.

Tal fué, en resumen, la victoria de Iruya, ganada por las tropas bolivianas el 11 de Junio de 1838.

Del general Raña, jefe de esas fuerzas y encargado del puesto, he hablado anteriormente en estos *Recuerdos*. El coronel Carrasco, natural de Cochabamba, era el único individuo boliviano que se hallaba en la gran batalla de Ayacucho, en la infantería del ejército patriota, como teniente en el 2.° batallón de la división del Perú. El comandante Manuel Antonio Sánchez, natural de La Paz, mandaba la columna del general; había servido en el ejército realista y murió hace pocos años en La Paz, en la alta clase de general, á la que fué ascendido por el dictador Linares. El mayor Rodríguez había venido de Salta en el escuadrón Dragones de San Juan, con el coronel Urdininea. Bajo el gobierno del general Ballivián marchó á Buenos Aires, donde murió asesinado. El capitán Mariano Donoso era colombiano, vencedor en Ayacucho, donde estuvo en clase de cadete; se casó en Tarija, donde vive todavía. Es un hombrecito leal, honrado y valiente á toda prueba.

Terminada mi visita de inspección en Iruya, pasé á Cochinoca en busca del 5.° batallón, que encontré en Iruya, porque todo el tránsito de dos días era por territorio enemigo. Regresé á Tupiza sin haber visto á Medinaceli, pero éste me alcanzó muy pronto para disculparse de no haberse hallado en su puesto.

En Tupiza me puse á pensar sobre la situación y sobre la campaña del general Santa Cruz contra la segunda expedición chilena; cavilaba un día sobre todo esto, cuando me llegó la noticia de haber sido asesinado el general Alejandro Heredia, con cuyo motivo se podía considerar desde luego terminada la guerra declarada á Bolivia por los argentinos, y ya nada podía llamar nuestra atención hacia el Sur.

Busqué algunos hombres prácticos de los caminos á

Chile, único enemigo que podíamos temer, entre ellos el general Medinaceli, y con ellos formé un itinerario de las jornadas desde Tupiza hasta Copiapó, atravesando la quebrada de Antofagasta por un abra de caer á la costa, tan honda que se puede pasar en carruaje, y por lo cual se llevan corderos desde la provincia de Atacama al mercado de Copiapó. Este itinerario que levanté constaba de diez y ocho jornadas cómodas. Se lo remití al general Santa Cruz, y en mi carta le decía: "Que no había quedado ni un soldado en Chile; que habían sacado hasta los jóvenes de los colegios, en clase de cadetes; que si daba la orden de llenar de numerario las cajas de los cuerpos por dos meses, yo me comprometía á situarme con las fuerzas de mi mando en cualquier punto de la República de Chile que se me indicase; que éste me parecía el único medio que nos quedaba de librarnos de los invasores, quienes, sabiendo que su patria estaba ocupada por fuerzas de la Confederación Perú-Boliviana desde su retaguardia, se apurarían á dejar las costas peruanas y regresar á Valparaíso. Le dije, además, que sabía que la expedición chileno-peruana se hallaba en Lima, en cuyas inmediaciones estaba el general Miller mandando una fuerza montonera; que los generales Herrera y Morán se hallaban en Tacna al mando del ejército de la confederación, y que él se encontraba en marcha desde el Cuzco en alcance de ellos. Y ahora, mi general—agregaba al concluir mi carta—, estando las cosas en este estado, dígnese atender mi consejo franco y sincero: quédese usted en el Cuzco reuniendo y enviando recursos para su ejército, y deje que Morán y Herrera le den cuenta de los chilenos, porque si vuelve usted á meterse con ellos, como en Paucarpata, con su filosofía lo volverá á echar á perder todo."

El capitán general recibió mi carta, y en su contestación me dijo:—«Que mi diversión estratégica era inmejorable; pero que él contaba con un buen ejército para escarmentar á los insolentes invasores.»

Esta su contestación me causó un pesar mortal, y me afectó tanto, que en pocos días de honda tristeza caí enfermo y con un dolor tan fuerte de la cintura y espalda, que no podía levantarme de la cama. En mi pena, veía perdida la Confederación y segura la caída del general Santa Cruz, y el entronizamiento de la anarquía de esta patria boliviana, cuya independencia me había costado ya tanto.

Dí parte de mi indisposición al vicepresidente de la República, y pedí mi retiro, disgustado interiormente. Se me contestó que vendría á relevarme el mayor general José Miguel de Velasco, asignándome el medio haber de mi clase, durante mi enfermedad.

Por fin llegó el mayor general Velasco á Tupiza á relevarme en el mando del ejército del Sur. Yo me hallaba todavía en cama, y él me acompañaba gran parte del día sentado á mi cabecera. Manifestó mucho desagrado al saber que el vicepresidente señor Calvo me había puesto á medio sueldo durante mi enfermedad, cuando decía: en atención á mis servicios y á mi estado, necesitaba dos sueldos para médicos y medicinas. «Esto se remediará—continuó diciendo—; pues por este mes de Enero llevará usted su sueldo íntegro en esta Comisaría, y lo tendrá así también para el mes entrante de Febrero, porque voy á mandarle su nombramiento de Jefe Superior Militar del distrito de Tarija, y la comisión á la vez de pacificador de la frontera, lo cual, según me han informado, se halla hoy en posesión de los indios bárbaros, sublevados por los argentinos para ganarlos de su parte.»

Realmente fué así, é incendiaron gran parte de los bosques de nuestra frontera en el mes de Junio anterior.

Me dijo también el general Velasco que en el próximo mes de Marzo me mandaría el batallón 5.° para este objeto.

Antes de que yo saliera de Tupiza, llegó un correo que nos trajo noticias del teatro de la guerra. El general

Miller había sido rechazado en un encuentro con los enemigos en las inmediaciones de Lima.

Por este mismo correo recibió el general Velasco una carta del doctor Casimiro Olañeta, secretario general del general Santa Cruz, en la que le daba noticias nada favorables del teatro de la guerra. Desde entonces el general Velasco empezó á pronosticar el mal éxito de la campaña diciendo: que los primeros encuentros, aunque sean entre avanzadas, servían de datos sobre que formar juicio y calcular los resultados. Por sus conversaciones, yo veía que él tenía su juicio ya formado sobre los acontecimientos.

Á vuelta de ese correo escribí á mi compañero el general Braun, quien se hallaba ya en La Paz, comunicándole mi indisposición y la llegada del mayor general Velasco á Tupiza á relevarme en la Jefatura del ejército del Sur. Le manifestaba que sentía esto, porque yo tenía ese ejército perfectamente organizado y equipado, y con la venida del mayor general temía que todo se echara á perder.

Supimos luego que se había formado un ejército del Centro entre Arequipa y La Paz, al mando de los generales Blas Cerdeña y José Ballivián; ninguno de los dos de mucha confianza, en mi concepto, en el caso de que el presidente Santa Cruz sufriera la más pequeña desventaja en su campaña contra los chilenos.

En fin, emprendí mi marcha de Tupiza para Tarija. El mismo general Velasco ayudó á subirme sobre el caballo, y me acompañó hasta Suipacha.

Llegué á Tarija muy mejorado, y pronto, con la mudanza de temperamento, me sentí libre del ataque de *lumbago* que me había dado tan fuertemente en Tupiza, y me dirigí á la frontera á ver las haciendas que tenía allí compradas desde años atrás á sus legítimos dueños, á buen precio y con todas las formalidades de ley, y cuyas escrituras conservo en toda forma, y á preparar á la vez todo lo necesario para la expedición al Pilcomayo y la campa-

ña de pacificación contra los indios bárbaros, quienes causaban infinitos males á los cristianos en la frontera.

Establecí desde luego maestranzas en San Luis para el trabajo y compostura del armamento, proveyendo el acero y el fierro de mi peculio y pagando de mi sueldo á los armeros y herreros. Dí principio á la reunión del ganado vacuno para raciones de los expedicionarios, dando yo el ejemplo al destinar para este objeto el de mi propiedad, á pesar de que los argentinos no me habían dejado en su tránsito por la frontera más que ciento cuarenta cabezas de novecientas treinta y ocho que yo tenía, y que se contaron en los corrales dos meses antes de la llegada de los invasores á San Luis, en donde hicieron alto por espacio de diez y ocho días, gastando únicamente del ganado mío, porque todos los fronterizos se pasaron á ellos. Mi hermosa hacienda del valle de San Luis, como ya dije, la regaló el jefe de las fuerzas invasoras coronel Gregorio Paz á un vecino de aquel lugar, Pedro José Gutiérrez, á quien comisionó para el cobro de diezmos en la provincia de Salinas.

En pocos días se reunió el ganado de donativos voluntarios para emprender la campaña, y se entregó todo en depósito á un vecino honrado de San Luis.

En la sala de armas del cabildo de Tarija había muchas tercerolas y cajones de munición, que yo pedía con insistencia al gobernador señor Trigo para la campaña que iba á abrir, y que éste se desentendía de remitirme.

El general Velasco me escribía frecuentemente, asegurándome que pasada la estación de aguas me enviaría el batallón 5.°, para la expedición al Pilcomayo. Me encargó en una de sus cartas que mandara á uno de mis ayudantes al Valle de la Concepción á reunir la caballada que habíamos tomado á los argentinos y que la teníamos allí, y que le avisase en qué estado se hallaba.

Despaché á mi ayudante el teniente coronel Tomás Ruiz á reconocer la caballada tomada al enemigo en cumplimiento de aquel encargo.

Entretanto, la carta que escribí al general Braun desde Tupiza, diciéndole que sentía la venida del mayor general Velasco á relevarme en el mando del ejército del Sur, porque todo se echaría á perder, fué interceptada y remitida al general Velasco en Tupiza; y éste, en la primera carta que me escribió después, me puso la siguiente postdata:—"Aunque sea un *zopenco,* soy mayor general del ejército de Bolivia."

Yo continuaba en San Luis con los aprestos para la expedición al Pilcomayo, y resolví ir á Tarija á verme personalmente con el gobernador de la provincia, á fin de realizar aquello sin más demora.

CAPÍTULO XXVIII

Pronunciamiento del general Velasco.— La Restauración.— Se me quita el mando de la expedición al Pilcomayo.—El doctor Felipe Echazú.—Conferencia con el gobernador de Tarija.—Los departamentos de La Paz, Chuquisaca y Cochabamba secundan el pronunciamiento de Tupiza.—Caída del Gobierno Santa Cruz.—Presidencia del general Velasco.—Por tomar higos.—Mi plan de expedición al Pilcomayo.—Desastre de Yungay.—Pormenores.—«Mañana Morán.»—Reminiscencias.—Primeros actos del presidente Velasco.—Carta de este general y nota de su jefe de Estado Mayor.—Mi contestación.—Vuelvo á mis trabajos de campo.

Hacía algún tiempo que no teníamos noticias del teatro de la guerra.

Me hallaba en el patio de mi casa, en San Luis, con animales ensillados para dirigirme á Tarija, cuando llegó mi ayudante Ruiz de regreso de su comisión de inspeccionar la caballada, y me trajo la noticia de que el mayor general Velasco se había pronunciado con el ejército del Sur en Tupiza contra el presidente Santa Cruz, y que todo estaba revuelto.

Este pronunciamiento tuvo lugar el 9 de Febrero de 1839.

Monté á caballo para dirigirme siempre á Tarija; pero de paso por la población de San Luis, me demoré un rato en ella. Hice reunir á los oficiales y á toda la tropa que había allí destinada á la próxima campaña contra los bárbaros, y les dí conocimiento de la novedad ocurrida en

Tupiza, asegurándoles al mismo tiempo que ella ninguna relación tendría con la pacificación de la frontera, y que después de verme y hablar con el gobernador de Tarija, y conseguir más armas, volvería yo mismo á seguir la campaña hasta su conclusión.

En camino para Tarija, en el alto de la Cuesta Vieja, me encontré con un escuadrón de caballería del regimiento de San Lorenzo, á las órdenes del teniente coronel Estensoro, quien me dijo que venía á relevarme en el mando de las fuerzas destinadas á la pacificación de la frotera.

Me dijo también que llevaba una nota oficial del gobernador, relativa á mí, pero que iba adelante en sus petacas.—"No me importa—le dije—, puesto que yo voy para Tarija, y hablaré personalmente con el general Trigo; pues ya en San Luis he tenido noticia del pronunciamiento del general Velasco." Me depedí de Estensoro y seguí mi camino para Tarija.

Al llegar á la ciudad, me dirigí en primer lugar á la casa del gobernador para imponerme de todo lo que había. Me habló el general Trigo del pronunciamiento de Velasco, y me manifestó que había recibido una orden terminante para tomarme preso y remititme bien escoltado á Tupiza.—"Aquí me tiene usted á sus órdenes, señor gobernador—le dije—; haga la prueba de amarrarme si gusta."—"No se incomode, mi general—me contestó el gobernador—; esa orden no se cumplirá, y yo he respondido por usted al general."

Supe en seguida que, al recibirse dicha orden, mi amigo, el leal y excelente caballero doctor don Felipe Echazú, había ofrecido espontáneamente su fianza por mí y había dicho en presencia de todas las personas que se hallaban en casa del señor gobernador que "Ni él ni ningún tarijeño permitirían que se saque preso del país al hombre que les había traído la libertad."

Gratitud eterna debo á este leal caballero é íntegro magistrado por tan noble acción.

Manifesté al general Trigo confidencialmente que sentía que él hubiese prestádose á la revolución del general Velasco, que al fin y al cabo era una revolución, y venía, por consiguiente, á interrumpir el régimen legal de la República, que debíamos los verdaderos patriotas sostener á toda costa.

Entretanto, en los días 15, 16 y 17 de ese mes (Febrero de 1839), los departamentos La Paz, Chuquisaca y Cochabamba habían secundado ya la revolución contra el gobierno legal del general Santa Cruz, y la cosa era concluída.

Puse en conocimiento del gobernador todas las disposiciones que había tomado para abrir la campaña de la pacificación de la frontera en el mes de Marzo, época para la cual me ofreciera el general Velasco la remisión del batallón 5.° Le dije que había formado mi plan de campaña, de cuyo buen éxito estaba persuadido; que siga el teniente coronel Estensoro al mando de la fuerza expedicionaria, supuesto que había ido á relevarme, y que yo me comprometía á ayudarle con entusiasmo, como simple particular, sin pretender mando ninguno, y que desde antes del pronunciamiento en Tupiza yo había ya resuelto venir á Tarija á verme con él para que me diese más armas y las municiones que le había solicitado, y quedamos en esto. Le hice presente también que, aunque el pronunciamiento de Velasco era contra el gobierno legal de mi amigo el general Santa Cruz, yo jamás había servido sino á la patria, y que nunca me había prestado ni me prestaría á partido alguno, y menos á partidos personalistas, y que ayudaría á Estensoro con empeño en su empresa como buen tarijeño. Quedamos convenidos y de acuerdo sobre esto, y me retiré á descansar.

Una noche, como á las nueve, entraron varios amigos á casa á avisarme que el gobernador acababa de recibir un extraordinario con la noticia de que la escolta que conducía preso al benemérito general Braun al Desagua-

dero, le había asesinado en el camino. Tal noticia, desde luego, fué falsa. Lo que hubo de cierto con el general Braun en La Paz, fué que un ayudante suyo dió la llave de su dormitorio á un compadre de Braun, quien entró á prenderle y le disparó un tiro, pasándole la bala de la pistola por muy cerca de la nuca.

Al venir á Tarija desde la frontera, en mi hacienda de Santa Ana tomé cinco higos, los primeros que había comido en mi vida, y los que me hicieron muchísimo mal. Sintiéndome tan indispuesto, tomé un purgante de crémor y tamarindo, el que en vez de aliviarme me empeoró; pero yo tenía tanto interés en la pacificación y colonización de la frontera, que la enfermedad no me hizo retroceder en mi empresa. El plan que yo me había propuesto era el siguiente: marchar hasta un punto determinado sobre la orilla del río Pilcomayo, hacer alto allí, construir un fortín, dejar una pequeña guarnición en él y marchar á otro punto conveniente con el mismo objeto; construir fortines, atraer emigrantes proporcionándoles terrenos en el vasto Chaco, y las herramientas necesarias, y de este modo asegurar para siempre todo el hermoso territorio tarijeño sobre la margen occidental del Pilcomayo.

Empeñado en este propósito, enfermo como me hallaba, me dirigí nuevamente al gobernador de la provincia; pero éste, que se había adherido al pronunciamiento de Velasco, y habiendo yo caído con el general Santa Cruz, ya no quiso verme ni darme el armamento que le solicité para la expedición.

Aunque bastante decepcionado, no desmayé en mis propósitos en bien de los verdaderos intereses del pueblo tarijeño, y emprendí otra vez mi camino para la frontera; pero apenas llegué á mi casa de hacienda en Polla, once leguas distante de Tarija, me agravé notablemente y pasé aquella noche con mucha fiebre y delirando. Me puse tan malo, que tuve que regresar á Tarija para hacerme curar radicalmente.

Me hallaba en cama en Tarija, cuando llegó la funesta noticia de la completa derrota del ejército de la Confederación Perú-Boliviana en Yungay, por las fuerzas aliadas de Chile y el Perú en la batalla de aquel nombre (20 de Enero de 1839), y la defección del ejército del Centro á las órdenes de los generales Cerdeña y Ballivián, que negaban la entrada á la patria al mariscal Santa Cruz, quien venía de Arequipa con objeto de reunir á todos los derrotados en Yungay, dar otra batalla y ganarla probablemente.

Y aquí maldije mi mala suerte de haberme enfermado en el comando del ejército del Sur, y de haber sido relevado por el general Velasco. Yo no me hubiera pronunciado como él lo hizo, contra el mariscal Santa Cruz, sino que en el momento hubiera marchado al Norte, impuesto al ejército del Centro, que era inferior en todo al del Sur, recibido al general Santa Cruz y á los derrotados, improvisado un nuevo ejército, y tal vez repuesto nuestras pérdidas con una victoria segura; pero Dios no quiso que fuese así. Cúmplase su divina voluntad.

El general Velasco salió desde Tupiza, saludando en su *Gaceta Oficial* al *virtuoso* Gamarra de los vencedores peruanos, y al *valiente* Bulnes de los vencedores chilenos, y devolviendo al Perú todos los trofeos que le habíamos tomado los bolivianos en las batallas de Yanacocha y Socabaya, con bandera desplegada y á tambor batiente hasta el Desaguadero.

El general Santa Cruz, después del desastre de Yungay, pudo asilarse en casa del cónsul de la Gran Bretaña en Islay, conducido hasta allí y protegido por su leal edecán Gregorio Gómez de Goitia (hoy general), y en aquel puerto se embarcó para Guayaquil.

El benemérito general Sebastián Agreda, jefe del Estado Mayor del ejército del Sur, no quiso por nada prestarse al pronunciamiento de la *Restauración*, por lo que el general Velasco lo persiguió tenazmente, lo mismo que al inteligente coronel Fernando Campero.

El marquesado de Yavi se había adherido hacía ya mucho tiempo á Bolivia, y los diezmos de ese lugar se remataban en Tarija; pero el general Velasco tuvo á bien devolverlo á la Confederación Argentina, con el objeto, sin duda, de quedar bien con los vecinos del Sur y del Norte.

Los jefes y oficiales del ejército boliviano derrotados en Yungay, fueron mirados y tratados por el presidente Velasco como si fueran unos delincuentes. No se les atendía en nada. Antes de su arribo á la patria, ya el general Velasco había formado jefes y oficiales nuevos, escogiéndolos principalmente de Tarija y de Chichas, y en número suficiente para un pequeño ejército.

Nos llegaban ya los pormenores de la acción de Yungay, y se hablaba de la incapacidad del general Santa Cruz para disponer de un ejército frente al enemigo. Realmente, no era un militar táctico, pero era un gran diplomático y un inmejorable comisario. Él cuidaba con escrúpulo de que nada faltase al soldado en cuanto á alimentación, como en vestuario, pago exacto, disciplina y moralidad ejemplar.

Seguramente se acordaría después del desastre de Yungay de la carta que yo le escribí desde Tupiza incluyéndole el itinerario que había formado desde ese punto hasta Copiapó, y diciéndole con la franqueza de leal y verdadero amigo que si se volvía á meter con los chilenos con su filosofía, como en Paucarpata, lo volvería á echar todo á perder. Pues así lo hizo, y todo se perdió como se lo había pronosticado. En lugar de quedarse en el Cuzco á enviar recursos á sus valientes y aguerridos generales Ramón Herrera y Trinidad Morán, que se hallaban en Tarma con el ejército de la Confederación, y de dejar que ellos le dieran cuenta de los invasores que se hallaban en posesión de Lima, se dirigió á Tarma, se puso á la cabeza del ejército é hizo su entrada á la capital del Perú, al mismo tiempo que las fuerzas chilenas salían de ella para el puerto de Ancón, en donde estaban los buques en que habían venido.

La entrada del lucido ejército de la Confederación Perú-Boliviana en la ciudad de Lima, fué solemne y verdaderamente triunfal. La polvareda del ejército enemigo en su marcha para sus buques, en menos de medio camino del puerto, se levantaba como una densa nube.

El general Morán, soldado impertérrito, inteligente, sagaz y afortunado en la guerra, se exaltó al ver lo que pasaba, y saliendo de la formación, alcanzó al general Santa Cruz y le gritó: "Mi general, mientras usted está recibiendo los inciensos de esas mujeres, déjeme ir con mi división á arrollar á los chilenos antes que ganen á sus buques; si no, ellos se embarcan y nos hacen marchar y contramarchar por la costa todo el tiempo que se les antoje, mientras nosotros nó tenemos un solo buque."

—"¡Oh!, mañana, Morán, mañana"—le contestó el general Santa Cruz.

Los chilenos se embarcaron esa misma tarde, y nuestro ejército pernoctó en la ciudad de Lima.

Se dirigieron los enemigos hacia el Norte, desembarcaron y siguieron en la misma dirección por tierra, y nuestro ejército detrás de ellos.

Una tarde llegó el ejército de la Confederación á la quebrada de *Buin,* que se hallaba de creciente, y hubo allí un corto tiroteo con el enemigo, en el que el general Guarda, de los nuestros, salió levemente herido. Estaba lloviznando, y el capitán general mandó armar su tienda de campaña y se echó á descansar; no así el general Morán, que empezó á reconocer la quebrada arriba y abajo, y descubrió con los indios del lugar que había tres puentes, dos de ellos de piedra. Le avisaron los mismos indios, que los generales chileno y peruano habían pasado ese día temprano con sus dos mejores batallones y su caballería, que siguieron marchando para Huaraz, y que el resto de su ejército estaba echado detrás de un cerro inmediato, sin poder continuar la marcha por estar todos los soldados despeados.

Corrió el intrépido Morán á la tienda del capitán gene-

ral, le halló durmiendo, le despertó, le avisó todo y le instó á pasar la quebrada, tomar á todos los despeados y concluir la campaña con esa sola operación. Morán recibió de Santa Cruz la misma contestación que en Lima: "Mañana, Morán, mañana." Y se dejó pasar también esta magnífica ocasión.

Esa misma noche los despeados trasnocharon en alcance de los generales Bulnes y Gamarra.

Al fin llegó nuestro ejército á Yungay, y halló al enemigo esperándolo allí. Muy á pesar mío no me hallé en el ejército de la Confederación Perú-Boliviana ese día. La maniobra que en ese momento convenía era la de tomar por un camino que pasa entre la Cordillera negra y la nevada de los Andes, y ponerse á retaguardia del enemigo, ocupando posiciones fuertes de defensa y territorio bien abastecido de provisiones, mientras todo el camino desde Lima hasta Yungay, transitado por los dos ejércitos, no ofrecía recurso alguno. El capitán general no hizo uso de los planos de reconocimiento, que yo había levantado por orden del Libertador en 1823. Si hubiera adoptado esta maniobra, hubiera obligado al enemigo á replegarse á sus naves, y mientras tanto nuestro ejército se hubiese adelantado hasta cerca de Trujillo, venciendo las fuertes posiciones de Coronga y Mollepata; pero el Dios de los ejércitos no quiso que así fuese.

Según el parte oficial de la derrota de Yungay, el capitán general del ejército de la Confederación en primer lugar destacó la columna de cazadores á las órdenes del general Guilarte (entonces coronel), á un cerro aislado á su frente, que fué atacado por el enemigo, sin que se pudiera prestar auxilio, dejando fusilar nuestro ejército por compañías. El general Morán se puso á la cabeza de nuestra caballería é hizo cuanto pudo, pero inútilmente. La derrota fué completa. El general Urdininea y el doctor Olañeta se hallaban presentes, habiéndolos llevado el capitán general á su lado, porque desconfiaba de ellos; pero dejó en Bolivia al general Velasco, á quien creía inútil, y

quien hizo el malhadado pronunciamiento de la *Restauración*. El general Santa Cruz debió haber sabido que venciendo él en esa campaña, nadie se movería en Bolivia, y que vencido, tendría á todos en su contra, menos al general Braun y á mí; y ya se ha visto la suerte que corrimos ambos.

El mismo general Velasco me refirió en Tupiza, cuando vino á relevarme en el mando del ejército del Sur, que estando en Tapacarí con el presidente Santa Cruz, le dijo éste que estuviese pronto para cuando se le llamase á Lima, y que él contestó: «Yo no voy, porque en Lima nos tienen á medio sueldo, cuando allí ni dos sueldos nos bastarían; y le diré aún más, mi general, que si usted se va alejando tanto de la patria, yo le he de hacer revolución.»

Y cumplió su palabra.

El resentimiento que tuvo el general Velasco con el presidente Santa Cruz, fué porque no se le hizo gran dignatario de la *Legión de Honor*, mientras los generales Braun, Herrera y yo, gozábamos de esta alta distinción.

Yo me abstendré de hacer la relación de la batalla de Yungay, por la sencilla razón de que no me encontré en ella, hallándome en esos días en el Sur de Bolivia.

He visto el parte dado por el mariscal Santa Cruz de aquella acción de guerra, que echa toda la culpa de la derrota de su ejército al general Guilarte, quien no la tuvo, sino el capitán general, por haberle mandado á una altura aislada en la que con sus fuerzas fué acribillado á balazos.

Los famosos castillos del Callao se llenaron de prisioneros de guerra. Entre éstos se decía que el general Magariños tuvo la culpa de la derrota de nuestras armas, porque fué mandado á ejecutar una marcha de noche, con el tercer batallón que él mandaba, y que en vez de avanzar se puso en comunicación con el general Camarra. Yo no respondo de la verdad de este aserto, que francamente no lo creo, ni lo puedo aceptar.

Este Magariños era muy querido y preferido del general Santa Cruz, y más letrado que militar. En el Cuzco le

quitó el mando del batallón 3.° á Agreda y se lo dió al coronel Magariños, contra mi opinión, pues yo conocía á ambos mejor que el presidente, y Agreda fué despachado á Bolivia, donde sirvió con mucha distinción en la campaña contra los argentinos.

Uno de los primeros actos del general Velasco después de su pronunciamiento por la *Restauración*, fué borrar de la lista militar de la República al general Braun, al general Herrera y á mí.

Me fué comunicada la orden general por el gobernador de Tarija, Sr. Trigo, en una nota muy orgullosa. Me escribió también el general Velasco diciéndome: "Que había tenido que tomar esa determinación atendiendo únicamente á la gritería que había en el país contra los *extranjeros y mercenarios.*" Contesté al presidente Velasco dándole los más cordiales agradecimientos por el favor que me hacía.

Parece que este hacedor de pronunciamientos ignoraba absolutamente que el general Braun había ganado la batalla de Junin, y que yo, como jefe de Estado Mayor del ejército Libertador, había escogido la posición en que se dió la espléndida victoria de Ayacucho, y que después de ésta, fuí elegido por el mariscal Sucre para completar los triunfos de las armas libertadoras, y que desde la antigua y legendaria ciudad del Cuzco, marché con el mando en jefe de la división del famoso ejército Libertador de Colombia que libertó el Alto Perú, hoy Bolivia.

Pocas semanas después recibí una carta del mismo general Velasco, desde Oruro, y una nota oficial de su jefe de Estado Mayor. En ésta me incluía copia legalizada de una orden general de ese mismo día reponiéndome en mi graduación y antigüedad en el ejército, por no haberse tenido presente, según decía, que yo era de los vencedores en Junin y en Ayacucho, y de los fundadores de Bolivia.

En el oficio se me decía además: que el presidente de la República ordenaba que yo me dirigiera inmediatamente á Oruro, para tener una conferencia conmigo, so-

bre una invasión de que nos amezaba el Perú; y que se había dado orden al prefecto del departamento de Potosí de hacerme abonar en ese Tesoro mi sueldo íntegro de general de división á mi paso por aquella ciudad.

Contesté al oficio del jefe del Estado Mayor, acusándole recibo simplemente, y contesté á la vez á la carta particular del presidente Velasco, diciéndole que si su orden general tenía sólo por objeto rectificar un vergonzoso error en haberme dado de baja á mí, que era de los libertadores de Bolivia, la admitía; pero que si era para que yo volviese al servicio y á las órdenes de él, tiempo sobrado había para que revocase su orden general, como también la orden que había hecho dar á la Prefectura de Potosí, relativa á mi sueldo, porque resuelto tenía yo no servirle un solo día, como no serviría jamás á ningún Gobierno emanado de una revolución; que la limpia espada con que había combatido por la independencia americana, estaría sólo al servicio de la libertad, del orden, de la justicia y de la legalidad.

Hallándome completamente aliviado de la enfermedad grave que por espacio de dos meses me tuvo postrado en mi casa de Tarija, y habiéndome negado terminantemente á prestar mis servicios al ilegal Gobierno del general Velasco, volví á mi vida de campo en la frontera, ganando mi subsistencia con mi trabajo, y atendiendo y mejorando mis propiedades, en las que he trabajado cerca de cuarenta años, y que serán la única herencia que deje á mi familia.

CAPITULO XXIX

Digresión.—El general Santa Cruz.—El Gobierno del general Velasco.—La Asamblea de 1839.—Descontento.—Revolución del general Ballivián.

Reanudo estos apuntes después de algún tiempo de interrupción causada por mi edad, pues acabo de cumplir ochenta años, y llevo más de uno muy postrado por el peso de los años y una fatiga que me abruma, medicinándome todos los días, pero sin esperar buen resultado, porque no hay remedio contra el tiempo y los años. Conozco que mi fin se aproxima y necesito, auxiliado por la religión católica, apostólica, romana, en la que nací y en la que he de morir, prepararme para el viaje á la Eternidad. Sin embargo, seguiré escribiendo estos mis *Recuerdos* hasta donde Dios me lo permita. Mi deseo es que mi narración contenga hasta la época presente (1871); pero desconfío que así sea, porque creo que pocos días de vida me restan ya sobre la tierra. Casi todos mis compañeros han muerto ya, y creo que yo soy uno de los pocos militares sobrevivientes de los días gloriosos de Ayacucho y Junin, de la independencia de Sur-América y de la fundación de la república.

El general Santa Cruz, como ya dije, después del desastre de Yungay, se embarcó con dirección á Guayaquil, donde publicó su *Manifiesto*. Más tarde se dirigió á Europa con su familia, y fijó su residencia en Francia, donde falleció el 25 de Septiembre de 1865. Había nacido en la ciudad de La Paz el 30 de Noviembre de 1786, y era descendiente de los Incas.

Pero volvamos á recordar algo sobre el Gobierno de la famosa *Restauración*. Los comicios populares confirmaron al mayor general Velasco en la presidencia provisoria de la República, de que se había investido, sin más título que el pronunciamiento del 9 de Febrero. Algunos comicios indicaron al general Ballivián para vicepresidente. Entretanto, el Gobierno convocó la reunión de una Asamblea, la que inauguró sus sesiones en Chuquisaca el 13 de Junio de aquel año (1839).

Por aquel tiempo yo continuaba metido en mis haciendas de la frontera de Tarija, consagrado exclusivamente á los trabajos de campo, y desde aquellas soledades contemplaba con pesar la política débil y poco digna desplegada por el Gobierno del general Velasco, que llegó al deplorable extremo, como he dicho, de devolver al Perú los trofeos de guerra que tomamos en Yanacocha y Socabaya, y de felicitar al Gobierno de Chile por la victoria de Yungay, que fué nuestra ruina. Esto no pudo menos que desprestigiar al Gobierno de Velasco, y el descontento público empezó luego á manifestarse en todas partes. En tal situación, la Asamblea Nacional sancionaba la liberal Constitución política de 1839, y el general Ballivián, á la cabeza de algunos cuerpos de ejército, hacía la revolución contra el Gobierno del general Velasco en la Paz, y se proclamaba presidente de la República. Pocos días después de este suceso, las fuerzas del Gobierno derrotaron á las tropas revolucionarias, y el general Ballivián fugó al Perú.

Como veremos, siguió después esa cadena de revoluciones que han arruinado al país (1).

(1) Cuando el general O'Connor escribía este capítulo de sus *Recuerdos*, le sorprendió la muerte (5 de Octubre de 1871), y no concluyó por consiguiente, la relación que él pensó escribir hasta esa época, y que habría dado todavía mayor interés á esta obra importantísima.

FIN

INDICE


PROPIEDAD
DE
ENRIQUE NARANJO M.

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

OBRAS PUBLICADAS

I—II. MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:

Bolívar y la emancipación de Sur-América.

Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas en 4.° Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno. Esta obra es el libro clásico de la revolución de Hispano-América. Es de un interés increíble; las intimidades de la época y sus hombres se consignan allí: por ella pasan pueblos, ejércitos, personajes, instituciones, ideas; todo el movimiento de una revolución social y política.

III. MEMORIAS DE O'CONNOR

sobre la

Independencia Americana.

O'Connor, como O'Leary, perteneció á la Legión británica de Bolívar. Su obra es la recopilación de recuerdos de un soldado inteligente que unió su nombre á los más grandes acontecimientos de la época. Esos *Recuerdos* son páginas inéditas, puede decirse, de la historia de la Gran Colombia, de Perú, Bolivia, Argentina y Chile. El autor fué Jefe de Estado Mayor en Ayacucho. La obra en 4.°, en papel pluma. Precio: 5 pesetas.

PRÓXIMAMENTE SE PUBLICARÁN

I. MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.
II. MEMORIAS DE LORD COCHRANE
III. BOLÍVAR Y EL GENERAL O'HIGGINS.

Obra inédita, sobre documentos inéditos, por el historiador chileno Don Ernesto de la Cruz.

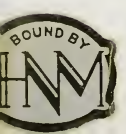
IV. BOLÍVAR: *Interpretaciones.*

Obra inédita del sociólogo y diplomático de México Don Carlos Pereyra.

V. LA PSICOLOGÍA DE BOLÍVAR

por R. Blanco-Fombona.


University of
Connecticut
Libraries


BOUND BY
HNM